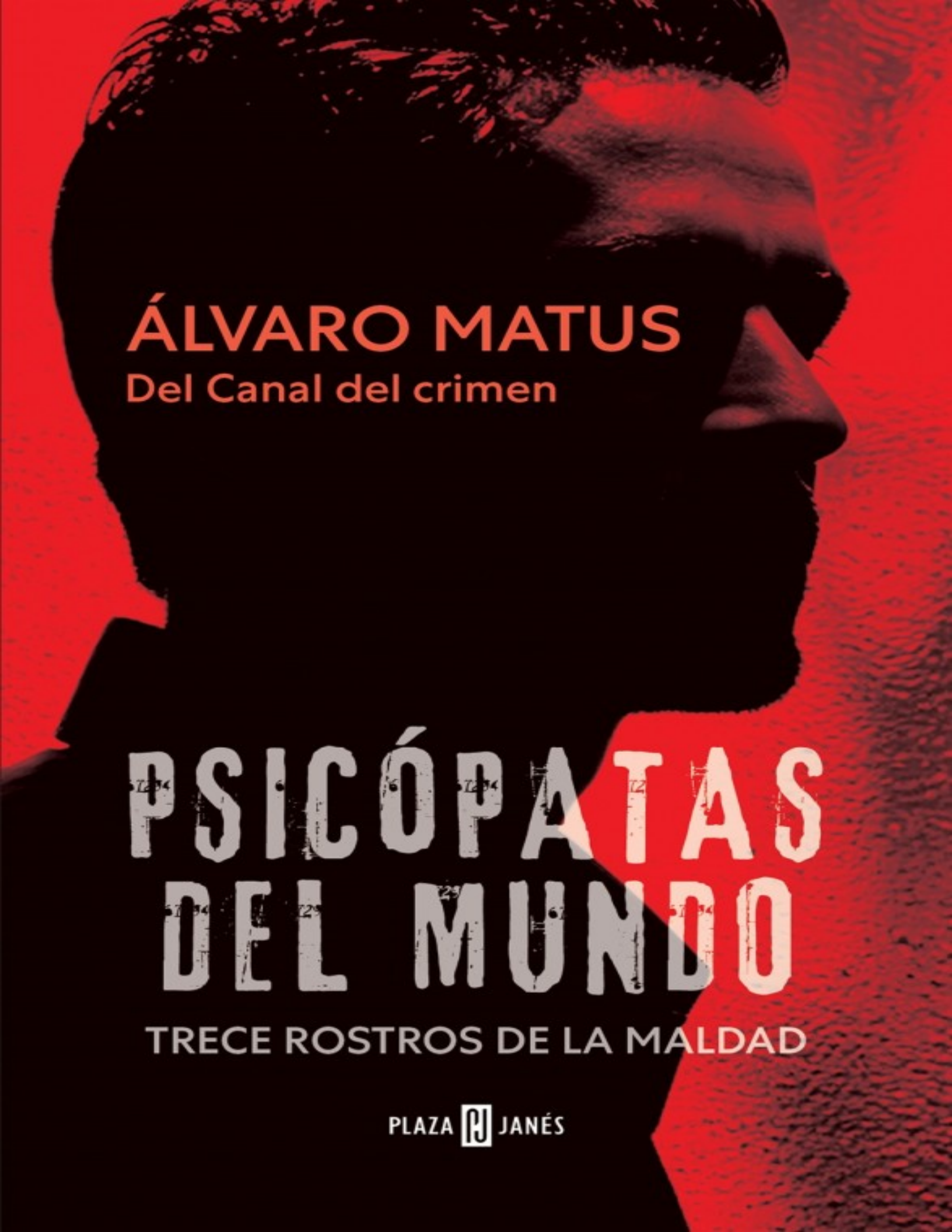

ÁLVARO MATUS

Del Canal del crimen

PSICÓPATAS DEL MUNDO

TRECE ROSTROS DE LA MALDAD

PLAZA JANÉS

INTRODUCCIÓN

Jeffrey Dahmer es tal vez uno de los asesinos en serie más conocidos de la cultura popular. Tras ser arrestado el 22 de julio de 1991 en su departamento en Milwaukee, confesó un total de diecisiete asesinatos. Los investigadores descubrieron que coleccionaba restos humanos, realizaba prácticas necrófilas y cometió canibalismo con sus víctimas, entre otras atrocidades.

Han pasado más de tres décadas desde que sus crímenes horrorizaron a los estadounidenses y dieron la vuelta al mundo, pero su oscuro legado sigue más vivo que nunca. Sobre su caso se han escrito docenas de libros, se han realizado documentales, películas, cómics e incluso en 2022 Netflix lanzó una serie que consiguió más de ciento quince millones de reproducciones y se posicionó como la cuarta más vista de la plataforma en toda su historia.

Al igual que John Wayne Gacy o Ted Bundy, Dahmer se convirtió en una macabra celebridad dentro del mundo del crimen... Una más que provenía de Estados Unidos. Sin embargo, sujetos como él, o incluso peores, han existido en todo el mundo.

En Pakistán, por ejemplo, un sujeto llamado Javed Iqbal fue acusado en 1999 de asesinar a un total de cien niños. Abusó de ellos, los estranguló, descuartizó y disolvió sus restos en ácido. Ese mismo año, el colombiano Luis Alfredo Garavito confesaba la violación y asesinato de ciento noventa y dos niños y adolescentes en Colombia, Ecuador y Venezuela, aunque en varios medios

colombianos, como el programa *Testigo Directo*, se aseguró que pudieron ser más de doscientos. En 2012, el expolicía ruso Mikhail Popkov fue arrestado por asesinar a setenta y ocho mujeres, convirtiéndose en uno de los criminales con la mayor cantidad de víctimas confirmadas en toda Rusia.

Javed Iqbal, Luis Alfredo Garavito y Mikhail Popkov son solo el claro ejemplo de que este tipo de asesinos se encuentra en todas las latitudes del planeta y que no se trata de un fenómeno que se da solo en Estados Unidos.

Por lo visto, cuando Hollywood haga una película o alguna plataforma de *streaming* produzca una exitosa serie sobre estos criminales, alcanzarán relevancia en la cultura popular. Mientras esto no ocurra seguiremos repitiendo como mantra los apellidos de Gacy, Bundy o Dahmer en las conversaciones acerca de asesinos psicópatas.

Exponer sus historias y crímenes no tiene como objetivo convertirlos en celebridades. La investigación llevada a cabo por la policía, los perfiles psicológicos elaborados por los especialistas, el trabajo de seguimiento de la prensa, el impacto a nivel social, los testimonios de los familiares de las víctimas e incluso el de los cercanos al victimario son elementos indispensables para comprender la magnitud de estos casos y sus voces deben ser escuchadas.

No busco «sensacionalizar el horror», sino invitar a una comprensión de una de las facetas más inquietantes de la naturaleza humana. Por eso, estas páginas no se limitan a revisar los casos más infames de Estados Unidos, sino que buscan analizar historias y perfiles de asesinos psicópatas de todo el mundo desde el punto de

vista de la criminología. Tanto Ted Bundy como Jeffrey Dahmer están en la lista, pero también indagaré en las atrocidades cometidas por criminales menos conocidos, cuyos casos son igual de reveladores y atroces.

Tengo la esperanza de que un mayor conocimiento sobre este complejo y aterrador fenómeno, no solo nos ayude a entenderlo mejor, sino que también pueda contribuir a su prevención.

NOTA DEL AUTOR

«Escribir sobre crímenes reales solo sirve para enaltecer a los asesinos y hacer apología al crimen», me dijo una periodista durante una entrevista que di hace algún tiempo. No estoy de acuerdo. De hecho, soy un convencido de que es necesario que alguien realice este «trabajo sucio».

También he escuchado que «escribir sobre crímenes reales es una forma de revictimizar a las víctimas». Algunos consideran que difundir estas crónicas ante un público masivo vulnera la privacidad y la integridad de quienes han muerto en manos de un asesino... y puede que tengan razón.

Robert Ressler, exagente del FBI, reconoció que hasta cierto punto se sentía responsable de darle tribuna a los que él mismo bautizó como *serial killers* en sus estudios sobre criminología, pues aquel término no solo sirvió para que los especialistas pudieran catalogarlos, sino que les otorgó un estatus del cual estos mismos sujetos comenzaron a sentirse orgullosos.

El debate es interesante: algunos prefieren que estas historias no salgan a la luz por razones éticas, mientras que otros desean conocer todos los detalles sangrientos de un crimen por mera curiosidad. También están aquellos que sienten un genuino interés y buscan comprender cómo funciona la mente criminal. Creo encontrarme en este tercer grupo, considerando ciertos aspectos básicos que evalué para este libro, por ejemplo: todos los casos

deben ser documentados metódicamente, en base a fuentes fidedignas, y analizados desde un punto de vista multidisciplinario, con un alto grado de compromiso y seriedad.

Escribir libros sobre esta temática implica un enorme desafío. No se trata solo de enfrentar, como escritor, una serie de hechos reales, deprimentes y enfermizos, sino también hacerlo con el tacto adecuado, evitando caer en lo morboso.

Lejos de intentar contentar a los detractores de este tipo de contenido, la decisión de apegarse lo más posible a los hechos comprobados y documentados va unida al espíritu de la obra, que es no banalizar ni edulcorar la realidad.

Este libro narra la historia de hombres y mujeres responsables de actos perversos, incapaces de sentir ningún atisbo de empatía o remordimiento. No fueron unas «superestrellas del asesinato» dignas de admiración, sino personas cobardes, frustradas, dañadas emocionalmente, con graves problemas psicológicos y psiquiátricos. Sus víctimas sufrieron una muerte terrible y las familias de estas, un daño irreparable. Es importante que esto jamás se nos olvide.

EL CRIMINAL MÁS PELIGROSO

DE TODOS: EL PSICÓPATA

si bien no todos los psicópatas se convierten en asesinos o criminales, cuando esto pasa suelen cometer actos atroces que conmueven a la opinión pública por su nivel de sangre fría y abyección. Aun así, el cine, la televisión y la literatura han hecho una caricatura del psicópata y lo han dotado de características impropias y exageradas. Se los muestra atractivos, carismáticos e inteligentes, apelando a personajes como Hannibal Lecter o Dexter Morgan, pero lo cierto es que diversos investigadores, psiquiatras y criminólogos los han descrito como individuos comunes y corrientes, sin características mentales o físicas excepcionales, solo como seres humanos muy perturbados.

A este tipo de personalidades no les importan las reglas sociales y las transgreden. No les interesan las leyes ni las normas, sobre todo si se interponen en sus intereses. Se trata de un trastorno difícil de detectar incluso para los especialistas, aunque sus principales rasgos comienzan a asomar desde la infancia, pues el psicópata nace, no se hace.

Los psicópatas se caracterizan por su falta de empatía, por la carencia absoluta de remordimientos y una profunda desconexión emocional. Cuando son pequeños son impulsivos, temerarios, no miden las consecuencias de sus actos, no sienten miedo y suelen

endosar los errores que comenten a alguien más. Buscan manipular tanto a sus compañeros de juego como a los adultos por medio de rabietas o chantajes. Pueden cometer robos o tener conductas voyeristas y exhibicionistas, solo para sentir el vértigo de ser descubiertos.

Muchas veces son niños introvertidos que mienten de forma descarada para impresionar al resto. Se enojan cuando se les corrige y en ocasiones pueden mostrar conductas abusivas contra chicos más vulnerables, aunque también algunos son las víctimas de dichos hostigamientos porque les cuesta adaptarse.

Demuestran emociones superficiales y forzadas, actúan de manera amable, aunque no parecen sinceros. Por último, es muy probable que se diviertan torturando y matando animales, pues disfrutan del control físico que ejercen sobre ellos y satisfacen a la par su curiosidad morbosa por la muerte.

Otra característica de los psicópatas es que su capacidad de asombro es mucho más baja de lo normal, por lo que se aburren con facilidad. Son narcisistas, egoístas y hábiles manipuladores: pueden fingir sentimientos —como podría ser el amor—, solo porque se dan cuenta de que eso es lo que el entorno espera de ellos, y son por completo conscientes de sus actos, por ende, imputables ante cualquier jurado en caso de que cometan algún ilícito o crimen.

Este tipo de personalidades hacen imposible una convivencia normal, pues su vida se basa en una búsqueda desesperada por llamar la atención, concretar sus objetivos a toda costa y ejercer el control. Creen ser más importantes que el resto, y es en este punto donde algunos psicópatas pueden llegar a cometer actos extremos

para conseguir lo que quieren y satisfacer sus necesidades sin importar si dañan o matan a una persona.

Por ejemplo, si un criminal psicópata busca mantener relaciones sexuales con una mujer puede cortejarla durante meses hasta conseguir su objetivo, aunque también considerará drogarla, dejarla inconsciente y violarla. Para ellos, ambas alternativas son válidas, y la segunda no implica un dilema moral significativo más allá de las consecuencias judiciales que aquello podría acarrear en su contra.

En resumen, el asesino psicópata es un depredador de sangre fría que está plenamente consciente de sus actos. No se arrepiente, no siente remordimientos, no teme a la autoridad y no puede ser rehabilitado. Detectarlos es muy difícil, pues suelen atacar a víctimas vulnerables, con las cuales difícilmente se les puede vincular. Al mismo tiempo, son capaces de pasar desapercibidos ante los ojos de las autoridades, mostrando comportamientos que podrían ser considerados normales e incluso modélicos dentro de su comunidad.

Todas estas características los convierten en un verdadero peligro para la sociedad.

varios especialistas —entre ellos la reconocida psiquiatra forense Helen Morrison en su libro *Mi vida con los asesinos en serie*— indican que una reducida actividad en el córtex prefrontal del cerebro podría explicar la falta de empatía del psicópata, lo que nos hace suponer que aquello condiciona actos de frialdad por parte del individuo. Sin embargo, esto no explica necesariamente el deseo de matar. Es posible que interfieran factores fisiológicos, genéticos, psicológicos y también ambientales a la hora de conformar el perfil de un psicópata asesino, ya que dependiendo del contexto —el entorno social, cultural e incluso socioeconómico— sus expresiones de violencia homicida pueden variar o verse influenciadas.

En un país como Estados Unidos, donde el acceso a armas de fuego es bastante fácil, un psicópata podría adquirir un fusil automático, varias rondas de munición y perpetrar una matanza en un tiroteo masivo. Por otro lado, durante décadas las carreteras interestatales han sido el corredor favorito de los asesinos en serie para buscar víctimas: aprovechan la oportunidad de cometer crímenes en un Estado y otro, beneficiándose de la poca comunicación y coordinación entre los distintos departamentos de policía.

En Alemania, en los períodos de postguerra se detectó el actuar de varios asesinos en serie que jamás fueron identificados ni atrapados debido a los desafíos de reconstrucción, recuperación

económica y estabilidad social que enfrentaban las autoridades. En pocas palabras, los «crímenes comunes» pasaron a un segundo plano debido a la adversidad del contexto para realizar una tarea de investigación.

En Colombia han existido algunos de los más prolíficos asesinos en serie de la historia. Luis Alfredo Garavito, Pedro Alonso López y Daniel Camargo Barbosa suman más de quinientos setenta asesinatos. Estos criminales se aprovecharon de la vulnerabilidad social de sus víctimas, además de la poca experiencia y los débiles recursos de la policía.

A lo largo de la historia, en Rusia se han registrado varios casos criminales de asesinos caníbales. Y a pesar de que algunos criminólogos creen que este fenómeno podría deberse a los traumáticos períodos de hambruna que se vivieron en varios de los territorios de la URSS a principios del siglo xx, la afirmación sigue siendo objeto de debate.

El célebre criminólogo francés Alexandre Lacassagne señalaba que la criminalidad no era un fenómeno puramente individual (como sostenía la escuela positivista de Cesare Lombroso), sino la consecuencia del impacto de un entorno determinado, por ende, una sociedad con sus estructuras, falencias, valores y desigualdades podría permitir que cierto tipo de criminales proliferen más que otros.

Considerando el enfoque de Lacassagne, que en gran medida ha prevalecido en la criminología moderna, podemos concluir que las conductas violentas de un psicópata no pueden atribuirse a una única variable y no basta con estudiar sus perfiles psicológicos o sus cerebros. Al mismo tiempo, las políticas de seguridad, las estrategias

de persecución criminal y los programas de prevención deben considerar todos los factores que impulsan, facilitan o permiten el actuar de este tipo de asesinos.

LOS CASOS

DESCONOCIDO

EL ASESINO DEL ZODÍACO

Estados Unidos

En 1968 Estados Unidos enfrentaba uno de los escenarios más complejos de su historia. Miles de manifestantes protestaban en contra de la Guerra de Vietnam, polarizando a la población entre aquellos que querían continuar con las ofensivas y los que exigían la paz inmediata. El 4 de abril, el ministro y activista por los derechos civiles Martin Luther King fue asesinado a tiros en el balcón de un hotel de Memphis, lo que ocasionó revueltas que terminaron con miles de personas detenidas y más de cuarenta fallecidas. Dos meses más tarde, el 6 de junio, Robert Kennedy, hermano del expresidente John F. Kennedy, también sería acribillado en Los Ángeles, dejando consternada a toda la nación. En medio de aquella terrible ola de violencia e incertidumbre política, un astuto psicópata comenzaría a escribir su propia historia.

Cerca de las 23.20 del viernes 20 de diciembre de 1968, un par de agentes de policía que conducían por una autopista en los límites de la ciudad de Benicia, en el condado de Solano, California, divisó un vehículo que se les acercaba haciendo cambio de luces y tocando la bocina. Se trataba de una mujer que afirmaba haberse topado con los cadáveres de dos personas en las cercanías de la carretera del

lago Herman. Los oficiales se dirigieron al lugar y encontraron un automóvil estacionado y dos cuerpos en el exterior. Betty Lou Jensen, de dieciséis años, había recibido cinco tiros por la espalda y no mostraba señales de vida. Al parecer, había intentado huir del asesino, pues se encontraba a más de ocho metros del coche. Cerca de la puerta del copiloto yacía el cuerpo de David Faraday, de diecisiete. Todavía respiraba, pero con dificultad, pues había recibido un disparo a quemarropa sobre la oreja izquierda y parte de su rostro había explotado. El joven fallecería en la ambulancia, camino al Hospital General de Vallejo. De la escena rescataron un total de nueve casquillos de bala calibre 22, pistas que en un inicio consideraron prometedoras y que luego se transformaron en un verdadero dolor de cabeza.

David Faraday y Betty Lou Jensen se encontraban en su primera cita oficial, según declararían luego los padres de las víctimas. Tenían planeado asistir a un concierto aquella noche, sin embargo, cambiaron de planes y se dirigieron hasta la oscura carretera del lago Herman, un sitio apartado, pero bastante popular entre las parejas que buscaban algo de intimidad. También tenía fama de ser el punto de reunión entre jóvenes que consumían alcohol y marihuana y que no querían ser descubiertos.

La policía consideró la posibilidad de que las víctimas hubiesen presenciado de manera involuntaria una transacción de drogas y sido asesinadas para no dejar testigos, ya que el móvil del robo o un intento de agresión sexual en contra de la chica quedaron descartados. Los padres de Betty Lou Jensen, en cambio, sospechaban de un chico del instituto que la había estado acosando y que incluso amenazó a Faraday con darle una paliza. Los

investigadores no tardaron en comprobar que este joven tenía una coartada sólida aquella noche, la cual fue avalada por varios testigos.

Las balas halladas en la escena y en los cadáveres tenían características desconcertantes. Se trataba de municiones recubiertas de cobre, fabricadas en Winchester desde octubre de 1967, es decir, de forma reciente. Al mismo tiempo, no presentaban marcas de estrías lo suficientemente distintivas para llevar a cabo una comparación, incluso si el arma homicida era encontrada.

La situación era preocupante. Resultaba imposible realizar una identificación concluyente de la pistola utilizada por el asesino, el motivo del crimen no quedaba claro, no había testigos ni sospechosos. En los meses posteriores la policía patrulló la zona con la esperanza de detectar algún movimiento extraño, pero todos los esfuerzos fueron en vano.

Poco antes de la media noche del 4 de julio de 1969, tres jóvenes que se desplazaban en un vehículo se dirigieron a los estacionamientos de un campo de golf de Blue Rock Springs, a las afueras de Vallejo. Habían acordado juntarse en el lugar con un amigo que venía de visita. Al ver un Chevrolet Corvair estacionado pensaron que se trataba de él y se acercaron, pero lo que descubrieron fue una escena espantosa. La puerta del copiloto estaba abierta y un chico yacía en el piso soltando alaridos. Había recibido varios disparos en el brazo derecho, en una de sus rodillas, el cuello, el pecho y la mandíbula. Al interior del auto una joven se desangraba. Apenas respiraba. Ambos serían identificados como Michael Mageau, de diecinueve años, y Darlene Ferrin, de veintidós.

A pesar de la gravedad de las heridas, Michael estaba consciente cuando llegó la policía y pudo describir al atacante: se trataba de un hombre caucásico y robusto, de entre veintiséis y treinta años. Tenía el cabello castaño, usaba corte militar, medía poco más de un metro ochenta y llevaba gafas. El joven afirmó que estaba con la chica dentro del coche cuando el extraño se les acercó en otro vehículo y bajó con una linterna antes de abrir fuego.

Michael Mageau fue llevado hasta un hospital en estado crítico, mientras que su acompañante, Darlene Ferrin, falleció en la ambulancia. La autopsia confirmaría que recibió un total de nueve disparos que le perforaron los brazos, los pulmones y el ventrículo izquierdo del corazón.

Los jóvenes que encontraron a la pareja relataron que vieron las luces de un coche que se desplazaba a toda velocidad cerca de la escena del crimen, pero como estaba demasiado oscuro fueron incapaces de entregar una descripción exacta. Pocos minutos después de que ambas víctimas ingresaran al hospital, a las 00.40 de la madrugada, una telefonista de la comisaría de Vallejo recibió la inquietante llamada de un sujeto que se adjudicaba el crimen: «Quiero informar de un doble asesinato. Si recorren un kilómetro y medio en dirección este por la avenida Parkway hasta el parque público, encontrarán dos jóvenes en un coche marrón. Han sido abatidos por una Luger 9 milímetros. También maté a los chicos del año pasado. Adiós». El hombre cortó la comunicación y un minuto después la telefonista consiguió devolver la llamada. Alguien descolgó el teléfono y lo dejó así, hasta que a las 00.47 minutos la compañía Pacific Telephone pudo localizar el aparato utilizado. Se

trataba de un teléfono público ubicado en una bencinera, justo en frente de la comisaría de Vallejo.

Varias patrullas llegaron al lugar. Un mendigo que merodeaba por la zona afirmó que había visto a un hombre corpulento utilizar la cabina telefónica antes de marcharse en un vehículo color marrón.

Al parecer, el sospechoso sabía que no podía estar en la línea más de un minuto o la llamada sería rastreada, por lo que su mensaje fue breve. Esperó a que la telefonista lo llamara de regreso y solo entonces dejó descolgado el teléfono, para contar con el tiempo suficiente para darse a la fuga. Se trataba de alguien astuto.

Los detectives sospecharon que el asesino de Betty Lou Jensen y David Faraday podía ser el mismo que había acribillado a Darlene Ferrin y Michael Mageau. Ambos ataques guardaban grandes similitudes, incluido el perfil de víctimas. La única diferencia era que, esta vez, se había utilizado un arma de 9 milímetros. Aun así, esto confirmaba que el sujeto que realizó la llamada telefónica para adjudicarse el crimen sabía de lo que estaba hablando y que lo más probable era que no se tratase de una broma.

Aunque se examinó la escena del crimen, no se pudieron encontrar ni siquiera las huellas del otro vehículo. La única esperanza de los detectives era que Michael Mageau sobreviviera y pudiera contarles de manera exacta qué había ocurrido.

Mientras el joven se debatía entre la vida y la muerte, la investigación reveló datos inquietantes. Se descubrió que ambas víctimas eran amantes y que el esposo de Darlene recibió un par de extrañas llamadas aquella madrugada: un hombre parecía estar jadeando al otro lado de la línea. Estas se habrían realizado después

del crimen y cuando aún no se enteraba de que su esposa estaba muerta, cerca de la una y media de la mañana.

Una de las amigas de Darlene, declaró a la policía que sabía que la chica le era infiel a su marido y que solía juntarse con hombres extraños. Esto hizo pensar a los detectives que podía tratarse de un amante celoso, que había decidido vengarse, y que quizá la llamada realizada después del ataque había sido un intento por desviar la investigación.

Por fortuna, Michael Mageau consiguió sobrevivir y fue interrogado por la policía en cuanto recobró la conciencia. Según el joven, Darlene pasó a buscarlo en su vehículo veinte minutos antes de la medianoche del 4 de julio. Por lo visto planeaban mantener relaciones sexuales en algún sector apartado, pero mientras iban por la carretera, un Falcon del 58 con patente de California comenzó a seguirlos de forma amenazadora. Perdieron el control y se estrellaron contra un tronco en el estacionamiento del campo de golf de Blue Rock Springs. Tras el accidente, el coche que los perseguía se detuvo unos segundos y luego el conductor se dio a la fuga. En ese momento, Michael comenzó a sospechar que la chica sabía de quién se trataba. Afirmó a la policía que Darlene intentaba tranquilizarlo. Le dijo que todo saldría bien y que no se preocupara, algo que le pareció extraño. Él le preguntó si conocía a la persona que los estaba siguiendo, pero la joven no respondió.

Cinco minutos más tarde, el vehículo regresó al lugar y de su interior bajó un hombre robusto que los apuntaba a la cara con una potente linterna. Michael supuso que se trataba de un policía y se dispuso a sacar sus documentos. Sin embargo, el sujeto se acercó a la ventana del copiloto y comenzó a disparar al interior de la cabina.

Tras el brutal ataque, el joven se dio cuenta de que estaba herido y soltó un grito de dolor. Pensaba que el atacante se había ido, pero este se asomó de manera repentina por la ventana y le dio otros dos tiros a él y a Darlene, que yacía con la cabeza apoyada sobre el manubrio.

Las declaraciones de Mageau evidenciaban el actuar de un asesino con una espeluznante sangre fría. Si bien pudo entregar una descripción del atacante, reconoció que no fue capaz de verlo con claridad, pues estaba cegado por la linterna. En este punto, el caso comenzó a tornarse cada vez más confuso.

Dos amigas de Darlene insistieron a los investigadores que la chica llevaba varias semanas comportándose de forma extraña. A menudo salía a fiestas con hombres desconocidos, y al parecer uno de ellos estaba relacionado en un asunto de drogas. Se trataba de un sujeto alto, corpulento y que usaba gafas, lo que a grandes rasgos coincidía con la descripción del atacante.

Por otro lado, un testigo afirmó haber visto a Michael Mageau y Darlene Ferrin discutiendo con un hombre de apariencia similar a las afueras de una cafetería llamada Terry'sWaffle House, poco antes de la media noche del 4 de julio. Darlene trabajaba allí como camarera, por lo que el testimonio resultaba plausible. Los oficiales volvieron a interrogar a Mageau con respecto a esta nueva pista, pero este se limitó a decir que no recordaba casi nada de lo que había ocurrido aquel día.

En el libro *Zodiac*, de Robert Graysmith, se afirma que el joven llegó a mencionar dicho encuentro a la secretaria de su abogado mientras se encontraba convaleciente en el hospital, lo que ha

despertado una serie de dudas y teorías al respecto: ¿Mageau ocultó información? De ser así, ¿a quién intentaba proteger y por qué?

Por más que se intentó hacer seguimiento a las dudosas amistades de Darlene, todos los esfuerzos fueron en vano y los detectives no dieron con ningún sospechoso. A pesar de que tanto los ataques del 20 de diciembre de 1968 como los del 4 de julio de 1969 fueron difundidos por diversos medios de comunicación, en ningún momento se insinuó que pudieran estar relacionados.

Sin embargo, la investigación daría un vuelco casi un mes más tarde. El viernes 1 de agosto de 1969, tres cartas casi idénticas llegaron a las redacciones del *Vallejo Times Herald*, el *San Francisco Chronicle* y el *San Francisco Examiner*. El autor de las notas, redundantes y con varias faltas de ortografía, se adjudicaba los asesinatos de David Faraday, Betty Lou Jensen, Darlene Ferrin y el intento de asesinato de Michael Mageau. Además amenazaba con matar a una docena de personas, ese mismo fin de semana, si su carta no era publicada en los periódicos. El mensaje recibido por el *San Francisco Chronicle* decía lo siguiente:

Estimado director:
Soy el asesino de los dos adolescentes las Navidades pasadas en el lago Herman y la chica el 4 de julio, cerca del campo de golf de Vallejo. Para demostrar que los he matado, voy a dar ciertos datos que solo la policía y yo sabemos.

NAVIDADES:
1. Nombre de la munición: Super X.
2. Disparé diez veces.
3. El chico estaba de espaldas con los pies apuntando al coche.
4. La chica estaba sobre el costado derecho con los pies hacia el oeste.

4 DE JULIO:
1. La chica llevaba pantalones con dibujos.
2. También disparé al chico en la rodilla.
3. El nombre de la marca de la munición era Western.

Al mismo tiempo, el asesino había enviado un extraño criptograma de tres partes que, una vez combinado y resuelto, supuestamente revelaría su identidad. La nota continuaba de la siguiente forma:

Esto es parte de un mensaje en clave. Las otras dos partes de la clave las he enviado a los directores del Vallejo Times *y el* San Francisco Examiner*. Quiero que saque esta clave en la primera plana de su periódico. En esta clave se halla mi identidad. Si no saca esta clave antes de la tarde del viernes 1 de agosto del 69, saldré a matar y arrasar. Daré vueltas todo el fin de semana matando, hasta que acabe con doce personas*.

El mensaje finalizaba con una especie de firma formada por un círculo y una cruz, la cual luego sería interpretada por los investigadores como la mirilla de un arma o una cruz celta.

Las autoridades fueron informadas de inmediato y se vieron obligadas a tomar una difícil decisión. Si bien la carta contenía descripciones gráficas de las escenas de los crímenes y otros datos que —en efecto— solo el asesino podía conocer, el jefe de policía de Vallejo, Jack Stilitz, sospechaba que podía tratarse de un simple bromista.

Difundir la noticia causaría pánico en la población, pero si las amenazas eran reales, hacer caso omiso al mensaje podía resultar contraproducente. Entrar en el clásico juego del gato y el ratón era

riesgoso, pero parecía ser el único medio para mantener contacto con el supuesto asesino e intentar desenmascararlo.

Aunque el plazo fijado se había cumplido, al final la policía autorizó a la prensa a publicar algunos fragmentos de la carta el sábado 2 de agosto, incluyendo una cita del jefe de policía, Jack Stilitz, en la que instaba al asesino a enviar más información con respecto a los crímenes para corroborar su historia. También se incluyó la primera parte del mensaje en clave, el cual produjo una enorme impresión en la ciudadanía.

El enigmático criptograma fue analizado por la Inteligencia Naval, la Agencia Nacional de Seguridad, la CIA y el FBI, pero más allá de identificar una combinación de símbolos griegos, meteorológicos, clave Morse, signos astrológicos, señales marítimas y letras del alfabeto ordinario, fueron incapaces de descifrarlo.

Al día siguiente, el domingo 3 de agosto, el criptograma fue publicado en su totalidad por el *Vallejo Times Herald*, el *San Francisco Chronicle* y el *San Francisco Examiner*. Donald Harden, un profesor de Historia y Economía de cuarenta y un años, tomó el periódico y se interesó con fervor en el caso. Era un especialista en este tipo de desafíos y disfrutaba resolviendo todo tipo de puzles desde muy pequeño. Después de veinte horas de trabajo junto a su esposa, Bettye, llegaron a la conclusión de que se trataba de una clave de sustitución de caracteres, aunque con múltiples variantes, lo que significaba que cada letra podía equivaler a distintos símbolos al mismo tiempo. Tras decodificar el 90 por ciento del mensaje, se comunicaron con el *San Francisco Chronicle* y facilitaron la transcripción, la cual decía lo siguiente:

Me gusta matar gente porque es muy divertido. Es más divertido que matar animales salvajes en el bosque, porque el hombre es el animal más peligroso de todos. Algo hace que sea la experiencia más emocionante, incluso mejor que acostarse con una chica. Y la mejor parte es que cuando muera voy a renacer en el paraíso y todos los que he matado serán mis esclavos. No daré mi nombre porque ustedes tratarán de retrasar o detener mi recolección de esclavos para mi vida en el más allá...

El mensaje, firmado con el símbolo del círculo y la cruz, terminaba con una seguidilla de letras que no parecían tener un orden lógico y se pensó que se trataba de un confuso anagrama. Aunque intentaron darle sentido incluyendo otros caracteres, ninguna resolución parecía convincente: «EBEORIETEMETHHPITI».

Miembros de la Inteligencia Naval revisaron las transcripciones realizadas por cientos de ciudadanos que intentaron descifrar el contenido de la carta y llegaron a la conclusión de que la entregada por Donald y Bettye Harden era la correcta.

Algo que llamaba la atención de los investigadores era que tanto las cartas como los mensajes en clave tuvieran varias faltas de ortografía. Se supuso que podrían ser intencionales y conformar otro mensaje oculto todavía más complejo de descifrar.

La policía decidió no difundir la noticia de que el criptograma había sido resuelto. Estaba claro que el asesino era un sujeto arrogante y que deseaba llamar la atención. Si creía que su mensaje aún no podía ser decodificado, era probable que intentara contactarse otra vez con los medios de comunicación para burlarse y entregar nuevas pistas. Los detectives a cargo del caso sabían que seguirle el juego a un psicópata era peligroso, pero no parecían tener más alternativa.

Pocos días más tarde, el jueves 7 de agosto, otra carta del asesino fue recibida en las dependencias del *San Francisco Examiner*. La nota decía lo siguiente:

> *Estimado director, Zodiaco al habla. Respondiendo a su petición de más detalles sobre lo bien que me lo he pasado en Vallejo, estaré encantado de darle más material. Por cierto, ¿se está divirtiendo la policía con el mensaje cifrado? Si no, dígales que se animen. Cuando lo descifren, me tendrán. Con respecto al 4 de julio: no abrí la puerta del coche, la ventanilla ya estaba bajada. El chico al principio estaba en el asiento delantero cuando empecé a disparar. Cuando le disparé por primera vez a la cabeza, se echó hacia atrás al mismo tiempo y así me estropeó el tiro. Terminó en el asiento de atrás, luego en el suelo agitando muy violentamente las piernas, por eso le disparé en la rodilla. No me marché del escenario del crimen derrapando a toda velocidad, como han dicho los periódicos de Vallejo. Me fui lentamente, para que mi coche no llamara la atención. El hombre que le dijo a la policía que mi coche era marrón era un negro de unos cuarenta-cuarenta y cinco años, vestido de manera andrajosa. Yo estaba en una cabina telefónica, divirtiéndome con el poli de Vallejo, mientras él pasaba. Cuando colgué el teléfono, el maldito aparato se puso a sonar y eso hizo que él se fijara en mí y en mi coche*.
>
> *Las Navidades pasadas: en ese episodio, la policía se preguntaba cómo podía acertar a mis víctimas disparando en la oscuridad. No lo dijeron abiertamente, pero lo dieron a entender, diciendo que había mucha luz esa noche y que yo podía ver siluetas en el horizonte. Una idiotez, esa zona está rodeada de colinas y árboles altos. Lo que hice fue pegar una linterna pequeña al cañón de mi pistola. Si se fijan, en el centro del rayo de luz, si lo dirigen a una pared o un techo, verán un punto oscuro o negro en el centro del círculo de luz a unos siete o quince centímetros de distancia. Cuando está pegado al cañón de una pistola, la bala da directamente en el centro del punto negro de la luz. Solo tuve que acribillarlos... No hacía falta destreza*.

En esta nueva carta se incluía una enorme cantidad de detalles de los cuales solo la policía de Vallejo tenía conocimiento, lo que

terminó por convencer a varios investigadores de que realmente se trataba del asesino. También se refirió por primera vez a sí mismo como «Zodiaco».

Insistió en que podrían descubrir su verdadera identidad si eran capaces de descifrar el criptograma, pero lo que no sabía era que los investigadores ya contaban con la transcripción realizada por Donald y Bettye Harden. Esta sería revelada al público el martes 12 de agosto, cinco días más tarde, y dejaba bastante claro que el asesino no tenía intenciones de detenerse. La atención de los medios en torno al caso crecía rápido, al igual que la sensación de inseguridad en toda California.

Cerca de las 19.10 del sábado 27 de septiembre de 1969, en el condado de Napa, un pescador y su hijo se acercaron hasta un complejo turístico para realizar una grave denuncia. Afirmaban haber encontrado a una pareja de jóvenes malheridos cerca de la orilla del lago Berryessa. Como no estaban seguros de lo que ocurría, o si alguien armado merodeaba la zona, decidieron salir en busca de ayuda.

Mientras los propietarios del centro turístico bordeaban la península en dos botes para encontrar a las víctimas, el guardabosque Dennis Land condujo en su coche casi cinco kilómetros hasta el sitio indicado por los testigos y fue el primero en llegar a la escena. Al acercarse al lago por un camino de tierra ubicado a un costado de la carretera, divisó a un joven delgado que se arrastraba por el piso. Se trataba de Bryan Hartwell, de veinte años, quien había sido apuñalado seis veces en la espalda. Land intentó hablar con él y este le pidió que ayudara a su novia, quien aún se encontraba cerca de la orilla. Cecelia Ann Shepard, de

veintidós años, yacía a unos doscientos setenta metros sobre un enorme charco de sangre. El atacante la había apuñalado veinticuatro veces en la espalda, los pechos y el abdomen, pero todavía respiraba.

Pocos minutos más tarde, varios agentes de policía se presentaron en la escena e intentaron mantener a las víctimas con vida. El hospital más cercano estaba a una hora de distancia, por lo que las ambulancias tardarían en llegar. Aunque los jóvenes se estaban desangrando y se desmayaban en forma intermitente, afirmaron que un sujeto con una capucha negra, similar a la de un verdugo, los había encañonado y atado con una cuerda para luego apuñalarlos con un enorme cuchillo.

Bryan Hartwell y Cecelia Ann Shepard fueron llevados hasta el hospital Queen of the Valley en estado crítico.

Cerca de las 19.40, casi una hora después del ataque, la telefonista de la comisaría de Napa recibió una inquietante llamada: «Quiero dar parte de un asesinato... No, de un doble asesinato. Se encuentran a tres kilómetros al norte del cuartel general del bosque. Estaban en un Volkswagen Karmann Ghia blanco. Soy el que lo ha hecho».

El sospechoso dejó el teléfono descolgado, lo que permitió a las autoridades dar con la cabina utilizada. Esta se ubicaba en el 1231 de Main Street, a solo cuatro cuadras y media de la comisaría. Aunque se pudo rescatar la huella de una palma de la mano del auricular, aquello no sería de gran ayuda.

Pocas horas más tarde, el sargento Kenneth Narlow, encargado de la investigación, se presentó en la escena del crimen y descubrió algo espeluznante. En la puerta del coche de las víctimas, ubicado a

unos quinientos metros del lugar de los hechos, el atacante había escrito con rotulador negro un mensaje que decía lo siguiente: «Vallejo, 12-20-68, 7-4-69, 27 de septiembre del 69, 6.30, con cuchillo». Justo sobre la inscripción, se hallaba un extraño signo formado por una cruz y un círculo. Narlow lo reconoció de inmediato, al igual que aquellos números. Se trataba de la firma del Zodiaco y las fechas de los asesinatos cometidos en Vallejo y Solano. Esta nueva pista desconcertó a los investigadores. Si se trataba del mismo sujeto, entonces había cambiado su *modus operandi*. No solo atacó a sus víctimas a plena luz del día, sino que las inmovilizó con cuerdas y las apuñaló con un cuchillo.

A pesar de que fue sometida a varias operaciones, Cecelia Ann Shepard fallecería el lunes 29 de septiembre a las 15.45 Su arteria aorta se encontraba cercenada y había perdido una enorme cantidad de sangre. Por fortuna, Bryan Hartwell consiguió sobrevivir, pues la mayoría de sus heridas no dañaron ningún órgano vital. La policía sabía que su testimonio podía ser crucial para la investigación, y el joven pudo entregar una descripción mucho más detallada del atacante.

Este afirmó que aquella tarde se encontraba junto a su novia en la orilla del lago Berryessa, cuando un extraño se les acercó y los apuntó con una pistola. Se trataba de un hombre de alrededor de un metro ochenta y contextura gruesa. Llevaba una capucha negra que le cubría la cabeza y anteojos oscuros, además de una especie de chaqueta o anorak con un curioso símbolo en el pecho, el mismo que había sido dibujado en la puerta del vehículo Volkswagen. En un principio les pidió que le entregaran todo el dinero que llevaban y las llaves del auto, pues supuestamente se dirigía a la frontera con

México. También les confesó que era un prófugo y que había asesinado a un guardia para poder huir de la cárcel.

Hartwell declaró que, a pesar, de que la apariencia del sujeto era intimidante, tenía una voz suave y parecía estar tranquilo. De pronto, sacó una soga de alrededor de un metro y medio y les dijo que tendría que inmovilizarlos para que no lo siguieran. Primero obligó a Shepard a atarle las manos a su novio. Luego ató a la chica, asegurándose de apretar las amarras de ambos. Mientras estaban boca abajo e indefensos, sacó un cuchillo de unos treinta centímetros y anunció en voz baja: «Voy a tener que apuñalarlos». Primero se acercó a Hartwell y le asestó seis puñaladas en la espalda, hasta que este se desmayó. Segundos después, cuando recobró el sentido, pudo ver cómo el asesino apuñalaba de forma salvaje a su novia, mientras esta gritaba y se retorcía de dolor.

Si bien el hombre mantuvo la calma, cuando comenzó a atacarlos con el cuchillo parecía más bien nervioso y sus manos temblaban. Su tono de voz también cambió; se escuchaba mucho más exaltado. Hartwell recordaba cómo su capucha se inflaba a un ritmo frenético, mientras apuñalaba a Shepard. Segundos después, el sujeto fue hasta el coche, escribió la nota en la puerta y se dio a la fuga.

Los jóvenes estaban heridos de gravedad, pero consiguieron zafarse de sus ligaduras ayudándose mutuamente con los dientes. Hartwell intentaba llegar hasta la carretera, cuando el guardabosque Dennis Land lo encontró arrastrándose por el camino.

El testimonio de Hartwell sirvió para confirmar lo que varios investigadores sospechaban. El dinero y las llaves del vehículo de las víctimas fueron encontrados en la misma escena del crimen, por lo que el robo no fue el móvil del ataque, sino el placer que le produjo

apuñalarlos. Si se trataba del Zodiaco, sus niveles de sadismo estaban aumentando.

También se hallaron marcas de ruedas de otro vehículo que se estacionó justo detrás del Volkswagen de Hartwell aquel día, pero debido a las características del terreno resultaba difícil identificarlas. En el lugar del ataque se encontraron un par de huellas que serían analizadas en detalle. Pertenecían a unas botas talla 44, y por la profundidad de la pisada se estimó que el sospechoso debía pesar por lo menos cien kilos. Los pasos, firmes y cortos, demostraban que tras apuñalar a las víctimas se había ido caminando tranquilamente del lugar.

Gracias a ciertas características de la suela, se llegó a la conclusión de que el calzado del asesino era un modelo de bota llamado Wing Walker, fabricado por Weinbrenner Shoe Company. Los investigadores intentaron rastrear dicho calzado, pero descubrieron que se llegaron a fabricar más de un millón de botas iguales, gracias a un contrato gubernamental. 103.700 pares fueron enviados a Ogden, Utah, y se distribuyeron en las instalaciones de la Fuerza Aérea y la Marina de la Costa Oeste. Aquello podía significar que el asesino tenía algún tipo de relación con el Ejército.

Tras este nuevo ataque, tanto la prensa como la opinión pública comenzaron a presionar a las autoridades. Era evidente que la investigación no estaba avanzando y que el Zodiaco se burlaba de la policía. En una entrevista, uno de los agentes reconoció que se enfrentaban a un sujeto con un trastorno mental que obtenía placer sexual en el acto de matar, lo que solo sirvió para preocupar aún más a la población, en especial a los residentes del condado de

Napa. No pasaría demasiado tiempo antes de que el asesino volviera a actuar.

A las 21.58 del sábado 11 de octubre, el Departamento de Policía de San Francisco recibió el llamado de un grupo de jóvenes que afirmaba haber presenciado un crimen desde el segundo piso de un inmueble ubicado en Presidio Heights, un exclusivo barrio residencial. No estaban seguros de si el sujeto estaba muerto, pero se encontraba en el interior de un taxi que se había detenido justo frente al 3898 de la calle Washington. Minutos antes, otro hombre se encontraba en la escena. Lo vieron registrando el interior del vehículo y los bolsillos de la víctima. Parecía estar limpiando los espejos y las manillas, y llevaba una especie de paño en la mano. Se marchó caminando en dirección a Cherry Street, hasta que lo perdieron de vista.

A las 22.00 todas las patrullas de la zona fueron alertadas. El operador de radio del Departamento de Policía de San Francisco informó a las unidades de un posible tiroteo y señaló que estaban tras la búsqueda de un varón afroamericano, robusto, cercano al metro ochenta de estatura.

Los agentes Donald Foukes y Eric Zelms se encontraban a solo un par de calles y se dirigieron de inmediato al lugar de los hechos. Cuando se acercaban a la intersección entre las calles Washington y Cherry, vieron a un sujeto caucásico que caminaba lentamente en la oscuridad. Detuvieron el coche y le preguntaron si había visto algo sospechoso. El testigo afirmó que, minutos antes, un hombre, con un revólver en la mano, salió corriendo por la calle Washington, hacia el este. La patrulla se dirigió en esa dirección, aunque no pudieron encontrarle.

Al mismo tiempo, otras unidades y un par de ambulancias se presentaron en la escena del crimen, certificando el fallecimiento de la víctima. Se trataba del taxista Paul Lee Stine, de veintinueve años, asesinado de un tiro en la cabeza.

Los jóvenes que llamaron aquella noche serían interrogados por la policía para entregar más detalles de lo sucedido. Afirmaban que el atacante era un hombre de entre veinticinco y treinta años, de cabello corto y castaño. Llevaba gafas, ropa oscura... y era caucásico, no afroamericano. Por lo visto, el operador de radio del Departamento de Policía de San Francisco que recibió la llamada había cometido un grave error al confundir las siglas de «adulto blanco» con las de «adulto negro» en el momento de redactar su informe. Aunque la información se rectificó y se avisó a los agentes que recorrían las calles en busca del asesino, no sirvió de nada. Se interrogó a los vecinos del sector y se organizó una enorme búsqueda en la zona, que incluyó docenas de agentes y un par de unidades con perros policiales. Por desgracia, no se pudo dar con el sospechoso y el operativo fue cancelado a las dos de la madrugada.

Los investigadores averiguaron que la compañía de taxis Yellow Cab había contactado a Paul Stine cerca de las 21.45 para que fuera al número 500 de la Novena Avenida. En aquel momento, Stine se encontraba en la parada de taxis de la zona de teatros del hotel Saint Francis, en el centro de San Francisco, pero canceló el viaje. Un minuto más tarde, a las 21.46 puso en marcha el taxímetro, pues había recogido a otro pasajero, quien debía ser su asesino. La última dirección apuntada por el conductor fue Washington con Maple, muy cerca de la escena del crimen.

Un detalle que llamó la atención de los oficiales presentes durante el levantamiento del cadáver fue que faltaba un trozo de la camisa de la víctima. Aun así, el crimen no parecía tener nada de particular. La billetera de Stine y las llaves del taxi habían desaparecido, por lo que la policía pensó que se trataba de un ladrón inexperto que actuó de forma desmedida durante un intento de robo. Al interior del taxi se encontró un casquillo de bala de 9 milímetros y los técnicos forenses pudieron rescatar la huella de una mano derecha impresa en sangre. La autopsia confirmó que Paul Stine había fallecido de un disparo a quemarropa sobre la sien derecha y que la bala todavía se encontraba alojada en su cerebro.

A la mañana siguiente, la policía ya contaba con un retrato hablado del asesino, el cual fue difundido entre los agentes y entregado a todas las compañías de taxis de la ciudad. Pocos días antes, se habían denunciado un par de asaltos a taxistas en el centro de San Francisco. Existía la sospecha de que se tratara de una banda de ladrones que podría estar involucrada en el asesinato de Stine.

También se probó que la huella de la mano ensangrentada encontrada en el interior del vehículo no correspondía a la de la víctima y se identificaron dos dedos, el anular y el cordial. La policía identificó a un tercio de los pasajeros que cogieron el taxi de Stine el día del crimen y recogieron muestras de sus huellas dactilares, pero ninguna coincidía.

La mañana del 14 de octubre, una de las editoras de las cartas al director del *San Francisco Chronicle*, Carol Fisher, recibió un sobre con el título de urgente. En el remitente, solo aparecía un círculo con

una cruz en el centro. Al abrirlo, un trozo de tela ensangrentado cayó sobre su escritorio. El mensaje decía lo siguiente:

> *Zodiaco al habla. Soy el asesino del taxista en la esquina de Washington con Maple ayer por la noche. Para demostrarlo, aquí está un trozo de su camisa manchada de sangre. Soy el mismo hombre que mató a las personas de la zona norte de la bahía. La policía de San Francisco me podría haber cogido anoche, si hubiera registrado bien el parque en vez de hacer carreras con sus motos a ver quién hacía más ruido. Los conductores de los coches tendrían que haber aparcado y haberse quedado esperando en silencio a que yo saliera de mi escondite*.

La nota finalizaba con una amenaza espeluznante:

> *Los escolares son buenos blancos. Creo que una mañana me voy a cargar un autobús escolar. Dispararé a la rueda delantera y luego liquidaré a los niños cuando salgan dando saltitos*.

El inspector de homicidios, David Toschi, era el encargado de la investigación en el asesinato del taxista Paul Stine. Ese mismo día, uno de los periodistas del *San Francisco Chronicle* le llevó la carta. Toschi de inmediato reconoció el trozo de tela ensangrentado: pertenecía a la camisa de la víctima, lo cual sería corroborado por la oficina forense.

Hasta entonces, el caso no se había relacionado con los crímenes perpetrados por el Zodiaco. Tras esta nueva evidencia, los departamentos de policía de Vallejo, Napa y San Francisco se prestaron a colaborar y formaron un grupo especial para detener al asesino.

Tanto la noticia de que Paul Stine se había transformado en la quinta víctima fatal del Zodiaco como la intimidante carta y la descripción del sospechoso fueron difundidas por la prensa, la radio y la televisión el 17 de octubre de 1969, causando pánico en la población.

El hecho de que el asesino amenazara con atacar un autobús escolar hizo que se tomaran una serie de medidas en toda la costa oeste de California. Los conductores fueron capacitados para enfrentar una situación de riesgo, se asignó un supervisor en cada autobús y escoltas con patrullas policiales con agentes armados. Además, los trayectos circundantes a las escuelas eran sobrevolados por avionetas y toda la comunidad estaba alerta.

Cuando el contenido de la carta se hizo público, los agentes de policía Donald Foukes y Eric Zelms manifestaron a los investigadores que tenían serias sospechas de que el hombre que vieron caminando cerca de la escena del crimen de Paul Stine la noche del 11 de octubre podía ser el Zodiaco. Lo describieron como un sujeto caucásico, con anteojos, cabello corto, de alrededor de un metro ochenta y de unos cien kilos. En ese momento, la instrucción había sido buscar a un afroamericano, por lo que no intentaron detenerle.

Por aquel entonces, no existía el concepto de «asesino en serie» y las autoridades ignoraban a lo que se estaban enfrentando. Las técnicas de identificación por ADN se encontraban en sus inicios y las huellas dactilares rescatadas desde las cartas, la cabina telefónica en el crimen de Vallejo y la mancha ensangrentada hallada en el taxi en San Francisco no resultaron de mucha utilidad, pues estaban incompletas.

Pero lo que más complicaba a los especialistas era que el comportamiento del Zodiaco era impredecible. Se sabía que era un sujeto inteligente y astuto, con conocimiento en lenguaje cifrado, el que utilizó para elaborar los criptogramas y burlarse de la policía. En un principio, se caracterizó por atacar a parejas jóvenes que se encontraban en zonas oscuras y alejadas, sin embargo, el asesinato de Paul Stine era diferente. Utilizó armas de fuego de distinto calibre en varios de sus crímenes, aunque también un cuchillo en el caso de Cecelia Ann Shepard y Bryan Hartwell.

Dos de sus víctimas masculinas habían sobrevivido, en parte, porque parecía ensañarse más con las mujeres. Los investigadores pensaban que en el fondo el Zodiaco era un misógino, hasta que Paul Stine se convirtió en la quinta víctima, echando por tierra dicha hipótesis. El hecho de que amenazara con atacar un autobús de niños resultaba todavía más desconcertante, ya que cambiaba por completo el perfil de víctima.

Mientras la investigación avanzaba a paso lento, a las dos de la madrugada del 22 de octubre, el Departamento de Policía de Oakland recibió un nuevo llamado del Zodiaco. Esta vez, afirmaba que se pondría en contacto esa misma mañana con un programa de entrevistas de Channel Seven, presentado por Jim Dunbar, donde exigiría la presencia de los experimentados abogados F. Lee Bailey o Melvin Belli. Este último pudo ser contactado en horas de la madrugada y se ofreció a colaborar. En tanto, la policía en coordinación con la cadena televisiva realizó una operación para recibir el llamado del supuesto asesino.

Esa mañana, y mientras Jim Dunbar y Melvin Belli se encontraban frente a las cámaras, solicitaron a los telespectadores que no

realizaran ningún llamado telefónico, pues el Zodiaco se comunicaría con ellos. A las 07.10 recibieron el primero de varios telefonazos.

Aunque toda la nación quedó estupefacta cuando el asesino amenazó con cometer otros crímenes, finalmente se pudieron rastrear las llamadas, las cuales provenían del Hospital Estatal de Napa. La policía no tardó en averiguar que se trataba de un paciente que llevaba tiempo recluido. Las operadoras que recibieron los llamados del Zodiaco con anterioridad afirmaron en forma unánime ante los investigadores que la voz de este sujeto no coincidía. El incidente sería catalogado como un *show* mediático, que solo evidenciaba cuán lejos estaban las autoridades de detener al verdadero asesino.

El 10 de noviembre de 1969, el *San Francisco Chronicle* recibió un nuevo sobre del Zodiaco, en cuyo interior se hallaba otro pedazo de la camisa de Paul Stine. Esta vez, incluyó un complejo criptograma de trescientos cuarenta símbolos ordenados en una cuadrícula de veinte líneas que en su momento no pudo ser descifrado, además del recuento de siete víctimas fatales y un listado de cinco meses: diciembre, julio, agosto, septiembre y octubre. En teoría, esto significaba que en agosto había matado a otras dos personas a las cuales nunca se había referido.

Los únicos asesinatos registrados en aquel mes eran los de dos chicas de San José, identificadas como Deborah Gay Furlong, de catorce años, y Kathy Snoozy, de quince. Ambas fueron encontradas muertas en un pequeño bosque. Se trató de un crimen horrendo, pues fueron apuñaladas más de ciento cincuenta veces en la espalda, el pecho y el cuello. Ninguna de las dos fue abusada sexualmente.

El trozo de la camisa de Paul Stine confirmaba que era una carta verídica del Zodiaco, pero la duda era por qué se estaba adjudicando tardíamente los asesinatos de Furlong y Snoozy. Para los especialistas, estaba claro que se encontraban frente a un sujeto narcisista, desesperado por llamar la atención. Tras los crímenes del lago Herman y Blue Rock Springs, realizó una llamada telefónica y entregó varios detalles que solo conocían los investigadores. En la escena del crimen del lago Berryessa, dejó un mensaje escrito en la puerta del vehículo de las víctimas. Por último, tras asesinar al taxista de San Francisco, le arrancó un trozo de camisa, la cual fue enviando por partes a la policía para garantizar la autenticidad de las cartas. La duda era por qué no había hecho nada de eso en los asesinatos de las dos adolescentes de San José. Además, resultaba difícil creer que tardara tanto tiempo en confesar aquel doble crimen, considerando que era evidente que disfrutaba de toda la publicidad otorgada por los medios de comunicación.

Pasarían dos años hasta que, a finales de 1971, un sujeto con trastornos mentales, llamado Karl Francis Werner, fue detenido y acusado de los asesinatos de Deborah Furlong y Kathy Snoozy, además de una tercera muchacha identificada como Kathy Bilek, apuñalada cuarenta y nueve veces el 11 de abril de ese mismo año.

En otra de las cartas enviadas después del arresto de Werner, el Zodiaco insistió en que él era el responsable de la muerte de Furlong y Snoozy. Los investigadores no creían que estuviese involucrado y estaban seguros de la culpabilidad de Werner, pero el 26 de agosto de 1971, otra joven de San José llamada Janet Mallicoat, de veintiún años, fue asesinada tras recibir ciento treinta puñaladas en la cabeza, el cuello y el pecho. El atacante también le había clavado

una tijera en el cráneo e intentó prenderle fuego con líquido inflamable, aunque no abusó sexualmente de ella.

Los encargados de la investigación estaban desconcertados. El crimen guardaba ciertas similitudes con los casos por los cuales Karl Werner había sido apresado pocos meses antes. Se llegó a insinuar que podía ser obra del Zodiaco, en un intento por confundir todavía más a las autoridades y atribuirse otra serie de asesinatos.

El caso del asesino del Zodiaco había alcanzado enorme notoriedad. No faltaban los bromistas que enviaban cartas a los medios de comunicación o llamaban a la policía para sembrar pistas falsas. A diario, se recibían cientos de llamadas telefónicas de personas que sospechaban que su compañero de trabajo, su vecino o su marido eran el Zodiaco. Incluso algunos afirmaban haber sobrevivido a sus ataques.

La cantidad de información que llegó a manejar la policía fue abrumadora. Se interrogó a más de dos mil quinientos sospechosos e incluso las autoridades accedieron a recibir la ayuda del afamado psíquico Joseph DeLouise, pero la investigación no avanzaba.

Paul Avery, un columnista del *San Francisco Chronicle*, había escrito varias notas en donde se burlaba e insultaba al Zodiaco de forma pública, hasta que se convirtió en el blanco de las amenazas. La decimoquinta carta del Zodiaco, recibida por el *San Francisco Chronicle* el 28 de octubre de 1970, era una tarjeta de Halloween que iba dirigida a él y decía lo siguiente:

> *De parte de tu amigo invisible. Tengo un presentimiento. Mueres por saber mi nombre, así que te daré una pista... Pero para qué vamos a arruinar el juego. Feliz Halloween*.

En la parte posterior de la tarjeta, adornada con ojos y esqueletos, agregó un mensaje que decía: *Esclavos, con fuego, con pistola, con cuchillo, con soga*.

Avery tomó la misiva como una amenaza directa y se obsesionó con la idea de que se convertiría en la próxima víctima del Zodiaco, por lo que compró un revólver para defenderse. La tensión lo afectó psicológicamente y comenzó a abusar del alcohol, arruinando así su carrera y su matrimonio.

El asesino dejaría de enviar cartas a los periódicos durante un período de casi tres años, hasta que el 30 de enero de 1974 llegó una nueva misiva al *San Francisco Chronicle*:

> *Creo que* El Exorcista *es la mejor comedia satírica que he visto en mi vida. Él se arrojó a la ola embravecida y un eco surgió de la tumba de los suicidios. Pío, pío, pío*.
>
> *PD: Si no veo esta nota en su periódico, haré algo feo. Y saben que soy capaz de hacerlo*.
>
> *Yo-37, SFPD-0*

Esta vez, el Zodiaco afirmaba que había asesinado a un total de treinta y siete personas. Esta sería la última carta confirmada como auténtica por los investigadores, aunque muchas otras llegarían a la redacción de los periódicos de *San Francisco Chronicle* e incluso *Los Angeles Times* en los años siguientes.

A mediados de los años setenta, Estados Unidos fue víctima de una verdadera plaga de asesinos en serie, y la sombra del Zodiaco

comenzó a diluirse poco a poco. Casos como los de Ted Bundy, David Berkowitz, John Wayne Gacy o Wayne Williams se robaron la atención de todos los medios de comunicación, evidenciando un fenómeno que estaba en auge y que aterrorizó a todo el país.

El avance de la ciencia y la tecnología contribuyeron al desarrollo de nuevas herramientas para identificar a estos criminales, y tanto la policía como el FBI adquirieron nuevos conocimientos respecto al comportamiento de los asesinos en serie.

Sin embargo, la investigación en torno al asesino del Zodiaco fue considerada un enorme fracaso. Aunque estuvo vigente hasta el año 2004, las autoridades decidieron etiquetarla como inactiva. Tres años más tarde, y debido a la presión de la opinión pública, el caso tuvo que ser reabierto. Aún hoy la policía recibe en promedio una nueva pista a la semana, sin embargo no ha habido avances significativos.

Han pasado más de cincuenta años desde que el Zodiaco sembró el caos en la costa oeste de California y su identidad sigue siendo un misterio. Han existido varios sospechosos de ser el escurridizo asesino: Gary Francis Poste, un aviador, militar y pintor de casas con un pasado violento; Richard Gaikowski, un periodista que guardaba gran parecido con el retrato hablado entregado por los testigos, y que fue internado en un centro psiquiátrico de Napa cuando el Zodiaco dejó de enviar cartas a los periódicos; Louise Jospeh Meyers, un joven que habría confesado a uno de sus amigos ser el autor de los crímenes, entre muchos otros.

También algunos afamados asesinos en serie han sido acusados de ser el Zodiaco, como Ed Edwards, George Hodel, el también supuesto asesino de la Dalia Negra, e incluso Dennis Rader, más conocido como BTK.

Aun así, Arthur Leight Allen fue durante muchos años el principal sospechoso de la policía. Calzaba con la descripción física del asesino, había estado en la Marina, tenía amplios conocimientos de lenguaje cifrado, era introvertido y tenía un CI de 137. Uno de sus amigos, y su propia familia, lo habían denunciado debido a su extraño comportamiento e incluso una de sus cuñadas afirmó haberlo visto con una carta que tenía símbolos extraños, la cual escondió en una caja metálica. Su esposa le dijo a la policía que lo vio con un par de cuchillos ensangrentados en el interior de su vehículo el mismo día que el Zodiaco atacó a Bryan Hartnell y Cecelia Ann Shepard en el lago Berryessa, pero este le aseguró que los había utilizado para matar pollos.

Allen sería interrogado por primera vez con respecto al caso en 1972 y los investigadores descubrieron que, en aquel momento, llevaba un anillo con la letra Z y un reloj suizo marca Zodiaco, el cual tenía grabado el mismo símbolo utilizado a modo de firma por el asesino: un círculo con una cruz en el centro.

Aquello era sospechoso, pero todas las pruebas en su contra resultaron ser circunstanciales. Allen sería investigado una vez más por la policía en 1991 y 1992, y si bien parecía disfrutar de la atención mediática, en todo momento alegó su inocencia. Varios años más tarde, pruebas de ADN y la comparativa de sus huellas dactilares lo descartaron en forma oficial de la investigación.

En 2021, un grupo formado por expolicías, analistas forenses y otros investigadores, autodenominados como los Case Breakers, señalaron de manera pública a Gary Francis Poste de ser el Zodiaco. Poste, quien había fallecido el 23 de agosto de 2018 a la edad de ochenta años, era un veterano de la Fuerza Aérea estadounidense

que ya había sido considerado como sospechoso por las autoridades en 2016, tras descubrirse rastros de ADN que lo vinculaban a una de las víctimas. Y a pesar de que el líder de los Case Breakers, Tom Colbert, insistió en que el caso está 95 por ciento resuelto, el FBI no ha confirmado nada hasta la fecha y el misterio continúa.

Se pudo probar que el Zodiaco estuvo involucrado en el asesinato de cinco personas, pero las cifras no parecen correctas. En la actualidad, tanto la policía como el FBI creen que podría haberse cobrado la vida de entre treinta y siete y cincuenta víctimas.

TED BUNDY

EL ASESINO DE UNIVERSITARIAS

Estados Unidos

El 4 de enero de 1974, en un distrito universitario de Seattle, en el estado de Washington, una joven estudiante de dieciocho años llamada Karen Sparks fue atacada al interior de su residencia. Por lo visto un intruso entró a su habitación mientras dormía, le partió el cráneo con un objeto contundente y luego arrancó una de las patas de la cama para sodomizarla de manera brutal. Sparks sería descubierta varias horas más tarde por uno de sus compañeros de cuarto y trasladada hasta un hospital en donde pudieron salvarle la vida, aunque su vejiga quedó desgarrada y sufrió un daño cerebral irreversible. La víctima no recordaba nada de lo sucedido y no pudo aportar ningún testimonio para identificar a su agresor. Tampoco se dio con alguna pista que ayudara a la investigación.

Cuatro semanas más tarde, la desaparición de una estudiante de psicología de veintiún años, llamada Lynda Ann Healy, sería denunciada a las autoridades. La joven vivía en el mismo distrito universitario junto a otras cinco chicas. Según sus testimonios, la vieron por última vez la noche del jueves 31 de enero. A la mañana siguiente no se presentó a trabajar, y cuando revisaron su cuarto no encontraron rastros de ella. La habitación de la joven, ubicada en el

sótano de la casa, estaba en perfecto orden, sin embargo, cuando la policía registró el lugar y quitó las sábanas de la cama encontró rastros de sangre sobre el colchón. Un camisón y una almohada con grandes manchas de sangre serían hallados en el interior de un clóset. Fue entonces que la desaparición de Lynda Ann Healy se transformó en una investigación por un posible asesinato.

Los agentes llegaron a la conclusión de que alguien había ingresado por una de las puertas laterales de la vivienda y atacado a la chica durante la madrugada, antes de raptarla. Aunque se interrogó a varias personas del círculo de la víctima, ninguna pudo aportar información relevante para el caso y la investigación se estancó.

El 18 de marzo 1974, en el condado de Turston, otra desaparición sería denunciada a la policía. Donna Manson, de diecinueve años, fue vista por última vez en los alrededores del campus del Evergreen State College, en Olympia, seis días antes, el martes 12 de marzo. Según dos de sus compañeras de residencia, la chica tenía planes de asistir a un concierto de jazz que se iba a realizar en la biblioteca universitaria, ubicada a unos doscientos metros de distancia. Cuando Manson no regresó aquella noche nadie se inquietó, pues solía quedarse en casa de amigos y hacía autostop con regularidad. A medida que los días pasaban y no tenían noticias de ella comenzaron a preocuparse, hasta que decidieron realizar la denuncia.

Pese a que la noticia se difundió por varios periódicos y a que se realizó una enorme búsqueda, la policía no pudo dar con la joven. Algunos medios insinuaron que incluso podía tratarse de una red de esclavitud operando en el estado de Washington, pero no existía

ninguna prueba que avalara esta hipótesis, que pronto fue desmentida.

El 17 de abril de ese mismo año, Susan Rancourt, una joven de dieciocho años, asistió a una reunión vespertina en uno de los salones de la universidad central de Washington, en Ellensburg. Vivía en uno de los dormitorios del campus, y cuando esa noche no regresó sus compañeros llamaron inmediatamente a la policía.

Rancourt era una chica responsable y predecible; jamás se ausentaba sin avisar a sus compañeras de cuarto o a sus padres. Una vez que se realizó la denuncia, los oficiales interrogaron a varios estudiantes y algunos recordaron haber visto a un sujeto joven, con el brazo en cabestrillo, rondando la zona e intentando entablar conversación con un par de chicas. Esta pista cobraría relevancia cuando, cuatro días más tarde, otra universitaria denunció a la policía que un hombre con el brazo enyesado trató de obligarla a subir a un vehículo Volkswagen escarabajo, estacionado en el mismo campus. Cuando la noticia se comunicó por medio de la prensa, al menos otras tres denuncias similares fueron recibidas por la policía. En todas ellas se describía a un sujeto de entre veinticinco y treinta años, educado y atractivo, que pedía ayuda para cargar un montón de libros y que se habría presentado bajo el nombre de Ted.

A partir de entonces, entre los agentes se comenzó a correr el rumor de que este misterioso «Ted» podría estar involucrado en las desapariciones, sin embargo, aquella información no formaba parte de un comunicado oficial por parte de las autoridades.

La tarde del 6 de mayo, Roberta Parks, una estudiante de veinte años de la universidad estatal de Oregon, fue vista por última vez por una amiga. Habían cruzado un par de palabras en una de las

áreas verdes del campus. Sus compañeros de cuarto, quienes estaban al tanto de que varias chicas jóvenes estaban desapareciendo en la zona de Seattle, se preocuparon cuando Parks no regresó a su habitación aquella noche y llamaron a la policía al día siguiente.

Los investigadores se tomaron en serio su desaparición, pese a que en un inicio evitaron vincular este caso con el de las otras chicas, pues les parecía extraño que el supuesto secuestrador se tomara la molestia de viajar desde Seattle a Oregon para dar un nuevo golpe.

Poco después, la policía fue alertada de una nueva desaparición. Esta vez se trataba de una muchacha de veintidós años llamada Brenda Ball. Aparentemente la chica se encontraba a las afueras de un bar llamado Flame Tavern, en el condado de King, cuando fue vista por última vez conversando con un sujeto con el brazo enyesado, cerca de la una de la madrugada del día primero de junio. Ball vivía en un apartamento de Normandy Park junto a un par de amigas, quienes se comunicaron con los padres de la chica cuando esta no regresó.

Once días más tarde, el 12 de junio, Georgann Hawkins, una universitaria de dieciocho años perteneciente a la fraternidad Alpha Teta de la Universidad de Washington, en Seattle, sería reportada como desaparecida. La joven había sido vista la noche anterior en las inmediaciones del campus y a la mañana siguiente debía presentarse a rendir un importante examen. Hawkins era una alumna responsable y su ausencia llamó la atención tanto de sus compañeros como de sus profesores.

La policía interrogó a todo su círculo y dio con un testimonio que les llamó la atención. Phyllis Armstrong, amiga y compañera de Hawkins, afirmó que cerca de las once de la noche del 31 de mayo, casi dos semanas antes, se topó con un sujeto a las afueras de la residencia universitaria donde ambas se alojaban. Se trataba de un hombre joven que llevaba muletas, una pierna enyesada y cargaba un bidón de gasolina. Este le dijo que se había quedado sin combustible y le solicitó ayuda para llevarlo hasta su vehículo. La chica lo acompañó hasta el sector de los estacionamientos, en donde se encontraba aparcado un Volkswagen escarabajo color beige. En cierto momento, el sujeto le pidió por favor que activara un botón ubicado bajo el volante del coche, pues era la única forma de que el motor encendiera. La joven ingresó al vehículo, pero comenzó a sospechar que algo no iba bien. Salió con rapidez del interior y le dijo al extraño que debía marcharse, pues tenía otras cosas que hacer. Aquello, que solo parecía tratarse de una curiosa anécdota, se transformó en algo mucho más inquietante tras la desaparición de su amiga.

Según Phyllis Armstrong, se trataba de un hombre de entre veinticinco y treinta años, delgado, de cabello castaño y ojos azules, que parecía simpático, educado y en ningún momento se mostró amenazador. Aun así, algo la hizo desconfiar.

Para la policía, el testimonio de la chica resultó preocupante. De inmediato sospecharon que podía tratarse del misterioso «Ted» sobre el cual los agentes llevaban rumoreando durante semanas. La posibilidad de que estuviese relacionado con la desaparición de Georgann Hawkins encendió todas las alertas.

Los medios de comunicación se hicieron eco de todas estas desapariciones y la presión de la ciudadanía se hizo evidente. A pesar de que se realizaron varias búsquedas en las zonas aledañas, no se dio con ningún cadáver, por lo que tampoco se podía afirmar que las jóvenes estuvieran muertas. Sin embargo, a medida que pasaban las semanas, los mismos familiares de las víctimas comenzaron a perder las esperanzas de que fuesen encontradas con vida.

El 3 de julio de 1974, las autoridades del estado de Washington se reunieron para discutir el asunto. Los investigadores habían planteado varias hipótesis: desde la participación de uno o dos sujetos que estaban raptando mujeres, hasta que se tratara de una secta satánica que las secuestraba para realizar sacrificios humanos.

Se realizó una rueda de prensa encabezada por el jefe de policía de Seattle, Robert Hanson, quien confirmó las sospechas de que todas estas desapariciones estaban relacionadas y que lo más probable fuese que implicaran actos criminales. También advirtió a la población, y sobre todo a las chicas más jóvenes, de que estuvieran alerta, pues era probable que el secuestrador continuara buscando víctimas. El mensaje era claro y aterrador. Pese a que el término «asesino en serie» aún no era utilizado de forma masiva, lo que días más tarde ocurriría en las orillas del lago Sammamish marcaría el curso de la investigación y pondría el caso en todos los noticieros del país.

El Sammamish forma parte de un parque estatal ubicado a unos trece kilómetros de Seattle. El domingo 14 de julio, concurrieron al lugar más de cuarenta mil personas para aprovechar el buen clima

durante esa jornada que, aunque nadie sabía, tendría un final dramático.

La policía se presentó en el parque tras recibir la denuncia de la desaparición de Denise Naslund, de diecinueve años. La joven, que se encontraba junto a su novio y unos amigos, fue vista por última vez cerca de las cuatro y media, cuando supuestamente se dirigía al baño. Poco después, las autoridades se enteraron de que otra chica que se encontraba en el lugar también había desaparecido, Janice Ott, de veintitrés años. Algunos testigos afirmaron haber visto a un sujeto con el brazo en cabestrillo que intentó entablar conversación con varias mujeres durante toda la jornada, incluyendo las dos chicas perdidas. Cuando algunas jóvenes pudieron brindar su testimonio a la policía, confirmaron que aquel hombre que les pedía ayuda para cargar una pequeña canoa en su automóvil se presentó con el nombre de Ted.

La búsqueda de Denise Naslund y Janice Ott se intensificó y la noticia se difundió a nivel nacional, sin embargo, todo fue en vano. Era como si a las chicas se las hubiese tragado la tierra. Para los investigadores quedó bastante claro que se trataba del mismo sujeto que había secuestrado a las estudiantes universitarias en Seattle, pero este golpe era todavía más osado. Esta vez había actuado a plena luz del día y bajo la mirada de miles de testigos. Por primera vez, los medios de comunicación enseñaron el retrato robot de Ted acompañado de una descripción física. Se trataba de un hombre caucásico de entre veinticinco y treinta años. Medía alrededor de un metro ochenta, tenía cabello castaño y rizado, ojos azules, y por lo general se presentaba con un brazo enyesado o incluso muletas para engañar a sus víctimas. Se hacía hincapié en que podía movilizarse

en un Volkswagen escarabajo color beige y que rondaba las bibliotecas de los campus universitarios, aunque tras los hechos ocurridos en el lago Sammamish la situación se volvió todavía más compleja.

Las jóvenes desaparecidas eran universitarias de clase media, atractivas, de entre dieciocho y veintitrés años, con cabello largo y oscuro, lo que dejaba claro que el secuestrador tenía un perfil de víctima específico. El impacto del caso fue tal, que muchas mujeres de Seattle comenzaron a cortarse el cabello o teñirse de rubio por miedo a llamar su atención.

Desde principios de la década de los sesenta, en Estados Unidos varios movimientos feministas habían alzado la voz en contra de las injusticias de un sistema desigual que normalizaba el desprecio y maltrato hacia las mujeres. El hecho de que ocho jóvenes desaparecieran en el estado de Washington en un período de seis meses no hizo más que exacerbar las demandas de quienes apoyaban la causa.

Los investigadores descubrieron que en el estado de Washington estaban inscritos más de cuarenta y dos mil Volkswagen del modelo escarabajo y decidieron revisar todos los registros vehiculares, lo que se convirtió en una tarea titánica. Existía la posibilidad de que *Te d* no fuese el verdadero nombre del sujeto al que buscaban, aunque de todas formas se filtró una lista de hombres llamados Ted o Teodore que fuesen propietarios de un automóvil de dichas características, proceso que debía ser realizado de forma manual y tomaría cientos de horas de trabajo.

Al mismo tiempo, la policía debía lidiar a diario con un promedio de quinientas llamadas telefónicas por parte de ciudadanos que

intentaban aportar diversas pistas para resolver el misterio, hasta que una en particular, recibida el día 8 de agosto de 1974, les llamó poderosamente la atención. Se trataba de Elizabeth Kloepfer, una joven que tenía varias sospechas con respecto al comportamiento de su novio de veintisiete años, llamado Teodore Robert Bundy.

Bundy, licenciado de psicología en la Universidad de Washington, no tenía antecedentes penales, aunque era propietario de un Volkswagen escarabajo color beige, detalle que interesó a los investigadores.

Kloepfer confirmó que Bundy guardaba mucha similitud con el retrato hablado que se había difundido por la prensa y la televisión. Además, había descubierto extraños objetos en su casa, como un par de muletas, vendajes con restos de yeso y una bolsa con ropa interior femenina. En cierto momento, incluso le habría confesado a su novia que había seguido a una chica en el campus porque sentía un «extraño impulso».

Parecía ser un buen sospechoso para la policía, pero le siguieron la pista en un par de ocasiones y no detectaron ningún comportamiento extraño. También se entrevistó a ocho testigos que estuvieron en el lago Sammamish el día de las desapariciones y les enseñaron una fotografía de Bundy, aunque el resultado fue decepcionante. Siete de estas ocho personas no pudieron reconocerlo. Pese a que fue incluido en una lista de cien sospechosos, no existía ninguna evidencia tangible que lo vinculara a los secuestros. Esta sería la primera vez que Ted Bundy apareció en el radar de los investigadores.

El 17 de septiembre, unos cazadores se toparon con varios restos óseos en un bosque ubicado a unos diez kilómetros del lago. La

policía organizó una enorme búsqueda en el área y hallaron el cráneo de Denise Naslund y la mandíbula de Janice Ott, los que fueron identificados gracias a sus registros dentales. Ambos restos presentaban fracturas contundentes que daban indicios de una muerte violenta.

Otro hecho aterrador fue el descubrimiento de varios huesos pertenecientes a una tercera víctima no identificada, hallazgo que no tardó en filtrarse a los medios de comunicación. Los investigadores sospechaban que podía tratarse de Georgann Hakwins, aunque de momento era imposible comprobarlo, pues su cráneo no fue encontrado en la escena. De lo que no había dudas era de que un asesino estaba suelto.

Las autoridades sentían una enorme presión por resolver el caso. Habían pasado dos meses desde que el escurridizo Ted raptara a dos mujeres a las orillas del Sammamish a vista y paciencia de miles de personas, pero aun así no habían conseguido identificarlo. La policía estaba a la espera de que el asesino volviese a actuar y esta vez cometiese algún error, pero aquello no ocurriría... Al menos no en el estado de Washington.

El 2 de octubre de 1974, Nancy Wilcox, una chica de dieciséis años, desapareció en Salt Lake City, en el estado de Utah. Por lo visto, Wilcox solía ausentarse de casa durante largas temporadas, por lo que tanto la policía como sus padres pensaron que se había marchado por iniciativa propia y no se iniciaría una búsqueda masiva sino hasta tres meses más tarde.

Poco después, Melissa Smith, de diecisiete años, también sería reportada como desaparecida. La joven fue vista por última vez en las cercanías de un bar, la noche del 18 de octubre. Nueve días más

tarde, su cadáver desnudo sería hallado en Summit County. Había sido violada y estrangulada con una media de nailon. Smith era hija del jefe de policía de Midvale, por lo que la noticia cobró relevancia dentro de los medios de comunicación locales. A pesar de que se realizaron todos los esfuerzos por esclarecer el crimen, la investigación pronto se estancó ante la falta de pruebas.

El viernes 8 de noviembre de 1974, cerca de las siete de la tarde, Carol Daronch, de dieciocho años, se encontraba en la librería de un concurrido centro comercial de Murray llamado Fashion Place Mall, cuando un sujeto se le acercó. Este se presentó como el oficial Roseland y le informó que habían descubierto a alguien intentando abrir su coche, un llamativo Camaro de color rojo. El hombre leyó el número de la patente y Daronch confirmó que era la dueña del vehículo, por lo que el agente le pidió que lo acompañara para verificar que no hubiesen robado ninguna de sus pertenencias.

Se dirigieron hasta el sector de los estacionamientos y, una vez que la joven comprobó que no le faltaba nada, anunció que el hombre que intentó robar su vehículo se encontraba en la estación de policía y que podrían procesarlo si ella presentaba una denuncia. Según el testimonio de Daronch, en cierto momento percibió que el supuesto oficial olía a alcohol y le pidió que le mostrara algún tipo de identificación. Luego de que este sacara y le enseñara su placa, ella accedió a acompañarlo hasta la comisaría. Caminaron a otro sector de los estacionamientos y la invitó a abordar un Volkswagen escarabajo, en el que se alejaron del centro comercial.

Si bien a la joven le parecía extraño que un policía condujera este tipo de vehículo, pensó que podía tratarse de un agente encubierto. Todo cambió cuando el hombre detuvo el coche en una esquina, la

agarró por el brazo y le esposó una de las muñecas. Ante la sorpresa de la chica, el atacante sacó una pistola y la amenazó con volarle la cabeza si se resistía. En un acto desesperado, Daronch consiguió golpearle el rostro, abrir la puerta del copiloto y saltar del vehículo. Mientras intentaba huir, el sujeto comenzó a perseguirla con una barra de hierro para golpearla, pero ella se defendió con todas sus fuerzas. En ese mismo momento vio un auto acercarse, hizo señas al conductor para que se detuviese y pidió a gritos que la llevara hasta la comisaría. Su agresor se había dado a la fuga.

Carol Daronch contó todo lo sucedido a la policía y entregó una completa descripción del hombre que había intentado secuestrarla y el automóvil que conducía. En su muñeca todavía colgaba el par de esposas que el sujeto le había puesto a la fuerza, las cuales se convirtieron en evidencia.

Esa misma noche, en la ciudad de Bountiful, unos treinta kilómetros al norte de Murray, Deborah Kent, de diecisiete años, asistió a una obra musical en la secundaria Viewmont. Su familia comenzó a preocuparse cuando no regresó a casa, y avisaron a la policía. El vehículo de la chica sería encontrado en las afueras del establecimiento, lo que abría la posibilidad de que hubiese sido interceptada por alguien una vez que la obra terminó, cerca de las nueve. Mientras registraban la zona, un oficial encontró una pequeña llave que parecía pertenecer a unas esposas. Los investigadores estaban al tanto del otro incidente denunciado pocas horas antes y no tardaron en conectar ambos casos. La llave encontrada en el estacionamiento correspondía a las esposas que llevaba Carol Daronch en la muñeca.

La inquietante noticia fue difundida por varios medios de comunicación, hasta que tres semanas más tarde, el 27 de noviembre, dos excursionistas encontraron el cadáver desnudo de una joven cerca del American Fork Canyon. Los investigadores estaban seguros de que se trataba del cuerpo de Deborah Kent, aunque luego se comprobó que correspondía a Laura Amie, una chica de diecisiete años vista con vida por última vez el 31 de octubre. Su desaparición no fue reportada a la policía, pues sus padres pensaron que solo se había marchado de la ciudad y jamás consideraron la posibilidad de que hubiese sido víctima de un crimen.

La autopsia dictaminó que la joven había fallecido debido a varios golpes en la cabeza que le fracturaron el cráneo y tras una asfixia con una media de nailon. El forense también concluyó que estuvo viva al menos hasta el día 20 de noviembre, lo que indicaba que llevaba un total de veinte días en cautiverio cuando fue asesinada.

Todo el país estaba al tanto de lo que había ocurrido en Seattle durante los últimos meses, y a pesar de que no se registraron nuevos crímenes en la zona, nadie estaba tranquilo. Dos desapariciones, dos asesinatos y un intento de secuestro terminaron por convencer a las autoridades del estado de Utah que posiblemente Ted se había mudado de Washington y estaba actuando bajo sus propias fronteras.

El 12 de enero de 1975, Caryn Campbell, de veintitrés años, se encontraba junto a su novio en el lobby de un hotel en Aspen, Colorado. La joven tomó el ascensor para ir en busca de una revista que había olvidado en su habitación, cuando fue vista por última vez. Un mes más tarde, su cadáver desnudo y parcialmente

devorado por los animales de la zona, sería hallado a unos tres kilómetros del hotel. Los forenses comprobaron que Campbell había sido abusada sexualmente y que falleció el mismo día de su secuestro.

El 2 de marzo de 1975, un grupo de estudiantes de silvicultura de la universidad pública de Green River encontró lo que parecía ser el trozo de un cráneo humano en el monte Taylor, en el estado de Washington. Docenas de policías y voluntarios se sumaron para revisar la zona, hallando en total cuatro cráneos femeninos. Tras los análisis forenses, y gracias a los registros dentales, se determinó que pertenecían a Lynda Ann Healy, Susan Rancourt, Roberta Parks y Brenda Ball. El hecho de que no se encontrara ningún otro vestigio de los cadáveres significaba que el asesino las había decapitado y arrojado sus cabezas en aquel sitio.

Mientras las autoridades seguían ocupadas en el macabro hallazgo realizado en el monte Taylor, en el estado de Colorado las desapariciones continuaban. Julie Cunningham, de veintiséis años, fue vista por última vez el 15 de marzo, y Denise Oliverson, de veinticuatro, el 6 de abril. A estos dos casos se sumarían al menos otras tres denuncias de desaparición.

Cerca de las tres de la madrugada del 16 de agosto de 1975, un agente de la Patrulla de Caminos de Utah, llamado Robert Hayward, divisó un automóvil sospechoso en un área residencial de Salt Lake City. Se trataba de un Volkswagen escarabajo color beige que parecía rondar la zona con las luces apagadas. Aquello fue suficiente para que Hayward se acercara al coche y encendiera su reflector, pero el sospechoso se dio a la fuga. Tras una breve persecución, el sujeto detuvo el vehículo y se bajó con las manos en alto. Este sería

identificado como Teodore Robert Bundy, un hombre de veintiocho años. Se excusó diciendo que se había puesto nervioso al ver que se trataba de un policía, pues había estado fumando marihuana y quiso huir. El pretexto no sirvió de mucho. El oficial Hayward lo puso bajo arresto, abrió la cajuela del Volkswagen y encontró un pasamontaña, una máscara de pantimedias con huecos en los ojos, guantes, cuerdas, bolsas plásticas, una linterna, un picahielos y una barra de hierro, entre otros elementos que le hicieron pensar que había atrapado a un ladrón de casas.

La detención de Bundy no tardó en llamar la atención de los investigadores. Entre los objetos que llevaba, se incluía también un par de esposas similares a las utilizadas en el intento de secuestro de Carol Daronch el 8 de noviembre de 1974. La única pista en el caso de la desaparición de Deborah Kent, ocurrida ese mismo día, era justamente la llave de un par de esposas. De momento, Bundy sería acusado por cargos menores: evasión policial y posesión de herramientas para robo. Sin embargo, las autoridades de Utah decidieron comunicarse con los departamentos de Policía de Washington y Colorado, pues estaban al tanto de que las desapariciones y crímenes en esos tres Estados guardaban una notable similitud. De hecho, cuando allanaron la vivienda que Bundy rentaba en Salt Lake City, hallaron un programa de la presentación musical de la secundaria Viewmont, desde donde desapareció Deborah Kent el 8 de noviembre de 1974, y también una guía de viaje de las estaciones de esquí de Colorado, en donde estaba marcado con lápiz el hotel donde fue secuestrada Caryn Campbell el 12 de enero de 1975. Todo parecía indicar que por fin habían detenido al escurridizo Ted.

Teodore Robert Bundy se encontraba en la lista de los cien principales sospechosos de la policía en los casos de las jóvenes desaparecidas, y su arresto supuso un enorme avance en la investigación. Los detectives estaban bastante seguros de que no se trataba de un simple ladrón, pero probarlo no sería tarea fácil. Si bien existían demasiadas coincidencias —como el hecho de que se llamara Ted o fuese propietario de un Volkswagen escarabajo color beige—, Bundy no tenía antecedentes penales. Ni siquiera su apariencia era la de un delincuente. Tenía una licenciatura en psicología, cursaba leyes en la Facultad de Derecho de la Universidad de Utah, era activista político del Partido Republicano y miembro de una congregación religiosa.

Una de las piezas clave sería el testimonio de Carol Daronch, citada al Departamento de Policía para una rueda de reconocimiento, donde no dudó en apuntarlo como el sujeto que intentó raptarla a principios de noviembre de 1974. En ese instante, Ted Bundy no solo se convirtió en el sospechoso de los secuestros y asesinatos registrados en Utah, sino también en Seattle. Y a pesar de que pudo salir en libertad bajo fianza, estaba siendo vigilado de manera rigurosa por la policía hasta que comenzara el juicio.

Las dudas en torno al caso tuvieron un alcance todavía mayor cuando autoridades de Utah, Washington y Colorado se juntaron a dialogar con respecto a varios crímenes perpetrados en los tres Estados, lugares que Bundy había visitado durante el último año. De momento, solo sería acusado por el intento de secuestro de Carl Daronch, aunque la policía ya trabajaba para adjudicarle otros cargos por asesinato.

Varios medios de comunicación cubrieron la noticia, y lo que más llamó la atención fue la arrolladora personalidad de Bundy. Desde un principio, quedó en evidencia que disfrutaba estar frente a las cámaras. No solo afirmaba que era inocente y que todo se debía a un simple error, sino que bromeaba con los periodistas y parecía estar seguro de que sería absuelto.

Al mismo tiempo, familiares y cercanos de Bundy se mostraron sorprendidos tras su detención. Incluso varios miembros de su agrupación religiosa le enviaron cartas para levantarle el ánimo. Casi todos aquellos con los que se relacionaba parecían tener una buena impresión de él. En 1973 había sido asistente del líder republicano Ross Davis y también trabajó como voluntario en una línea de prevención de suicidios en donde, según la escritora y por aquel entonces amiga de Bundy, Ann Rule, ayudó a salvar varias vidas. Además, había sido condecorado por la policía de Seattle por salvar a un niño de tres años de morir ahogado en una piscina.

Durante el juicio, que daría inicio el 23 de febrero de 1976, los periodistas le preguntaban a Bundy si estaba involucrado en las otras desapariciones, y este se limitaba a decir que era inocente de todo lo que se le acusaba. Entre los mismos reporteros existía un halo de escepticismo, ya que Bundy tenía la apariencia opuesta a la de un criminal común. Por todo esto, cuando fue declarado culpable del intento de secuestro de Carol Daronch y condenado a pasar tras las rejas de uno a doce años, todos quedaron sorprendidos.

El informe psicológico, llevado a cabo por el especialista Al Carlisle en la prisión estatal de Utah, indica que Bundy era un hombre inteligente, que no padecía ningún tipo de enfermedad mental. Al mismo tiempo, evidenciaba un comportamiento pasivo agresivo

consistente con el tipo de crímenes por los que se le acusaba y trataba de ocultar su lado violento manteniendo y expresando que su personalidad era intachable. A pesar de que la gente de su entorno lo consideraba un sujeto normal e incluso encantador, Carlisle pudo entrevistar a una de sus exnovias, la cual le confesó que en cierta ocasión intentó ahogarla en la playa sumergiéndole la cabeza varias veces en el agua.

Desentrañar la mente de Ted Bundy sería una tarea compleja. Era un tipo inteligente y carismático y llegó a manipular a sus entrevistadores, quienes reconocieron que muchas veces se vieron superados por su perspicacia. Su llamativa personalidad no solo comenzó a atraer a los especialistas y a la prensa, sino también a una gran parte de los estadounidenses, a los que les costaba creer que aquel hombre educado, elegante y atractivo fuese un asesino.

El 21 de octubre de 1976, mientras Bundy se encontraba en la cárcel, él y su abogado fueron notificados de que se le acusaba de manera formal del asesinato de Caryn Campbell en Colorado. Los investigadores no solo contaban con el folleto hallado en su habitación en Salt Lake City, sino que también consiguieron los recibos de recarga de combustible que lo ubicaban a pocos kilómetros del lugar en donde la víctima fue vista por última vez y a un testigo que afirmaba haberlo visto en el mismo hotel el día de la desaparición. Además, un grupo de forenses halló un cabello en el interior del Volkswagen de Bundy, el cual tras ser analizado se comprobó que correspondía a Campbell.

Sería extraditado a Colorado, en donde corría el riesgo de ser condenado a muerte, pero lejos de mostrarse preocupado declaró que estaba seguro de que podría ganar el juicio. De hecho, en un

movimiento sorpresivo, despidió a sus abogados y decidió representarse a sí mismo. Cada vez que enfrentaba una cámara, saludaba y sonreía con confianza. Incluso accedió a comparecer ante las autoridades del estado de Colorado sin presentar queja alguna, porque insistía en que era inocente de los cargos que se le imputaban.

El 17 de marzo de 1977, Bundy cedió una entrevista televisada en la prisión de Aspen, en la que se refirió a las graves acusaciones en su contra. Y aunque jugó al misterio y respondió de forma ambigua algunas de las preguntas, parecía ser un sujeto inteligente y simpático, que incluso arrancó un par de sonrisas a sus entrevistadores. Afirmó que estaba decidido a demostrar su inocencia y dijo que la experiencia lo ayudaría a convertirse en un excelente abogado.

El día 2 de marzo de 1977, comenzó la audiencia preliminar por el caso del asesinato en primer grado de Caryn Campbell, en el juzgado del condado de Pitkin, Colorado. Bundy confirmó su petición de representarse a sí mismo y tuvo completo acceso a la biblioteca de leyes, la cual se ubicaba en la parte posterior de la sala de tribunales y estaba abierta a cualquier abogado que trabajara en el lugar. Y a pesar de que un guardia lo vigilaba mientras consultaba los textos de derecho, la mañana del 7 de junio se lanzó desde la ventana del segundo piso y se dio a la fuga. El oficial que debía cuidarlo lo dejó a solas en la biblioteca por un par de minutos... jamás imaginó que Bundy se atrevería a saltar desde una altura de casi ocho metros. Cuando se dieron cuenta de su ausencia, ya era demasiado tarde.

Se establecieron bloqueos en las carreteras de Aspen y cientos de policías salieron a la calle en su búsqueda. Los noticieros alertaron a la ciudadanía de la fuga, lo que desató un desconcierto total. Incluso varios cazadores de la zona salieron a recorrer los bosques, cargando rifles y escopetas con la intención de encontrarlo. Las autoridades ya habían advertido que se trataba de un criminal peligroso, aunque estaban seguros de que difícilmente podría haber salido de Aspen. Los únicos accesos a la ciudad eran vigilados y su fotografía estaba en todos los periódicos del país. Sin embargo, los días pasaban y la situación comenzó a ser preocupante. Bundy era más astuto de lo que parecía y el FBI tuvo que intervenir, aunque tampoco pudieron hacer demasiado.

Seis días más tarde, el agente Floyd Flatt, quien había estado toda la jornada en busca del fugitivo cerca de las montañas de Aspen, divisó un vehículo que, al notar su presencia, apagó todas las luces. Aquello le pareció sospechoso y le ordenó que se detuviera. Se acercó al conductor, el cual llevaba gafas y una gorra con que cubría parte de su cara. El oficial Flatt sacó su revólver y le apuntó a la cabeza, pues reconoció a Bundy, quien fue arrestado sin prestar mayor resistencia.

La recaptura de Ted Bundy supuso un torbellino periodístico. Había conseguido evadir a la policía y al FBI durante casi una semana, tras huir desde la sala de tribunales de Aspen sin la ayuda de terceros. En aquel momento no estaba esposado y era vigilado por un guardia que lo había perdido de vista por un par de minutos, mientras se encontraba en la biblioteca. Esto acarreó una oleada de críticas hacia las autoridades: se trataba de un acusado de asesinato en primer grado y las medidas de seguridad debían ser absolutas.

Cuando las cámaras de televisión lo grabaron por primera vez después de su fuga, el día 13 de junio de 1977, Bundy había perdido varios kilos, pero saludó de forma amistosa a los periodistas y afirmó que se encontraba bien. Ese mismo día sería notificado de nuevos cargos en su contra: escape, robo en segundo grado, delito menor de robo y delito grave de robo, por los cuales arriesgaba una pena de hasta noventa años de cárcel. Lejos de mostrarse abatido por su captura, Bundy abandonó los tribunales con una amplia sonrisa y aire triunfal. Era evidente que disfrutaba de la atención mediática.

Según declararía más tarde, había estado planeando su escape durante varias semanas. Acudía a la biblioteca a diario para consultar textos, sacar fotocopias y articular su defensa. Tras evaluar varias opciones, decidió que saltar desde la ventana de la biblioteca de tribunales era su mejor alternativa. Lanzarse desde casi ocho metros de altura podría haberle provocado una lesión grave, pero solo se torció un tobillo. El mismo Bundy confesaría que llevaba semanas saltando desde la parte superior del camarote de su celda, una y otra vez, para fortalecer sus piernas. También trotaba varios minutos al día para mejorar su condición física y aumentar su resistencia, pues sabía que tendría que escapar a pie hacia las montañas para ocultarse. Era consciente de que Aspen tenía solo dos accesos y que intentar abandonar la ciudad cruzando la carretera sería inútil. La mañana del 7 de junio, y tras un receso en la sala de tribunales, Bundy se dirigió a la biblioteca y aprovechó la distracción de uno de los guardias que salió a fumar a uno de los pasillos. Abrió la ventana y saltó.

Tras su fuga encontró una cabaña abandonada en mitad del bosque y pasó allí un par de noches. Sin embargo, el hambre y el

frío lo obligaron a bajar a la ciudad, en donde robó un vehículo. Pocas horas más tarde, sería detenido por la policía.

Según Bundy, decidió huir de prisión porque estaba cansado de estar tras las rejas por un delito que no había cometido e intentó romantizar su escape afirmando que se trató de una experiencia maravillosa, en donde puso a prueba su astucia y su voluntad.

Y a pesar de que regresó a la cárcel y fue encerrado en una celda de alta seguridad en el condado de Garfield, Colorado, era evidente que se sentía orgulloso de lo que había conseguido. Su caso cobró gran repercusión no solo por las graves acusaciones en su contra, los rumores de que había matado a varias mujeres y su espectacular fuga, sino porque él mismo se transformó en un personaje atractivo para los medios de comunicación.

Teodore Robert Bundy nació en un hogar para madres solteras en Vermont, Estados Unidos, el 24 de noviembre de 1946. Su madre, Eleanor Louise Cowell, de veintidós años, fue enviada allí por sus padres tras quedar embarazada de un hombre que se decía pertenecía a la Fuerza Aérea y que la abandonó luego de enterarse de que esperaba un hijo.

La familia Cowell quería evitar el estigma social de que su hija fuese una madre soltera y su nieto un niño ilegítimo, por lo que decidieron hacerse pasar por sus padres. Sería bautizado como Teodore Cowell y Eleanor fingió ser su hermana mayor, aunque cuatro años más tarde se mudaría con el pequeño Ted hasta Tacoma, en el estado de Washington. Varios testimonios afirman que el padre de Eleanor, Samuel Cowell, era un hombre racista, agresivo y adicto a la pornografía, que maltrataba a su esposa y a sus hijas, y

es muy probable que la joven decidiera marcharse de casa por estos motivos.

En varios libros sobre criminología se ha mencionado que el abuelo de Ted, Samuel Cowell, abusaba física y psicológicamente de él, sin embargo, esto no ha sido probado. Incluso la doctora Dorothy Lewis, psiquiatra especialista en personalidades violentas, sostuvo que Bundy podría haber nacido fruto del incesto entre Samuel y su hija, pero por medio de pruebas de ADN esta hipótesis también quedó descartada, como queda en evidencia en el documental de 2020 *Crazy, not insane*.

Ted y su madre vivieron durante un tiempo en la casa de un tío abuelo, el cual era profesor de música de la Universidad de Puget Sound en Washington. Se trataba de un hombre culto, elegante y con una buena situación económica, al que el chico admiraba.

En 1951, Eleanor contrajo matrimonio con un cocinero del Ejército llamado John Bundy y con el cual tendría otros cuatro hijos. Y a pesar de que parecían ser una familia unida, Ted mostró grandes dificultades para adaptarse. Era tartamudo, tímido y retraído. Aún creía que Eleanor era su hermana y no entendía por qué se habían marchado del lado de sus supuestos padres. Según varios especialistas, esa incertidumbre que lo abrumó durante la niñez terminaría afectando su autoestima.

En la miniserie de Netflix *Conversaciones con asesinos: las cintas de Ted Bundy*, él mismo asegura que tuvo una infancia normal, rodeada de amigos. Sin embargo, es probable que idealizara su vida para no mostrarse como una persona vulnerable o desadaptada. Insistía en que era popular y uno de los primeros de su clase, pero

en el fondo era un chico solitario y con calificaciones promedio, a pesar de que poseía un CI de 136.

A la edad de ocho años, comenzó a ver revistas pornográficas que contenían escenas relacionadas con la dominación y el *bondage*, las cuales resultarían cruciales a la hora de despertar sus fantasías sexuales más extremas. El sometimiento y la cosificación de la mujer le resultaban estimulantes, quizá debido a su personalidad psicopática, su baja autoestima y su incipiente sadismo.

En ese mismo período se enteró de que era hijo ilegítimo y que Eleanor no era su hermana, sino su madre. Al parecer, uno de sus primos se lo había confesado. Durante varios años tuvo dudas con respecto a su ascendencia y sus sospechas solo se confirmaron en 1969, a la edad de veintidós años, cuando encontró su certificado de nacimiento.

Ted recibiría el apellido Bundy, y aunque despreciaba a su padrastro por considerarlo torpe y no generó demasiados lazos con sus mediohermanos, por lo visto no sentía ningún resentimiento hacia ellos. Con su madre pasó todo lo contrario. Se sentía traicionado, y aunque no fue agresivo con ella en términos físicos, jamás la perdonó.

Durante la adolescencia se mostró como un chico en extremo conservador. No tenía amigos, no salía a fiestas, tenía mal carácter, y aunque era atractivo tampoco tuvo novias. Sus compañeros de escuela solían molestarlo por su extrema timidez. Esto no parecía afectarle tanto como no pertenecer a la clase alta. Ambicionaba ser alguien exitoso y desde muy joven se propuso estudiar psicología, derecho o entrar al mundo de la política, aunque también mostró

interés por convertirse en oficial de policía, al igual que otros asesinos en serie.

Bundy leía, estudiaba y comenzó a subir las notas en la secundaria, pero al mismo tiempo desarrolló su lado más antisocial, mostrando varias conductas delictivas. Espiaba a las chicas del barrio por las ventanas, realizaba todo tipo de hurtos e incluso fue sospechoso de robar un vehículo y de allanamiento de morada en dos ocasiones, pero estos incidentes no pasaron a mayores y no se levantaron cargos en su contra.

Una vecina de la infancia, llamada Sandi Holt, en el documental *Ted Bundy: la mente de un monstruo* afirmó que disfrutaba atormentando a niños menores que él. De hecho, reveló que a algunos los llevaba a lugares apartados, en donde los desnudaba para intimidarlos. También existen registros de que solía torturar animales. En una ocasión colgó a un gato callejero en el tendedero de su patio, lo roció de líquido inflamable y le prendió fuego.

El 31 de agosto de 1961, Ann Marie Burr, una niña de ocho años, vecina y conocida de Bundy, desapareció de su domicilio. A pesar de que se realizó una extensa búsqueda, jamás se pudo dar con su paradero. Estudios recientes apuntan a Bundy como el principal sospechoso. En 2018 la policía de Washington anunció que había iniciado una investigación que lo relacionaba con el que podría haber sido su primer asesinato, cuando tenía apenas catorce años... El caso continúa abierto.

Muchas de las personas que lo conocieron en aquella época coinciden en que Bundy era un chico tranquilo y educado. Sin embargo, continuaba siendo un solitario que no parecía encajar en ninguna parte. Fue cuando se graduó de secundaria y cursó un

programa intensivo de chino en la Universidad de Washington, que experimentó un cambio radical; no solo sería descrito por sus cercanos como alguien divertido y encantador, sino carismático. Vestía de forma elegante, obtenía excelentes notas e incluso tuvo un par de novias.

Es posible que Bundy comprendiera que para convertirse en alguien exitoso y alcanzar sus objetivos no solo bastaba con ser un alumno aplicado, sino también una persona con habilidades sociales, influyente y atractiva. Sin embargo, al mismo tiempo, comenzaban a evidenciarse varios de sus rasgos psicopáticos, como su arrogancia, mitomanía y su exacerbado narcisismo. Creía ser mucho más listo que el resto y subestimaba la inteligencia de su entorno.

En la intimidad, Bundy estaba obsesionado con controlar a sus parejas. Le gustaba forcejear con ellas e incluso asfixiarlas mientras mantenían relaciones sexuales. El sexo tradicional no parecía complacerlo y siempre intentaba tener una posición dominante. También seguía y acechaba mujeres por la calle, sobre todo a aquellas que le parecían atractivas. A algunas incluso las seguía hasta sus casas y las espiaba por las ventanas para excitarse. Por lo visto, en esa época también desarrolló un fetiche con los calcetines. Compraba enormes cantidades y estaba obsesionado con sus propios pies, como confesaría años más tarde al periodista Hugh Aynesworth, frente a quien afirmó:

> Uno de mis sueños más preciados es tener toda la ropa interior y los calcetines que pueda usar. Es una de mis fantasías. Para poder usar calcetines nuevos todos los días. Y debo admitir que he tenido tres o cuatro docenas, todos comprados con tarjetas de crédito robadas.

> Tengo un fetiche con los calcetines, no hay duda al respecto. Debo tener seis o siete pares aquí en mi celda.
>
> Estoy muy cerca de mis pies en este momento. Estoy acostado, boca arriba, con el pie apoyado en los barrotes. Estoy estudiando los dedos de mis pies. Son probablemente los pies más atractivos que jamás hayas visto.

Las fantasías de Bundy giraban en torno al sadismo, el fetichismo y el voyerismo. Poco a poco irían escalando y se tornarían cada vez más peligrosas.

A pesar de que se había transformado en alguien popular y parecía tener varias amistades, todas sus relaciones eran superficiales y vacías. Aquello cambiaría cuando conoció a Diane Edwards, en la primavera de 1967. Mencionada en varios documentales y textos bajo el pseudónimo de Stephani Brooks para proteger su identidad, Edwards era una joven inteligente y atractiva, proveniente de una acaudalada familia de California. Se enamoraron y comenzaron una relación que parecía prometedora, sin embargo, la chica no tardó en decepcionarse de su nuevo novio.

Al parecer, Bundy era inmaduro y poco constante. En 1968, abandonó su carrera para tomar clases de planificación urbana y sociología en la Universidad de Washington, aunque sus calificaciones fueron pobres. Ese mismo año, Diane Edwards se graduó de psicología, regresó a California y terminó la relación en vista de que su novio no parecía hacer demasiado por conseguir sus objetivos.

La ruptura tuvo un efecto nefasto en el joven Bundy, quien en vano le envió varias cartas para intentar reconquistarla. Toda esa angustia se iría transformando en un odio profundo.

A pesar de que Bundy tuvo un par de empleos mediocres y continuaba cometiendo delitos menores como hurtos y robos, nunca olvidó sus aspiraciones. Comenzó una carrera política como voluntario del Partido Republicano, en donde llamó la atención de varios representantes. En 1969 se matriculó en la Universidad de Washington para estudiar psicología, donde esta vez destacó como uno de los mejores alumnos de su generación. Ese mismo año conocería a una joven de veinticuatro años llamada Elizabeth Kloepfer, con la cual inició una relación amorosa. Kloepfer era una madre soltera, tímida y sumisa, que cayó rendida ante los encantos de Bundy. Este no solo parecía la pareja ideal, sino que además demostró gran cariño por su hija, a la que consentía en todo.

Sin embargo, al poco tiempo la joven comenzó a darse cuenta de ciertas particularidades que su novio tenía en la cama. A veces era agresivo y le pedía que se quedara inmóvil mientras mantenían relaciones sexuales. Aun así, en general se llevaban bien y compartían como si fuesen una familia.

A medida que pasaron los meses, Kloepfer comenzó a fantasear con casarse, pero aunque estaba enamorada le resultaba imposible pasar por alto los comportamientos cuestionables de su novio. Bundy era un oportunista que robaba casi cualquier cosa que se le ponía en frente. En cierta ocasión intentó confrontarlo por un hurto en un almacén y este le dijo que si le contaba a alguien lo que había visto le rompería el cuello.

En 1972, poco antes de graduarse de psicología, Bundy comenzó a trabajar como consejero en el Suicide Hotline Crisis Center, en donde ayudaba a personas con tendencias suicidas. Tuvo un desempeño notable, formó parte de una comisión contra el crimen

en Seattle abocada a la prevención del abuso sexual contra las mujeres e integró el departamento de planificación de justicia.

En este punto, Bundy se dio cuenta de algo que le llamó la atención: no existía una comunicación efectiva entre los departamentos de policía, incluso entre los distritos más cercanos. El sistema de autopistas interestatales, proyecto iniciado a mediados de los años cincuenta en Estados Unidos, permitía a millones de norteamericanos atravesar a diario diversos estados de manera rápida y sencilla. Bundy llegó a la conclusión de que si alguien podía desplazarse de un Estado a otro mientras cometía todo tipo de crímenes no sería identificado por las autoridades. Esta idea permaneció fresca en su cabeza cuando, años más tarde, se convirtió en un asesino en serie.

Gracias a sus conexiones políticas y una recomendación del gobernador Daniel Evans, para quien trabajó como asistente de campaña, consiguió ingresar a la Universidad de Washington y comenzó a estudiar derecho en 1973. Ese mismo año se reencontraría con su exnovia, Diane Edwards, quien quedó impresionada por el cambio de Ted.

Bundy se había titulado de psicología, era un miembro activo del Partido Republicano, estaba asistiendo a la universidad para convertirse en abogado y parecía alguien mucho más maduro. La chica no tardó en regresar con él y aceptó gustosa cuando este le propuso matrimonio, aunque ignoraba que él ya tenía una novia.

Todo parecía ir bien, pero después de pasar juntos la Navidad de 1973, Bundy no volvió a visitarla. La joven lo llamó para pedirle una explicación y este le respondió: «No tengo ni idea de lo que estás hablando». Luego cortó el teléfono. A pesar de que la chica continuó

llamándole y enviándole cartas, nunca más le contestó. Lo que no sabía era que, desde un principio, Bundy se había propuesto reconquistarla para luego romper con ella. Esa sería su venganza.

Pocas semanas más tarde, el 4 de enero de 1974, Karen Sparks, una estudiante de dieciocho años, fue encontrada moribunda en el interior de una residencia universitaria. Entonces, comenzaría una de las más alarmantes oleadas de crímenes perpetradas por un solo sujeto de las que se tenga registro en Estados Unidos.

Para finales de 1977, Ted Bundy se había transformado en uno de los criminales más notorios del país. A pesar de que solo había sido condenado por el intento de secuestro de Carol Daronch, enfrentaba un nuevo cargo por el asesinato Caryn Campbel en Colorado y las autoridades estaban bastante seguras de que estaba detrás de varias desapariciones.

La noche del 30 de diciembre, uno de los guardias de la prisión de alta seguridad de Garfield County, en Colorado, llevó la cena de Bundy y la dejó dentro de su celda. Por lo visto, estaba durmiendo en su camarote, bajo un par de mantas, y no quiso despertarlo. A la mañana siguiente, el oficial regresó y notó que la comida estaba intacta. Aquello le pareció extraño y trató de despertar al recluso, pero no obtuvo respuesta, por lo que procedió a levantar las sábanas, debajo de las cuales había una pila de libros y almohadas. Por insólito que parezca, Bundy había escapado de prisión por segunda vez.

La noticia no tardó en difundirse, generando pánico en todo el país. Al parecer, Bundy había conseguido un objeto dentado con el cual abrió un agujero en el techo de su celda, accedió a los ductos de ventilación e ingresó a la oficina de uno de los carceleros,

ubicada en uno de los pisos superiores. Cogió la ropa de uno de los oficiales, salió por la puerta principal y se dio a la fuga. Para aquel entonces pesaba solo sesenta y tres kilos y llevaba varias semanas sin comer, algo que quizá formaba parte de su plan para atravesar con mayor facilidad el orificio del techo.

Las autoridades estaban indignadas y advirtieron que tomarían medidas legales contra la prisión de Garfield County por negligencia, pues estaban seguros de que Bundy volvería a matar. El FBI nuevamente se sumaría a la investigación, esta vez posicionándolo como uno de los diez criminales más buscados del país. La policía ofreció protección a todos aquellos que testificaron en su contra en el caso de Carol Daronch, en Salt Lake City; sin embargo, no estaban seguros de cuál sería el siguiente paso de Bundy y no había rastros de su paradero.

Habían pasado dos semanas desde la fuga en Colorado, cuando el 14 de enero de 1978 se reportó un horrible incidente en la Fraternidad Chi Omega de la Universidad Estatal de Florida, en Tallahassee. Cerca de las dos y media de la madrugada, la policía fue alertada de que cuatro alumnas habían sido atacadas mientras dormían en una residencia para estudiantes. Alguien ingresó por la puerta trasera del establecimiento y se acercó con sigilo a las habitaciones, en donde comenzó a golpearlas en la cabeza con una rama de roble que utilizó a modo de garrote.

Cuando la policía y los paramédicos llegaron al lugar, certificaron la muerte de Margaret Bowman, de veintiún años, la cual tenía el cráneo destrozado y había sido estrangulada con una media. Lisa Levy, de veinte años, quien también recibió varios golpes en la cabeza con un objeto contundente, falleció de camino al hospital.

Las compañeras de cuarto Karen Chandler, de veintiún años, y Kathy Kleiner, de veinte, sobrevivieron, aunque estaban gravemente heridas. De hecho, esta última había sido golpeada en el rostro de manera brutal, perdió varios dientes y la mandíbula se le había desprendido de uno de los costados de la cara.

La única testigo que pudo aportar su testimonio fue Nita Neary, otra de las estudiantes que residía en la vivienda. Neary afirmó que aquella noche había visitado a su novio. Regresaba cerca de las dos y media de la madrugada, cuando sintió unos pasos en la escalera. Estaban todas las luces apagadas y pensó que podía tratarse de un ladrón, por lo que se ocultó y vio la silueta de un hombre delgado bajando por las escaleras, el cual salió por la puerta principal y se dio a la fuga. Neary subió al segundo piso para alertar a su compañera de cuarto y a la directora del establecimiento, cuando de pronto se toparon con Karen Chandler, que se tambaleaba por el pasillo empapada en sangre. Tenía un brazo roto, la mandíbula fracturada y varias heridas en la cabeza. La chica no recordaba nada de lo ocurrido, pero cuando se dirigieron hasta su habitación encontraron a su compañera de cuarto, Kathy Kleiner, inconsciente, desangrándose y con el rostro destrozado. Poco después, descubrirían los cuerpos de Margaret Bowman y Lisa Levy.

Por desgracia, la descripción del sospechoso era demasiado vaga como para sacar algún tipo de conclusión en una primera instancia. Solo se probó que el asesino había ido de cuarto en cuarto, golpeando de forma brutal a las estudiantes sin un motivo aparente.

Los residentes y la policía no lograban sobreponerse al impacto, cuando a los pocos minutos uno de los agentes recibió otro llamado de auxilio por su radio. A solo seis cuadras de distancia de la

fraternidad Chi Omega, Cheryl Tomas, una chica de veintiún años, fue atacada por un extraño que le destrozó el cráneo a golpes mientras dormía en su habitación. La joven consiguió sobrevivir, pero fue incapaz de describir a su atacante.

Tres estudiantes gravemente heridas y dos muertas serían el saldo de aquella espantosa madrugada del 14 de enero de 1978.

Los forenses confirmaron que tanto Margaret Bowman como Lisa Levy fallecieron por estrangulamiento y contusión cerebral. También se probó que ambas fueron abusadas sexualmente. Además, en los hombros, pechos, glúteos y muslos de ambos cadáveres, se hallaron varias marcas de mordidas profundas.

La policía de Seattle se comunicó con las autoridades de Florida, advirtiéndoles que podía tratarse de Bundy. Sabían que no solo era un criminal violento, sino también temeario. Si bien el *modus operandi* una vez más había cambiado, el perfil de víctimas era el mismo: jóvenes universitarias.

A los investigadores del caso les costaba creer que un sujeto que había escapado dos semanas antes desde una cárcel de máxima seguridad en Colorado viajara casi dos mil seiscientos kilómetros para atacar de manera atroz a otras cinco mujeres en una sola noche. Y aunque algunos periodistas también sospechaban de Bundy, ninguno se atrevió a especular en sus columnas, pues aquello podía generar un verdadero caos. Los ciudadanos ya estaban lo suficientemente asustados cuando las autoridades informaron que un peligroso asesino estaba suelto por las calles, como para coronar la noticia insinuando que podría tratarse de Ted Bundy.

A pesar de que el FBI colaboró con la investigación y la policía realizó cientos de interrogatorios para esclarecer el crimen, los días

pasaron y no pudieron detener a ningún sospechoso.

La tarde del jueves 9 de febrero de 1978 sería denunciada la desaparición de una menor de doce años llamada Kimberly Dianne Leech. Ocurrió a las afueras de su escuela en el pequeño pueblo de Lake City, Florida. La policía organizó una enorme búsqueda que contó con varios voluntarios, pero resultó imposible dar con su paradero.

Seis días más tarde, el 15 de febrero, el agente de policía David Lee vio un Volkswagen que le pareció sospechoso; se movía con sigilo a través de unos callejones en la ciudad portuaria de Pensacola, Florida. Lee se comunicó con la central para comprobar la matrícula y descubrió que se trataba de un vehículo robado. Hizo que el conductor se detuviera, pero en cierto momento este intentó huir y comenzaron a forcejear, hasta que por fin el oficial consiguió ponerle las esposas y reducirlo.

El sujeto fue identificado como Kenneth Misner, de veintinueve años, aunque la policía no tardó demasiado en descubrir que aquel no era su verdadero nombre. Todos los documentos que tenía en su billetera eran robados, incluyendo un total de veintiún tarjetas de crédito. Aunque fue presionado durante horas, el hombre se negó a colaborar y solicitó un abogado. Los cargos en su contra eran por robo de vehículo, posesión de placas robadas, posesión de tarjetas de crédito robadas, agresión a un oficial de policía y resistencia al arresto. Sería formalizado ante un juez, y aunque existía la remota posibilidad de que pudiera acceder a la libertad bajo fianza, esta le fue denegada porque seguía sin revelar su verdadera identidad.

Más tarde, cuando las autoridades descubrieron que el Volkswagen que conducía el sospechoso el día del arresto había sido

robado muy cerca de la fraternidad Chi Omega en la fecha del crimen, todo comenzó a encajar. Un par de agentes de Tallahassee viajaron hasta Pensacola para interrogarlo acerca de los asesinatos de Margaret Bowman y Lisa Levy, pero negó todas las acusaciones. Agobiado por la presión, al final accedió a revelar su identidad a cambio de realizar un llamado telefónico. Se comunicó con su novia y le indicó a la policía que su nombre era Teodore Robert Bundy, uno de los diez hombres más buscados de todo Estados Unidos.

Bundy fue enviado a una cárcel de máxima seguridad y se convirtió en el principal sospechoso de los asesinatos de Chi Omega. La policía pudo probar que las tarjetas de crédito que llevaba habían sido sustraídas de un departamento que estaba justo al lado de la fraternidad y que Bundy rentó una habitación muy cerca de la escena del crimen. Una de las arrendatarias dio una entrevista para la televisión, en donde aseguró que parecía un sujeto tranquilo y agradable, y que incluso salieron a cenar juntos una noche.

Al mismo tiempo, los investigadores descubrieron que una de las tarjetas de crédito robadas por Bundy había sido usada en un motel de Lake City la noche anterior a la desaparición de Kimberly Leech. El cadáver descompuesto de la menor sería hallado dos meses más tarde en el interior de un viejo cobertizo, en el parque estatal de Suwannee River, a unos tres kilómetros del sitio donde fue vista por última vez. Los forenses confirmaron que había sido violada y estrangulada.

A pesar de todos estos antecedentes, se trataban de pruebas circunstanciales que no bastaban para acusarlo de los ataques en Chi Omega y el asesinato de Kimberly Leech. Sin embargo, el sheriffdel condado de Leon, Ken Katsaris, tenía un plan para

desenmascararlo. Semanas antes, había ordenado que lo extraditaran desde Pensacola hasta Tallahassee para someterlo a un registro dental. Los cadáveres de Margaret Bowman y Lisa Levy tenían marcas de mordidas, y estaba seguro de que aquello era una evidencia que podía ser utilizada en su contra. Sin embargo, Katsaris sabía que debía proceder con cuidado. Bundy había demostrado ser un sujeto extremadamente astuto, y si se enteraba de que planeaban tomar una muestra de su mordida, podía ser capaz de romperse los dientes contra los barrotes de su celda para malograr la prueba.

Bundy incluso le había dicho: «Cuando encuentres a la persona que cometió estos asesinatos que tú crees que yo he cometido, esa persona va a ser buscada por asesinatos de mujeres que ascienden a los tres dígitos, en seis estados diferentes».

En abril de 1978, Katsaris lo sacó de su celda sin previo aviso y lo condujo escoltado por varios oficiales hasta una oficina en la que dos doctores y un odontólogo forense lo esperaban junto a una silla de dentista. Bundy comprendió que estaba en problemas y de inmediato solicitó la presencia de su abogado, pero sus quejas no fueron tomadas en cuenta, pues la policía ya contaba con una orden de arresto en su contra. Al final se tranquilizó, esbozó una leve sonrisa y accedió a dejar la impresión de su mordida, aunque era probable que supiera que aquello terminaría por incriminarlo.

Tres meses más tarde, el día 7 de julio, fue acusado de manera formal por los crímenes cometidos en la fraternidad Chi Omega, en una polémica conferencia de prensa que dejó pasmados a todos los asistentes.

Ken Katsaris, el sheriff, presentó a un desafiante Ted Bundy ante docenas de reporteros y comenzó a leer todas las acusaciones: dos asesinatos en primer grado y tres intentos de asesinato, algo que en el estado de Florida podía significar la pena de muerte.

Los miembros del Departamento de Policía de Tallahassee se sentían orgullosos de haber obtenido las pruebas necesarias para llevarlo a juicio y querían difundirlo. Sin embargo, Katsaris parecía nervioso cuando el acusado lo interrumpía y solicitaba la palabra para defenderse ante la prensa. En cierto momento, Bundy sonrió y se dirigió hacia los camarógrafos. Levantó su mano derecha y se declaró inocente de los cargos que pesaban en su contra ante toda la nación. Aquello resultó tan llamativo como espeluznante, sobre todo porque —a esas alturas— era sospechoso de unos treinta y seis asesinatos.

La naturaleza aberrante de los crímenes, en contraste con la llamativa personalidad de Bundy, parecía haber despertado el interés de todos los estadounidenses. Incluso la Corte Suprema de Florida decidió transmitir el juicio por televisión abierta, un hecho inédito hasta ese momento en los Estados Unidos.

Después de varios retrasos, el 9 de mayo de 1979 comenzaría el proceso contra uno de los más célebres e infames asesinos de la historia moderna. Si bien en un comienzo Bundy había insistido en que quería defenderse a sí mismo, se le exigió contar con la asesoría de un equipo de abogados públicos. El problema se suscitó cuando estos le recomendaron aceptar un acuerdo para declarase culpable de los asesinatos de Margaret Bowman, Lisa Levy y Kimberly Leech, además de solicitar clemencia, con el objeto de descartar una posible condena a la pena de muerte. En una primera instancia,

Bundy aceptó. Pero el 1 de junio de 1979, cuando se presentó ante el juez Edward Cowart, se puso de pie y declaró: «Debo comunicar que, primero, mis abogados creen que soy culpable. Segundo, me han dicho que no hay manera de presentar una defensa efectiva. Y tercero, que no hay forma de evitar una condena. Su señoría, si esto no se considera una defensa ineficaz, no sé qué más podría serlo».

La noticia de que Bundy humilló a sus propios abogados en plena corte y se negó a declararse culpable sorprendió a todos. Era claro que corría el riesgo de ser condenado a la silla eléctrica, pero aun así parecía decidido a demostrar su inocencia. Y aunque tras este incidente sus abogados decidieron presentar su renuncia, el juez Cowart rechazó la solicitud, pues aquello solo retrasaría todavía más el proceso. A cambio, permitió que Bundy se presentara como su propio codefensor y se desempeñara como abogado.

Tras un receso de un par de semanas, el juicio fue trasladado desde Tallahassee hasta Miami, debido a que la enorme publicidad y cobertura mediática entorpecía el caso. Michael Minerva, uno de los primeros abogados que presentó su renuncia a la defensa de Bundy, fue sustituido por la joven jurista Margaret Good.

Por su parte, Bundy afirmaba que todas las acusaciones en su contra se basaban en pruebas circunstanciales... y hasta cierto punto tenía razón. Los forenses no pudieron hallar ninguna huella dactilar, gota de sangre o cabello que lo ubicara en las escenas de los crímenes. Nadie lo vio entrando a la fraternidad Chi Omega aquella fatídica noche y la única testigo que estuvo en el lugar, Nita Neary, pese a que lo señaló frente al jurado, se mostró un tanto insegura y su declaración no fue demasiado útil para la fiscalía. Incluso las

supervivientes fueron incapaces de describir al atacante, porque estaban dormidas cuando fueron agredidas.

La defensa le recomendó a Bundy que intentara mantenerse en silencio y mostrara un bajo perfil, pero él hizo caso omiso a todas las indicaciones. Se veía cómodo en el banquillo de los acusados e incluso consiguió que el juez Cowart le permitiera encabezar su propia defensa después de que humilló públicamente a otro de sus abogados, el cual se retiró indignado de la sala de tribunales en mitad del juicio.

Por lo general, Bundy estaba de buen humor. Sonreía a los camarógrafos, hacía reír a su equipo de abogados y hasta al jurado. Alegó que su juicio debía ser anulado porque los medios de comunicación lo tachaban de asesino cuando esto aún no había sido probado, lo que llegó a poner en peligro el proceso.

Algo que llamó la atención de la prensa fue la gran cantidad de mujeres jóvenes que comenzó a presentarse entre el público. Al entrevistarlas, varias de ellas aseguraban que se sentían fascinadas por la apariencia y personalidad de Bundy, y no creían que fuese un asesino.

Aunque parecía estar capacitado para ejercer como abogado, muchas de las intervenciones del acusado apuntaban a simples trivialidades, como el hecho de solicitar una máquina de escribir para redactar su defensa, una mejor fuente de luz para leer al interior de su celda, mayor acceso a la biblioteca de la prisión, más tiempo para realizar ejercicios físicos o una petición para modificar el menú que le ofrecían en la cárcel. No pasó demasiado tiempo antes de que el juez se diera cuenta de que solo buscaba prolongar el juicio y desviar la atención.

Uno de los momentos más tensos ocurrió cuando Raymond Crew, un oficial de policía, subió al estrado para testificar con respecto a los asesinatos de Chi Omega. Fue uno de los primeros agentes en llegar a la escena del crimen y se presentó para apoyar a la fiscalía. Sin embargo, al tenerlo en frente, Bundy se puso de pie y comenzó a interrogarlo. Le solicitó que describiera el estado en el que encontró los cadáveres e incluso lo instó a consultar los informes forenses para hacerlo. Crew repitió varias veces lo que vio aquella noche, cada vez con más detalles.

Mirado en retrospectiva, el interrogatorio realizado por Bundy solo tuvo como objetivo revivir los crímenes que había cometido en mitad del juicio. Exhibirlos de esa manera, ante el jurado y los medios de comunicación de todo el país, le resultaba todavía más gratificante. Aquello no lo benefició en nada y solo consiguió dejar horrorizados a los presentes.

Es probable que la excesiva confianza de Bundy radicara en el hecho de que estaba seguro de que no tenían ninguna prueba física en su contra. Sin embargo, estaba equivocado.

La fiscalía presentó al doctor Richard Souviron, el mismo odontólogo forense que había tomado las impresiones de sus dientes en abril de 1978. Souviron fue capaz de demostrar, apoyado por grandes fotografías y un molde de yeso, cómo las peculiaridades de la mordida de Bundy coincidían con las halladas en el cuerpo de Lisa Levy. Su exposición fue tan precisa, que el mismo Bundy parecía impresionado y observaba las imágenes en silencio. Comprendió de inmediato que había cometido un grave error.

A la mañana siguiente, sería acusado de desacato por presentarse media hora tarde a la corte. Según informó uno de los oficiales de la

prisión, bloqueó la cerradura de su celda con papel higiénico mojado y no conseguían abrir la puerta. Cuando fue sermoneado por el juez Cowart, Bundy se victimizó, alegando que se encontraba trabajando en pésimas condiciones y bajo un enorme estrés. Mientras hacía su declaración, apuntaba con el dedo al magistrado, y este le advertía, subiendo cada vez más la voz, que dejara de hacerlo. El acusado obedeció y bajó la mano. El juez, con tono irónico, le dijo que podía apuntar a su abogado si quería, a lo que Bundy respondió: «Probablemente él se lo merece más que usted». Gran parte de los presentes se echaron a reír. Cowart cerraría el confuso episodio señalando: «Esta corte sesionará en el horario establecido. Espero que permanezca con nosotros, porque si no lo hace, lo extrañaremos». Una vez más, todos rieron.

Más allá de las bromas, aquel incidente parecía evidenciar cierta deferencia por parte del juez, algo que sería comentado por algunos periodistas, en vista de que se acercaba el fin del proceso. Por su parte, Bundy se negó a pedir clemencia por algo que, según él, no había hecho.

El jueves 24 de julio de 1979 y tras seis horas y media de deliberación, el jurado encontró a Bundy culpable de todos los cargos. Una semana más tarde, el 31 de julio, sería sentenciado a muerte por los asesinatos de Margaret Bowman y Lisa Levy.

El juez Edward Cowart, lejos de mostrarse indiferente, parecía conmovido por el desenlace del juicio. Le dijo a Bundy que se cuidara, que le hubiese gustado verlo ejercer como abogado y que no sentía ningún tipo de rencor hacia él. Si bien Cowart sería criticado tras dedicarle dichas palabras, ejemplifica bastante bien lo que Bundy provocaba en su entorno. Sabía utilizar su encanto para

atraer a las mujeres, pero también conseguía persuadir a los hombres. Durante el juicio varios de los presentes sonreían cuando hacía algún chiste, como si estuviesen conversando en un bar y no en una sala de tribunales. Considerando que se trata de uno de los asesinos en serie más abominables de la era moderna, esto resulta aterrador.

Tras el fallo en Florida, las autoridades de Washington, Utah y Colorado se sintieron aliviadas y frustradas a partes iguales. Por un lado, Bundy había sido detenido y condenado por dos asesinatos en primer grado. Sin embargo, aunque intentaron armar varios casos en su contra, les resultó imposible hacerlo, pues no contaban con ninguna evidencia física para llevarlo a juicio. Y sí: pese a que Bundy cometió varios errores, en muchos de sus crímenes no dejaba demasiadas pistas.

En noviembre de 1979, el estado de Florida lo acusó una vez más de asesinato en primer grado, esta vez en el caso de la estudiante de doce años Kimberly Leech. Las autoridades habían realizado un gran esfuerzo para intentar condenar a Bundy a una segunda pena de muerte, pues sabían que tenía pensado apelar a la sentencia de los crímenes de la fraternidad Chi Omega.

El juicio se iniciaría el 7 de enero de 1980 y Bundy solicitó una vez más defenderse a sí mismo, repitiendo que era inocente. Sin embargo, esta vez había mucha más evidencia que lo vinculaba al crimen. Un testigo lo había visto con la niña la mañana del 9 de febrero de 1978, y se presentó a testificar. Aquel día, Bundy conducía una camioneta que pudo ser localizada y revisada por un equipo forense. En su interior, se encontraron fibras de la ropa que llevaba la víctima el día de su desaparición y fibras de una chaqueta

utilizada por Bundy. Entre las pertenencias del acusado, requisadas tras su arresto, había un par de zapatillas que coincidían con las huellas descubiertas en el lugar donde fue encontrado el cadáver de la menor.

Aunque intentó utilizar el mismo tipo de tretas que en el juicio anterior, la percepción del público era muy distinta. Para la gran mayoría se trataba de un asesino sádico y sin escrúpulos. Aun así, Bundy parecía decidido a despertar la simpatía del jurado. Se atrevió a pedirle matrimonio, en mitad del juicio, a la única persona que testificó a su favor, una antigua amiga llamada Carole Ann Boone, a la que había conocido en 1974 y que lo acompañó y apoyó durante todo el proceso. La mujer, entre risas, aceptó su propuesta. A sabiendas de que una vieja ley de Florida proclamaba que la declaración de matrimonio hecha en un juzgado, y en presencia de funcionarios judiciales, era válida y legalmente vinculante, Ted Bundy se casó con Carole Ann Bonne en ese mismo instante, mientras el jurado deliberaba si era culpable de la violación y el asesinato de una menor de edad.

Al día siguiente, fue encontrado culpable del asesinato en primer grado de Kimberly Leech y condenado a muerte. Bundy estaba furioso e incluso forcejeó con uno de los oficiales cuando se retiraba de la corte. Su estrategia había sido un absoluto fracaso.

Entre 1980 y 1981, Bundy y su esposa sobornaron a uno de los guardias del corredor de la muerte y pudieron mantener relaciones sexuales en varias ocasiones en una sala de visitas. La mujer quedó embarazada y en octubre de 1981 dio a luz a una niña que sería bautizada como Rose Bundy. Ambas lo visitaban a la cárcel, hasta que en 1986 la mujer solicitó el divorcio.

Durante varios años, investigadores de distintos Estados lo visitaron en el corredor de la muerte de Florida para intentar resolver otros casos de asesinato en los que creían que podía estar involucrado, pero Bundy se negó a colaborar. A pesar de que le gustaba ser el centro de atención, seguía afirmando que era inocente, y confesar otros crímenes no parecía convenirle.

La psiquiatra forense Helen Morrison cree que psicópatas como Bundy tienen un alto grado de infantilismo y asumen que son capaces de engañar a todo el mundo, aunque la mentira sea absurda. Bundy insistió en su inocencia durante años, a pesar de que existía evidencia que lo vinculaba a por lo menos tres asesinatos de manera inequívoca.

Ted Bundy se había transformado en el asesino más infame de Estados Unidos, llegando a ser comparado con el mismísimo Jack, el destripador. Varios periodistas, psicólogos y criminólogos pedían hora para visitarlo y él mismo seleccionaba quiénes tendrían «el privilegio» de entrevistarle. Si bien se negaba a hablar sobre los asesinatos que se le atribuían, disfrutaba exponiendo teorías con respecto al comportamiento criminal y la mente humana. Incluso en 1984 colaboró con el FBI elaborando varios perfiles criminales, incluyendo el del asesino de Green River, el cual, por cierto, resultó bastante útil y certero.

Por aquel entonces, el ex agente del FBI Robert Ressler encabezaba un proyecto de investigación sobre asesinos en serie y recibió una carta de Bundy en la cual se declaró admirador de su trabajo y lo invitó a visitarle a la cárcel para intentar ayudar con el estudio. Según explica Ressler en su libro *El que lucha con monstruos*, Bundy quería tener acceso a la información que estaba

recopilando para intentar usarla a su favor y evitar la pena de muerte. Ressler fue enfático en que solo le interesaba hablar sobre sus crímenes, y fue entonces que Bundy narró en tercera persona el asesinato de Caryn Campbell en Aspen, Colorado, crimen ocurrido el 12 de enero de 1975. Afirmó que el asesino podría haberse hecho pasar por un dependiente del hotel para acercarse a la joven, inventar una excusa con el objeto de guiarla hasta un cuarto vacío para reducirla y luego raptarla.

No era la primera vez que Bundy utilizaba esta técnica para hablar sobre sus crímenes. En el documental de Netflix *Conversaciones con asesinos: las cintas de Ted Bundy*, se explica cómo narró en tercera persona varios de sus crímenes al periodista Stephen Michaud. La idea, propuesta por el propio Michaud, buscaba que el asesino contara cómo secuestró y asesinó a sus víctimas, sin que aquello le trajera consecuencias legales. Sabía que Bundy era licenciado en psicología y lo invitó a especular de manera libre sobre quién podría haber cometido los crímenes por los cuales se le acusaba y cómo lo habría hecho. La dinámica resultó atractiva para Bundy, quien de inmediato comenzó a narrar docenas de asesinatos horrendos. La cantidad de detalles que entregó daban cuenta de que no se trataba de simples especulaciones.

La ejecución de Ted Bundy había sido programada para mediados de 1986 y un nuevo grupo de abogados fue designado para apelar a la sentencia. Estos afirmaban que su defendido padecía algún tipo de enfermedad mental no diagnosticada que lo hacía incompetente ante la ley y que, por ende, tuvo una defensa ineficaz en el caso por el doble asesinato de la fraternidad Chi Omega, al representarse a sí mismo.

Fue sometido a varios estudios psiquiátricos y neurológicos, hasta que la doctora Dorothy Lewis llegó a la conclusión de que se trataba un maniaco depresivo que escuchaba voces que le ordenaban asesinar mujeres. También manifestó que tenía serias dudas respecto a si Bundy tenía o no un cerebro normal, por lo cual el equipo de la defensa consiguió que la ejecución fuese aplazada solo seis horas antes de ser aplicada.

Aun así, los estudios de la doctora Lewis serían cuestionados por otros profesionales de la salud mental que coincidían en que Bundy era solo un psicópata que intentaba manipular el sistema. Años más tarde, Lewis reconoció que sus colegas tenían razón.

En 1988, Bundy volvería a evitar la silla eléctrica, aunque era consciente de que el tiempo se le estaba agotando. Llevaba una década intentando llevar a cabo diversas estrategias para impedir que el estado de Florida lo ejecutara.

Para varios criminólogos, Ted Bundy representaba uno de los fenómenos más recientes y aterradores de la nación: la aparición de los asesinos en serie. Por aquel entonces, parecían una verdadera plaga en Estados Unidos. Su posible ejecución implicaba un debate moral, pues estaban seguros de que podían aprender mucho de él manteniéndolo vivo. Al mismo tiempo, la policía tenía la vaga esperanza de que confesara y ayudara a cerrar varios casos sin resolver. Sin embargo, la presión de la ciudadanía se hacía sentir día tras día y algunas figuras políticas quisieron aumentar su popularidad enviando a Bundy a la silla eléctrica de una buena vez. Muchos deseaban verlo muerto lo antes posible.

El 17 de enero de 1989, la corte suprema de Florida rechazó la nueva apelación presentada por los abogados y fijó la fecha de la

ejecución para el día 24 de enero. En un movimiento desesperado, Bundy confesó al detective Robert Keppel que había cometido más de treinta asesinatos en los estados de Washington, Idaho, Utah, Florida, Oregón, Colorado y California, entre los años 1973 y 1978, y se comprometió a ayudar a las autoridades a encontrar los cuerpos en un plazo máximo de tres años. Sin embargo, la solicitud le fue denegada y no hubo acuerdo.

Bundy insistió en colaborar con Keppel para demostrar que estaba hablando en serio, entregando información específica con respecto a algunos de sus crímenes, como cuando le dijo dónde había enterrado la cabeza de Georgann Hawkins después de asesinarla y decapitarla en junio de 1974. Su cráneo sería hallado bajo tierra en el lugar indicado.

Las confesiones se harían públicas poco después, corroborando las sospechas de muchos. Además, hizo hincapié en otros detalles todavía más horrendos, como sus actos de necrofilia, algo a lo que jamás se había referido en otras entrevistas.

La gran mayoría de las víctimas de Bundy nunca fueron halladas, y a pesar de que existía el temor de que los familiares intercedieran en la ejecución con la esperanza de que les ayudara a encontrar los restos, nadie lo hizo.

La madrugada del martes 24 de enero de 1989, docenas de medios de comunicación y cientos de personas se reunieron a las afueras de la prisión estatal de Florida, aguardando la ejecución de Bundy. Se vivía un ambiente festivo en donde no solo la gente cargaba pancartas, quemaba muñecos y lanzaba fuegos artificiales, sino que otros oportunistas vendían camisetas con imágenes de Bundy sentado en la silla eléctrica. Algunos estaban borrachos y

entonaban canciones que podían escucharse incluso dentro del penal.

Poco después de las siete de la mañana, Bundy fue conducido hasta la sala de ejecuciones, en donde fue acomodado en la silla eléctrica. Se despidió de los presentes diciendo que lamentaba haber causado tantas molestias. Fue declarado muerto a las 7.16 a la edad de cuarenta y dos años. Tras su muerte, los testigos salieron y alzaron los brazos hacia la multitud. Todo había terminado.

Un día antes de la ejecución, Bundy cedió una entrevista al doctor James Dobson para un canal religioso de California, en donde lloró y manifestó sentirse arrepentido. Uno de los puntos más relevantes y polémicos fue cuando afirmó que todas sus fantasías violentas fueron alimentadas por el consumo de pornografía. De hecho, le dijo a Dobson que todos los internos del corredor de la muerte estaban obsesionados con películas y revistas de corte pornográfico. Es necesario dejar claro que el mismo Bundy declaró de manera textual que eso no era una justificación, sino que pensaba que podía haber algún tipo de relación con su frenesí sexual. Aun así, muchos han interpretado sus palabras como la justificación de sus actos.

Esta idea ha sido cuestionada por varios especialistas —como Christopher Ferguson y Richard Hartley en su libro *Te pleasure is momentary...Te expense damnable?: Te influence of pornography on rape and sexual assault*—, pues si bien la pornografía supone otro tipo de problemas, como la cosificación de la mujer, la frustración, la banalización o la idealización de la relación sexual, en ningún caso fomenta conductas violentas como las de un violador o un asesino en serie.

Se cree que aquel discurso fue otro intento de Bundy por salvar su vida, sacando el tema a la palestra de manera conveniente, ya que era sabido que Dobson era un acérrimo enemigo de la industria pornográfica y que esta postura conservadora era el eje de su campaña política.

La selección de las víctimas de Bundy no fue al azar y encajaban en un perfil en extremo específico: jóvenes universitarias, bellas, de cabello oscuro y raya al medio. Estas coinciden con las características físicas de su primera novia, Diane Edwards, por la cual Bundy sentía un enorme resentimiento, y algunos criminólogos creen que allí radicaría su misoginia. Por otro lado, él mismo reconoció que sentía un odio inconsciente hacia su madre y que cada vez que asesinaba, imaginaba que la mataba a ella.

Pero Bundy no solo era un simple asesino, sino también un maestro del engaño. Sabía que era un sujeto inteligente, atractivo y carismático, y utilizó a su favor todas estas características: por lo general hablaba en voz baja a las mujeres que le interesaban para que estas se le aproximaran si querían escucharlo, lo que le permitía tenerlas cerca, dentro de su espacio personal, para cualquier cosa que se propusiera. Engañarlas y conseguir que confiaran en él era una parte importante de su fantasía, pues se trataba de un narcisista obsesionado con el control. Se sentía orgulloso de que sus víctimas fueran universitarias de clase media ya que, como depredador y bajo su punto de vista, asesinar prostitutas no tenía demasiado mérito.

Si bien Bundy tenía conductas impulsivas, por lo general planificaba sus crímenes y era bastante astuto. Acechaba a aquellas jóvenes que le parecían atractivas y que cumplían con su perfil, y elaboraba distintos planes para acercarse a ellas sin despertar

sospechas. Aprovechándose de su fachada —y otras tácticas ya mencionadas, como la pierna enyesada o el brazo en cabestrillo— se victimizaba y apelaba a la buena voluntad de las víctimas, las cuales jamás sospecharon que se enfrentaban a un despiadado asesino en serie.

Su vehículo, el Volkswagen escarabajo, tenía varias modificaciones que le permitieron facilitar los raptos. Quitó la manilla interna de la puerta del copiloto para evitar que las chicas huyeran una vez que subían a su coche. También sacó los asientos posteriores para acomodar a sus víctimas cuando iban inconscientes o atadas. Y es que otra parte primordial de las fantasías sádicas de Bundy era que las jóvenes estuvieran aterrorizadas antes de morir.

Golpeaba a sus víctimas con una palanca de hierro hasta dejarlas indefensas. Las violaba, las mordía, las sodomizaba con diversos objetos y las estrangulaba hasta matarlas. Abusaba sexualmente de los cadáveres y los mutilaba con un cuchillo para después lanzarlos en lugares de difícil acceso. Se pensaba que decapitó a sus víctimas solo para dificultar la identificación de los cuerpos y entorpecer las labores de investigación, pero más tarde confesó que guardó sus cabezas durante días con otros propósitos. A pesar de que se encontraban descompuestas, las veía como un objeto sexual. Les lavaba el cabello, les maquillaba el rostro y luego eyaculaba dentro de sus bocas.

A pesar de estas espantosas declaraciones, Bundy jamás contó todos los detalles de sus crímenes. De hecho, en una de sus entrevistas con el detective Robert Keppel, reconoció que había hecho cosas horribles y que prefería no recordarlas. También

confesó que el total de víctimas superaba las cien y que no solo había matado mujeres.

Por lo visto, Bundy no padecía de ninguna enfermedad mental. Tenía un CI de 136, era inteligente, coherente, articulado y consciente de la gravedad de sus actos. Compatible con sus rasgos psicopáticos, se mostraba como un sujeto encantador, con un poder de manipulación excepcional y osado, aunque carente de empatía. Con respecto a este último punto, el mismo Bundy declararía lo siguiente:

> No me siento culpable. Me siento menos culpable ahora de lo que me sentía antes. En serio, de nada. Y no es que me haya olvidado de algo... que haya cerrado parte de mi mente o la haya dividido. Creo que entiendo todo lo que hice. Estoy en la posición envidiable de no tener que sentir culpa. Eso es todo. La culpa es el mecanismo que usamos para controlar a la gente. Es una ilusión. Es un mecanismo de control social y no es saludable.

La capacidad de Bundy para despertar incluso la simpatía de sus captores resultaba alarmante, aunque al mismo tiempo explicaba cómo fue capaz de engañar a sus víctimas. Comprender que un asesino necrófilo puede lucir como alguien normal —e incluso encantador— resulta desconcertante, sobre todo en una sociedad que se deja llevar por las apariencias.

El ex agente del FBI, Robert Ressler, se referiría a las entrevistas que realizó a Bundy en el documental *Te man who lives with serial killers*, afirmando lo siguiente: «Si es que ha habido un hombre que me asustara de verdad, ese fue Ted Bundy... Y todavía no sé si realmente he descubierto cómo era. Siempre me asustó que él se metiera en mi cabeza, más que yo en la suya. Todavía sigo sin saber

con exactitud quién llevaba el control en nuestras conversaciones, y eso sigue molestándome hasta el día de hoy. Bundy era un maestro en su juego».

JEFFREY DAHMER

EL CANÍBAL DE MILWAUKEE

Estados Unidos

A mediados de 1990, los ciudadanos de Racine, Wisconsin, quedaron perplejos ante un atroz caso criminal. Joachim Dressler, de cuarenta y tres años, asesinó a un joven de nombre James Madden, de veinticuatro, cuando este se encontraba recolectando fondos para un grupo medioambiental en su barrio. Después de matarlo lo descuartizó, puso sus restos en bolsas de basura y los diseminó en diversos caminos rurales. Cuando la policía allanó su vivienda, se encontraron con una enorme biblioteca llena de videos de perversión sexual, torturas, mutilación, autopsias, accidentes y asesinatos con los cuales Dressler se masturbaba. Los detalles que se fueron filtrando sobre este caso tuvieron hipnotizados a millones de norteamericanos durante varios meses. Tanto así que, en julio de 1991, un año más tarde y mientras se celebraba su juicio, la noticia seguía apareciendo en primera plana de vez en cuando.

Pero la macabra historia de Dressler sería opacada por una aún peor, ocurrida también en el estado de Wisconsin, en Milwaukee.

Cerca de las once y media de la noche del lunes 22 de julio de 1991, los oficiales de policía Rolf Muller y Robert Rauth se encontraban a punto de terminar su turno en uno de los vecindarios

más conflictivos de Milwaukee. El West Kilbourn Avenue era conocido como un lugar en donde se concentraban robos, tráfico de drogas, prostitución e incluso tiroteos.

Muller y Rauth estaban dentro de la patrulla cuando un hombre afroamericano delgado y de baja estatura se les acercó tambaleante. Tracy Edwards, de treinta y dos años, tenía unas esposas colgando de una de sus muñecas y parecía desorientado. Les dijo a los policías que había visitado el departamento de un extraño sujeto y que este lo había esposado. Ambos agentes decidieron acompañarlo hasta los apartamentos Oxford, en el número 924 de la calle 25 Norte, una estructura de tres pisos que parecía bien cuidada. Al ingresar a los pasillos, olfatearon un aroma intenso e indescriptible. Su entrenado olfato había percibido varias veces el olor a muerte, pues eran veteranos con más de diez años de experiencia como agentes de la ley. Pero esa pestilencia era muy extraña y tanto Rauth como Muller no consiguieron asociarla con la presencia de algún cadáver en proceso de descomposición. Aun así, esto los puso en alerta.

El complejo de apartamentos Oxford era un lugar bastante tranquilo y limpio en comparación con otras edificaciones del sector. Rara vez era visitado por la policía, y todos sus inquilinos eran afrodescendientes, a excepción de un extraño sujeto alto y rubio que vivía en el departamento 213, al cual todos se referían como «ese blanco raro». Su nombre era Jeffrey Dahmer.

Los agentes de policía golpearon la puerta del departamento 213, guiados por Edwards, para averiguar qué había ocurrido. Rauth y Muller creían que aquello era una discusión de pareja y que algún

juego de dominación sexual se había salido de control... No estaban preparados para lo que iban a descubrir.

Cuando la puerta se abrió, Dahmer miró extrañado a los agentes y los dejó ingresar, sin poner ninguna excusa. El lugar estaba ordenado, aunque el extraño olor del pasillo parecía ser aún más intenso allí dentro. Uno de los policías le pidió las llaves de las esposas, con la idea de poner fin al asunto y retirarse sin necesidad de levantar una multa. Dahmer les dijo que las tenía en su dormitorio, pero antes de que fuera por ellas, Edwards advirtió a los oficiales que en ese lugar el sujeto lo había amenazado con un cuchillo.

El agente Muller le pidió a Dahmer que se quedara donde estaba y se dirigió al dormitorio. Al ingresar, miró en el interior del cajón de una cómoda que estaba abierto. Lo que vio allí lo haría tener pesadillas durante meses. Se trataba de casi treinta fotografías polaroid de hombres descuartizados y decapitados. De inmediato le gritó a su compañero que esposara al dueño del departamento, pero este intentó huir. Rauth y Dahmer rodaron por el piso, hasta que el oficial logró reducirlo.

Mueller salió de la habitación con las fotografías en la mano y le dijo a Edwards que había tenido suerte, pues el próximo podría haber sido él.

Edwards recordó que Dahmer se había molestado cuando intentó abrir su refrigerador para sacar una cerveza. «Quizá tenga una de esas cabezas ahí dentro», señaló a los policías.

Muller lo miró con incredulidad y abrió la puerta del refrigerador para comprobarlo. Tiempo después, el agente recordaría haber escuchado un grito cuando abrió la nevera y vio una cabeza humana

en su interior. En realidad, era él quien había gritado. Los alaridos que dejó escapar el oficial fueron escuchados incluso por los vecinos, que ya habían sido alertados de que algo estaba ocurriendo en el departamento 213.

Una hora más tarde, cerca de la una de la madrugada, el lugar estaba rodeado de patrullas y un carro de bomberos. Varios de los inquilinos de los apartamentos Oxford se encontraban en la calle, con sus batas puestas, comentado el espeluznante hallazgo.

El rumor de que en Milwaukee la policía había encontrado una cabeza humana dentro de una nevera se diseminó como la pólvora. Periodistas y canales de televisión no tardaron en aparecer, intuyendo que se convertiría en un nuevo «caso Dressler». Al entrevistarlos, los vecinos aseguraban que Dahmer era un tipo raro, que caminaba de forma peculiar, con los brazos siempre pegados a su cuerpo y los hombros inclinados hacia adelante, pero que jamás se mostró violento o grosero.

Un muchacho señaló a un reportero que lo había visto botando unas bolsas plásticas en el basurero del edificio y una docena de gatos se le había acercado para comer algunos de los restos. Aquellos que vivían en la misma planta de Dahmer sabían que tenía una gran pecera y el chico supuso que podía tratarse de alimento para peces. Se pensaba, además, que aquella pecera podía ser el origen del extraño olor, aunque el mismo Dahmer aseguró al administrador del edificio que se le había descompuesto un pedazo de carne y por más que limpiase su refrigerador no conseguía eliminar la pestilencia.

Una de las vecinas dijo que Dahmer abría la puerta de su departamento lo justo y necesario para entrar y salir de él y que

cerraba rápidamente. Creyó que lo hacía para mantener su privacidad, pero por lo visto era para que el hedor no siguiera colándose a los pasillos. También afirmaban que nunca se le vio en compañía de una chica, por lo que los más curiosos asumieron que era homosexual.

Pamela Bass, la mujer que vivía justo en frente de Dahmer, recordaba que escuchaba de manera constante el sonido de una sierra. En cierta ocasión, cerca de las dos de la madrugada, despertó por el ruido. Golpeó la puerta del apartamento 213 y le gritó a su propietario que realizara sus trabajos durante el día, pero este no respondió.

Todos estos comportamientos resultaban extraños, aunque por lo visto no eran tan alarmantes para el vecindario. La gente decía que saludaba de manera cortés y que nunca se le vio agitado, nervioso o con actitud de ocultar algo.

Los agentes de policía realizaron un profundo registro en el departamento de Dahmer y se toparon con varias sorpresas desagradables que no olvidarían jamás. La cocina, el comedor y el salón principal estaban en un solo ambiente y parecían limpios; solo había un par de latas de cerveza y algunos ceniceros llenos. Pero al día siguiente, al quitar la alfombra adherida al piso, se descubrirían enormes manchas de sangre que habían traspasado el suelo de madera.

En las paredes del salón colgaban un par de fotografías en blanco y negro de hombres físicoculturistas en diversas poses y una litografía de Salvador Dalí que representaba el inframundo, junto con otros cuadros. En uno de los rincones había una lámpara de lava y

también una gran pecera sobre una mesa, con peces de distinto color y tamaño que parecían bien cuidados.

Además de la cabeza que había descubierto el agente Muller en el refrigerador, se encontraron otras tres envueltas en bolsas de plástico, unos bíceps y un corazón. En el ropero del dormitorio, había un recipiente metálico lleno de líquido con varias manos descompuestas y un pene. También se hallaron dos cráneos y varios frascos de formol que contenían genitales masculinos. En una caja de un ordenador, se toparon con otros dos cráneos humanos y tres más al interior de un archivador metálico, además de varios huesos.

Es probable que el origen de la pestilencia de los apartamentos Oxford viniera de la habitación de Dahmer, en donde se encontraba un enorme barril azul de 216 litros, en cuyo interior estaban sumergidas partes de cuerpos humanos en una especie de fango químico, parcialmente disueltos. El olor de los residuos, sumado al de la descomposición, consiguió confundir a los policías y a muchos de los residentes.

Además de las treinta fotos polaroid halladas en la cajonera, también se encontró un álbum fotográfico repleto de imágenes grotescas. En algunas de ellas, sus víctimas aparecían con vida, vestidas con bikinis negros y en poses sexuales. En otras yacían esposadas, desnudas e inconscientes. Las más explícitas mostraban varios cuerpos masculinos decapitados y abiertos en canal desde la garganta hasta la pelvis, destripados. También había una perturbadora sesión de fotos a una cabeza humana junto a sus dos manos y su pene. En otras, Dahmer había puesto dos cráneos dentro de un plato junto a varios condimentos; un cuerpo despellejado y un cadáver sobre la cama, arqueado hacia atrás, en

una postura imposible. También había una fotografía de un esqueleto limpio y colgado en el baño, que mantenía intacta la carne de la cara, el cuero cabelludo, las manos y los pies.

Además de varias latas de cerveza, películas en VHS y revistas de pornografía homosexual, sobre la cama estaba la máquina de fotos con la cual el asesino retrataba a sus víctimas. Debajo, los agentes encontraron el cuchillo con el cual Dahmer había amenazado a Tracy Edwards.

El sospechoso ya había sido llevado hasta el Departamento de Policía que, por lo demás, se encontraba a un par de cuadras. Cerca de las cuatro de la madrugada del martes, la Brigada de Materiales Peligrosos de Bomberos se hizo presente en la escena junto a otros especialistas en manipulación de residuos tóxicos. Su misión consistía en retirar el barril con fango químico y restos humanos ubicado en la habitación de Dahmer. La multitud se mostró incrédula cuando vio que dos hombres con trajes amarillos, botas, guantes especiales, mascarillas y tanques de oxígeno entraban al edificio para realizar su trabajo. Era como si se adentraran en una zona radiactiva.

Se escucharon alaridos ahogados cuando los especialistas en manipulación de sustancias peligrosas salieron con un congelador lleno de restos humanos. Luego, sacaron un barril con cuerpos sumergidos en ácido. Algunos agentes de policía transportaban cajas de cartón, una de ellas rotulada con la palabra «cráneo», mientras que por otra se asomaba un mechón de pelo.

Los vecinos estaban aterrorizados. Algunos ni siquiera regresaron a sus departamentos. Se fueron a descansar a las casas de sus familiares.

Hasta ese momento, se ignoraba el total de víctimas de Dahmer, aunque se estimaba que eran once, cifra más que suficiente para que la prensa intuyera que se trataba de un caso excepcional.

La conmoción era generalizada. Diversos noticieros iban actualizando el estado de la investigación hora tras hora, hasta que el nombre de Jeffrey Dahmer se filtró a los medios, quienes lo bautizarían como El carnicero de Milwaukee. Este sería el inicio de una nueva historia de asesinato serial en Estados Unidos, tal vez una de las más espeluznantes y retorcidas.

Aunque intentó huir en el momento de su captura, Dahmer parecía aliviado de que lo hubiesen detenido. Sabía que no podía lidiar con sus fantasías ni con el frenesí asesino que lo consumía. Una vez en el Departamento de Policía, aceptó colaborar y ayudar en la investigación. Confesó haber asesinado a un total de diecisiete hombres y adolescentes entre 1978 y 1991. Según sus declaraciones iniciales, a la mayoría los drogó con cloroformo o pastillas para dormir. Posteriormente los estrangulaba, mantenía relaciones sexuales con los cadáveres y los descuartizaba. Varios de los restos terminaron en la basura, aunque las partes que más le interesaban las conservaba en su departamento. Reconoció, además, haber cometido actos de canibalismo.

La pregunta clave era la identidad de las víctimas. El perpetrador dijo que ignoraba sus nombres, aunque aseguró que se trataba de jóvenes que había conocido en bares gais, paradas de autobuses o librerías. Los invitaba a su departamento con la promesa de beber alcohol y tomarles fotografías eróticas a cambio de dinero. En esos mismos instantes, varios patólogos y forenses trabajaban para identificar los restos. Aun no transcurrían cuarenta y ocho horas de

la detención de Dahmer y el caso ya estaba causando un revuelo enorme a nivel nacional.

Jeffrey Lionel Dahmer nació en Wisconsin el 21 de mayo de 1960. En 1967 él y su familia se mudaron a Bath, Ohio, donde se establecieron. Desde su infancia, Dahmer demostró ser un niño extrovertido, inteligente e inquieto, con una especial fascinación por los insectos, los cuales conservaba en frascos con formol. A los ocho años continuaría experimentando con ellos, después de que su padre, Lionel, le regalara un juego de química para niños. Poco a poco su interés apuntó a animales más grandes, como ardillas, gatos, perros y mapaches. No los torturaba (como sí hacen muchos asesinos seriales durante su infancia y adolescencia), sino que los cuidaba. Experimentaba con los que encontraba muertos en el bosque o atropellados en la carretera. Los guardaba en una bolsa de basura y los llevaba hasta su casa, donde lograba blanquear los huesos con sustancias químicas y luego los escondía en el bosque. Dedicaría gran parte de su infancia y adolescencia a la curiosa afición de diseccionar los cuerpos. El gran patio de su casa pronto se transformó en un verdadero cementerio e incluso empaló algunas cabezas de perro entre los arbustos. Pero su obsesión se volvió peligrosa cuando comenzó a preguntarse cómo luciría un ser humano por dentro.

Durante la pubertad, Dahmer se dio cuenta de que sentía atracción por los hombres, pero decidió mantenerlo en secreto. Fantaseaba con abrir el vientre de un muchacho de su edad y observar sus órganos internos. A veces, apoyaba su cabeza en el pecho de los otros chicos para escucharles el corazón. Eso lo excitaba.

A los quince años, ya era un alcohólico consumado y bebía whisky en clases. A pesar de ser un solitario, de vez en cuando conseguía que un grupo de chicos le prestara atención. Una de las bromas que hacía con frecuencia era simular una discapacidad intelectual o parálisis cerebral y escandalizar a la gente en lugares públicos. También se colaba en las fotografías de cursos a los que no pertenecía y sacaba carcajadas a quienes se daban cuenta. Su comportamiento lo catapultó a la fama como el payaso de la escuela y se hizo de un pequeño grupo de seguidores que aplaudían sus extravagancias (las cuales incluso fueron bautizadas por sus compañeros de clase como «dahmerismos»), pero pronto terminó por aburrirlos y lo volvieron a dejar de lado. Algunas chicas lo consideraban atractivo, pero su extraña personalidad las alejaba. Era distante, frío y con un sentido del humor grotesco.

Cuando Dahmer cumplió dieciocho años, su familia atravesó momentos muy complejos. Joyce, su madre, era bipolar. Había sido internada en un hospital un par de veces por ataques de ansiedad. Dependía de sus medicamentos y hasta cierto punto se desentendió de su hijo mayor. Lionel, su padre, decidió abandonar el hogar debido a las constantes discusiones con su esposa y tramitó el divorcio.

Mientras Lionel y Joyce se enfrascaron en una disputa legal por la custodia de su hijo menor, David, Dahmer comenzó a experimentar una gran sensación de abandono. Incluso pasó varias semanas solo en casa cuando su madre se mudó a otra ciudad con su hermano.

Durante ese mismo período, había visto pasar a un joven que salía a correr todas las mañanas por el sector. Cierto día, decidió esperarlo con un bate de béisbol para atacarlo. Su idea era dejarlo

inconsciente y experimentar con su cuerpo. Pero por azares del destino, esa mañana el muchacho no apareció y Dahmer abandonó la idea del ataque.

Su padre estaba preocupado por él y comenzó a visitarlo con más regularidad. Intuía que su hijo era homosexual, y aunque no sabía cómo orientarlo, lo apoyaba en todo.

En junio de 1978, Dahmer conducía por la carretera cuando de pronto vio a Steven Hicks, un chico que hacía autostop. El calor durante ese verano era sofocante y el despreocupado muchacho se encontraba pidiendo un aventón al borde del camino, sin su camiseta puesta. Esta había sido una de las fantasías sexuales más frecuentes de Dahmer. No la había leído en ningún libro ni visto en alguna película. Se la había inventado.

No dudó en detener su vehículo y se ofreció a llevarlo. Ambos se fueron conversando de manera distendida, hasta que Dahmer le preguntó a Hicks si le apetecía ir a beber unas cervezas frías y fumar un poco de marihuana en su casa. El chico accedió entusiasmado a la invitación.

Estuvieron escuchando música, bebiendo y fumando hierba casi toda la noche, y según Dahmer habrían mantenido relaciones sexuales consensuadas. Ambos se fueron a dormir y a la mañana siguiente Hicks decidió marcharse. Dahmer intentó persuadirlo, pero el chico declinó la oferta. Fue entonces cuando todo se salió de control y se trenzaron a golpes. Dahmer agarró una mancuerna para hacer pesas y lo golpeó en la cabeza hasta dejarlo inconsciente. Luego, con la misma barra de hierro, aplastó la garganta de Hicks hasta que este dejó de respirar.

Es posible que Dahmer se sintiera rechazado cuando el joven decidió marcharse de su casa. Se sentía solo y no quería que el muchacho se fuera. Quería que se quedara con él, aunque fuese muerto.

Dahmer violó el cadáver de su víctima durante varios días, aunque sabía que tenía que deshacerse de él, ya que tarde o temprano sería descubierto. Decidió descuartizarlo y guardar sus restos en varias bolsas de basura, pero antes de hacerlo se masturbó mirando sus intestinos. Tomó su vehículo y salió a la carretera durante la noche para lanzar los restos en algún bosque o sendero abandonado. Una patrulla policial lo detuvo por conducir de manera errática. Dahmer estaba seguro de que el agente iba a descubrir el cuerpo, pues lo llevaba dentro de varias bolsas de basura en el asiento trasero del auto, a plena vista, pero no fue así; el policía le hizo preguntas de rutina, verificó que no estuviera borracho y le puso una multa por conducir fuera de su carril. Cuando el oficial alumbró con su linterna al interior del coche, observó unos bultos y le preguntó qué llevaba allí dentro. Dahmer, sin titubear, contestó que solo era basura. El policía no realizó ninguna inspección y lo dejó ir. No sería la última vez que la suerte le favorecería de esa forma.

Dahmer volvió a casa con los restos de Hicks. No podía creer lo cerca que había estado de ser atrapado. En vista de que no volvería a arriesgarse a salir con un cadáver dentro del vehículo decidió esconderlo en casa, bajo las tuberías del sótano.

La familia de Steven Hicks realizó una ardua búsqueda tras la desaparición del joven, pero no consiguieron hallar ninguna pista. Su registro se incluyó en la base de datos de la policía de Milwaukee,

aunque las autoridades tampoco pudieron llegar a ninguna conclusión.

Poco después del divorcio, el padre de Dahmer lo matriculó en la Universidad de Ohio. Sus problemas con el alcohol le pasarían la cuenta y se retiró después de cumplir solo un semestre. Al año siguiente, su padre lo convenció para que entrara al Ejército, pero tras dos años en Baumholder, Alemania Occidental, fue dado de baja y regresó a Milwaukee. Su experiencia allí no había sido buena. Trataba de encausar su vida, pero su tendencia a emborracharse arruinaba todos los esfuerzos. Solía beber hasta perder el sentido y este fue uno de los motivos por los cuales fue expulsado. En parte, bebía para embotar sus fantasías más oscuras y porque se sentía solo. Ni siquiera conocía a otro muchacho que fuera homosexual para conversar o compartir experiencias.

Otro motivo por el cual Dahmer prefería permanecer la mayor parte del tiempo borracho eran los recuerdos de su primer crimen. Se sentía culpable y arrepentido por haber asesinado a Steven Hicks. Tanto, que se prometió a sí mismo mantener un estricto celibato y comenzó a asistir a la iglesia con regularidad.

Al mismo tiempo, exhumó los restos que había escondido bajo las cañerías del sótano, destruyó los huesos hasta convertirlos en astillas y los diseminó por el bosque, como si aquello lo ayudara a liberarse del terrible secreto que lo atormentaba. No fue así.

En aquellos años, uno de los pocos que se preocupaba por él seguía siendo su padre, quien pensaba que su hijo era incapaz de aceptar que sentía una atracción por los hombres. Trató de apoyarlo, sin embargo, los verdaderos problemas de Dahmer eran bastante más serios que el alcoholismo o su homosexualidad.

Estuvo viviendo un tiempo en Florida, pero su situación no prosperó y tuvo que volver a Ohio. En octubre de 1981 fue detenido por conducta escandalosa y resistirse al arresto. Por aquel entonces, entraba solo a los bares y se tomaba una cerveza tras otra hasta el cierre del local. A veces, quedaba tendido inconsciente en plena calle. También solía meterse en problemas y recibía palizas. En una ocasión, le rompieron un par de costillas y tuvieron que ponerle varios puntos de sutura sobre su ojo derecho. Su conducta autodestructiva no haría más que empeorar con los años.

En 1982 se fue a vivir a la casa de su abuela, Catherine Dahmer, en West Allis, Wisconsin. Permanecería allí durante los próximos siete años. Se llevaban bien. Dahmer la ayudaba a limpiar el jardín y hacer las compras en el supermercado. También consiguió un empleo en el banco de sangre de Milwaukee. Pese a esto, sus problemas con el alcohol siguieron empeorando.

Ese mismo año, fue detenido por exhibicionismo cuando se bajó los pantalones frente a veinticinco personas en un parque de diversiones estando borracho. Tuvo que pagar una multa de cincuenta dólares. En 1985 comenzó a trabajar en Ambrosia Chocolate como mezclador. Era un trabajo estable y parecía que podría ordenar un poco su agitada vida. Pero un año más tarde, en 1986, fue arrestado y acusado de conducta lasciva tras haberse masturbado frente a dos chicos de doce años a las orillas de un río. Tras ser detenido por la policía, reconoció que lo había hecho al menos en otras cinco ocasiones y que estaba dispuesto a recibir ayuda psicológica, pues no se podía contener. Sería sentenciado a un año de condena suspendida y tratamiento terapéutico.

Poco tiempo después, comenzó a frecuentar saunas para homosexuales en donde los clientes tenían sexo consensuado de forma rápida y ocasional, entrando a habitaciones privadas. Ahí, Dahmer drogaba a sus parejas y abusaba de ellas cuando estaban inconscientes. Por este motivo le prohibieron la entrada, sobre todo cuando uno de sus acompañantes quedó en coma durante casi diez días después de haber sido drogado. No se levantaron cargos en su contra, porque la gran mayoría de los hombres que asistía a ese lugar —y que fueron víctimas de Dahmer— no querían exponer su vida sexual.

En noviembre de 1987, Dahmer conoció en un bar gay a Steven Toumi, de veinticuatro años. Ambos pasaron la noche en un motel, y a la mañana siguiente el chico apareció muerto. Dahmer insistió en que ambos estaban borrachos y que cuando despertó, Toumi estaba tendido en la cama con sangre en la boca. Lo había asesinado, pero no recordaba cómo ni por qué. Asustado, salió a comprar una enorme maleta en un centro comercial cercano y puso el cadáver dentro, antes de pedir un taxi y dirigirse a la casa de su abuela. Llevó el cuerpo hasta el sótano y abusó de él varios días, antes de descuartizarlo y tirarlo por partes en botes de basura.

Dos meses más tarde, conoció a un chico de catorce años llamado Jamie Doxtator, a las afueras de un club gay. El muchacho le dijo que era mayor de edad y Dahmer le ofreció dinero para que se dejara tomar unas fotografías eróticas en el sótano de la casa de su abuela. Una vez allí, lo drogó con somníferos, lo estranguló y abusó de su cadáver para luego descuartizarlo y lanzar los restos en bolsas de basura. En marzo de 1988, Richard Guerrero, de veinticinco años, correría la misma suerte.

La licenciosa vida de Dahmer estaba preocupando a su abuela. Invitaba a hombres a casa y se encerraban en el sótano para alcoholizarse y mantener relaciones sexuales. Poco después, encontró un maniquí en la habitación de su nieto, el cual utilizaba para masturbarse. Cansada de la situación, habló con Lionel, su hijo, para que presionara a Jeffrey y lo obligara a buscar un departamento. El 25 de septiembre de ese año, Dahmer se mudó a un sencillo edificio. Transcurrirían solo veinticuatro horas antes de que se metiera en problemas.

Dahmer le ofreció dinero a un chico de trece años para que se dejara tomar unas fotografías y lo llevó hasta su departamento. Allí lo drogó echando somníferos en una taza con licor de whisky, le besó el estómago y le acarició el pene. Asustado por la situación, el muchacho salió corriendo del lugar. Horas después, sus padres notaron que algo estaba mal cuando lo vieron chocando con las paredes.

Al día siguiente, un par de agentes de policía detuvieron a Dahmer en su puesto de trabajo, en Ambrosia Chocolate. A pesar de que reconoció que el chico había ido hasta su departamento, negó haber abusado de él o haberlo drogado. Explicaría que se encontraba con un tratamiento para el insomnio y que posiblemente le había servido el trago en una taza sucia, con residuos del somnífero prescrito. Fue puesto en libertad condicional, después de que su padre pagara una multa de diez mil dólares. Regresó a casa de su abuela y se mantuvo a la espera del juicio.

El padre de Dahmer estaba avergonzado y horrorizado por lo que estaba ocurriendo. Contrató a un reputado abogado llamado Gerald Boyle y le pidió que convenciera a su hijo de que se declarara

culpable, asumiera su responsabilidad en el caso y, sobre todo, que accediera a ser sometido a una terapia psiquiátrica. El 30 de enero de 1989, Jeffrey Dahmer se declaró culpable ante el tribunal y quedó a la espera de una sentencia, la cual se dictaría el 23 de mayo.

Antes de que eso ocurriera, el 25 de marzo asesinó a su quinta víctima, Anthony Sears, de veinticuatro años. Siguió el mismo patrón: lo conoció en un club gay y lo llevó al sótano de la casa de su abuela. Lo drogó, lo estranguló y luego abusó del cadáver durante días. Posteriormente lo descuartizó y lanzó sus restos en bolsas de basura. Esta vez, sin embargo, hirvió su cabeza, le quitó la carne y conservó su cráneo a modo de trofeo. Lo pintó con un aerosol de color gris y lo barnizó para que pareciera de plástico o resina. De ese modo podría conservarlo y tenerlo a plena vista, sin que nadie sospechara. Al mismo tiempo, disfrutaba masturbándose frente a él.

Tanto Lionel Dahmer como el abogado Gerald Boyle estaban de acuerdo en que el comportamiento de Jeffrey y sus antecedentes no pronosticaban nada bueno. Los psicólogos que lo entrevistaron coincidían en que se trataba de alguien que acumulaba mucha ira y tenía problemas con su sexualidad. Advirtieron, además, que no mostraba interés en rehabilitarse de su alcoholismo y era posible que reincidiera. Pero una vez que se presentó ante el juez, su capacidad de manipulación salió a relucir en todo su esplendor.

Aseguró que estaba arrepentido de lo que había hecho, que sabía que merecía un castigo ejemplar y que gran parte de sus problemas eran motivados por el consumo excesivo de alcohol. Dijo que estaba dispuesto a recibir una sentencia, pero suplicó que lo dejaran seguir asistiendo a su empleo o le destruirían la vida. También se mostró

abierto a recibir ayuda psicológica y psiquiátrica, pues insistió en que quería cambiar y nunca más cometer un acto semejante.

Por lo visto su discurso funcionó mejor de lo esperado, pues el juez en vez de mandarlo a la cárcel lo condenó a cinco años de internamiento en un centro de rehabilitación, con permiso para asistir a su trabajo en Ambrosia Chocolate. Además, se le ordenó buscar ayuda psicológica, realizar un tratamiento para su alcoholismo, presentarse de manera mensual ante el oficial encargado de su caso y evitar cualquier contacto con menores de dieciocho años.

Diez meses más tarde, y aunque su propio padre intervino para que no le dieran la libertad anticipada, Jeffrey Dahmer consiguió conmover al juez por medio de una carta en donde aseguraba haber cambiado. El 2 de marzo de 1990, Dahmer regresó a casa de su abuela. Esta lo recibió, pero con la condición de que se pusiera a buscar otro lugar donde vivir. Dos meses más tarde, se mudó al 213 de los apartamentos Oxford, en la calle 25 Norte.

Como era de costumbre, frecuentaba bares para homosexuales y convencía a jóvenes de posar para algunas fotografías eróticas en su departamento. Una vez que estaban allí, los drogaba y estrangulaba con sus propias manos o con un cinturón de cuero que compró para dicho propósito. Pero en vista de que ahora vivía solo y gozaba de una total privacidad, decidió experimentar aún más con sus víctimas.

Abusaba de ellas cuando estaban muertas y luego las fotografiaba en distintas poses. Abría los cadáveres en canal, se excitaba con el calor que emanaba del interior y se masturbaba entre sus intestinos. También sacaba fotografías del proceso de descuartizamiento y luego las guardaba en un álbum de fotos. Algunas de estas

imágenes denotaban un deliberado intento por parecer artísticas, al menos desde el punto de vista de Dahmer.

Comenzó a hervir las cabezas dentro de una olla para retirar la carne y guardar los cráneos en su habitación. Se masturbaba frente a ellos. Preservaba penes en frascos de formol y los pintaba color carne si estaban demasiado descompuestos. En el caso de Ernest Miller, lo despellejó y se comió sus bíceps, porque los encontró grandes y quería probar el canibalismo.

El departamento expelía un hedor insoportable y Dahmer era consciente de ello. Arrojaba cuanto podía en el basurero del edificio, pero varias partes humanas continuaban escondidas dentro de su vivienda. Fue entonces cuando compró un barril plástico y lo llenó de ácido, con el objetivo de disolver los restos y lanzarlos por el inodoro. A pesar de que esto solucionó en parte el problema de la acumulación de cadáveres, la fetidez podía sentirse en todo el pasillo del edificio.

Si bien los asesinatos sistemáticos de Dahmer se estaban volviendo rutinarios y tenían un patrón consistente, en cierta ocasión asesinó a un chico de veintidós años llamado David Tomas, por el cual no se sentía atraído sexualmente. Lo llevó a casa, lo drogó, lo asesinó y destrozó su cadáver mientras le tomaba fotografías para luego tirar sus restos a la basura. No violó el cadáver ni tampoco conservó nada de él.

Al mismo tiempo, comenzó a experimentar con sus víctimas de formas atroces. Después de drogarlos, y mientras todavía estaban con vida, les hacía un agujero en el cráneo con un taladro y les inyectaba ácido clorhídrico en el cerebro con una jeringa, con la idea de transformarlos en verdaderos zombis. En el fondo, deseaba

mantenerlos vivos y poder abusar sexualmente de ellos, sin encontrar oposición. Solo uno consiguió sobrevivir más de dos horas a este rudimentario procedimiento, antes de que decidiera matarlo.

Pero el sadismo de Dahmer no solo se limitaba a lo físico. Varios padres de las víctimas contaron a los investigadores que recibieron llamadas telefónicas anónimas, en donde un sujeto les decía que sus hijos estaban muertos. Tras su captura, el mismo Dahmer reconoció haber realizado las llamadas. Varios periódicos, que informaron de las desapariciones, habían publicado los números de los familiares en caso de que surgiera cualquier pista sobre sus paraderos. De esta forma, Dahmer tuvo acceso a ellos.

El 27 de mayo de 1991, cerca de las dos de la madrugada, una llamada al 911 alertó a la policía de la presencia de un chico que vagaba desnudo por la calle, aparentemente herido. Cuando un par de agentes se presentó en la escena, se dieron cuenta de que no podía mantenerse en pie ni hilar palabra. El informe policial decía que solo presentaba una pequeña herida en una de sus rodillas, pues según testigos se había tropezado.

Jeffrey Dahmer, quien había salido a comprar unas cervezas, se acercó al lugar y habló con los agentes. Con toda naturalidad, aseguró que el muchacho era su huésped y que estaba borracho. En ese mismo instante se presentó una ambulancia y los paramédicos que revisaron al joven no consideraron necesario ingresarlo en un hospital, por lo que se retiraron a los pocos minutos.

Los policías acompañaron a Dahmer hasta el departamento 213, para verificar si era cierto que se conocían. Al ingresar, el chico se sentó en uno de los sillones por su propia voluntad. Sobre este, se encontraba su ropa ordenada. El sitio parecía limpio y Dahmer les

mostró unas fotos polaroid en las que su invitado aparecía posando con un bikini de color negro. Aquello bastó para que los agentes se retiraran del lugar, suponiendo que ambos eran pareja. Pero algo iba mal. Dahmer aseguró a la policía que el joven tenía diecinueve años cuando, en realidad, solo tenía catorce. Este hecho fue criticado una vez que el caso salió a la luz. Ninguno de los agentes había pedido los documentos para comprobar la edad del menor y lo entregaron en bandeja al asesino, el cual lo estranguló pocos minutos después de que se retiraron. Tampoco revisaron los antecedentes de Dahmer, lo que podría haberlos alertado. A pesar de haber percibido la pestilencia del departamento, no se les ocurrió hacer un registro. Hubiese bastado con mirar bajo su cama para encontrar el cuerpo de Tony Hughes, otra de sus víctimas, la cual llevaba tres días descomponiéndose. Y lo peor de todo: la víctima, Konerak Sinthasomphone, de origen laosiano, era hermano de un chico que fue drogado y abusado por Jeffrey Dahmer en 1988. La incompetencia policial había propiciado una terrible coincidencia.

Las últimas semanas en las que Dahmer estuvo en libertad fueron dramáticas. Había sido despedido de su empleo en Ambrosia Chocolate por ausentarse y llegar tarde casi todos los días. Estaba deprimido y acudía con poca frecuencia a sus citas con la psicóloga, que lo atendía por ordenanza judicial, tras su juicio por abuso. Había perdido peso. Como siempre, estaba bebiendo demasiado y temía que lo desalojaran porque no tenía dinero para seguir pagando el arriendo. Aquello no le impidió asesinar a otras tres personas antes de que lo detuvieran.

Dos meses más tarde, el 22 de julio, todo acabaría. Dahmer había cobrado un total de diecisiete vidas a lo largo de trece años, pero

estuvo a punto de ser sorprendido en demasiadas ocasiones. Aquello parecía ser algo más que simple buena suerte. Para la comunidad afroamericana y asiática, a la cual pertenecían gran parte de las víctimas, la culpa era de la policía.

Los problemas raciales en Milwaukee no eran algo extraño, pero cuando todo quedó al descubierto, la situación se volvió insostenible. Varios agentes fueron dados de baja, en especial los que estuvieron involucrados en el tremendo error que se cometió en el caso Sinthasomphone. Aun así, nadie estaba satisfecho. De las víctimas, diez eran afroamericanos, tres caucásicos, uno oriental, uno nativo americano y dos hispanos. En total, se encontraron los restos de once personas en el departamento 213 del edificio Oxford.

Aunque Dahmer se había mostrado dispuesto a colaborar con los investigadores y aseguraba haber confesado todos sus crímenes, se comenzó a repasar su pasado y se descubrió que mientras fue parte del Ejército y estuvo en Baumholder, Alemania Occidental, varios cuerpos femeninos fueron hallados estrangulados y apuñalados en las cercanías. Tiempo después, cuando regresó a Estados Unidos, los asesinatos cesaron. Se llegó a interrogar a varios de sus excompañeros, los cuales aseguraron que a veces se perdía durante horas y se comportaba de forma extraña. Sin embargo, era un hecho que Dahmer no sentía interés por las mujeres y aquel no era su perfil de víctima.

La policía reservó toda un ala de la prisión para Dahmer. De la noche a la mañana, se había convertido en el asesino más famoso de los Estados Unidos. Cuando era trasladado de un lugar a otro, todos los reos se acercaban a las puertas de sus celdas y lo observaban en silencio. Había una mezcla de respeto, repulsión,

curiosidad y miedo en torno a él. De hecho, algunos de los guardias se sentían incómodos ante su presencia.

Los medios lo habían apodado «el carnicero de Milwaukee». Luego lo llamaron «el caníbal de Milwaukee». En la cárcel, los reclusos se referían a él como «la máquina de moler carne». Cuando alguno le dirigía la palabra para molestarlo, mientras era escoltado por los guardias, Dahmer les respondía: «Ojalá te hubiese cogido a ti». Las autoridades eran conscientes de que corría peligro tras las rejas y procuraron mantenerlo alejado de la población penal, al menos hasta que comenzara el juicio.

Varias manifestaciones se llevaron a cabo en las calles de Milwaukee, apoyando a los familiares de las víctimas y culpando la ineptitud policial, acusándolos de racistas. Aseguraban que si Dahmer hubiese sido afroamericano o hispano y, sus víctimas blancas, lo habrían detenido mucho antes. El Club 219, lugar en donde Dahmer atrapó a varias de sus víctimas, fue vandalizado y la puerta del departamento 213, en donde vivía, recibió varios disparos con un revólver. Los ciudadanos de Milwaukee estaban enardecidos.

Parte de la población creía que Dahmer odiaba a los afroamericanos por su color de piel, aunque este mismo lo negó durante los interrogatorios. De hecho, creía que eran atractivos, y por eso los escogía como víctimas. Aun así, algunas personas que lo conocieron aseguraban haberlo escuchado profiriendo insultos raciales en más de una ocasión.

Los especialistas que lo trataron creían que Dahmer sentía envidia de los jóvenes que asesinó, porque estos parecían disfrutar de su sexualidad en forma abierta. Mientras ellos salían a bares y discotecas y se relacionaban con todo el mundo, él se sentía solo y

aquello lo atormentaba. Cuando los llevaba hasta su apartamento, solo cumplían un rol utilitario de compañía y sexo. Sin embargo, al asesinarlos, evitaba que lo abandonaran. Al comer parte de sus cuerpos, se quedaban dentro de él de forma perpetua. Al defecarlos o desintegrarlos con ácido, los reducía a su más mínima expresión. Conservando sus restos en formol o dentro de su refrigerador, le pertenecían. Por medio de las fotografías polaroid, podía inmortalizarlos y recordarlos cuando quisiera. Todo giraba en torno al uso y control absoluto de la víctima.

Jeffrey Dahmer se declararía culpable de todos los crímenes, pero la defensa insistió en que era una persona con una grave enfermedad mental. El juicio se centraría en determinar si el acusado acabaría en la cárcel o en un hospital psiquiátrico. El proceso comenzaría el 27 de enero de 1992.

Uno de los pasajes más dramáticos del juicio fueron las revelaciones del mismo Dahmer frente a los familiares de las víctimas. Por muy doloroso que fuera, querían saber cómo y por qué habían muerto sus hijos o hermanos, lo que resultó traumático. Los detalles eran espantosos. Quizá lo único que sirvió de consuelo fue el hecho de que la mayoría de los jóvenes murieron estando inconscientes. No realizaba torturas que prolongaran el dolor, porque aquello no era su objetivo. Para el asesino, la diversión comenzaba cuando ya estaban sin vida, aunque a algunos los sometió a una trepanación y les inyectó ácido en el cerebro cuando aún estaban con vida, con la intención de convertirlos en zombis sin voluntad.

En su ánimo por colaborar con el caso, Dahmer trató de no ocultar ni omitir ningún detalle. Pronto, las espantosas confesiones comenzaron a afectar a quienes estuvieron presentes en el proceso.

Integrantes del jurado se sintieron indispuestos y acusaron sufrir pesadillas durante las noches.

Se demostró que Dahmer llevaba trozos de cadáveres e incluso cabezas cercenadas a su trabajo, en Ambrosia Chocolate, y que las ocultaba en su casillero. Aquello no parecía tener sentido. Varios de los excompañeros de trabajo de Dahmer aseguraron que a veces llevaba sándwiches de carne y se negaba a compartirlos. A la única que le ofreció uno de estos emparedados fue a Pamela Bass, la vecina que en cierta ocasión le pidió que dejara de hacer ruido con su sierra. Hasta el día de hoy, Bass ha preferido no saber si se trataba de carne humana, a pesar de que el mismo Dahmer le pidió que lo visitara en la cárcel para aclarárselo. Estas declaraciones fueron parte de la evidencia que presentó la defensa para plantear que el acusado no era un psicópata frío y calculador, sino que estaba enfermo.

En un principio, Dahmer aseguró que había cometido canibalismo en una sola ocasión, pero luego se retractó. De hecho, realizó varias recetas y con diversos condimentos, escogiendo las partes que le parecían más sabrosas. En su nevera, además de las cabezas, se encontraron empanadas de carne humana.

Poco antes de haber sido apresado, Dahmer tenía planeado crear una especie de altar en donde quería poner dos esqueletos completos y diez cráneos sobre una mesa negra, además de inciensos y luces decorativas. Si bien se consideraba ateo, mostró interés por las ciencias ocultas en más de una ocasión, algo que solo parecía una más de sus excentricidades.

Durante el juicio, también se habló de las conductas irresponsables y autodestructivas de Dahmer, para apelar a una

supuesta enfermedad mental. Como ya se ha dicho, bebía hasta perder el sentido, derrochaba todo su dinero y tenía un estilo de vida tan arriesgado como el de sus propias víctimas. En una ocasión se equivocó de copa y se bebió la que contenía los narcóticos, y al despertar le habían robado todo su dinero. En otra oportunidad le aceptó un trago a un sujeto que conoció en un bar y quedó inconsciente, pues la bebida contenía droga. Cuando volvió en sí, estaba desnudo y amarrado, colgado de cabeza, mientras el hombre lo sodomizaba con una enorme vela. El desconocido lo dejó en libertad pocas horas más tarde.

A pesar de que varios especialistas creían que Jeffrey Dahmer era un enfermo mental, la presión social exigía que el asesino fuera a la cárcel. El mismo agente del FBI Robert Ressler, que estuvo asesorando a la defensa, dio su punto de vista y aseguró que el acusado era un demente, pero responsable de sus actos, y que debía ser internado en una institución mental.

El 14 de febrero, el juez Gram leyó el veredicto del jurado: Jeffrey Dahmer fue encontrado culpable de quince asesinatos y considerado sano, por lo cual sería enviado a prisión.

Una hora antes de que se dictara la sentencia, los familiares de las víctimas tuvieron la oportunidad de expresar sus sentimientos hacia el asesino. La mayoría de los discursos fueron reflexivos. Se enfocaron en honrar a sus seres queridos, aunque sin ocultar la rabia e impotencia que sentían.

Rita Isbell, hermana de Errol Lindsey de diecinueve años, asesinado por Dahmer en marzo de 1991, no se pudo controlar. Una vez que subió al estrado, comenzó a gritar: «¡Estoy furiosa! ¡Así es como uno se pone cuando pierde el control! ¡No quiero ver a mi

madre teniendo que pasar por esto otra vez! ¡Nunca, Jeffrey! ¡Te odio! ¡Te odio!». Isbell avanzó amenazante para encarar a Dahmer, pero este permaneció inmóvil. La mujer sería detenida por los guardias, protagonizando uno de los momentos más tensos de todo el proceso.

El acusado leyó una carta en donde manifestaba su arrepentimiento por los crímenes, pero no consiguió conmover a nadie. Su tono de voz monótono tampoco demostraba que estuviese afectado. Finalmente, sería sentenciado a quince cadenas perpetuas consecutivas, que comprendían novecientos cincuenta y siete años de prisión.

Dahmer sería enviado al Instituto Correccional de Columbia, en donde pasó gran parte de su estancia aislado del resto de la población penal por su propia seguridad, aunque al poco tiempo solicitó permiso para compartir con otros internos. El aislamiento absoluto podía resultar contraproducente para su salud mental, aunque el problema era que varios presos lo querían muerto, sobre todo los afroamericanos. Dahmer tenía un sentido del humor macabro y despertó la antipatía de los reclusos, en especial cuando moldeó su comida y la hizo pasar como partes humanas o cuando bromeaba con los guardias y amenazaba con morderlos.

Dahmer sobrevivió a un ataque de navaja en agosto de 1994 y solo resultó con heridas leves. Pero el 28 de noviembre de ese mismo año no tuvo tanta suerte. Christopher Scarver, un reo que sufría esquizofrenia, lo atacó con una mancuerna de la sala de pesas, golpeándolo dos veces en la cabeza. Dahmer murió camino al hospital, a la edad de treinta y cuatro años.

La muerte de Dahmer despertó sentimientos encontrados en los estadounidenses. Para algunos, suponía un alivio que un criminal de dichas características dejara de existir. Sin embargo, también existía una sensación de que no había pagado por sus crímenes y que no pasó el tiempo suficiente tras las rejas.

El cerebro de Jeffrey Dahmer fue conservado —al menos por un tiempo— para realizar estudios, pero luego sería entregado a su padre, Lionel, quien decidió cremarlo. El hombre estaba afectado por la muerte de su hijo y escribió un libro conmovedor, titulado *A father´s story*, en donde quedó al descubierto el sufrimiento de otra víctima colateral de los crímenes de Dahmer.

Debido a la mala fama que se ganaron los apartamentos Oxford tras los hallazgos, nadie quería vivir allí. Después de un tiempo fueron demolidos, en un esfuerzo por borrar de la memoria colectiva cualquier vestigio de esta espantosa historia.

Diversos estudios demostraron que Dahmer poseía un CI alto, de 145. Sin embargo, queda en evidencia que su inteligencia emocional era nula. Sus obsesiones y retorcidas fantasías tal vez eran el reflejo de una mente enferma. En el libro *Dentro del monstruo,* Robert Ressler reflexiona en profundidad sobre la personalidad de este asesino e incluye parte de sus entrevistas. Ressler asegura que Dahmer hacía intentos por ser coherente, pero que cada cierto tiempo se desorientaba. A veces ni siquiera podía hablar sin hacer largas pausas en las que, según el especialista, entraba en estados catatónicos.

Jeffrey Dahmer no solo alcanzó el dudoso estatus de ser uno de los peores asesinos en serie de la historia moderna, sino que se ha

convertido en uno de los perfiles más intrigantes del mundo de la criminología.

Anne Schwartz, periodista y autora del libro *El hombre que no mató lo suficiente. Los macabros secretos del carnicero de Milwaukee*, aseguró que, por más que intentó ahondar en su infancia, no consiguió encontrar ningún evento particularmente traumático que pudiera explicar su comportamiento violento. Pese a que tuvo que atravesar una ruptura familiar, aquello no se trataba de nada extraordinario. Tampoco fue víctima de abusos ni sufrió ningún golpe en la cabeza que dañara su cerebro. Si bien demostró una llamativa fascinación por experimentar con restos de animales muertos, era incapaz de hacerles daño cuando estaban vivos.

Durante su juventud tuvo que enfrentar un difícil proceso para aceptar su homosexualidad, y si bien su padre no sabía cómo enfrentar la situación, en ningún momento se lo recriminó e incluso trató de apoyarlo.

Si bien Dahmer era un sujeto frío, emocionalmente distante y que trataba a sus víctimas como si fueran objetos, se despreciaba a sí mismo y sufría de un profundo miedo al abandono, algo que lo diferencia de otros psicópatas como, por ejemplo, Ted Bundy.

El enigma en torno a la figura de Dahmer y sus verdaderas motivaciones continúa hasta hoy. Él mismo confesó, en una entrevista cedida en febrero de 1993 para el programa de televisión *Inside Edition*, que mataba a sus víctimas debido a sus deseos obsesivos de control y posesión absoluta. También reconoció que sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, pero que fue incapaz de evadirse de sus fantasías más oscuras, aquellas en donde matar,

abusar, mutilar y canibalizar a un ser humano le proporcionaban un enorme placer sexual.

DAVID PARKER RAY

EL AMO DE LA CAJA DE JUGUETES

Estados Unidos

Pocas cosas fuera de lo común ocurrían en Truth or Consequences, una ciudad ubicada en el condado estadounidense de Sierra, Nuevo México. Con casi seis mil habitantes y un promedio de edad que llegaba a los cincuenta y ocho años, era un lugar en apariencia tranquilo y austero. Uno de los últimos —y pintorescos— acontecimientos que llamó la atención en torno a aquella pequeña comunidad había sucedido hacía más de setenta años, cuando la ciudad cambió de nombre.

En 1950, aquel lugar era conocido como Hot Springs. Sin embargo, sus pobladores decidieron participar en un popular concurso de radio de la época llamado *Truth or Consequences*. El premio para la ciudad que ganara dicho certamen sería el de adoptar el nombre del famoso programa. Como podemos suponer, Hot Springs se coronó como el vencedor. Desde entonces pasó a llamarse Truth or Consequences o T or C, como algunos prefieren llamarle. Con una colectividad en su mayoría católica, el segundo acontecimiento más importante de la ciudad fue cuando los líderes de la comunidad declararon a 1998 como el año de la Biblia. Resulta

irónico que tan solo un año más tarde, y debido a este caso, algunos pobladores bromearan refiriéndose a 1999 como el año del diablo.

Era el 22 de marzo de 1999, cuando una mujer desnuda que corría calle abajo por Bass Road, en Elephant Butte —cerca de Truth or Consequences—, llamó la atención de un solitario motorista que se encontraba en el lugar. La muchacha, que llevaba una cadena para perros en el cuello, parecía estar huyendo de alguien a plena luz del día, pero el testigo no vio a nadie tras ella y se encontraba demasiado lejos para preguntarle qué ocurría. La chica se interpuso en el camino de un automóvil e intentó abrir la puerta; sin embargo, la mujer que lo conducía no la dejó entrar, pues se sintió intimidada. La joven siguió corriendo y decidió ingresar en la primera casa que se le cruzó y, una vez dentro, comenzó a gritar por ayuda.

La dueña de casa, Darlene Breech, estuvo a punto de desmayarse de la impresión al escuchar los alaridos que provenían de su sala. Al acercarse, se encontró con Cynthia Vigil, de veintiún años, la cual lloraba de forma histérica y rogaba que llamaran a la policía. Donald Breech, el esposo de Darlene, bajó del segundo piso alertado por el alboroto y se dispuso a cubrir a la muchacha con una manta, mientras le preguntaba qué le había ocurrido.

La joven se encontraba en estado de *shock*. Sangraba de la cabeza, tenía profundas marcas de atadura en sus muñecas y tobillos, además de heridas amoratadas en los pezones y varias laceraciones en las piernas y la espalda. Con voz temblorosa y trastabillante, le contó a la pareja que había sido secuestrada por un sujeto llamado David y su novia Cindy, los cuales la mantuvieron cautiva por casi tres días, sometida a brutales violaciones y torturas.

Darlene y Donald estaban atónitos ante su relato. La chica estaba aterrada y temía que sus torturadores la estuvieran buscando por la calle. Tras llamar al 911, la pareja logró tranquilizar a Cynthia, convenciéndola de que todo saldría bien. Cuando la policía se presentó en el lugar, la muchacha salió corriendo y se lanzó en los brazos de los oficiales llorando de terror.

A pesar de encontrarse herida y perturbada, la joven repitió su historia a los agentes y les indicó la casa desde donde había escapado, la cual se encontraba a unos pocos metros del lugar. En sus declaraciones, aseguró que consiguió huir después de librarse de las cadenas que la retenían y haberse enfrascado en una dura pelea con Cindy, aprovechando que David había salido de casa.

La víctima presentaba varias heridas en la parte posterior de la cabeza y el cuello, las cuales habrían sido realizadas con un picahielos durante el enfrentamiento con la mujer que la mantenía cautiva. A pesar de haber sido apuñalada varias veces y encontrarse al borde del colapso, consiguió agarrar una lámpara y estrellarla en la cabeza de su atacante, dejándola sin sentido, antes de salir en busca de ayuda.

Mientras Cynthia era llevada de urgencia al hospital, en donde atendieron sus lesiones y cortaron la cadena que tenía atada a su cuello, la policía se acercó al inmueble indicado por la víctima. Al ingresar a la propiedad, lo primero que vieron fue un enorme tráiler de camión de color blanco, cerrado con llave, a escasos metros de la casa. Pocas horas más tarde, aquel lugar se convertiría en uno de los puntos neurálgicos de la investigación.

Dentro de la casa, los oficiales hallaron manchas de sangre, una lámpara rota, candados y una gruesa cadena fijada a la pared del

living, además de claras señales de lucha, lo que encajaba con la declaración de Cynthia Vigil, aunque no había rastros de Cindy ni de David. Minutos más tarde, ambos serían interceptados por otros oficiales que rondaban la zona. La pareja fue detenida mientras conducía un vehículo cerca del lugar. No estaban huyendo, sino buscando a la víctima.

Tras la detención, David Parker Ray, de cincuenta y nueve años, y Cynthia «Cindy» Lee Hendy, de treinta y nueve, contaron una historia muy distinta. Según ellos, habían conocido a Cynthia Vigil solo un par de noches antes y se habían hecho amigos. Aseguraron que era una adicta a las drogas que se encontraba en proceso de rehabilitación y que la acogieron en su casa con el único fin de ayudarla. David Parker Ray, en particular, parecía convincente y sereno. Sin embargo, los agentes no creyeron su historia. David y su pareja fueron retenidos en la comisaría hasta que se aclarara la situación.

Cynthia Vigil era una joven que se ganaba la vida ofreciendo servicios sexuales en diversas calles y bares de Albuquerque, Nuevo México, pasando las noches de motel en motel. Con una infancia tormentosa, que incluía abusos sexuales y abandono familiar, desde adolescente se había lanzado a la calle para ganar dinero y había caído en el abuso de alcohol, drogas y la prostitución.

El sábado 20 de marzo 1999, a las diez de la mañana, Cynthia caminaba por la Central Avenue en busca de algún cliente, hasta que un sujeto comenzó a hacerle señas desde una casa rodante que se encontraba estacionada cerca del lugar. La chica cruzó pocas palabras con el desconocido y accedió a subir al vehículo para practicarle sexo oral a cambio de unos cuantos dólares. Según Vigil,

el hombre (que se había presentado como «David») parecía simpático y amable, aunque lucía algo desaliñado. Ambos pasaron a la parte posterior del tráiler. Y entonces la situación cambió de manera radical.

David sacó una placa policíaca y le dijo que tendría que llevarla detenida por prostituirse en la vía pública. Cogió unas esposas y trató de inmovilizarla, pero Cynthia se resistió y comenzaron a forcejear. La chica intuyó de inmediato que aquel sujeto no era un agente de la ley y que su vida corría serio peligro. Al mismo tiempo, notó que no estaban solos. Una mujer, que se encontraba escondida dentro de la casa rodante, apareció y le propinó una descarga eléctrica que la dejó semiinconsciente. Una vez en el piso, David aprovechó para esposarla a la manilla de una pesada cajonera y luego arrancó el vehículo. Aterrada y sorprendida, Cynthia le exigió a la extraña mujer que le dijera qué iban a hacer con ella. Esta le aseguró que la violarían durante un par de días y que luego la dejarían en libertad.

David y Cindy habían viajado más de doscientos cincuenta kilómetros al norte de Truth or Consequences con el único fin de encontrar a una víctima y raptarla. Pero Cynthia resultó ser más hábil de lo que se imaginaban. Durante casi una hora, se había dedicado a soltar los tornillos de la manilla del cajón al cual estaba esposada, hasta que consiguió liberarse, aunque continuaba con la esposa cerrada en una de sus muñecas. Mientras el tráiler se mantuviera en movimiento no podría escapar, así que decidió esperar a que sus captores se descuidaran para intentar huir.

De pronto, el vehículo realizó un movimiento brusco y Cynthia, que se encontraba tendida en el piso, rodó y se estrelló contra otro

de los muebles del interior, lo que alertó a David y Cindy, quienes descubrieron que se había liberado. Entre ambos la desnudaron y maniataron, esta vez de forma más eficiente, y reemprendieron el viaje.

Cynthia comprendió que no conseguiría escapar de manera tan fácil. Sospechó que no era la primera mujer secuestrada por la pareja y que ambos tenían experiencia en este tipo de delitos.

Tres horas más tarde, la casa rodante se detuvo y Cindy se acercó a la joven con un revólver en la mano, diciendo que la mataría si gritaba o intentaba escapar. Al mismo tiempo, la mujer cogió un cajón de herramientas que se encontraba cerca, extrajo unos grilletes que aseguró en los tobillos de Cynthia, y la obligó a bajar del vehículo. Desnuda y encadenada, la muchacha caminó junto a sus secuestradores a través de un camino polvoriento en dirección a una casa prefabricada que se encontraba de espaldas a un enorme lago. Había varios inmuebles alrededor, lo que sorprendió a la joven, pues si alguien se hubiese asomado por alguna ventana podría haberla visto. Aunque aquellas viviendas se encontraban distanciadas unas de otras, el proceder de David y Cindy resultaba temerario, sobre todo si se considera que estaban a plena luz del día. Cynthia decidió mostrarse sumisa ante sus captores, quizás con la esperanza de que no le hicieran daño. Pero su moral se vendría abajo tras ingresar a aquella casa.

Al principio, parecía tratarse de una vivienda normal. Sin embargo, tras dar unos cuantos pasos en su interior, notó un crucifijo colgado boca abajo en la pared y varios ganchos atornillados en el techo. David la empujó sobre una pequeña cama en la sala de estar y le puso un collar de metal con candado alrededor del cuello, el cual

estaba sujeto a una gruesa cadena anclada a una pared. Acto seguido, el hombre cogió una cinta de audio, la introdujo en una radio casetera, apretó *play* y se sentó en un sillón sin decir una sola palabra. De pronto, el silencio de la sala se rompió y la voz de David comenzó a sonar en la grabación. Este es solo un pequeño extracto del audio completo:

> Hola perra, ¿estás cómoda? Lo dudo. Con las manos y tobillos encadenados, probablemente con los ojos vendados. Estás desorientada y asustada también, me imagino. Algo perfectamente normal, considerando las circunstancias.
>
> Voy a contarte en detalle por qué fuiste secuestrada, qué es lo que te va a ocurrir y cuánto tiempo vas a estar aquí. No sé los detalles de tu captura, porque esta cinta fue creada el 23 de julio de 1993, como una grabación de advertencia general para futuras mujeres cautivas.
>
> Has sido elegida [...] Seleccionada por tu cuerpo y por tu aspecto [...] Me gusta el sadomasoquismo, así que cuando siento esa urgencia, voy por una chica. Ambos sabemos para qué te hemos traído. Probablemente piensas que vas a ser violada y puedes estar segura de que eso pasará, pero esa es la parte fácil [...] Tus muñecas y tobillos están encadenados y estás amordazada porque no te gustará cómo lo hago. Te quedarás aquí, desnuda y encadenada [...] Estarás colgada del techo por las muñecas y te azotaré muy fuerte... con palmetas, cuerdas, látigos, gatos de nueve colas o con lo que me plazca [...] Veamos... ¿qué otra cosa puedo hacerte? Voy a usar una máquina de electroshock [...]
>
> Dicen que soy frío y que no escucho, que trato a las personas como objetos para sentir placer... y supongo que tienen razón hasta cierto punto [...] He traído a treinta siete mujeres con el mismo objetivo... o puede que algunas más. Pero ninguna ha escapado. No lo consiguieron. Tú no serás una excepción [...] En cuanto termine esta grabación, tendrás una oportunidad excelente para suplicarme que te libere... me encanta cuando ruegan y suplican.

> Si piensas que todo esto es enfermo y depravado, no has visto nada aún. Este es un mundo diferente [...] Que tengas un buen día.

En aquella cinta, que dura poco más de cincuenta minutos, David Parker Ray detallaba las reglas que la cautiva debía cumplir al pie de la letra. Cualquier tipo de desobediencia implicaba un castigo inmediato y severo. Dejaba en claro que tenía muchos años de experiencia en esto y pedía que no perdiera el tiempo llorando, rogando o suplicando, pues ya lo había escuchado todo y no se dejaría conmover por nada de lo que pudiera decirle.

Aseguró haber asesinado a algunas de sus víctimas anteriores, pero prefería no hacerlo o dejaría un reguero de cadáveres por todo el país. También confesaba que su interés era específicamente sádico sexual. Quería producirle grandes cantidades de dolor físico, porque eso lo excitaba, pero no buscaba hacerle algún tipo de daño permanente a menos que ella lo obligara. En la cinta le dejaba claro que comería solo una vez al día y que sería tratada como un animal. Al mismo tiempo, le advertía que sería violada por ciertos «amigos» que solían ir a su casa, e incluso por uno de sus perros mientras él los observaba.

Una de las reglas en las que el captor hizo más énfasis fue en que no debía hablar a menos que este se lo pidiera y siempre dirigiéndose a él con la palabra amo o ama, si se dirigía a su pareja, Cindy. El único momento en el cual se le permitiría iniciar una conversación sería cuando pidiera permiso para ir al baño, siempre de forma respetuosa: «Amo, ¿puedo ir al baño?». También debía ser específica y describir si iba a orinar o defecar.

Incluso cumpliendo todas estas reglas, si notaba que su tono de voz sonaba atrevido o sarcástico a la hora de responder sus preguntas, sería castigada. Si intentaba hablar, gritar o si se negaba a colaborar durante las pervertidas prácticas sexuales a las que iba a ser sometida, sería azotada con un látigo o electrocutada.

David aseguró que, si se comportaba de buena forma, sería liberada en dos o tres meses, no sin antes ser drogada durante días y ser sometida a un lavado de cerebro para que olvidara toda la experiencia.

Escuchar las cintas de David Parker Ray resulta perturbador. Es difícil imaginar cómo se sintieron las víctimas que las oyeron, estando desnudas y encadenadas a escasos metros de él. Es probable que mientras las cautivas oían horrorizadas dichas grabaciones, Parker Ray se excitara. Era la primera tortura a la que eran sometidas. Una que jugaba un papel muy importante: la de desmoralizarlas desde un comienzo, haciéndolas entender que sería inútil intentar escapar, pues estaban ante un secuestrador, violador, torturador y asesino con años de experiencia.

A continuación la pareja comenzó a mostrarle cientos de fotografías polaroid en donde se veían distintas mujeres encadenadas, siendo torturadas y sodomizadas de maneras espantosas. Minutos más tarde, David llegó con una caja llena de cables y una batería de automóvil. Puso unos electrodos en los pechos de Cynthia y comenzó a darle descargas eléctricas durante varias horas, alternando el voltaje. Cuando la pareja se cansó de torturar a la joven se sentaron en un sillón, bebieron alcohol, fumaron cigarrillos y miraron televisión antes de irse a dormir.

Al día siguiente ambos se acercaron a la chica, le quitaron los grilletes y las cadenas, y la llevaron al baño para que tomara una ducha. Cindy volvió a amenazarla con un revólver, advirtiéndole que si intentaba huir la matarían. Luego sería llevada a una habitación, la cual David llamaba el cuarto sucio (*Te dirty room*), un lugar donde podía llevar a cabo torturas mucho más sofisticadas. La cantidad de artilugios y juguetes sexuales que decoraban la habitación resultaba perturbador. Ganchos, poleas, una infinidad de dildos enormes, cadenas, alicates, tenazas, pinzas, anzuelos de pesca y picanas eléctricas, entre otros elementos.

David y Cindy cogieron a la chica y la suspendieron en el techo por medio de un sistema de cadenas y poleas. Al mismo tiempo, le pusieron unas fuertes tenazas en los pezones, las cuales iban conectadas a unas pesas. Mientras la electrocutaban con picanas eléctricas, los pesos de hierro bajaban y subían, produciendo un dolor indescriptible a la víctima. Sin embargo, no solo David era un torturador cruel y despiadado... Cindy resultó ser igual de agresiva que su pareja, sobre todo cuando comenzaba a azotar a la víctima con látigos y cuerdas.

Tras varias horas de tortura y abusos sexuales, Cynthia fue llevada a la sala de estar, donde fue encadenada. Mientras tanto, David se sentaba en su sofá para fumar, beber y ver televisión. Poco antes de irse a dormir, Cindy se acercó a Cynthia y le dijo al oído que al día siguiente la llevarían a la caja de juguetes (*Te toy box*). Resultaba evidente que debía ser un sitio mucho peor que el anterior. Aunque la chica se encontraba agotada, no pudo dormir en toda la noche pensando en qué le esperaba. Cada vez veía más lejana la posibilidad de salir con vida de aquella casa.

Temprano por la mañana, David apareció para liberarla de las esposas y los grilletes, dejándola encadenada solo por el cuello, pero algo llamó la atención de Cynthia. Su torturador vestía como un ranger, al igual que los guardabosques de la localidad. La muchacha pensó que si aquel hombre era un policía o algo similar, nadie vendría a rescatarla. David le dijo que cuando regresara del trabajo la llevarían a la caja de juguetes y repitió la amenaza que le había hecho Cindy la noche anterior.

El hombre se marchó y Cynthia quedó tendida sobre un colchón, encadenada por el cuello a la viga metálica de la muralla. Sin embargo, en un descuido de su celadora, consiguió arrastrarse y acercar con una de sus piernas una mesa de centro en la que se encontraba un gran manojo de llaves. La chica estaba segura de que allí se encontraba la llave que abriría sus cerrojos. Mientras intentaba liberarse fue descubierta por Cindy y comenzaron a forcejear. Aferrándose a la única oportunidad que tenía para escapar, se tendió boca abajo y continuó probando cada una de las llaves, intentando abrir el candado que la mantenía unida a la cadena, a pesar de que la mujer se le había echado encima y la amenazaba con un picahielos.

De pronto, comenzó a apuñalarla en la cabeza, rompiéndole el cuero cabelludo, pero Cynthia no se dio por vencida y, a punto de desmayarse por el dolor, logró dar con la llave correcta y pudo quitar el candado que la mantenía encadenada a la muralla. Ambas comenzaron a rodar por el piso, hasta que Cynthia cogió una lámpara y la rompió en la cabeza de Cindy, dejándola sin sentido. La joven salió de la casa y se echó a correr, hasta que pudo ingresar a otra vivienda cercana para pedir ayuda.

Tras el arresto de David y Cindy, y las sorprendentes declaraciones de Cynthia Vigil, los agentes de policía quedaron perplejos. David Parker Ray resultó ser un hombre querido y respetado por la comunidad. ¿Cómo era posible que se tratase de un sádico sexual y un asesino en serie? Cuando se decidió realizar un allanamiento minucioso a su propiedad, el impacto que causó en los investigadores fue traumático.

Resultaba evidente que Parker Ray llevaba varios años coleccionando diferentes herramientas de tortura y sumisión, muchas de ellas halladas en el cuarto sucio. Sin embargo, cuando abrieron la puerta de la caja de juguetes —que no era otra cosa que el tráiler que se encontraba fuera del inmueble—, la impresión fue aún mayor. A pesar de que en su interior colgaba un vistoso cartel que decía «Satan's den» o «La guarida de Satán», su creador prefería llamarla la caja de juguetes.

El lugar se encontraba insonorizado para evitar que se escucharan los gritos de las víctimas desde el exterior. La decoración parecía ser algo importante para Parker Ray, pues era minuciosa y selectiva. Todos los elementos parecían haber sido acomodados al milímetro y tenían una funcionalidad práctica, aunque también estética.

El ambiente era opresor e intimidante. En una estantería con puertas de vidrio se observaba un llamativo candelabro eléctrico con forma de cráneo, las paredes estaban repletas de fotografías de víctimas siendo torturadas y perturbadores dibujos infográficos de diversos procedimientos de suplicio. Muñecas atadas en poses grotescas y revistas pornográficas, relacionadas con el *bondage*.

Las estanterías estaban repletas de cadenas, pinzas, tenazas, agujas y todo tipo de elementos quirúrgicos para atormentar,

además de otras extrañas herramientas que él mismo había fabricado gracias a sus conocimientos en mecánica. En el fondo del tráiler, se encontraba una cama de obstetricia que Parker Ray utilizaba para inmovilizar a sus víctimas con las piernas abiertas y violarlas, pero no solo eso, también para sodomizarlas con todo tipo de dildos de tamaño desmesurado. Frente a la cama, se encontraba una cámara de video con la cual registraba todas las espantosas torturas que realizaba. Sobre la cámara, en una esquina de la habitación, una pantalla de televisión le mostraba a la víctima lo que su torturador le estaba haciendo. También se hallaron varios manuales escritos por el mismo Parker Ray, los cuales describían detallados procedimientos para las más crueles y elaboradas torturas, tanto físicas como psicológicas.

Mientras la policía se comunicaba con el FBI, varios agentes decidieron reproducir las cintas de video halladas al interior de la casa y el tráiler. Sabían que aquella podía ser la evidencia definitiva para inculpar a los sospechosos. Muchos de los metrajes contenían películas o viejos *shows* de televisión, hasta que al fin dieron con lo que buscaban: una grabación casera en la que aparecía David Parker Ray dentro del tráiler. Daba la apariencia de estar comprobando el estado de los instrumentos, pero se encontraba completamente solo. Tras un brusco corte, todo se volvió mucho más explícito.

Aquellas imágenes perturbaron a los agentes. En ellas, Parker Ray llevaba una capucha negra de verdugo y procedía a torturar de forma espantosa a una muchacha. Una a una, las grabaciones mostraron la naturaleza del asesino y sus métodos, los cuales incluían choques eléctricos, quemaduras con cigarrillos,

desgarramiento de pezones y penetración con dildos de gran tamaño.

La novia de David Parker Ray, Cyndi Hendy, aparecía con frecuencia en las tomas, siempre colaborando con su pareja y empuñando un revólver, amenazando a las víctimas, las cuales daban terribles alaridos de dolor para el deleite de sus torturadores.

Poco a poco, los policías comenzaron a salir del tráiler para vomitar. Sentían que ya habían visto demasiado. Aun así, por órdenes de sus superiores, varios agentes permanecieron casi una semana revisando el contenido de las cintas.

Dos días más tarde, la noticia fue cubierta por varios canales de televisión y reporteros de distintos periódicos, lo que causó una conmoción enorme. Poco después se filtró, por medio de la prensa, que una de las oficiales de policía que estuvo dentro del tráiler, al ver los videos de tortura de David Parker Ray, se quitó la vida de un disparo en la cabeza. La agente de treinta y seis años Patricia E. Rust había quedado sumamente afectada tras ver las espantosas grabaciones y sus superiores decidieron darle un par de días libres, de los cuales nunca regresaría. Según el libro *SlowDeath*, del escritor Jim Fielder, un funcionario estatal declararía tras el suicidio de Rust que «probablemente no pudo manejar lo que había visto y a lo que estuvo expuesta en ese tráiler». Horas más tarde, el mismo FBI salió a desmentir aquellas afirmaciones, asegurando que el suicidio de Rust no tenía ninguna relación con lo que vio en las grabaciones de David Parker Ray. Es difícil dilucidar qué ocurrió en la cabeza de Patricia Rust y las consecuencias de verse expuesta a semejante material. Al margen de los verdaderos motivos, esto no sirvió para otra cosa que aumentar el morbo en torno al caso.

Resultaba evidente que David Parker Ray era un asesino serial y ningún medio de comunicación quería perderse la primicia. El FBI, por su parte, continuó con la investigación. Todo apuntaba a que habría que remover la casa desde sus cimientos, pues los investigadores sospechaban que se podrían encontrar varios cuerpos enterrados en aquel terreno. Otra posibilidad, aún más plausible, era que la pareja arrojara los restos de sus víctimas en el lago Elephant Butte, que se encontraba a pocos metros del inmueble. Sin embargo, en una superficie tan vasta y desolada como el desierto de Nuevo México, existen muchos lugares donde hacer desaparecer un cadáver.

Por su parte, los sospechosos insistían en que Cynthia Vigil estaba mintiendo y que solo se trataba de una drogadicta que trataba de victimizarse. David Parker Ray no se mostraba nervioso, incluso a sabiendas de que la policía ya había registrado su casa y hallado sus cuartos de tortura y las grabaciones que lo inculpaban. Los investigadores más experimentados se dieron cuenta de que se trataba de un astuto y peligroso psicópata.

Parker Ray era un sujeto con cierto carisma, alto, delgado, de cabello castaño claro y un tupido bigote. Tenía la piel rojiza y arrugada, debido a las largas jornadas de trabajo expuesto bajo el candente sol de Texas. Siempre esbozaba una sonrisa fanfarrona, era un fumador empedernido, tenía la voz suave, acento sureño y parecía un sujeto amable. Sin embargo, tras esa máscara de relativa normalidad, se escondía un asesino sádico y depravado.

Nació el 6 de noviembre de 1939, en Nuevo México, Estados Unidos. Fue abandonado por sus padres y criado por su abuelo, un hombre violento y temperamental que solía golpearlo sin

contemplaciones. Fue un estudiante promedio que, de forma precoz, comenzó a mostrar un retorcido interés por las chicas y llegó a fantasear con raptarlas, torturarlas y violarlas. Obsesionado por la pornografía dura y el *bondage*, se masturbaba de manera compulsiva imaginando que sus fantasías sádicas se volvían realidad. En *Slow Death* se asegura que Parker Ray habría cometido su primer asesinato antes de cumplir los veinte años, pero esto no ha podido ser corroborado.

A pesar de ser alcohólico, consiguió graduarse sin mayores problemas de la Secundaria de Valley, Albuquerque, en 1957, y en 1959 contrajo matrimonio con una chica de su pueblo. Al mismo tiempo, ingresó al Ejército de Estados Unidos, en donde se especializó como mecánico de aviones.

La vida marital de Parker Ray, no obstante, estaba destinada al fracaso. Era un depredador sexual y no consiguió que su primera mujer le siguiera el juego, por lo que terminaron divorciándose en 1961. Ese mismo año volvió a contraer matrimonio, el cual solo duró seis meses debido a sus excéntricas exigencias sexuales. En 1966 se casó una vez más, ahora con Glenda Burdine, con la cual tuvo una hija a la que llamaron Glenda Jean.

Para 1969, Parker Ray era un reconocido miembro de la comunidad. Había impartido clases en la Escuela Espartana de Aeronáutica, en donde lo recordaban como «un genio de la mecánica». Esto, sumado a su personalidad extrovertida, encantadora y alegre —además de su disposición para ayudar a todo vecino que tuviese un problema—, lo convirtieron en un respetado referente del pueblo. Sin embargo, las exigencias sexuales con su

tercera esposa se volvieron cada vez más violentas y denigrantes, por lo que Glenda pidió el divorcio pocos años más tarde.

Parker Ray buscaba una compañera que le ayudara a satisfacer sus cada vez más retorcidas fantasías, las cuales incluían el *bondage*, la tortura y la violación. Como no lo consiguió, decidió raptar chicas por su propia cuenta.

Se desconoce la fecha exacta de cuándo comenzó a secuestrar a sus primeras víctimas, pero se presume que fue antes de cumplir los veinticinco años. Sentía placer al hacerlas sufrir y experimentaba con distintos métodos, los cuales fueron evolucionando poco a poco. De hecho, comenzó a estudiar anatomía humana para averiguar qué partes del cuerpo eran más vulnerables al dolor, y adquirió libros sobre métodos de tortura para ponerlos en práctica.

Aprovechando sus conocimientos sobre mecánica, diseñó y construyó sus propias herramientas para torturar, las cuales bautizaba y rotulaba con distintos nombres, como El espaciador de tobillos, una barra de metal retráctil con correas que servía para mantener a sus víctimas con las piernas separadas.

Pero no solo la tortura física era su especialidad, también la psicológica. Confeccionó un «Manual para el torturador», en el cual registró los resguardos que el celador debía tener y varios consejos para mermar la psicología de la víctima. Parte de este documento dice lo siguiente:

RECUERDA:

Una mujer hará o dirá lo que sea para librarse:

- Patear

- Morder
- Gritar
- Amenazar
- Arañar
- Correr
- Mentir
- Ofrecer dinero
- Rezar
- Ofrecer sexo
- Esperar por una oportunidad

Excusas típicas o historias tristes:

- Se encuentra con su período
- Está embarazada
- Enfermedad venérea
- Sida
- Otra enfermedad
- Hijos
- En busca de empleo
- Un bebé enfermo
- Un padre enfermo
- Claustrofobia

- Esposo muerto
- Problemas al corazón
- Va al colegio

No dejes que te engañe. Si vale la pena raptarla, vale la pena mantenerla cautiva. Debe ser sometida a hipnosis antes de que sea liberada. Nunca confíes en una cautiva encadenada.

Cuando utiliza el término *hipnosis*, se refiere a la utilización de drogas con las cuales conseguía borrar la memoria de sus víctimas. Inspirado en el proyecto de control de la CIA, conocido como MK-Ultra, Parker Ray drogaba a las mujeres que secuestraba y al mismo tiempo empezaba un complejo proceso de lavado de cerebro. De esta forma, una vez que las liberaba, las chicas no recordaban nada de lo que les había ocurrido. Sin embargo, no todas sobrevivían a las prolongadas sesiones de tortura y es muy probable que se deshiciera de varios cadáveres en el desierto de Texas y el lago Elephant Butte.

Entre otros varios documentos de su autoría, existe uno llamado «Procedimientos psicológicos y físicos: manejo inicial de un fetiche personal cautivo». En este manual, Parker Ray describe la forma de intimidar, desorientar y someter a una víctima, además de cómo ir llevando a cabo las torturas, incrementando la intensidad de estas de manera paulatina. El listado completo de pasos a seguir es perturbador, y he decidido excluirlo de este libro por considerarlo un material peligroso.

Cuando el caso salió a la luz, varias historias oscuras narradas en los alrededores de Truth or Consequences comenzaron a tener sentido. Cadáveres hallados en el desierto. Prostitutas que fueron víctimas de brutales ataques sexuales y que no recordaban qué les había pasado. Desapariciones sin explicación. Todo, de alguna u otra forma, apuntaba a David Parker Ray.

Para raptar a sus víctimas, el asesino no solo contaba con la ayuda de su pareja, Cindy Hendy, sino también con la de su propia hija, Glenda Jean, y un joven de nombre Dennis Yancy. Todos ellos se encargaban de reclutar prostitutas en los bares cercanos para las sesiones de sexo y tortura orquestadas por Parker Ray.

Sin embargo, se descubrió que algunas de las mujeres que fueron raptadas por el asesino, abusadas, torturadas y posteriormente liberadas, volvían a visitarle poco tiempo después. Es probable que algunas regresaran solo porque se les ofrecía algo de dinero a cambio de servicios sexuales denigrantes. Aun así, tras acceder a las peticiones de Parker Ray, la mayoría despertaba en lugares solitarios, sin saber qué les había ocurrido y desorientadas por las dosis de droga que les suministraban para lavarles el cerebro. El resto de las mujeres secuestradas parecían haber desaparecido.

La investigación despertó un gran escándalo cuando fue de conocimiento público que David Parker Ray organizaba orgías y fiestas privadas dentro de su propiedad. Supuestamente había mucha gente involucrada, incluyendo personalidades ligadas a la política. Todo comenzó a tornarse pantanoso en ese punto. Truth or Consequences ocultaba más secretos de lo que parecía, y resultaba difícil seguir indagando si parte de la población también estaba relacionada y no estaba dispuesta a colaborar. Por el momento, lo único que podía hacer la policía era acusar a David Parker Ray, su hija Glenda, Cindy Hendy y Dennis Yancy de secuestro y tortura.

Parker Ray se declaró inocente de todas y cada una de las acusaciones en su contra. La fiscalía se encontraba en un gran aprieto, pues si bien varias de las grabaciones halladas en la casa y el tráiler mostraban torturas realmente espantosas, la policía no había encontrado ningún cadáver que pudiera ligarse a la investigación en sí. Incluso cuando apareció una nueva sobreviviente a las duras sesiones de tortura ejercidas por el supuesto asesino y lo acusó de violación y agresión, su condición de trabajadora sexual y drogadicta no la ayudó demasiado.

Kelly Garret, la víctima, conoció a Glenda Jean, la hija de Parker Ray, en un bar de Elephant Butte y se volvieron amigas. Ambas consumían drogas y se emborrachaban con frecuencia. Glenda se había ido a vivir con su padre y decidió invitar a su amiga a casa, no sin antes suministrarle somníferos.

Durante tres días, Kelly fue sometida a constantes violaciones y torturas antes de ser puesta en libertad por el mismo Parker Ray. Sin embargo, la veracidad de sus declaraciones fue puesta en duda en más de una ocasión, mientras que el acusado seguía apareciendo frente a las cámaras de televisión con una amplia sonrisa, asegurando que todo se trataba de un malentendido.

El hecho de que la acusación fuese realizada tres años más tarde hizo suponer a algunos que Kelly Garret había accedido de forma voluntaria a las exigencias sexuales de Parker Ray a cambio de dinero y que solo quería llamar la atención. Incluso cuando fue reconocida por un tatuaje en una de las grabaciones de video descubiertas en el tráiler del acusado, no se la consideró una víctima.

Varias fotografías y cintas de video halladas en la caja de juguetes fueron presentadas como evidencia ante la corte. Y si bien en ellas quedaron expuestas prácticas aberrantes, Parker Ray había sido lo bastante astuto como para no registrar la muerte de ninguna víctima. También se presentaron cientos de dibujos que representaban las perturbadoras fantasías del acusado, los cuales estaban acompañados de elaborados textos sobre cómo torturar a una persona. Aun así, todas las pruebas eran circunstanciales y no lo inculpaban en forma directa de ningún asesinato.

Otra de las teorías más controversiales era la que aseguraba que Parker Ray también participaba en trata de blancas, vendiendo jóvenes como esclavas sexuales en la frontera de México. Incluso algunos detectives sospecharon que el sujeto que tenían entre rejas estaba involucrado en varias desapariciones denunciadas en Ciudad Juárez, un sitio tristemente célebre por la enorme cantidad de feminicidios registrados en las últimas décadas.

Si bien Parker Ray parecía no intimidarse ante la presión y los insistentes interrogatorios de la policía, su pareja, Cindy Hendy, se contradijo en más de una ocasión, hasta que al final reconoció su complicidad en varios crímenes. Poco después, Dennis Yancy también mencionó haber asesinado a una exnovia, obligado por Parker Ray.

David Parker Ray estaba obsesionado con la violación y la tortura desde hacía cuatro décadas y no se había contenido en ningún momento. Invirtió miles de dólares en la construcción del cuarto sucio y la caja de juguetes, lo que evidenciaba que aquellos sitios no daban abasto para satisfacer sus perversiones y la cantidad de víctimas que debía llevar mes a mes a su propiedad. Los especialistas sospechaban que podía estar involucrado en sesenta casos de asesinato y muchas más violaciones, pero era un sujeto astuto y había procurado ocultar de forma hábil sus crímenes, además de contar con la complicidad de tres personas que seguían ciegamente sus órdenes.

Sin embargo, a pesar de tener a todos los sospechosos tras las rejas y contar con más de mil piezas de evidencia, no había cuerpos. Aquello se volvió una pesadilla para el FBI y la policía. Recorrieron gran parte del desierto y las quebradas de Nuevo México, pero no

encontraron nada. También se excavó alrededor de la propiedad de Parker Ray y se realizaron varias inmersiones en el lago Elephant Butte, ubicado a escasos metros, pero todos los esfuerzos resultaron infructuosos.

Si encontrar un cuerpo en mitad del desierto era difícil, hacerlo en Elephant Butte resultaba prácticamente imposible. No solo se trata del lago artificial más grande de Nuevo México, sino que es el hábitat de enormes peces que pueden medir casi dos metros de largo, pesar hasta ochenta kilos y devorar restos humanos. Fue entonces, que comenzó a barajarse la posibilidad de que Parker Ray en realidad se deshiciera de los cadáveres descuartizándolos y lanzándolos desde su bote.

Los primeros condenados por el caso fueron Glenda Jean y Dennis Yancy, acusados de conspiración en el asesinato de la novia de este último. Según Yancy, Parker Ray lo había obligado a estrangularla, a punta de pistola, tras haber abusado de ella. Sin embargo no pudo explicar por qué siguió relacionándose con él y no avisó a la policía. Ambos fueron condenados a treinta y seis años de prisión, aunque Glenda fue dejada en libertad el año 2017 y Yancy en 2021.

Cynthia Lee Hendy colaboró con la investigación y entregó pruebas que acusaban a Parker Ray de otros dos asesinatos, el cual incluía a un exsocio del acusado, Billy Bay Bowers, de quien finalmente sí se pudo hallar el cuerpo sumergido en el lago Elephant Butte.

Según las confesiones de Cindy, Parker Ray procuraba torturar durante semanas a las víctimas antes de matarlas. Por medio de picanas eléctricas, ganchos, correas, cuerdas, látigos y cuchillos podía ejercer todo tipo de suplicios. Además de encadenarlas y

aporrearlas, las introducía durante varias horas en un sarcófago que fue encontrado en la propiedad durante el allanamiento, con el fin de desorientarlas y asustarlas. También ocupaba una caja con candado que ponía sobre sus cabezas, causando el mismo efecto, además de producir un mayor grado de sofocación. Aquellas jóvenes asesinadas eran estranguladas o apuñaladas mientras Parker Ray las violaba, pues este aseguraba que las contracciones del ano o la vagina, mientras una chica moría, lo excitaban aún más.

Por su parte, Parker Ray se enfrentaba a doce cargos de abuso sexual, secuestro, asesinato y conspiración. A las acusaciones de Kelly Barret, se sumaron las de otras chicas que parecían haber recobrado la memoria y lo señalaban como un violador y torturador. Por desgracia, y a pesar de todas las evidencias, el jurado no se puso de acuerdo y el juicio se declaró nulo. Aquello significó una terrible derrota para la fiscalía, pues, aunque el caso era estremecedor, lo cierto era que muchas de las pruebas continuaban siendo circunstanciales.

Las autoridades estaban de acuerdo en que todo indicaba que se trataba de un asesino serial, pero aquello no era suficiente y David Parker Ray lo sabía. Aunque su depravado mundo y hábitos sexuales habían quedado expuestos al escrutinio público, y tanto Cindy Hendy como Dennis Yancy lo acusaban de varios asesinatos, no había evidencia que lo incriminara de forma directa. Una agenda, en la que anotaba las fechas de los raptos, tampoco resultó ser una prueba sólida.

Las principales testigos que declararon en su contra eran mujeres con antecedentes penales que se exponían a un constante juicio moral, debido a que ejercían como prostitutas y eran alcohólicas y

drogadictas. El jurado consideró, a raíz de las declaraciones de estas mismas mujeres, que asistieron de manera voluntaria a las orgías que Parker Ray organizaba, pues no existía evidencia de que hubiesen sido secuestradas. Al mismo tiempo, la defensa planteaba que si bien Parker Ray tenía un interés por prácticas sexuales poco convencionales, aquello no lo convertía necesariamente en un asesino. El caso tuvo un nuevo juicio en noviembre de 2000, sin embargo, la muerte repentina del juez encargado retrasó el proceso.

El 9 de abril de 2001 el juicio fue reabierto, presentando una cantidad mayor de pruebas incriminatorias. Ante este nuevo escenario, Parker Ray modificó su estrategia legal y llegó a un acuerdo con la fiscalía: se declararía culpable de todos los cargos a cambio de que su hija recibiera una pena reducida de cinco años de libertad condicional, lo que fue aceptado.

David Parker Ray sería condenado a doscientos veintitrés años de cárcel por cargos criminales de secuestro, agresión sexual y tortura, aunque poco después intentó retractarse de sus confesiones, asegurando que estaba enfermo y que el consumo de medicamentos lo había hecho sentir desorientado el día del acuerdo, alegato que fue desestimado por el juez.

Sin embargo, durante una de las últimas audiencias, el acusado sí parecía mostrar un delicado estado de salud. Ya no sonreía de forma irónica ni lucía relajado, sino que se le veía sudoroso, se tocaba el pecho de manera constante y tenía los ojos vidriosos. No estaba fingiendo. Estaba sufriendo de una grave enfermedad al corazón.

David Parker Ray fallecería de un paro cardíaco el 28 de mayo de 2002, a la edad de sesenta y dos años, justo antes de ser enviado a la Correccional del Condado de Lea.

Cynthia Vigil, la joven que consiguió huir y lo denunció a la policía, ha concedido varias entrevistas expresando su preocupación por diversas desapariciones de mujeres a lo largo de todo Nuevo México, ya que está segura de que Parker Ray podría estar involucrado.

El FBI decidió difundir cientos de fotografías relacionadas al caso, en donde se mostraba una enorme cantidad joyas y ropa femenina halladas en la casa de Parker Ray, con la esperanza de que familiares de las víctimas pudieran reconocerlas, aunque de momento la iniciativa no ha dado resultados.

Hoy la policía sigue realizando búsquedas en el desierto de Nuevo México, principalmente en el lago Elephant Butte, donde se han hallado pequeños fragmentos de huesos humanos, pero ha sido imposible identificarlos y asociarlos a las víctimas.

DENNIS RADER

EL ASESINO BTK

Estados Unidos

El 15 de marzo de 1974, poco antes de las cuatro de la tarde, el Departamento de Policía de Wichita, Kansas, recibió el aviso de que en una vivienda ubicada en el 308 de North Edgemoor cuatro personas habían sido asesinadas. Dos agentes se presentaron en el lugar y rápidamente solicitaron refuerzos.

Por aquel entonces, Wichita ya era conocida como la capital aérea del mundo debido a su enorme producción de aviones. Boeing, Cessna, Beech y Learjet tenían grandes fábricas en la ciudad. Era un buen lugar para vivir, en donde las personas no acostumbraban a poner llave a las puertas de sus casas durante la noche.

Los Otero eran una familia de raíces puertorriqueñas que se habían mudado a Wichita hacía dos meses y medio. Joe Otero, de treinta y ocho años, se había retirado como sargento de las fuerzas aéreas estadounidenses tras veinte años de servicio. Estaba casado con Julie, de treinta y cuatro años, con la que tuvo cinco hijos: Charlie, en ese entonces de quince, Danny de catorce, Carmen de trece, Josephine de once y Joey de nueve.

Aquella mañana, Charlie, Danny y Carmen se dirigieron a la escuela mientras sus padres y sus dos hermanos menores tomaban

desayuno. El ataque se produjo cerca de las 8.20 de la mañana. Cuando los chicos volvieron de clases, horas más tarde, encontraron los cuerpos estrangulados y maniatados con sogas y cintas adhesivas. Acudieron a la casa de unos vecinos y estos llamaron a la policía.

Los investigadores notaron que el crimen era mucho más oscuro de lo que aparentaba. El asesino había utilizado una inusual variedad de nudos para inmovilizarlos. Algunos de estos de corredera, para estrangular y soltar a voluntad. Incluso tuvieron que ser clasificados entre ballestrinques, medios ballestrinques, corredizos, derechos, simples y otros llamados de sangre. Varios agentes comenzaron a sospechar que el responsable podía ser un marinero.

Joe y Julie Otero fueron encontrados en la habitación principal, atados y estrangulados. Joey, de nueve años, estaba en su habitación, al costado de su litera, tendido en el piso, con dos camisetas y una bolsa plástica en la cabeza. Uno de los detectives notó marcas de una silla en la alfombra, a centímetros del cadáver. Se llegó a la conclusión de que el asesino se había sentado allí durante varios minutos para ver morir al menor.

En el sótano, Josephine, de once años, estaba colgada de una tubería. También había muerto estrangulada. En el piso y en unas de sus piernas, los detectives encontraron manchas de semen. Los forenses confirmaron que la niña no fue violada. Todo indicaba que el asesino se había masturbado frente al cadáver.

La línea telefónica había sido cortada y posiblemente el intruso había ingresado por la puerta de la cocina, mientras la familia desayunaba. En un principio se descubrió que habían robado el reloj del padre de familia, un juego de llaves, una radio pequeña y una

furgoneta, pero esta última sería encontrada en el estacionamiento de un supermercado, a unos ochocientos metros de distancia.

Tras la autopsia de los cuatro cuerpos, se dictaminó que todos murieron estrangulados después de varios minutos de suplicio. Tenían marcas de abrasiones en el cuello y las muñecas, lo que indicaba que las sogas fueron apretadas en más de una ocasión.

Docenas de periodistas rodearon la casa en busca de una exclusiva. Algunos incluso consiguieron ingresar y tomar varias fotografías. Crímenes de esta naturaleza no eran comunes en Wichita. El hecho de que se identificaran elementos fetichistas no hizo otra cosa que producir verdadero terror en la comunidad.

El asesinato de los Otero resultó inquietante para las autoridades, por lo que setenta y cinco agentes fueron designados al caso. A los pocos días, comprendieron que estaban ante un crimen demasiado bien elaborado. En la escena no se pudo encontrar una sola huella dactilar del intruso. Tampoco en la furgoneta de la familia.

La mañana del 15 de marzo, el día del ataque, había seis grados bajo cero y la visibilidad era escasa. A pesar de que un vecino aseguró haber visto a un sujeto extraño caminando cerca de la casa de los Otero y otro creyó ver a alguien conduciendo su furgoneta cerca de las diez de la mañana, nadie pudo describirlo de forma convincente.

Una semana más tarde, la policía accedió a que una médium los ayudara y realizaron una sesión dentro del inmueble, pero no consiguieron nada. Aquello era una muestra de lo desesperados que estaban ante la falta de pistas. Con lo único que contaban era con las manchas de semen halladas en el sótano, algo que, de momento, no les servía de mucho.

Los motivos del crimen no estaban claros. Se pensó que Joe Otero podría haber estado relacionado con un asunto de drogas. Incluso dos agentes viajaron a Puerto Rico y Panamá, lugares en donde la familia había pasado varios años, pero sus antecedentes eran impecables. Se planteó la posibilidad de que Julie Otero tuviese un amante celoso que había cometido una locura, pero dicha hipótesis no tenía sustento alguno. El móvil del robo también quedaba descartado debido al ridículo botín, que se limitaba a un reloj, una radio y un juego de llaves.

La prensa publicó varios artículos sobre el crimen e incluso el periódico *Wichita Eagle* ofreció una recompensa de cinco mil dólares a quien entregara alguna pista que ayudara a resolver el caso, pero nada ocurrió.

El 4 abril, cerca de las dos de la tarde, un joven de diecinueve años llamado Kevin Bright llegó hasta una casa ubicada en la calle 13 Este para pedir ayuda. Había recibido dos tiros en el rostro y estaba vivo de milagro. Uno le había dado en la frente, por sobre el ojo derecho, y el otro le destrozó el maxilar superior. El chico había pasado la noche en casa de su hermana, Kathryn Bright, de veintiún años. Salieron juntos por la mañana y cuando volvieron, un sujeto los esperaba oculto dentro de la vivienda. En un principio los convenció de que era un ladrón y que no les haría daño si cooperaban. Los maniató y ubicó en distintas habitaciones. Pero pronto las cosas se salieron de control.

Kevin recibió el primer disparo cuando pudo romper las ligaduras de sus piernas y se abalanzó contra el extraño, con las manos atadas a la espalda. Minutos después volvió a levantarse tras soltar la soga que inmovilizaba sus manos y consiguió quitarle la pistola al

atacante. Intentó disparar, pero esta se trabó. Después de un forcejeo, el hombre recuperó el arma y le disparó sobre la boca. El chico estaba mal herido, pero volvió a incorporarse y corrió por ayuda.

Kathryn Birght estaba tendida en la otra habitación, sobre un enorme charco de sangre. El hombre había intentado estrangularla, pero como no lo había conseguido, finalmente la apuñaló once veces en el pecho y la espalda, antes de huir. A pesar de que la policía y los paramédicos llegaron cuando aún estaba consciente, fallecería cuatro horas más tarde. Las estocadas habían sido certeras, y le atravesaron los pulmones y los riñones.

Kevin Bright se encontraba en estado de *shock*. Se ahogaba en su propia sangre mientras trataba de describir al sospechoso. Aseguró que era un hombre de unos veintiocho años, un metro ochenta de estatura, casi ochenta kilos, tez blanca, cabello oscuro y bigotes. Llevaba una chaqueta de tipo militar, guantes y en su muñeca izquierda un reloj metálico.

Algunos detectives relacionados al caso Otero prestaron especial atención a este crimen, pero llegaron a la conclusión de que no podía tratarse del mismo asesino. En casa de los Otero, el atacante mantuvo el control en todo momento y se tomó un tiempo para matarlos. Kathryn y Kevin Bright, en cambio, parecían haber sido víctimas de un sujeto impulsivo y desorganizado. Fueron baleados y apuñalados, otra diferencia importante con respecto al caso Otero.

A pesar de que la policía contaba con un testigo clave, el disparo que recibió en la cabeza comenzó a afectarle. Kevin se mostraba cada vez más impreciso cuando era entrevistado. Tanto los sucesos como la descripción del asesino eran contradictorios y difusos.

En octubre de ese año, el *Wichita Eagle* publicó una noticia en donde se aseguraba que tres presos poseían, en apariencia, información relacionada con el asesinato de la familia Otero. La policía estaba al tanto de aquello, pero sabía que solo se trataba de un simple rumor. Sin embargo, días más tarde, Don Granger, columnista del *Eagle*, recibió una extraña llamada telefónica. En ella, un hombre con voz autoritaria le dijo que dentro de un libro de ingeniería mecánica de la biblioteca pública podría encontrar una carta con información sobre el caso Otero. Granger se puso de inmediato en contacto con la policía y el agente Bernnie Drowatzky fue quien halló la nota y la llevó hasta la comisaría. La cantidad de datos específicos con respecto al cuádruple crimen no dejaba dudas de que se trataba del verdadero asesino. Describió la posición de los cadáveres, la ubicación de los muebles de la casa e incluso el grosor de las sogas utilizadas para estrangularlos. Parte de la misiva decía lo siguiente:

Escribo esta carta por el bien del contribuyente y para no hacerles perder el tiempo. Los presos que han hablado del caso Otero solo quieren salir en los periódicos. No tienen ni idea. Lo hice yo y nadie me ayudó. Y no se lo he contado a nadie.

Lamento que en nuestra sociedad pasen cosas así. Hay quien se lleva la peor parte. Me resulta difícil controlarme. Probablemente digan que soy un psicótico fetichista de las escenas de ahogamiento. Nunca sabré cuándo entró este monstruo en mi cerebro. Pero no se irá. ¿Cómo busca uno cura para esto? Si pidiera ayuda, si dijera haber matado a cuatro personas, la gente se reiría o pulsaría el botón de alarma y llamaría a la policía.

No puedo detenerlo, así que el monstruo sigue su camino, dañándome a mí y a la sociedad. La sociedad puede dar las gracias de que personas como yo a veces hallen alivio fantaseando con torturar a una víctima de mi propiedad. Mi amigo, el monstruo, juega un juego complicadísimo. Anota el domicilio de las

víctimas, las sigue, hace averiguaciones, las acecha en la oscuridad, las acecha, las acecha... La presión es enorme y a veces hace lo que se le da la gana. Tal vez ustedes puedan pararlo. Yo soy incapaz.

Ya ha elegido a su próxima víctima o a sus próximas víctimas, aunque todavía no sé quiénes son. Lo sabré al día siguiente, cuando lea el periódico, pero será demasiado tarde. Buena suerte en la búsqueda.

Atentamente, el verdadero culpable. Posdata: Como los delincuentes sexuales no cambian su modus operandi o su propia naturaleza se lo impide, yo no voy a cambiar el mío. Mi contraseña será «Bind them, Torture them, Kill them», o sea BTK (atarlas, torturarlas, matarlas). BTK volverá a hacerlo, ya lo verán. Encontrarán estas letras en la próxima víctima.

La nota tenía tantas faltas de ortografía, que los investigadores se preguntaban si el autor había escrito así a propósito. De todas formas resultaba espeluznante y decidieron mantenerla oculta porque sabían que, si se difundía, causaría pánico en la población.

Se comunicaron con el columnista Don Granger, quien se había mostrado prudente y no corrió a buscar la carta a la biblioteca para publicarla en el periódico. Le propusieron trabajar juntos para intentar desenmascarar a BTK y este aceptó. Granger quería colaborar con las autoridades, por lo que ideó una forma de enviarle un mensaje al asesino a través de las mismas páginas del periódico. Publicó escuetos artículos en los cuales le pedía a un tal BTK que lo llamase y que podrían ayudarle, pero estos no obtuvieron respuesta.

Pasaron un par de meses antes de que el 11 de diciembre de 1974 el diario *Wichita Sun* publicara una nota en la que aseguraba que la policía había recibido una carta del asesino de la familia Otero. Este se hacía llamar BTK y había amenazado con volver a matar. La información se había filtrado y una periodista del *Wichita Sun*, que incluso accedió a una copia de la carta de BTK, decidió que la noticia

debía hacerse pública para que los residentes tomaran los resguardos pertinentes, a pesar de que esto interfería con los planes de la policía. Y si bien esto acarreó una serie de controversias y desató una ola de terror en la población, el asesino no volvió a dar señales de vida durante casi tres años.

El 17 de marzo de 1977, cerca de la una de la tarde, la policía fue alertada de un nuevo asesinato. Shirley Vian, una madre soltera de veintiséis años, fue estrangulada con una soga y una bolsa plástica en el interior de su propia casa, en el 1311 de South Hydraulic. Sus tres hijos, de ocho, seis y cuatro años, habían sido encerrados en el baño de la vivienda por el asesino. Cuando rompieron una de las ventanas y corrieron por ayuda, la mujer ya estaba muerta. A pesar de que la policía llegó rápidamente al lugar e intentaron reanimarla, resultó inútil.

La casa se llenó de detectives, pues algunos agentes comenzaron a correr la voz de que el caso tenía similitudes con el de la familia Otero. Las enrevesadas ataduras con las que maniataron a la víctima y la bolsa en la cabeza así lo confirmaban. Sin embargo, en la escena del crimen no se encontraron manchas de semen. El atacante no cortó los cables telefónicos y tampoco dañó a los hijos de la mujer, a diferencia del caso Otero. De hecho, estaban encerrados en el cuarto de baño, en donde los dejó sobre una manta con varios juguetes mientras estrangulaba a su madre.

Aunque los detectives declararon a los medios de comunicación que no había similitud entre ambos casos, nadie de la prensa se lo creyó. Al día siguiente, otro columnista del *Wichita Eagle* publicó una nota comparando el asesinato de los Otero con el de Shirley Vian, exponiendo la posibilidad de que la ciudad estuviese a merced de un

peligroso criminal. El nombre de BTK volvió a resonar en los noticieros y muchos ciudadanos comenzaron a instalar sistemas de seguridad en sus viviendas. Al mismo tiempo, el jefe de policía Richard Lamunyon y Bill Cornwell de la Brigada de Homicidios comenzaron a sospechar que ambos casos podían estar ligados al asesinato de Kathryn Bright. Si bien las similitudes no eran evidentes y recibirían algunas críticas por parte de sus colegas, algo les hacía pensar que se trataba del mismo sujeto, aunque no podían probarlo.

Steven, de seis años, uno de los hijos de Shirley, declaró que ese día había salido a comprar cuando un hombre vestido de traje y con un maletín se le acercó. Le dijo que era policía y que estaba buscando a unas personas. Le mostró una fotografía en donde se podía ver una mujer y un niño, pero Steven señaló que no los había visto. Poco después llegó a su casa con su madre y sus dos hermanos, cuando comenzaron a golpear la puerta. Corrió a abrirla y pudo ver que se trataba del mismo hombre. Cuando su madre se acercó a ver de quién se trataba, el extraño extrajo una pistola y comenzó a amenazarla. Metió a los niños al baño, en donde los encerró, y luego comenzó a someter a la mujer hasta matarla.

Ninguno de los tres menores fue capaz de describir de forma exacta al asesino, lo que produjo gran frustración entre los investigadores.

La mañana del 9 de diciembre de ese mismo año, la policía recibió un perturbador llamado: «Encontrarán un homicidio en el 843 de South Pershing. Nancy Fox».

Mientras la llamada era rastreada hasta una cabina telefónica, varios agentes se dirigieron a la dirección, y aunque golpearon la puerta nadie salió a abrir. Se asomaron por la parte trasera y

notaron que la línea telefónica había sido cortada y una de las ventanas estaba rota. Al ingresar a la vivienda se encontraron con el cuerpo de Nancy Fox, de veinticinco años, sobre la cama, semidesnuda, atada y estrangulada. Cerca de su rostro había un camisón manchado con lo que parecía ser semen.

No había duda de que los investigadores se enfrentaban a un asesino en serie que además se volvía cada vez más perverso. Esta vez, incluso se había atrevido a llamar a la policía para alertarlos de su nuevo crimen. Al igual que en las otras escenas, no pudieron encontrar ninguna pista que los ayudara a identificar a un culpable.

Para aquel entonces, el Departamento de Policía de Wichita era asistido por el FBI. Sin embargo, el estudio del comportamiento de los asesinos en serie, encabezado por Robert Ressler y John Douglas en Quantico, estaba en pañales. Sabían que el criminal buscaba atención, pero nadie quería hacerse cargo de otorgársela. Anunciar ante la comunidad que estaban detrás de un asesino en serie, además de causar el pánico, podía animarlo a cometer más crímenes. Si bien la ciudadanía, gracias a las especulaciones de la prensa, tenía nociones de que BTK rondaba las calles, no había un anuncio formal por parte de las autoridades.

El 31 de enero de 1978, el *Wichita Eagle* recibió un escueto poema titulado «Shirley Lock, Shirley Lock»:

> *¿Serás mía? No debes gritar, ni someterte aún, sino reposar en un almohadón, y pensar en mí y en la muerte, y en cómo será. BTK*.
>
> *El próximo, sobre Fox*.

Es posible que resultara demasiado críptico para que los redactores lo tomaran en cuenta y, sumado a que la firma de BTK no era muy legible, al final fue despachado al departamento de anuncios clasificados. Como nadie había pagado por su publicación, pasó al archivo de cartas no reclamadas. Nadie sospechó que en la nota se referían a Shirley Vain y que se anunciaba otro poema dedicado a Nancy Fox, dos de las víctimas de BTK.

El 10 de febrero de 1978, un sobre llegó hasta la cadena de televisión KAKE firmado cuatro veces con el remitente BTK, acompañado de varias ilustraciones de pequeñas sogas de verdugo. Adentro venía un poema titulado «Oh, que Nancy muera», haciendo referencia al asesinato de Nancy Fox, junto a un explícito dibujo de ella tendida en la cama. Además, incluía una nota que señalaba lo siguiente:

> *He visto que el periódico no ha publicado nada del poema sobre la pobre Vain. Habría bastado con unas líneas. Sé que la culpa no es suya. El jefe de policía les manda guardar silencio para que el público no sepa que anda suelto un psicópata que casi siempre estrangula mujeres. Ya van siete. ¿Quién será la próxima*?
>
> *¿A cuántas tengo que matar para salir en los periódicos o para que en este país se me preste atención? ¿Acaso cree la policía que no hay relación entre todos estos crímenes*?
>
> *Colgar a Josephine fue muy excitante. Me rogaba por su vida. Luego, la soga se deslizó. Estaba indefensa. Me miró aterrorizada, mientras la soga estaba cada vez más apretada*.

El asesino además hizo referencia al crimen de Shirley Vain y explicó que sus hijos se habían salvado porque se apresuró a huir cuando el teléfono de la casa comenzó a sonar: «Tuvieron mucha suerte. Los

salvó la llamada telefónica. Pensaba inmovilizarlos y ponerles una bolsa en la cabeza, como a Joseph y Shirley. Luego, colgaría a la chica. Dios mío, cómo lo habría disfrutado».

Aquí se refiere a la hija menor de Shirley Vain, Stephanie, de cuatro años. La carta continúa:

Lo que hago no me hace perder el sueño. Después de lo de Fox, me fui a casa y seguí con mi vida como si nada.

Sí, el modus operandi *va variando, pero la pauta básica es la misma: inmovilizo a las víctimas, casi todas son mujeres, corto el teléfono, manifiesto ciertas tendencias sádicas, demuestro mi dominio a través del bondage*.

Ustedes no comprenden estas cosas, porque no están bajo la influencia del factor X, a diferencia del Hijo de Sam, Jack el destripador, Harvey Glatman, El estrangulador de Boston, el Dr. H.H. Holmes, El estrangulador de las medias de Florida, El estrangulador de Hillside, Ted de la Costa Oeste y muchos otros asesinos tristemente célebres. Parece absurdo, pero no podemos evitarlo. No hay ayuda posible, no hay cura, solo la muerte o la captura y el encierro.

Ya es hora de que yo también tenga un nombre: Ya he matado a siete y todavía quedan muchas más. Me gustan estos, ¿y a ustedes?

El estrangulador BTK, El estrangulador de Wichita,
El estrangulador poeta, El estrangulador del bondage.

El director de la KAKE, Ron Loewen, fue llamado de urgencia cuando la carta fue recibida. Aquella podía ser una exclusiva sin precedentes en caso de publicarla en el noticiero de la tarde, pero decidió acudir a la policía. El jefe de policía, Richard Lamunyon, leyó la carta y después de unos minutos le dijo a Loewen que tenían que conversar. Le confesó que la policía ya estaba al tanto de la situación, pero que no sabían cómo podía reaccionar el asesino si sus cartas eran publicadas en los medios de comunicación. No querían alentarlo a

seguir matando. Aun así, comprendió que la situación seguiría escalando y lo autorizó para dar la noticia por televisión, además de ofrecerse para enviar un mensaje a la comunidad. Ese día, en el noticiero de las seis de la tarde, Ron Loewen y Richard Lamunyon aparecieron frente a las cámaras anunciando que un peligroso asesino estaba suelto en la ciudad, y que era posible que ya hubiese cobrado siete víctimas. Después, Lamunyon ofreció una rueda de prensa en donde reconoció que la identidad del criminal aún era un misterio.

La ciudadanía estaba aterrada. Algunas personas aseguraban haber recibido llamadas de alguien que decía ser BTK y los amenazaba de muerte, pero resultaron ser bromas de mal gusto. Que las autoridades reconocieran la existencia de un asesino de estas características, que atacaba casas en apariencia al azar, llevó a que miles de familias comenzaran a utilizar sistemas de seguridad, además de comprar perros guardianes y armas de fuego para defenderse.

La desesperación de las autoridades por dar con el asesino comenzó a ser evidente. En las cartas, BTK nombró varias veces la ubicación de las gafas de sus víctimas. También aparecían situadas sobre un velador, en el dibujo de la escena del crimen de Nancy Fox, y los agentes pensaron que podía tratarse de una pista. Durante una entrevista cedida a la KAKE por el jefe de policía Richard Lamunyon, mientras hablaba de BTK, apareció, por una fracción de segundo, el dibujo de unas gafas y el texto: «Llame ahora mismo al jefe de policía». Muchos bromistas llamaron asegurando que eran BTK, por lo que el mensaje subliminal no sirvió de nada.

El 28 de abril de 1979, una viuda de setenta y tres años llamada Anna Williams llegó a su casa cerca de las once de la noche, después de pasar la velada con unos amigos. Encontró su habitación desordenada, le habían robado algunas joyas, ropa y treinta y cinco dólares. Intentó llamar a la policía, pero cuando levantó el teléfono se dio cuenta de que alguien había cortado el cable. De inmediato recordó las noticias sobre BTK y salió corriendo en busca de ayuda.

Los agentes a cargo del caso consideraron que se había tratado de un robo común y corriente y no le prestaron mayor atención. Sin embargo, pocas semanas después, Williams recibiría una carta. Dentro del sobre venía uno de sus pañuelos y sus joyas, además del dibujo de una mujer desnuda y atada en una cama. También incluía un poema en el cual, básicamente, el sujeto que lo había escrito le preguntaba por qué no había llegado a casa esa noche, asegurando que él la había estado esperando.

La cadena de televisión KAKE recibió una copia de la misma carta y una de las encargadas de la oficina de correos pudo dar una descripción del sujeto que la entregó. Era un hombre blanco, de unos cuarenta años, bien afeitado. Medía aproximadamente un metro setenta y cinco, iba con chaqueta vaquera y guantes. De inmediato KAKE se puso en contacto con la policía.

Varias cosas llamaron la atención de los investigadores. Williams era una mujer mayor y no coincidía con el perfil de víctimas, mucho más jóvenes. Pronto, descubrieron que la anciana recibía constantes visitas de una nieta de veinticuatro años y quizá era a ella a quien buscaba el asesino. También notaron que el sospechoso había firmado las cartas con su sigla característica, sin embargo, había una variación. La letra B estaba inclinada, y las letras T y K juntas.

Algo que seguía inquietando a los agentes era la cantidad de faltas de ortografía que presentaban las cartas de BTK. Se suponía que era alguien inteligente y meticuloso. La duda era si escribía así para despistarlos, si padecía de algún problema cognitivo o solo era un ignorante. Quizá se trataba de un mensaje cifrado.

Para 1985 ya se había cumplido más de una década del asesinato de la familia Otero, pero la sombra de BTK seguía acosando al Departamento de Policía de Wichita y a su población. Los estadounidenses comenzaban a familiarizarse con el término *serial killer* y ya habían sido testigos de los controversiales casos de Ted Bundy, John Wayne Gacy y Richard Ramírez. El hecho de que BTK no diera señales de vida desde 1979 despertó diversas teorías. Una de ellas era que el asesino había muerto. Los investigadores se negaban a aceptarlo. Estaban decididos a detenerlo con vida y meterlo tras las rejas.

Solo un año antes, el Departamento de Policía pudo acceder a una computadora para filtrar datos y se ahorraron miles de horas en clasificación de archivos. Además, se formó un grupo especial enfocado cien por ciento en el caso de BTK. También entrevistaron a decenas de miles de sospechosos. No solo los interrogaron, sino que, gracias a los avances de la genética, existía la opción de recolectar muestras de sangre y saliva para compararlas con las huellas de semen halladas en las escenas de los crímenes. Incluso el FBI, que presentaba nuevas teorías sobre el comportamiento criminal, ayudó prestando asesoría para perfilar al asesino. Luego, también colaboraría con su base de datos VICAP (Violent Criminal Apprehension Program o Programa de Aprehensión de Delincuentes Violentos). Pero todo fue en vano.

El grupo especial que había sido formado para la detención de BTK, pronto fue apodado por el resto del Departamento de Policía como Los cazafantasmas, en alusión al largometraje que fue un éxito de taquilla en 1984. De hecho, cierto día encontraron un cartel de la película pegado en una de sus puertas. Ese es el clásico humor negro de los policías.

En mayo de 1985, el cadáver de una mujer de cincuenta y tres años llamada Marine Hedge fue encontrado junto a una acequia, en la calle 53 Norte, al noreste de Wichita. El cuerpo se encontraba en avanzado estado de descomposición y había sido parcialmente devorado por los animales de la zona. Estaba desnuda y la autopsia reveló que había sido estrangulada. Hedge había desaparecido nueve días antes, el 27 de abril, y desde entonces la policía estaba intentando rastrearla. Su vehículo fue encontrado en un centro comercial, pero al parecer había sido atacada al llegar a casa. Varios agentes dieron la alarma cuando se descubrió que, en ella, la línea telefónica había sido cortada.

El caso era extraño. A pesar de que sospecharon que podía tratarse de BTK, este nunca había atacado a una mujer y la había dejado al aire libre. Además, no tenía ninguna ligadura. Aquello no concordaba con su perfil ni su *modus operandi*.

El 16 de septiembre de 1986, el cadáver de Vicki Wegerle, de veintiocho años, fue encontrado por su esposo en la habitación matrimonial cuando este regresaba de su trabajo. Su hijo de dos años también se encontraba en casa, pero no le habían hecho daño. El cuerpo estaba semidesnudo, al costado de la cama, atado de pies y manos. Había sido estrangulada con unas medias. Tenía varios moretones en el rostro. El vehículo de la familia había sido sustraído

del domicilio, un Monte Carlo dorado de 1978, aunque fue encontrado pocas horas más tarde en una calle aledaña.

Bill Wegerle, el esposo de Vicki, lo vio pasar antes de llegar a su casa ese día, pero como era un hombre quien lo conducía pensó que no era el suyo. También le dijo a la policía que cuando entró a la vivienda y vio a su hijo solo, pensó que Vicki había salido de compras. Miró en la habitación, aunque como el cuerpo estaba a un costado de la cama no lo pudo notar de inmediato. Pasarían cuarenta y cinco minutos antes de que lo descubriera. Todo aquello sonaba demasiado extraño para la policía.

El caso Wegerle fue polémico. Bill pasó a ser el principal sospechoso y fue sometido a interrogatorios cada vez más duros. A pesar de que varios detectives creían que había asesinado a su esposa, ninguna prueba lo inculpaba. Por otro lado, el grupo destinado al caso BTK sabía que Bill era inocente.

El jefe de policía Richard Lamunyon dejaría su cargo en 1988. A pesar de todos sus esfuerzos, el caso BTK representaba su peor fracaso, al igual que para el resto de los agentes involucrados.

El 19 de enero de 1991, una mujer de sesenta y dos años llamada Dolores Davis desapareció de su casa, cerca de Park City. Las autoridades prestaron especial atención a este caso, pues cuando registraron la vivienda descubrieron que la línea telefónica había sido cortada. La mañana del 1 de febrero, casi dos semanas después, un adolescente que paseaba con su perro encontró el cadáver de Davis debajo de un puente, en la calle 117 Norte, parcialmente congelado y devorado por los animales. Junto al cuerpo, atado de pies y manos y con una media anudada al cuello, la policía encontró una máscara. El macabro crimen alertó a todos los detectives vinculados al caso

del asesino BTK, aunque a esas alturas la investigación estaba en un punto muerto. Se parecía mucho al asesinato de Marine Hedge, cometido en 1985, aunque esta vez el cuerpo sí tenía ataduras.

De pronto, los asesinatos se detuvieron. El temor de la comunidad con respecto a BTK se desvaneció poco a poco y su nombre fue quedando en el olvido. Varios de los policías y detectives que trataron de resolver el caso terminaron sus carreras con la impotencia de jamás haber estado siquiera cerca de descubrir quién era el asesino.

Para el año 2004, algunos de los nuevos agentes del Departamento de Policía de Wichita ni siquiera habían nacido cuando se cometió el asesinato de la familia Otero. La sigla BTK no les decía absolutamente nada. Tampoco a los jóvenes columnistas del *Wichita Eagle*. Sin embargo, Hurst Laviana, un periodista que siguió de cerca el caso a partir de 1984, lo recordaba a la perfección. El 17 de enero de ese año, Laviana publicó una nota conmemorativa sobre la familia Otero. El día 15 de ese mismo mes se cumplían treinta años del cuádruple crimen y el responsable nunca fue atrapado. En el artículo, además de explicar que BTK había cometido muchos otros asesinatos, entrevistaba a un abogado que llevaba años escribiendo un libro sobre el tema. Al mismo tiempo, Laviana reflexionaba sobre cómo BTK ya no despertaba miedo ni interés a nivel local. Muchos de los ciudadanos ni siquiera sabían que había existido un asesino en serie en Wichita, cuando se les preguntaba.

El 19 de marzo, el *Wichita Eagle* recibió un sobre. En su interior se incluía la fotocopia de tres fotografías en donde aparecía el cadáver de una mujer y un carné de conducir perteneciente a Vicki Wegerle. En la parte inferior derecha, había un extraño grafiti que parecía

decir BTK, con la B simulando un par de senos y las letras T K formando unas piernas abiertas. Glenda Elliot, la ayudante del editor, fue la primera en ver la carta. Llevaba varios años trabajando allí y recordaba el caso BTK. De inmediato avisó a sus superiores.

Todos quedaron sorprendidos. Por lo visto, el artículo de Laviana motivó al asesino a dar señales de vida. Después de un par de días, Laviana acudió a la policía y les entregó la carta, no sin antes sacar una copia.

Los agentes más veteranos acudieron al llamado de inmediato. El carné de conducir de Vicki Wegerle era verdadero. En los informes del caso constaba que nadie tomó fotografías en la escena del crimen de Wegerle pues, cuando llegó la ambulancia, lo primero que hicieron fue trasladarla hasta el salón principal para intentar reanimarla, ya que la habitación donde la encontraron era demasiado pequeña para realizar las maniobras. Aquellas fotos solo podía haberlas tomado el asesino antes de marcharse aquel día.

El remitente de la carta decía Bill Tomas Killman 1684 s. Oldmanor, Wichita, KS. 67218. Tanto el nombre como la dirección eran falsas, aunque claramente tenían una intención. Bill Tomas Killman era un nombre inventado, pero sus iniciales formaban la sigla BTK. El apellido Killman hacía referencia al asesinato, y la dirección, Oldmanor, a un hombre mayor, si se rescatan las palabras *oldman*. Era evidente que BTK se estaba burlando de ellos.

El jefe de la Brigada de Homicidios, Ken Landwehr, al igual que algunos de los agentes más veteranos, conocían muy bien el caso. Sabían lo escurridizo que era el asesino y esa carta podía ser la clave para atraparlo.

Estudios del FBI sobre asesinos en serie aseguraban que estos eran incapaces de dejar de matar una vez que comenzaban. La policía estaba bastante segura de que BTK llevaba inactivo más de una década. La pregunta era por qué se había detenido. Tal vez había estado en la cárcel por algún otro delito. Quizá era un anciano, estaba enfermo o en silla de ruedas.

Landwehr armó un equipo especial en tiempo récord para retomar el caso, antes de que la noticia de la reaparición de BTK se filtrara a la prensa. El periodista del *Wichita Eagle*, Hurst Laviana, estaba dispuesto a colaborar con la policía, pero a cambio pidió la exclusividad. Landwehr sabía que tenía una copia de la carta y esta podía aparecer en la primera plana del *Wichita Eagle* en cualquier momento, así que accedió. La condición de Landwehr era que no se publicaran la carta ni las fotos, pues aquello arruinaría la investigación. Por lo demás, los medios de comunicación eran —justamente— la herramienta que tenían previsto utilizar para desenmascarar a BTK.

Landwehr reunió a varios de los detectives que llevaron a cabo la investigación del caso BTK entre los años setenta, ochenta y noventa, quienes habían sido apodados Los cazafantasmas. También contó con la ayuda de algunos agentes del FBI, como Bob Morton, especialista en perfilamiento de asesinos en serie. Todos coincidían en que los medios de comunicación podían ser su punto débil. Era un asesino en busca de notoriedad. Realizar ruedas de prensa, publicar su caso en la televisión y en los periódicos podía animarlo a escribir una nueva carta y cometer algún error que lo delatara.

Pero, aunque todos estaban de acuerdo, existían riesgos. Tal vez aquello lo alentara a matar otra vez para reafirmar su poder. Los

rostros visibles de la investigación también podían correr peligro. Ken Landwehr asumió la responsabilidad.

Finalmente, el 24 de marzo todo el país se enteró a través de la página web del *Wichita Eagle* de que un asesino en serie, que había cometido su primer crimen hacía treinta años, estaba libre y había dado señales de vida. Se sospechaba que era responsable de al menos siete u ocho asesinatos. Todos los medios de comunicación se hicieron eco de la noticia. Landwehr apareció en televisión confirmando el comunicado en una rueda de prensa y pidiéndole a la población que tomara los resguardos necesarios. Como estaba previsto, la ciudad entró en pánico y reporteros de todo Estados Unidos viajaron para cubrir la historia.

El 4 de mayo, BTK enviaría un nuevo sobre con pistas. Fue recepcionado por la KAKE y de inmediato derivado a la policía. Este incluía una sopa de letras con las palabras «artimaña», «militar», «seguros» e «inmobiliaria» marcadas. También había fotocopias de unos carnés de identidad, una placa con la palabra «agente especial» y trece títulos de capítulos para un texto llamado *La historia de BTK*. Exámenes forenses indicaron que no se encontraron huellas dactilares, cabellos ni gotas de sudor en los documentos.

El Departamento de Policía de Wichita recibía a diario cientos de correos y llamados de personas que intentaban colaborar con la captura de BTK, pero la mayoría fueron rápidamente descartados. El 9 de junio, un sujeto encontró un extraño paquete pegado en la parte trasera de una señal de tránsito y lo llevó de inmediato a la policía. Este contenía un sobre con un título que decía *Campograma de BTK*. En su interior había una nota en la que se describía con lujo de detalles el asesinato de la familia Otero. Este solo sería el primero

de varios hallazgos. En otra carta, encontrada en una biblioteca de Wichita el 17 de julio, BTK advirtió que se estaba preparando para matar. Sugería que podía atacar a algún menor de edad que estuviera solo en casa.

El 22 de julio, Ken Landwehr ofreció una nueva conferencia de prensa en la que pidió a la comunidad que extremara sus medidas de seguridad. Para aquel entonces, los investigadores contaban con evidencia biológica de BTK, pero sin otra muestra con la cual compararla no serviría de mucho.

En los casos de la familia Otero y Nancy Fox, el asesino se había masturbado en la escena del crimen. Las muestras coincidían con restos de piel encontrados bajo las uñas de Vicki Wegerle, tras ser asesinada en 1986. Cientos de muestras de ADN fueron analizadas para descartar sospechosos. Incluso el periodista Hurst Laviana tuvo que acceder a entregar muestras de saliva, después de la conferencia de prensa del 22 de julio.

La preocupación crecía entre los investigadores. Llegaron a la conclusión de que las amenazas de BTK podían concretarse y cambiaron de estrategia. De momento, solo habían realizado ruedas de prensa cuando les había llegado alguna de sus notas. Esta vez tomarían la iniciativa y se presentarían cada cierto tiempo en televisión, insinuando que las pesquisas avanzaban. No debía sonar como una amenaza. Tampoco debían asegurar que estaban a punto de atraparlo. La idea era mermar su confianza, para que no se sintiera con la libertad de salir a matar como si nada.

Aunque parecían simples declaraciones frente a los medios, todo estaba siendo coordinado de forma milimétrica por el equipo encargado de detener a BTK. Los textos que leía Ken Landwehr ante

los periodistas eran revisados de forma minuciosa por diversos psicólogos. Bob Morton, del FBI, incluso le pedía que durmiera bien el día anterior a las conferencias, que fuera impecablemente vestido, bien peinado y sin ojeras. No podía verse abatido ni cansado. BTK lo estaba observando y ya había demostrado ser un sujeto astuto.

El 8 de diciembre, BTK realizó una llamada telefónica a un pequeño supermercado. Le dijo al encargado que había puesto una bomba en el local y que debía seguir sus instrucciones. Le entregó una dirección, la calle 9 con Minnesota, esquina noroeste, y le dijo que fuera a recoger una nota. El hombre se contactó de inmediato con la policía. Estos comprobaron que no existía ninguna bomba. A pesar de que revisaron el área indicada por el sospechoso, no se encontró nada.

En un principio los investigadores pensaron que se había tratado de una simple broma, pero el 13 de diciembre, un hombre que pasaba por el lugar encontró una bolsa de basura cerca de unos arbustos que contenía varias hojas de papel. También venía una muñeca con las manos atadas en la espalda, la cabeza envuelta con una media y el carné de conducir de Nancy Fox, una de las víctimas de BTK. En las notas se describían todos los por menores del crimen.

BTK no solo entregaba información de los asesinatos, sino que revelaba datos de su personalidad. Aquello resultaba interesante desde el punto de vista psicológico y criminológico. Decía llamarse Rex, que en latín quiere decir Rey, algo que delataba su elevada autoestima. Utilizaba abreviaturas de forma obsesiva en sus cartas. Por ejemplo, explicaba que SBT significaba *sparky big time* o «el gran momento de "chispas"», como apodaba a su propio pene. SBT era, por ende, el momento de su masturbación. DBS hacía alusión a

la frase *death by strangulation* o «muerte por estrangulación». DTPG significaba «muerte de una niña preciosa», *death to prety girl*, entre muchos otros términos.

El juego del gato y el ratón que BTK estaba planteando a la policía se encontraba en su punto álgido. Comenzó a dejar cajas de cereales decoradas con cintas en lugares públicos, para que fueran encontradas. La primera fue una hallada el 25 de enero de 2005. En ella había una muñeca amordazada y atada a un tubo de cañería, haciendo alusión al asesinato de Josephine Otero, de once años. También había una nota en donde el asesino preguntaba si habían encontrado otra caja dejada en el aparcamiento de un Home Depot de la ciudad. Aquello movilizó a toda la policía, pero no pudieron dar con ella. Pensaron que quizá alguien la había tomado y pidieron a los encargados que pusieran un anuncio para la clientela. Si alguien había encontrado algo fuera de lugar, debía comunicarse de inmediato con el Departamento de Policía. Un trabajador de Home Depot, llamado Edgar Bishop, había encontrado una caja de cereales en la parte trasera de su camioneta el día 4 de enero. En su interior había una supuesta nota del asesino BTK, en donde aseguraba que una bomba explotaría si algún agente entraba en su casa. El sujeto pensó que era una broma y la había tirado a la basura. Tras el aviso en su trabajo, se comunicó con las autoridades. Por suerte, había salido de vacaciones y la bolsa de basura con la caja de cereales aún estaba en su patio.

Los dependientes de Home Depot facilitaron a la policía las grabaciones de las cámaras de seguridad del estacionamiento. Poco antes de que Bishop encontrara la caja de cereales, un jeep Cherokee color oscuro merodeó la zona. De pronto, un sujeto se

bajó del vehículo y dejó un bulto dentro de la camioneta de Bishop. La grabación era borrosa. No se distinguía el rostro ni la matricula del jeep del sospechoso.

El hallazgo de esta caja sería crucial para la investigación. Esta incluía un collar de Nancy Fox que el asesino había robado de la escena del crimen. La nota que venía dentro sorprendió a los investigadores. Esta decía lo siguiente: «¿Puedo comunicarme con un disquete sin dejar rastro en el ordenador? Sean sinceros. En la sección "Varios" (Rex, todo en orden) publíquenlo varios días por si no estoy en la ciudad. Dentro de poco, en febrero o marzo, probaré con un disquete».

Los detectives creían que se trataba de una broma. Un disquete deja registro si ha sido utilizado en un ordenador. A esas alturas, no sabían si BTK estaba siendo demasiado arrogante y les estaba tomando el pelo o si en realidad esperaba que fuesen sinceros con él y le confirmaran que un disquete no podía dejar rastro. Si era alguien mayor, quizá no estaba familiarizado con la tecnología. El encargado de la investigación, Ken Landwehr, publicó en la sección «Varios» del *Wichita Eagle* el mensaje «Rex, todo en orden» durante una semana, a pesar de que no estaba realmente seguro de si BTK caería en la trampa.

Poco después, el 16 de febrero, la cadena televisiva KSAS recibió un sobre acolchado que contenía un colgante de oro, una nota que decía que la policía una vez más debía contactarse con BTK y un disquete. Un par de agentes recogieron el paquete desde la recepción de KSAS y condujeron a la sede en donde se desarrollaba la investigación sobre BTK. El experto en informática Randy Stone accedió al disquete, que contenía un archivo de texto que el asesino

había escrito como prueba para confirmar que efectivamente podían comunicarse por ese medio. En las propiedades de dicho archivo apareció un nombre: «Dennis». También se pudo confirmar que el archivo había sido creado en el *software* de un computador registrado a nombre de la Iglesia Cristiana Luterana de Park City. Bastó con entrar al sitio web de la iglesia para corroborar que un tal Dennis Rader aparecía dentro de los registros, como presidente de la congregación.

Ingresaron su nombre en una web de registro de votantes y consiguieron su dirección en cuestión de minutos. Los investigadores no podían creerlo. Varios policías se acercaron en sus vehículos sigilosamente a la casa de Rader y vieron estacionado el jeep Cherokee de las grabaciones del aparcamiento del Home Depot.

Los agentes estaban eufóricos y preparados para ingresar a la casa de Rader y capturarlo. Sin embargo, Ken Landwehr los detuvo. Quería pruebas de ADN para condenarlo. Aquello causó gran controversia dentro del Departamento de Policía. Lo tenían rodeado y todo indicaba que era BTK. Si le pedían directamente una muestra de ADN, este podría intentar huir o incluso suicidarse. Aun así, Landwehr necesitaba toda la evidencia posible para acusarlo formalmente de los asesinatos.

Dennis Rader era un hombre reconocido en su comunidad. Estaba casado y tenía dos hijos. Era veterano de la Fuerza Aérea, líder de los Boy Scout y presidente de la Iglesia Cristiana Luterana. También estudió Administración de Justicia y era Oficial de Vigilancia de Park City. Solía recorrer el vecindario para ver que todo estuviera en orden. Algunos residentes se habían quejado de su comportamiento

altivo y burocrático. Cursaba infracciones por cuestiones mínimas, como tener el césped demasiado largo.

Landwehr averiguó que la hija del sospechoso, Kerri Rader, estudiaba en la Universidad Estatal de Kansas. El centro de salud de la residencia conservaba el historial médico de sus estudiantes y muestras citológicas. De inmediato, envió a uno de sus agentes a buscar dicha muestra. De ahí obtendrían el ADN. Aquello estaba al borde de la legalidad.

Cuatro vehículos de agentes encubiertos rodearon el barrio y se quedaron toda la noche vigilando la casa de Rader. Solo esperaban la orden de Landwehr para actuar.

Al día siguiente, Ken Landwehr ofreció una nueva rueda de prensa refiriéndose al caso de BTK. Habló acerca de cómo se habían estado comunicando con el asesino y aseguró que las pesquisas continuaban. Estaba tranquilo y nada delató su verdadero estado de ánimo.

Cuando las muestras de ADN de Kerri Rader confirmaron su parentesco con BTK, Landwehr organizó el operativo para la detención. Dennis Rader sería arrestado por un equipo especial el 24 de febrero de 2005, mientras conducía su vehículo y volvía a casa para almorzar con su familia. El sospechoso no prestó resistencia. Fue esposado y lo introdujeron dentro de un coche de la policía. A su lado iba un hombre moreno de grandes anteojos. «Hola, señor Landwehr», saludó Rader. «Hola, señor Rader», respondió Landwehr.

Ken Landwehr y el especialista en perfiles del FBI, Bob Morton, interrogaron a Dennis Rader durante tres horas, sin conseguir una confesión. No era que este se negara a colaborar, sino que la entrevista tenía una estructura bien definida. Primero querían

ganarse su confianza. Finalmente, cuando le preguntaron si sabía por qué estaba allí, asintió con la cabeza. Reconoció que él era BTK y confesó un total de diez asesinatos.

Durante los siguientes días, varios agentes desfilaron frente a Rader para interrogarlo en detalle sobre los distintos crímenes. En cierto momento, se puso de pie con las manos en la espalda y comenzó a gritar «¡mamá!» cuando describió el asesinato de Josephine Otero, de once años, para luego sentarse en su silla riendo de forma burlesca. No demostraba arrepentimiento alguno.

La casa del asesino fue allanada en busca de pruebas. Rader dibujó un mapa de su vivienda e indicó en dónde podían encontrarlas, con la condición de que no la demolieran. La policía pudo dar con una bolsa llena de anuncios de ropa de mujer e infantil y revistas de crímenes antiguas, en donde aparecían mujeres maniatadas en las portadas. También hallaron el anillo de compromiso de Marine Hedge, a quien asesinó el 27 de abril de 1985, y varias polaroid de su cadáver en el interior del sótano de una iglesia. Los detectives quedaron atónitos al darse cuenta de que había llevado su cuerpo a ese lugar para tomarle fotos eróticas, antes de dejarlo al costado de la carretera. De fondo se podía apreciar la ropa de los integrantes del coro.

También se encontraron fotografías del cadáver de Dolores Davis y otras que resultaron igual de impactantes: las del mismo Rader posando con la ropa interior de algunas de sus víctimas, atado y con una máscara. En algunas aparecía suspendido de un árbol, colgando boca abajo, con un elaborado sistema de cuerdas y poleas. En otras incluso estaba semienterrado, en lo que parecían ser tumbas improvisadas. Dichas fotografías, que realizaba utilizando un trípode

y un control remoto, las usaba para masturbarse, al igual que las que había tomado a sus víctimas.

El resto de evidencia que incluía un bolso con sogas, cintas, un cuchillo y una pistola calibre 25, serían encontradas en un despacho del ayuntamiento, al cual llamaba la veta madre. También se hallaron dibujos de mujeres siendo sometidas, diversas pruebas de la creación de la firma de BTK, recortes de periódicos sobre sus propios crímenes, libros sobre asesinos en serie y criminología, y varias carpetas anilladas que contenían la historia de sus aberraciones. Además llevaba un detallado historial con todas las cartas, poemas y pistas que había enviado a la policía.

Se comprobó que durante todos esos años había seguido a cientos de mujeres durante semanas e incluso meses, fantaseando con asesinarlas. Era un sujeto en extremo meticuloso y registró todos sus movimientos —como BTK— de manera obsesiva. Cada uno de sus crímenes tenía un nombre clave y los definía como «Proyectos». Por ejemplo, el asesinato de la familia Otero pasó a llamarse «Proyecto Pequeño México», una forma despectiva de referirse especialmente a Josephine, debido a su origen latino. El asesinato de Kathryn Bright se llamaba «Proyecto Luces apagadas». Shirley Vian había recibido el nombre de «Proyecto Apagón» y a Marine Edge, que vivía a pocos metros de su casa, la llamó «Proyecto Galletita». Dolores Davis fue el «Proyecto Perrera», porque vivía frente a una, y Vicki Wegerle era «Proyecto Piano», ya que Rader la escuchaba tocar dicho instrumento cuando la espiaba.

Para los especialistas del FBI no había dudas de que Rader era un asesino en serie psicópata, voyerista, sádico, organizado y obsesivo. Parecía increíble que alguien con empleo y familia se hiciera el

tiempo para seguir a cientos de personas y documentar sus elaborados crímenes sin despertar ninguna sospecha.

Dennis Lynn Rader nació el 9 de marzo de 1945, en Pittsburg, Kansas. Era el mayor de cuatro hermanos y nunca destacó demasiado en la escuela. Era un chico reservado, a pesar de que le gustaba participar en todas las actividades. Posteriormente, recordaría que a la edad de ocho años vio a sus abuelos matar gallinas para consumo en una granja. En una de sus entrevistas, Rader aseguró que aquella experiencia lo había traumatizado. Al entrar en la adolescencia, comprendió que algo no marchaba bien. Mientras sus compañeros de escuela bromeaban con besar o tener sexo con otras chicas, él fantaseaba con atarlas y estrangularlas. Llegó a matar perros y gatos con sogas para satisfacer sus impulsos, pero anhelaba hacerlo con un ser humano.

Una de las prácticas preferidas de Rader era la de seguir y espiar a chicas jóvenes. Lo había hecho desde que era un adolescente. Incluso se podía colar en sus habitaciones para robarles la ropa interior. Sin embargo, la idea de matar ya se había asentado en su cabeza varios años antes.

En cierta ocasión, una profesora lo reprendió en clases y se sintió humillado. Esa noche visitó su casa y la espió por una de sus ventanas. Llevaba una soga amarrada en la cintura, la cual comenzó a apretar para intensificar su placer, hasta que eyaculó.

Se graduó de la secundaria y asistió a la universidad para luego ingresar a la Fuerza Aérea de Estados Unidos, en donde se desempeñó como técnico. Pasó varios años en Texas y Alabama, e incluso viajó a Corea del Sur, Grecia y Turquía.

Conoció a una chica llamada Paula Dietz, con la cual contrajo matrimonio el 22 de mayo de 1971. Tuvieron dos hijos y se mudaron a Park City, en Wichita, Kansas. Entre 1972 y 1988 trabajó como ensamblador en la Coleman Company, en Cessna y en la compañía de seguridad privada ADT. Al mismo tiempo, se había graduado de la Universidad Estatal de Wichita como funcionario de Justicia (funcionario de Cumplimiento de Códigos o Code Enforcement Officer). Para aquel entonces, también se había convertido en un asesino en serie.

Durante el juicio, Dennis Rader detalló cada uno de sus crímenes con una frialdad espeluznante. Además, hizo gala de sus conocimientos sobre asesinos en serie y su comportamiento. Habló de forma técnica sobre las distintas fases que experimentan y explicó sus motivaciones sexuales, orientadas al *bondage* y al sometimiento.

Poco antes de que se entregara el veredicto del juez, Rader hizo una sorpresiva declaración, en la cual manifestó arrepentimiento por los crímenes que había cometido. Nombró a cada una de sus víctimas y comenzó a hablar sobre sus virtudes. Incluso se llegó a comparar con ellas, como cuando dijo que Josephine Otero amaba la poesía al igual que él. Se le veía emocionado por primera vez en todo el proceso, con lágrimas en los ojos. Sin embargo, es posible que solo sintiera lástima por sí mismo. A pesar de que hablaba de sus víctimas, en el fondo seguía siendo autorreferente.

El 18 de agosto de 2005 sería condenado a diez cadenas perpetuas y enviado a la Cárcel del Dorado, en donde continúa recluido hasta hoy.

Dennis Rader confesó a los psiquiatras que lo entrevistaron que en realidad no había ningún suceso realmente traumático en su infancia, más allá de haber presenciado a sus abuelos matando gallinas, y él mismo reconoció que tampoco era suficiente para que alguien decidiera convertirse en un asesino en serie. Se crio en una buena familia y nunca sufrió ningún tipo de abuso. Aseguró que tampoco se golpeó la cabeza, como es el caso de otros asesinos seriales. Hacía referencia a lo que él llamaba «el monstruo» o «el factor X», que era lo que lo impulsaba a salir a la calle y buscar una nueva víctima.

Lo único que detuvo a Rader, fue el tiempo. Trabajaba, estudiaba y se había convertido en padre. Siempre estuvo atento a su familia, y sus hijos lo recuerdan como un hombre estricto y autoritario, pero también correcto y cariñoso. Cuando hablaba de su esposa, su tono de voz incluso se suavizaba.

Por otro lado, Rader estaba absorto en sus planes homicidas. Confesaría que tras el crimen de Kathryn Bright se sintió frustrado, pues no pudo estrangularla y tuvo que asesinarla con un cuchillo. A partir de entonces, comenzó a apretar bolas de goma todos los días para fortalecer sus manos.

Sin embargo —hasta cierto punto—, se volvió descuidado y estaba cansado. Aseguró que asesinar a una persona era menos interesante que lo que ocurría antes y después. Seguir a su potencial víctima durante semanas, conocer sus costumbres y horarios, ponerles un nombre de proyecto y seguir las noticias del crimen era lo que en realidad le fascinaba. En pocas palabras, el control absoluto. Jugar con la policía desde el anonimato y enviar cartas para jactarse de sus crímenes le resultaba placentero, pero también laborioso. Debía

preocuparse de no dejar ninguna huella, fotocopiar las cartas, recortar los bordes y entregarlas sin que nadie lo viera de cerca. Incluso sus últimos crímenes los cometió cerca de casa, porque estaba seguro de que la policía no lo detendría. Finalmente, su arrogancia lo condenó.

Tras ser detenido aseguró que tenía planeado retirarse, aunque luego confesó que estaba realizando los preparativos para cometer un último asesinato y así demostrarles a todos que aún era capaz de matar. A pesar de que estuvo inactivo durante años, nunca dejó de lado sus fantasías más perversas. Guardaba trofeos de todos los asesinatos y se masturbaba con ellos, reviviendo los crímenes.

En el caso de la familia Otero, llegó a fantasear con esclavizar sus almas. Fiel a su estilo, en algunos de sus escritos utilizó la sigla AFLV, que significaba *afterlive concept of victim* o «concepto de la víctima en la otra vida». Joseph Otero sería su guardaespaldas. Julie lo bañaría y le haría masajes. Joey sería su sirviente y juguete sexual. Josephine sería su doncella. Con ella se sentiría pleno para instruirla en el sexo, el *bondage* y el sadomasoquismo.

El teniente Ken Landwehr, que incluso sería apodado «el Dick Tracy de Wichita», fue una pieza fundamental para atrapar a BTK. Supo sacarle partido a su evidente narcisismo y lo llevó a cometer los errores que lo condujeron a la cárcel. Tuvo la paciencia suficiente para armar el caso, lo convenció de confesar y le endosó diez cargos de asesinato en primer grado.

Landwehr fallecería en enero de 2014, a la edad de cincuenta y nueve años, por un cáncer de riñón. Pero él y su equipo pasaron a la historia por detener a uno de los más escurridizos y retorcidos asesinos en serie de Estados Unidos.

ADOLFO DE JESÚS CONSTANZO

Y SARA ALDRETE

LOS NARCOSATÁNICOS

México

El 16 de marzo de 1989, George Gavito, el sheriffdel condado de Cameron en Brownsville, Texas, recibió en su oficina a tres jóvenes que se presentaron para realizar una denuncia. Estos afirmaban que el día anterior uno de sus amigos, identificado como Mark Kilroy, de veintiún años, había desaparecido de manera misteriosa mientras visitaba la ciudad mexicana de Matamoros en Tamaulipas.

Durante las vacaciones, miles de jóvenes estadounidenses (principalmente universitarios) atravesaban el puente internacional Brownsville-Matamoros, que conecta la frontera entre Estados Unidos y México. Para muchos resultaba un destino atractivo, pues no necesitaban una visa para cruzar al país vecino. Había docenas de restaurantes, tabernas, discotecas y locales nocturnos, el cambio del dólar les favorecía, los precios eran convenientes y durante el día podían visitar la costa mexicana para disfrutar de sus cálidas playas.

Otro factor importante era que en Estados Unidos la edad legal para comprar y consumir alcohol es de veintiún años, mientras que

en México es de dieciocho. Por estos motivos, muchos cruzaban la frontera para ir a bares en Matamoros y evitar problemas con la ley.

Sin embargo, en los últimos años el ambiente se había enrarecido. Las prostitutas, los asaltantes y los traficantes de droga rondaban por todas las esquinas, lo que mantenía en alerta a las autoridades mexicanas. Por su parte, los veraneantes sabían que interactuar más de la cuenta con los locales no era buena idea, ya que algunos no sentían simpatía por los estadounidenses.

Mark Kilroy era un estudiante de tercer año de medicina de la Universidad de Texas que vivía en la ciudad de Santa Fe, a las afueras de Houston. Cerca de las dos de la madrugada del miércoles 15 de marzo, él y sus tres amigos, identificados como Bradley Moore, Bill Huddleston y Brent Martin, salieron de un bar de Matamoros en estado de ebriedad. Llevaban un par de días vacacionando en un centro turístico de South Padre, justo en la frontera entre México y Estados Unidos, y aquella noche habían decidido pasar a beber unas copas antes de regresar al hotel. Los cuatro jóvenes caminaron en dirección al puente internacional Brownsville-Matamoros junto a una enorme muchedumbre cuando la fiesta terminó, pero en cierto momento se separaron y perdieron de vista a Kilroy. Pensaron que lo encontrarían atravesando la frontera o que llegaría poco después, sin embargo, aquello no ocurriría.

Bill Huddleston aseguró que mientras caminaban en dirección al puente tuvo que pararse a orinar en un callejón y le pareció ver a Kilroy cruzando palabras con un sujeto que, al parecer, era mexicano. Como el lugar estaba repleto de gente no le dio mayor importancia; jamás imaginó que podría ocurrirle algo malo. Poco después, alcanzó a sus amigos Bradley Moore y Brent Martin,

quienes seguían caminando un poco más adelante, hasta que cruzaron el puente y se detuvieron a la espera de Kilroy. Pero los minutos pasaron y el joven no apareció.

Comenzaron a interrogar a las personas que transitaban por el lugar y solo una creyó reconocerlo tras escuchar su descripción. No estaba seguro, pero le parecía haberlo visto subiendo a una furgoneta blanca junto a otros dos sujetos.

Los tres jóvenes volvieron a Matamoros para continuar con la búsqueda de su amigo. Visitaron todos los bares y centros nocturnos de la ciudad, sin éxito. Varias horas más tarde, cruzaron la frontera y se dirigieron a su hotel en South Padre, en donde pasaron la noche después de llamar a los padres de Kilroy para informarles de su desaparición. A la mañana siguiente se dirigieron a Brownsville a realizar la denuncia.

El sheriffdel condado de Cameron, George Gavito, no podía hacer demasiado. Por aquel entonces la relación entre México y Estados Unidos era sumamente tensa debido a conflictos ligados al narcotráfico, la migración ilegal y ciertas políticas económicas que afectaron las relaciones diplomáticas entre ambos países. Intervenir en un caso de desaparición ocurrido en México sin autorización tenía una serie de implicancias y lo recomendable era que la misma policía de Matamoros se hiciera cargo.

Sin embargo, mientras Gavito interrogaba a los tres muchachos, recibió una llamada telefónica de Oran Neck, el jefe del Servicio de Aduanas de Brownsville. Este le informó que necesitaba de su ayuda de manera urgente, pues el sobrino de uno de sus colegas del Departamento de Aduanas de Los Ángeles había desaparecido en la ciudad de Matamoros. El nombre del joven era Mark Kilroy.

George Gavito y Oran Neck se comunicaron con el comandante de la Policía Federal de Matamoros, Juan Benítez Ayala, para informarle del caso. Benítez había llevado a cabo varias redadas para detener a bandas narcotraficantes locales. Tenía fama de ser un tipo duro, era respetado tanto por sus compañeros como por los delincuentes de la zona y había colaborado con Gavito y Neck en otras ocasiones, por lo que de inmediato se sumó a la investigación.

Las primeras diligencias se llevaron a cabo en cárceles, hospitales y morgues de Tamaulipas y Texas, pero no se obtuvo resultados.

Jim y Helen Kilroy, los padres del joven desaparecido, llevaron a cabo su propia cruzada comunicacional. Difundieron miles de folletos con su imagen en Matamoros y en Brownsville, solicitaron la colaboración del público en diversos medios y ofrecieron una recompensa de quince mil dólares para cualquier persona que los ayudara a dar con el paradero de su hijo.

No pasó demasiado tiempo antes de que las autoridades mexicanas comenzaran a sentir la presión que se estaba ejerciendo desde el otro lado de la frontera. Una docena de periodistas estadounidenses se apostó en la ciudad para informar de la extraña desaparición, la fotografía del joven estaba pegada en todas las esquinas y los departamentos de policía de ambas ciudades estaban trabajando en conjunto para encontrarlo.

La noticia fue dada a conocer por diversos medios tanto en Estados Unidos como México, y el 26 de marzo el reconocido programa *America's Most Wanted* presentó el caso, lo que aumentó su difusión de manera considerable. Fue entonces que surgieron los primeros rumores sobre qué podía haberle ocurrido a Mark Kilroy.

Si bien Matamoros era un lugar turístico, en donde miles de jóvenes mexicanos y estadounidenses se juntaban a beber cerveza, fumar marihuana y pasar el rato, la presencia de narcotraficantes en el área significaba un riesgo latente y era posible que Kilroy se hubiese relacionado con la gente equivocada.

También existía la posibilidad de que estuviese en manos de un grupo de secuestradores, pero de momento nadie se había comunicado con sus padres para exigirles dinero a cambio de su liberación.

La teoría más macabra la entregó un psíquico que colaboraba de manera ocasional con la policía, pues aseguraba haber tenido una visión en la que los restos de Kilroy estaban al costado de un enorme caldero de bruja y que había sido víctima de un ritual satánico.

Pocos días más tarde, un joven satanista de Brownsville sería detenido, pues al parecer había comentado a un par de amigos que había sacrificado a Kilroy en un rito y enterrado su cadáver en una playa. Sin embargo, tras una breve investigación se pudo probar que todo era mentira y fue puesto en libertad.

En los días siguientes, la ciudad de Matamoros se vio invadida por diversas agencias federales estadounidenses, incluyendo el FBI, las cuales se unieron a la búsqueda del joven y ejercieron todavía más presión a las autoridades mexicanas.

A principios de la década de los ochenta, en Estados Unidos había surgido un fenómeno social denominado «pánico satánico», que se caracterizaba por un temor generalizado y desmedido ante la existencia de sectas que realizaban rituales y sacrificios humanos. Algunos medios de comunicación amarillistas explotaron ese miedo y

crearon publicaciones y programas de televisión que tocaban el tema hasta el hartazgo y que alcanzaban a una gran audiencia.

Quizá la primera sospecha relacionada a supuestos crímenes de índole satánico en el país se dio con el caso del Zodiaco, quien entre diciembre de 1968 y octubre de 1969 terminó con la vida de al menos cinco personas en California. Las enigmáticas cartas encriptadas que enviaba a los medios de comunicación tenían una serie de signos que varios interpretaron erróneamente como mensajes satánicos.

También se podría decir que uno de los casos más emblemáticos, y que sentó un precedente, fue el de Charles Manson y La Familia, ocurrido en 1969. Si bien no se trataba de crímenes rituales, la población asociaba los componentes ocultistas, las creencias esotéricas y apocalípticas de Manson con el satanismo.

Entre 1976 y 1977, David Berkowitz aterrorizó a toda la nación tras realizar una serie de tiroteos en Nueva York, dejando un total de seis personas muertas y varias heridas. Berkowitz, más conocido como «El hijo de Sam», aseguró que el perro de su vecino había sido poseído por un demonio y que le ordenó cometer los ataques, aunque luego se retractó y reconoció haber formado parte de una secta satánica cuyos miembros estaban involucrados en los asesinatos.

Otro caso que despertó terror e indignación a finales de 1983, fue el de la escuela preescolar McMartin, en Los Ángeles. En el lugar, supuestamente se habrían cometido cientos de abusos sexuales a menores de edad en el marco de aberrantes rituales satánicos. Aunque el juicio duró siete años, convirtiéndose en el más largo y

costoso de la historia legal de Estados Unidos, nadie resultó condenado.

En 1984, un adolescente de diecisiete años llamado Richard Kasso asesinó de manera brutal a un amigo en North Port, Nueva York, influenciado por el satanismo y el consumo de drogas. El impacto mediático de este crimen acrecentó el miedo de las familias, que temían que sus hijos se vieran involucrados en este tipo de actividades.

Otros casos emblemáticos y más explícitos, como el del asesino en serie Richard Ramírez en 1985, continuaron alimentando la imaginación de los estadounidenses. De hecho, cuando Ramírez levantó la palma de su mano en la audiencia preliminar del 22 de julio de 1988 y enseñó un pentagrama que había dibujado, para luego decir en voz alta «Heil Satan», causó revuelo mundial.

La influencia del «pánico satánico» se extendió a México, pero más allá de un par de crímenes en la ciudad de Monterrey a principios de la década de los ochenta, en los que la policía sospechó que podría haber participado una agrupación satánica, hasta la fecha no se había registrado ningún caso similar a los anteriormente citados. Por esto, las teorías de que Mark Kilroy había sido víctima de un ritual diabólico en Matamoros resultaban inquietantes, aunque poco probables.

Su desaparición continuó siendo un misterio durante casi un mes, en el que no se halló ni una sola pista de su paradero. Aquello comenzó a inquietar al sheriffGeorge Gavito, quien había trabajado antes con la policía de Matamoros en casos de narcotráfico y, por lo general, obtenía toda la colaboración necesaria de sus colegas mexicanos. Esta vez, sin embargo, notó que el único que parecía

estar realmente interesado en ayudar era el comandante Juan Benítez Ayala. El resto de los federales de Matamoros se limitaron a especular con que Kilroy se había metido en un lío con alguna banda de narcotraficantes o delincuentes de la zona y que ya debía estar muerto.

El lunes 10 de abril, el comandante Juan Benítez Ayala se comunicó por teléfono con George Gavito y le solicitó que se dirigiera inmediatamente a Matamoros, pues creía haber dado con el paradero de Mark Kilroy. Si bien Benítez se había comprometido a colaborar con la búsqueda del joven, su prioridad era desbaratar las bandas de narcotraficantes de la ciudad. Durante meses, había organizado controles de carretera para detenerlos y decomisó grandes cantidades de cocaína y marihuana que iban de contrabando a Estados Unidos.

Nueve días antes, el 1 de abril, una camioneta evadió uno de los controles policiales en Matamoros y un par de agentes comenzó a seguirla disimuladamente por el desierto, hasta que se detuvieron en un alejado rancho llamado Santa Elena, ubicado a unos veintiocho kilómetros del centro de la ciudad. El sitio parecía pertenecer a una banda de narcotraficantes, por lo que lo mantuvieron bajo vigilancia hasta que el 9 de abril un grupo de policías decidió allanar el lugar.

Allí serían arrestados David Serna Valdéz, Sergio Martínez Salinas, Serafín Hernández García y su tío, Elio Hernández Rivera, además del capataz del rancho, un hombre identificado como Domingo Reyes. Al interior del inmueble se hallaron más de cien kilos de marihuana, restos de cocaína y un revólver calibre 38, por lo que fueron llevados a la comisaría.

Para el comandante Benítez, los sujetos de mayor interés eran Serafín y Elio Hernández. Los dos hombres pertenecían a una reconocida familia de narcotraficantes que actuaban a ambos lados de la frontera, por lo que estaba ansioso por meterlos a la cárcel. Sin embargo, mientras interrogaba a Domingo Reyes, el capataz del rancho, este observó una papeleta con la fotografía de Mark Kilroy que Benítez tenía en su escritorio y le dijo que lo conocía.

El hombre afirmó que a mediados del mes de marzo había visto al joven al interior del rancho Santa Elena y que incluso le dio de comer, pues los Hernández aparentemente lo tenían secuestrado. Sin embargo, al día siguiente este desapareció y no volvió a verlo. Si bien Reyes insistió en que no estaba al tanto de todas las actividades de sus patrones, aseguró que el sitio era visitado de vez en cuando por un grupo de personas desconocidas y que en cierta ocasión los vio cavando una fosa.

Serafín Hernández sería sometido a un intenso interrogatorio encabezado por el comandante Benítez, el cual no escatimó en esfuerzos para hacerlo hablar. Reconoció haber secuestrado a Kilroy la madrugada del 15 de marzo en Matamoros, el cual luego habría sido torturado, asesinado y enterrado en el rancho Santa Elena, aunque negó ser el responsable de su muerte.

Confesó formar parte de un culto liderado por un misterioso sujeto de ascendencia cubana/norteamericana llamado Adolfo de Jesús Constanzo, de veintiséis años, a quien se refería respetuosamente como «el padrino» y el cual habría matado al joven asestándole un golpe de machete en la nuca, para luego quitarle la tapa de los sesos y arrancarle el cerebro durante un ritual.

Supuestamente, Constanzo no solo estaba relacionado al tráfico de drogas, sino que era un brujo con poderes mágicos y gran influencia, que ofrecía protección a los más poderosos narcos de la frontera entre México y Estados Unidos. Sus rituales incluían el sacrificio de animales y era secundado por una bruja a quien identificó como Sara María Aldrete, una llamativa joven mexicana de veinticuatro años, ojos claros y un metro ochenta y cinco de estatura, a la cual llamaban La Madrina. Serafín Hernández aseguró que Kilroy fue asesinado al interior de una pequeña casucha de madera, en donde Constanzo y Aldrete llevaban a cabo sus macabros rituales.

Durante la redada del 9 de abril, cuando los sospechosos fueron arrestados en el rancho, los agentes vieron la choza y se acercaron a investigar, pero era un lugar pequeño, sucio y mal oliente que tenía el aspecto de un simple galpón y ni siquiera se animaron a abrir la puerta para ver qué había dentro.

A las cinco y media de la madrugada del 11 abril, George Gavito y Juan Benítez Ayala se presentaron en el rancho Santa Elena junto a los detenidos y un gran contingente policial, pero llevar a cabo el registro no sería tarea fácil.

Algunos oficiales se mostraban reticentes a ingresar a un sitio en donde supuestamente se había practicado magia negra. El día anterior, el mismo Benítez había ordenado que un curandero bendijera la choza para expulsar a los demonios, pues la mayoría de los agentes mexicanos, e incluso él mismo, eran supersticiosos y temían ser víctimas de una maldición o posesión demoníaca.

Cuando el curandero finalmente realizó la limpieza, los agentes abrieron la puerta y quedaron horrorizados. El lugar estaba infestado

de moscas y emanaba un hedor insoportable: una mezcla de madera quemada, alcohol, tabaco y descomposición. Las paredes estaban rayadas con extraños símbolos y el piso empapado en sangre coagulada. También había un machete, un martillo y otras herramientas.

Lúgubres figuras rituales decoraban los rincones, además de un par de recipientes con patas y cabezas de pollo, huesos de animal y restos humanos en estado de putrefacción. Se halló una gran cantidad de colillas de cigarrillo, habanos, herraduras, botellas de aguardiente y un altar improvisado con la cabeza de una cabra ensartada en un tridente, rodeado de monedas y velas negras con la imagen de la virgen de Guadalupe.

Uno de los objetos que más llamó la atención fue un enorme caldero desde donde se asomaban pequeñas estacas de madera sumergidas en una sustancia viscosa y hedionda que contenía varios órganos en estado de putrefacción, incluyendo sangre y masa encefálica que, luego se pudo probar, pertenecía a Mark Kilroy.

Cuando el comandante Juan Benítez Ayala le preguntó a Serafín Hernández dónde estaba enterrado el cadáver, este le respondió que a cuál se refería, porque en el rancho debía haber unas trece personas sepultadas, según él todas asesinadas en los rituales de Constanzo.

El hombre caminó junto a los incrédulos agentes un par de metros y los llevó hasta una cerca de madera en donde había varios espacios con tierra removida. Se acercó a una tumba desde la que sobresalía un alambre y afirmó que Kilroy estaba enterrado allí. Cuando le preguntaron cómo lo sabía, Serafín aseguró que Constanzo les había ordenado que atravesaran el alambre a través

de la columna vertebral del cadáver y lo dejaran a la vista. Semanas después, cuando el cuerpo estaba descompuesto, jalaron parte del alambre y arrancaron las vértebras, con la cuales Constanzo planeaba hacer un collar para sus ceremonias.

Docenas de periodistas mexicanos y estadounidenses se presentaron en el lugar a las pocas horas, pues la noticia se difundió rápido. La policía ni siquiera pudo acordonar la zona y los reporteros deambulaban con libertad por el rancho, registrando con sus cámaras los macabros hallazgos sin ningún tipo de restricción.

Mientras tanto, David Serna, Sergio Martínez y Serafín y Elio Hernández parecían estar disfrutando de los rostros desencajados de los agentes. Cuando fueron increpados por estarse burlando, Serafín se mostró desafiante. Los retó a dispararle con su arma, afirmando que gracias a la protección de su padrino y su magia era inmune a las balas.

Fue entonces que el comandante Juan Benítez Ayala perdió la paciencia. Cogió su Uzi y lanzó varias ráfagas al aire, algo que no solo tomó por sorpresa a los detenidos, sino también a los otros policías, que no entendían qué estaba ocurriendo. Aquello fue suficiente para que Serafín se mostrara más colaborador. Benítez lo obligó a tomar una pala y a cavar él mismo en la fosa donde estaba enterrado Mark Kilroy.

Aproximadamente a un metro de profundidad apareció el cadáver del joven. Tenía el rostro cubierto con cinta adhesiva, le habían amputado ambas piernas a la altura de las rodillas, le faltaba la columna vertebral, la parte superior del cráneo y su cerebro había sido removido.

En un período de cuarenta y ocho horas, otros doce cuerpos masculinos fueron desenterrados del fangoso terreno. La gran mayoría tenían el pecho y las costillas abiertas, y les faltaban varios órganos. También mostraban signos de tortura y mutilaciones horrendas en el rostro, además de la extracción de los ojos y los genitales.

Las crudas imágenes fueron transmitidas por diversas cadenas de televisión de todo el mundo. Las excavaciones concluyeron a avanzadas horas de la noche del 13 de abril, aunque se temía que pudiera haber más cadáveres enterrados en los alrededores.

David Serna, Sergio Martínez y Serafín y Elio Hernández fueron presentados ante los medios de comunicación en un balcón del patio trasero de la sede federal. El comandante Juan Benítez Ayala enseñó a los más de doscientos cincuenta periodistas presentes varias cicatrices rituales que los sospechosos tenían grabadas en el cuerpo, las cuales habrían sido realizadas por el padrino para protegerlos. Elio Hernández confesó haber asesinado a un par de víctimas, pues Constanzo le había autorizado convertirse en uno de sus verdugos. El resto también habría participado de los raptos, torturas y rituales.

Los periodistas decidieron bautizar a la secta como Los Narcosatánicos, un apodo tan intimidante como sensacionalista. Y es que lo cierto era que los rituales que se realizaban en el rancho Santa Elena no tenían nada que ver con satanismo, sino que eran prácticas ligadas a la santería, el vudú y principalmente al palo mayombe.

La situación comenzó a complicarse aún más cuando los agentes realizaron un allanamiento en la casa de Constanzo, en el número 47 de la calle Papagallos, en Atizapán, Ciudad de México. En el lugar se

halló un enorme caldero rodeado de velas, inciensos, manzanas, habanos y aguardiente, y en su interior había veintiún machetes, varias dagas, trozos de madera y un esqueleto humano sumergido en sangre.

También se encontró una pared con un enorme espejo, tras el cual había una habitación oculta. Al interior había millones de dólares en efectivo, lingotes de oro, joyas y un par de libretas de contabilidad en donde no solo aparecían los nombres de los más grandes narcotraficantes de Matamoros y sus alrededores, sino también el de policías, empresarios, políticos, abogados, jueces y reconocidos artistas de ambos lados de la frontera.

De hecho, varios de los clientes de Constanzo tenían altos cargos y solicitaban constantemente sus servicios, como los jefes de la Dirección Federal de Seguridad, Miguel Nazar Haro y José Antonio Zorrilla, además del comandante de la Dirección Federal de Seguridad, Florentino Ventura.

Entre las figuras del espectáculo más destacadas, que aparecían en fotografías junto a Constanzo, se encontraban artistas de renombre como Yuri, Lucía Méndez, Irma Serrano e incluso Juan Gabriel, para quienes habría realizado ciertos trabajos de santería.

Además, se encontraron varias cintas de grabación de un circuito cerrado de seguridad, en donde podían verse algunos jefes de la Policía Judicial Federal visitando la casa de Constanzo. Aquello dejó en evidencia que su influencia era mucho mayor de la que imaginaban.

El departamento de su cómplice, Sara Aldrete, también sería allanado. En el lugar se encontró un altar rodeado de velas dedicadas a Changó y Santa Bárbara, figuras importantes del

sincretismo religioso entre la santería y el catolicismo. En uno de los rincones también se halló un montón de ropa de niño untada en sangre.

Las autoridades cedieron una rueda de prensa solicitando la ayuda de toda la comunidad. Debían detener a Adolfo de Jesús Constanzo y a Sara María Aldrete a como diera lugar. Los investigadores estaban al tanto de que la pareja se había dado a la fuga con al menos otros dos integrantes de la secta, los cuales serían identificados como Martín Quintana y Alvaro de León. El problema era que no sabían si intentarían cruzar hacia Estados Unidos o permanecerían en México.

Adolfo de Jesús Constanzo González nació en Miami, Florida, el 1 de noviembre de 1962. Era hijo de una pareja de inmigrantes cubanos/norteamericanos que había huido de la Revolución castrista en Cuba, pero un año más tarde su padre se marchó sin dar explicaciones y quedó bajo los cuidados de su madre y su abuela, quienes practicaban santería, vudú y palo mayombe, cultos afrocaribeños que mezclan tradiciones africanas, creencias cristianas y la adoración de los espíritus.

Si bien fue bautizado católico, su madre, Delia González, estaba tan convencida de que Constanzo estaba predestinado a convertirse en un poderoso brujo, que a la edad de dos años lo llevó a Haití para que fuese nombrado príncipe de palo mayombe, una religión que fue difundida en Cuba por esclavos provenientes de África Central, específicamente del Congo.

Poco después, la familia se mudó a Puerto Rico. Delia tuvo un segundo hijo y contrajo matrimonio con un empresario local, lo que les aseguró una vida acomodada.

Constanzo demostró ser un chico inteligente y metódico, pero arrogante, egoísta y en extremo serio. Tanto su madre como su abuela le inculcaron sus creencias religiosas desde pequeño y fue testigo de diversos ritos que incluían el sacrificio de animales.

En 1972 volvieron a mudarse a Miami, pero Delia enviudaría meses más tarde y recibiría una pequeña herencia. Volvió a casarse y tuvo un tercer hijo con un narcotraficante que quedó impresionado con los extraños rituales que llevaban a cabo Delia y su madre. De hecho, ambas mujeres adquirieron bastante reconocimiento como brujas en la comunidad latina de Miami y varias personas recurrieron a ellas para sanar a sus familiares enfermos o procurarles el mal a sus enemigos.

Por su parte, Constanzo se convirtió en aprendiz de un hechicero de la zona que practicaba el palo mayombe. Uno de los elementos esenciales de esta religión es la *nganga*, un caldero en el cual se deben introducir palos, sangre, huesos y órganos tanto de animales como humanos, para invocar a los muertos y conseguir que estos cumplan todo tipo de favores. La *nganga* se convertiría en uno de los objetos de adoración de Constanzo, quien comenzó a realizar pequeños rituales de sangre que en un principio solo incluían el sacrificio de gallinas.

La vida sexual de Constanzo fue bastante precoz. Se convirtió en padre a la edad de catorce años, pero jamás formalizó la relación con la madre de su hijo. Le gustaba mantener sexo con chicas de su edad esporádicamente, pero prefería a los hombres. Aquello se transformó en un problema, pues la homosexualidad no era vista con buenos ojos por la sociedad de la época.

A la edad de dieciocho años, Constanzo no solo se ocupaba de conseguir nuevos clientes para su madre y su abuela, sino que él mismo comenzó a mostrar habilidades como médium y brujo. Supuestamente era capaz de comunicarse con los muertos y predecir eventos futuros de forma tan exacta, que incluso su propia familia estaba impresionada. De hecho, predijo pocos días antes que Ronald Reagan sería víctima de un intento de asesinato, el cual ocurriría el 30 de marzo de 1981.

Con el tiempo, Constanzo y su madre se vieron envueltos en varios problemas con la ley. Fueron arrestados en un par de ocasiones por hurto, robo, estafa y vandalismo, y en 1983 se mudaron a México.

Constanzo era un joven bastante atractivo, y si bien terminó sus estudios y tuvo la oportunidad de ingresar a la universidad, deseaba convertirse en actor y modelo. Fue así como ingresó a una agencia y consiguió un par de empleos, pero más allá de su apariencia, su misteriosa y carismática personalidad comenzó a llamar la atención de su entorno. Solía estar rodeado de amigos que lo seguían a todas partes y asistía a fiestas en donde leía el tarot a los invitados, causando gran impresión.

La fama de Constanzo creció rápido. Por lo visto, muchas personas que estuvieron con él afirmaban que no se trataba de un simple embaucador y que poseía habilidades extraordinarias, como leer la mente, invocar espíritus y predecir el futuro con exactitud asombrosa.

No solo era un tipo astuto, sino también alguien sumamente manipulador y ambicioso. Para 1984, su magnética personalidad le abrió las puertas a círculos de personas influyentes, incluyendo

agentes de la Policía Judicial Federal. Identificó, en estas conexiones, una valiosa oportunidad para obtener favores y beneficios que potenciaran su posición. Si bien le hacían algunos encargos de brujería y comenzó a lucrar con este tipo de actividades, su plan era realizar trabajos para narcotraficantes, pues estaba convencido de que movían cantidades de dinero mucho mayores.

Él mismo se presentó ante algunos sujetos ligados al narcotráfico como sacerdote de santería, brujo, curandero y profeta, para ofrecer sus servicios de protección mágica y limpias, sin embargo, en un principio no fue tomado demasiado en serio y solo consiguió un par de clientes.

Constanzo había decidido hacer de la brujería su propio negocio, pero comprendió que no llegaría demasiado lejos trabajando solo. Necesitaba reclutar a un grupo de seguidores, que al igual que los sicarios de los cárteles de droga estuvieran dispuestos a dar la vida por su líder. Sumó a sus filas a tres sujetos identificados como Martín Quintana y Omar Orea, quienes se convertirían además en sus amantes, y Jorge Montes. Estos habían quedado impresionados con sus habilidades como brujo, por lo que se convirtieron al palo mayombe, aceptaron ser apadrinados por él y lo ayudaron a organizar rituales mucho más espectaculares y sangrientos.

Constanzo comenzó a usar una *nganga* y sacrificaba gallinas, cabras, serpientes, cebras e incluso cachorros de león, ante la atónita mirada de sus clientes. También utilizaba restos humanos que profanaba de los cementerios junto a sus cómplices, lo que convertía sus ceremonias en algo todavía más macabro.

La estrategia de Constanzo funcionó. Por cada uno de sus trabajos, podía cobrar desde veinte mil hasta cien mil dólares. Al

poco tiempo se ganó el respeto de varias personas influyentes, quienes accedieron a que los protegiera con su magia a cambio de importantes sumas de dinero. Para ello, se realizaba una *nkimba* o rayamiento, una ceremonia en la cual se marca el cuerpo del sujeto con cicatrices en forma de cruces, líneas y flechas, y este pasa a formar parte del culto. Constanzo, quien hacía de padrino, invocaba a un muerto y se lo asignaba para su protección. También juraba velar por la persona que recibía el rayamiento de todo tipo de enfermedades y desgracias, además de procurarle grandes beneficios económicos. El ahijado le debía obediencia absoluta a su padrino. De lo contrario, las consecuencias eran terribles.

Constanzo ofrecía todo tipo de favores mágicos por el precio adecuado. Desde limpiezas y sanaciones, hasta la posibilidad de dañar a un enemigo lanzándole una maldición. Sin embargo, uno de los servicios más solicitados por los jefes de los carteles era que les indicara qué ruta debían seguir para enviar sus cargamentos de droga a Estados Unidos sin ser descubiertos.

Por aquel entonces, las autoridades estadounidenses tuvieron grandes conflictos con México debido a este problema, y había cientos de controles fronterizos para evitar el ingreso de cocaína, marihuana y alcohol de contrabando al país. Se realizaron varios decomisos avaluados en millones de dólares, lo que comenzó a poner nerviosos a los narcotraficantes mexicanos. Curiosamente, aquellos que consultaban a Constanzo siempre conseguían traspasar la frontera sin ningún tipo de inconveniente.

No pasó demasiado tiempo, antes de que los jefes de las organizaciones criminales se dieran cuenta de que quienes contrataban los servicios de Constanzo crecían de manera

exponencial y no tuvieron más alternativa que contactarlo para que los ayudara con su poder de adivinación.

Lo que en realidad estaba ocurriendo era que Constanzo apadrinó a gente importante, incluyendo varios agentes y jefes de policía de alto rango. Gracias a esto, podía ofrecer vía libre a los narcotraficantes que se convertían en sus clientes para que enviaran la droga a Estados Unidos, a través de ciertas rutas que él mismo se encargaba de despejar. Bastaba una sola llamada del padrino, para que algunos retenes fronterizos hicieran la vista gorda durante un par de horas. Asimismo, delataba a aquellos que no se asociaban con él y les arruinaba sus negocios.

Se desconoce la fecha exacta, pero es probable que a principios de 1987 Constanzo comenzara a realizar sacrificios humanos, pues aseguraba que, de esta forma, sus hechizos serían aún más poderosos. Junto a su grupo de seguidores, secuestraron a narcotraficantes y agentes de policía que se habían negado a negociar con él, para torturarlos y asesinarlos de maneras espantosas en sus ceremonias.

En el libro *Evil serial killers: in the mind of monsters*, de Charlotte Creig, se afirma que, en este período, Constanzo y sus cómplices asesinaron a siete miembros de una banda de narcotraficantes conocidos como Los Calzadas, ya que no accedieron a sus demandas de asociación. Los cadáveres fueron hallados sin dedos, sin orejas, sin cerebro, y a uno de ellos le faltaba la columna vertebral.

A partir de entonces, Constanzo no solo se convirtió en alguien respetado, sino también temido, pues demostró ser impredecible, tenaz y con una espeluznante sangre fría.

Fue en abril de 1987, y mientras su negocio seguía creciendo, que conocería a una joven que se convertiría en su mano derecha y la sacerdotisa de sus macabros rituales.

Sara María Aldrete Villareal nació en la ciudad de Matamoros, Tamaulipas, México, el 6 de septiembre de 1964. Se crio en el seno de una familia de clase media y asistió a una preparatoria en Brownsville, Texas, por lo que transitaba por la frontera.

Desde pequeña sería descrita como una chica tranquila, sociable e inteligente. Sin embargo, también mostró algunos intereses un tanto oscuros. Deambulaba por los cementerios visitando diversas tumbas, fisgoneaba en los entierros de desconocidos y estaba obsesionada con la temática de lo paranormal. De hecho, afirmaba tener habilidades de premonición y la capacidad de ver los espíritus de los muertos.

Tiempo después, conocería a una mujer que la introdujo en el mundo de la santería. Sara estaba convencida de que realizar trabajos espirituales podría potenciar sus percepciones, pero cuando la santera falleció, se sintió frustrada y decidió enfocarse en sus estudios.

A los dieciocho años contrajo matrimonio con un sujeto seis años mayor y se fueron a vivir juntos. Lo abandonaría seis meses más tarde y regresaría a la casa de sus padres.

Tras estudiar educación física, ingresó a una universidad estadounidense para titularse en antropología social. Fue entonces, a la edad de veintidós años, que uno de sus profesores le asignó un trabajo sobre religiones, lo que la llevó a investigar sobre la santería, un tema que le apasionaba. Sin embargo, no sería una tarea sencilla. La escasa información y el tabú que rodeaba el tópico

acrecentaron su curiosidad, hasta que un encuentro fortuito cambiaría su vida para siempre.

En agosto de 1987, mientras conducía el vehículo de sus padres por la avenida Álvaro Obregón, en Matamoros, un hombre comenzó a hacerle señas desde otro automóvil. Sara intentó alejarse, pero este la adelantó, le cerró el camino, bajó tranquilamente de su coche y se acercó a su ventanilla.

En su libro *Me dicen la Narcosatánica*, Sara reconoció que se sintió impresionada por la enigmática apariencia de aquel sujeto. No solo era atractivo y amable, sino que además llevaba varios collares de colores colgando del cuello, algo que no era demasiado común entre los hombres de la ciudad por aquel entonces. Cuando le preguntó por ellos, aseguró que eran parte de su religión y que era un brujo. Luego le sonrió y le preguntó: «¿Qué quieres saber? ¿Si has conocido al amor de tu vida? Está enfrente de ti. Me llamo Adolfo. Adolfo de Jesús Constanzo».

La joven quedó fascinada con la personalidad de Constanzo y el hecho de que se presentara como un brujo le pareció una coincidencia increíble. Le confesó que, justamente, debía hacer un trabajo para la universidad sobre la santería y este se ofreció de inmediato a ayudarla en su investigación. No pasó demasiado tiempo antes de que Sara se enamorara y aceptara convertirse en su aprendiz.

Siempre negó haber tenido algún tipo de relación sentimental con Constanzo y aseguró que solo fueron amigos. Sin embargo, algunas personas de su entorno insistieron en que fueron amantes. Si bien Constanzo prefería la compañía masculina e incluso asistía a centros

nocturnos para homosexuales, se definía abiertamente como bisexual y mantuvo varias relaciones con otras mujeres.

Poco después, Sara le presentó a Constanzo un antiguo compañero de escuela, un sujeto identificado como Elio Hernández. Era uno de los líderes de una reconocida familia de narcotraficantes de Matamoros, que tenía su centro de operaciones en el rancho Santa Elena. Durante los últimos meses estaba enfrentando varios conflictos con bandas rivales, recibía amenazas de muerte y tenía problemas para sacar la droga del país. Elio y su sobrino, Serafín Hernández, eran quienes llevaban el negocio y estaban dispuestos a cualquier cosa para que sus contrabandos no fueran interceptados por la policía fronteriza.

Constanzo accedió a ayudarlos, y tras realizar un ritual que incluyó un sacrificio humano, les indicó en qué fechas y por dónde debían enviar a los transportistas para no ser detenidos por los federales. Los Hernández siguieron al pie de la letra sus indicaciones y evitaron todos los controles de carretera dispuestos cerca de la frontera. Aquello fue suficiente para que se asociaran con Constanzo, se convirtieran a la religión del palo mayombe y accedieran a ser rayados por el brujo para recibir su protección.

Al mismo tiempo, Sara Aldrete se encargó de reclutar a nuevos seguidores para la secta y adquirió un rol importante dentro de la organización. No solo se convirtió en la sacerdotisa de Constanzo y su mano derecha, sino en una de las personas más cercanas a él.

A pesar de que lo ha negado en todas sus entrevistas, en el *Libro Rojo de la Administración de Justicia*, publicado por el Tribunal Superior de Justicia de México, se afirma lo siguiente:

> Sara era la primera en abrir las sesiones de tortura, que consistían en amarrar de las manos a las víctimas y sumergirlos en un enorme recipiente con agua a cien grados (centígrados) de temperatura, para luego castrarlos y cortar sus pezones con un arma cortopunzante.

A principios de marzo de 1989, Constanzo hizo una petición especial a sus seguidores. Necesitaba alimentar la *nganga* con el cerebro de alguien inteligente para realizar un embrujo. Sabía que la ciudad de Matamoros sería visitada por miles de universitarios estadounidenses durante las vacaciones de primavera y les ordenó que fueran en busca de un joven rubio, que estudiara medicina.

Fue así como cerca de las dos de la madrugada del 15 de marzo, Serafín Hernández y otro par de cómplices secuestraron a Mark Kilroy cuando este se dirigió a un callejón para orinar. Lo subieron a una furgoneta y lo llevaron hasta el rancho Santa Elena, en donde permaneció casi doce horas maniatado, hasta que Constanzo comenzó con su ritual. Lo torturó y lo asesinó partiéndole el cráneo con un machete. Luego le extrajo el cerebro, el cual sería depositado en la *nganga*.

Sin embargo, la desaparición de Kilroy provocó un inusual movimiento de federales en la ciudad e incluso la intervención de agencias policiales de los Estados Unidos y el FBI. Cuando Constanzo se enteró de que varios de sus cómplices fueron arrestados en el rancho Santa Elena y se comenzaron a encontrar los cadáveres, se dio rápidamente a la fuga junto a Sara Aldrete, Martín Quintana, Omar Orea y Álvaro de León, sus seguidores más cercanos.

En aquel momento, el caso de los Narcosatánicos se había convertido en un escándalo a nivel internacional. Los medios de comunicación habían alertado de la posible fuga de Constanzo y su

grupo hacia los Estados Unidos, y eran buscados por los departamentos de policía y el FBI.

Dos días después de los hallazgos en el rancho Santa Elena, el 13 de abril, las autoridades mexicanas encontraron los cadáveres mutilados de dos hombres en fosas poco profundas al otro lado de la carretera, sumando un total de quince cuerpos. Además, se corría el rumor de que la cantidad de víctimas podía acercarse a treinta, pues en la zona de Matamoros también se había reportado la desaparición de al menos diez menores de edad en los últimos meses.

Fue entonces que un periódico mexicano recibió un escalofriante llamado telefónico. Una mujer joven, supuestamente Sara Aldrete, exigía que la policía liberara a David Serna, Sergio Martínez, Serafín Hernández García y Elio Hernández Rivera. De lo contrario, la secta de Constanzo comenzaría a raptar y asesinar niños. Sin embargo, las semanas pasaron y los investigadores no pudieron dar con el paradero de los prófugos.

El comandante Juan Benítez Ayala consultó al curandero que había realizado la limpieza en la choza del rancho Santa Elena. Quería saber si existía alguna forma de localizar a Constanzo por medio de algún hechizo. Este le dijo que no, pero aseguró que si incendiaban su *nganga* y el lugar donde realizaba los rituales, sus poderes mágicos se debilitarían.

Un grupo de oficiales, encabezados por George Gavito y Juan Benítez Ayala, se presentaron en el rancho Santa Elena junto al curandero. Rociaron la choza con bencina y le prendieron fuego hasta reducirla a cenizas con todos los objetos que había dentro, incluyendo la preciada *nganga* de Constanzo y una fotografía de él firmada por Gavito y Benítez.

Si bien Gavito no creía en hechizos, aquel día citó a una cadena de televisión para que la noticia fuera registrada y difundida tanto en México como en Estados Unidos, pues estaba seguro de que si Constanzo veía las imágenes se pondría furioso y era probable que cometiese algún error.

La mañana del sábado 6 de mayo de 1989, un empleado de limpieza que se encontraba trabajando en la colonia Cuauhtémoc, en Ciudad de México, vio a una joven lanzarle un papel desde lo alto de un edificio ubicado en el número 19 de la calle Río Sena. La nota decía lo siguiente:

> Por favor, llame usted a la judicial y dígale que en este edificio están los que ellos buscan, deles la dirección, 4to piso. Dígales que a la mujer la traen de rehén. Se lo suplico por lo que más quiera, hable ya o van a matar a la muchacha.

El hombre corrió a avisar a la policía y pocos minutos después se presentaron en el lugar un par de patrullas, pero fueron acribilladas en el acto por un sujeto que comenzó a disparar desde el cuarto piso con un subfusil. Se realizó un enorme operativo para contener al tirador, pero este no estaba dispuesto a rendirse. Incluso en cierto momento comenzó a lanzar cientos de dólares quemados desde la ventana, lo que produjo un verdadero caos, pues docenas de personas se abalanzaron a recogerlos, en mitad del tiroteo, arriesgando sus vidas.

Un grupo de agentes decidió ingresar al edificio por las escaleras principales. Se trataba de un movimiento en extremo riesgoso, sobre todo considerando que al interior había una rehén, pero no tenían más alternativa.

En el pasillo del cuarto piso se produjo una breve balacera, antes de que una mujer y dos hombres se entregaran con las manos en alto. Estos serían identificados como Sara Aldrete, Omar Orea y Álvaro de León.

Cuando los oficiales registraron el apartamento desde donde se produjeron los disparos, encontraron los cadáveres de Adolfo de Jesús Constanzo y Martín Quintana dentro de un clóset. Ambos habían muerto acribillados.

La noticia de que la banda de los Narcosatánicos por fin había sido detenida y que su líder estaba muerto produjo alivio en la población, aunque no existía demasiada claridad respecto al incidente. La versión de las autoridades mexicanas indicaba que Constanzo y su grupo llevaban varios días ocultos en el apartamento y que, al ver que un par de patrullas se acercaba al edificio, perdieron el control y comenzaron a disparar por la ventana. Horas más tarde, y al verse acorralado, Constanzo ordenó a Álvaro de León, uno de sus cómplices, que lo ejecutara a él y a su amante, Martín Quintana, pues no planeaba entregarse.

Por otro lado, la nota de auxilio escrita por Sara Aldrete resultaba poco creíble. Los investigadores descubrieron que si bien la mujer aseguró que Constanzo la mantuvo cautiva e incluso atada a una cama, fue vista por un par de personas saliendo a la calle en los días previos al enfrentamiento con la policía.

La joven aseguró que en cierto momento Constanzo la había liberado, le dio dinero para que tomara un taxi y consiguiera un cirujano plástico, pues su plan era someterse a una operación para que modificaran su rostro, ya que su fotografía se había difundido por todos los medios de comunicación. Pero mientras estuvo

deambulando sola por la ciudad, no huyó ni acudió a nadie para denunciar su secuestro porque, según dijo, estaba aterrada.

Se concluyó que Sara escribió la nota para inculpar al resto y hacerse pasar por una víctima más del grupo. Cuando comprendió que el asesinato de Mark Kilroy causó demasiado revuelo y Constanzo comenzó a comportarse de manera violenta al verse acorralado, sencillamente lo traicionó.

Tres días más tarde, el 9 de mayo, varios integrantes de la secta fueron presentados ante los medios de comunicación por la Procuraduría General de Justicia. Omar Orea, Álvaro de León, Sara Aldrete y otras dos mujeres, las cuales habrían facilitado el departamento de la calle Río Sena, pues eran ahijadas de Constanzo, tendrían la oportunidad de hablar en forma breve ante las cámaras y bajo estrictas medidas de seguridad.

Todos lucían demacrados. Álvaro de León tenía el rostro hinchado y un ojo en tinta, lo que indicaba que tal vez había sido sometido a un intenso interrogatorio por parte de los agentes. Delante de los acusados, había una mesa llena de objetos relacionados con prácticas de brujería: túnicas negras, máscara, velas, figuras de santería y cuchillos rituales.

Si bien reconocieron formar parte de la secta de Constanzo y aún se referían a él como el padrino, negaron haber participado en los sacrificios humanos. Sara trató de explicar que fue secuestrada por la banda durante tres semanas y que jamás estuvo al tanto de los asesinatos, pero se puso tan nerviosa que apenas pudo hilar una frase. Sus declaraciones de inocencia contrastaban con las de todo el grupo, quienes la sindicaron como la segunda al mando después de Constanzo.

Desde Estados Unidos, varias autoridades estaban interesadas en extraditar a los Narcosatánicos a Texas para que fueran juzgados por la muerte de Mark Kilroy y condenados a la pena capital. Sin embargo, desde México no tenían planeado delegar esa responsabilidad a sus vecinos del norte.

El 7 de febrero de 1990, Omar Orea, uno de los integrantes de la secta, fallecería debido a complicaciones asociadas al VIH en un hospital penitenciario.

En agosto de 1990, Álvaro de León sería encontrado culpable de la muerte de Adolfo de Jesús Constanzo y Martín Quintana, además de asociación criminal, y fue condenado a treinta y cinco años de prisión, aunque al poco tiempo se fugaría de la cárcel, y aún hoy su paradero es desconocido.

En 1994, Sergio Martínez, Serafín Hernández García y su tío, Elio Hernández Rivera, fueron sentenciados a sesenta y siete años de prisión por cargos de asesinato y narcotráfico. Los tres hombres continúan tras las rejas y han cedido un par de entrevistas en las que aseguran que fueron torturados por la policía para declararse culpables de los crímenes.

Sara María Aldrete sería condenada en primera instancia a sesenta y dos años de prisión por inhumación, exhumación y profanación de cadáveres, aunque a finales de octubre de 1995 se llegó a un acuerdo en el cual recibiría otros cuarenta y cinco años por cada uno de los trece crímenes cometidos en el rancho Santa Elena, sumando un total de seiscientos cuarenta y siete años, la condena más severa de la historia judicial mexicana por aquel entonces.

Todos los integrantes de los Narcosatánicos realmente creían que estaban protegidos por la magia de Constanzo. Incluso tras las rejas

continuaron afirmando que tenía poderes sobrenaturales y que era capaz de cambiar su rostro durante los rituales. Seguían al pie de la letra todas sus órdenes, pues le temían.

El mismo Elio Hernández, a pesar de ser reconocido en todo Matamoros como un violento narcotraficante, se sentía incapaz de contradecirlo. Afirmó que, en cierta ocasión, un chico de doce años había sido secuestrado en las cercanías del rancho Santa Elena por los otros miembros de la banda para realizar un sacrificio. Sin embargo, cuando se presentó en el lugar, se llevó la sorpresa de que se trataba de su primo. Constanzo le dijo que no había vuelta atrás y que el ritual debía llevarse a cabo de todas formas. Colgó al menor de cabeza en una viga y lo degolló sobre la *ngana* para alimentarla de sangre joven, sin que Elio pudiera hacer nada.

Sara Aldrete también aseguró que Constanzo asesinó de un tiro en la cabeza a uno de sus ahijados, un federal identificado como Valente del Fierro, porque este había sido rayado en una ceremonia y tiempo después lo descubrió consumiendo drogas, algo que les tenía terminantemente prohibido.

En julio de 1988, un espeluznante asesinato se dio a conocer en Matamoros. El cadáver de Ramón Paz Esquivel, un anticuario homosexual conocido como la Claudia, fue hallado destazado. Sara afirmó que mientras huían de la policía, escuchó una conversación entre Constanzo y Martín Quintana, los cuales recordaron el crimen entre risas. No solo lo habían asesinado, sino que Constanzo le arrancó la piel de la cara y la puso sobre su propio rostro para jugarle una broma a otro de sus seguidores.

Las autoridades estaban convencidas de que el grupo era responsable de al menos veintiséis asesinatos y que gran parte de

las víctimas eran policías, narcotraficantes y menores de edad utilizados en los sacrificios. Lamentablemente, varios de los cuerpos jamás fueron identificados y la única cara visible de los crímenes ha sido, durante décadas, la de Mark Kilroy.

Algunos medios especularon con que los miembros de la secta habían cometido canibalismo, pues supuestamente bebieron del caldero que Constanzo mantenía en el rancho Santa Elena, una mezcla viscosa que incluía sangre, huesos y órganos animales y humanos, además de palos, ramas, objetos metálicos como clavos y cuchillos, tierra de cementerio, tabaco, pólvora, hierbas y aguardiente. Sin embargo, según el palo mayombe, el contenido de la *nganga* no se consume. Aun así, existe la posibilidad de que fumaran cenizas de cadáveres o bebieran sangre humana en otros rituales.

Tras la muerte de Adolfo de Jesús Constanzo, el ojo mediático se centró en la imagen de Sara Aldrete, su mano derecha. En 1992 concedió una entrevista al programa de televisión mexicano *Portada*, en donde no solo insistió en su inocencia, sino que realizó graves acusaciones en contra de la policía y la PGR. Afirmó que, tras ser detenida en mayo de 1989, fue víctima de brutales torturas por parte de los agentes, quienes exigían que les entregara los números de las cuentas bancarias de Constanzo para quedarse con su dinero.

Primero fue llevada a la morgue en la que se encontraban los cuerpos de Constanzo y Quintana. La obligaron a meter las manos dentro del cadáver de Constanzo, el cual ya había sido sometido a la autopsia de rigor, y le ordenaron que se comiera su corazón, tal como presuntamente hacía en sus rituales. Después le habrían acercado la masa encefálica de Quintana en una bandeja metálica

para que se la metiera en la boca. Como Sara se negó, habría recibido una paliza.

Declaró también que en los días siguientes fue abusada sexualmente por siete oficiales al mismo tiempo y sodomizada con distintos objetos. Le habrían arrancado las uñas de los pies, sumergido en una tina con agua, intentado asfixiarla con una bolsa y puesto pinzas con electricidad en los pechos y la vagina, lo cual le produjo varias quemaduras y una infección en el útero que terminó por dejarla estéril.

Durante este período, habría pasado sesenta y un días encerrada en una celda de aislamiento desnuda, encadenada y recibiendo como alimento una taza de té y un trozo de pan al día. Posteriormente, sería trasladada a otro penal en donde sus condiciones mejoraron, pero su salud se vio tan afectada por la traumática experiencia que pocos días antes de recibir su sentencia, en octubre de 1995 y con treinta y un años, sufrió un infarto que la tuvo internada en un hospital del penal.

Sara incluso llegó a asegurar que la muerte de Omar Orea, uno de los miembros de la secta fallecido a principios de 1990, se produjo porque agentes de la PGR le inocularon VIH con una jeringuilla. Supuestamente, Orea conocía a ciertos oficiales que estaban vinculados con Constanzo y no podían dejarlo vivo. También afirmó que, mientras estuvo recluido, Álvaro de León negó haber asesinado a Constanzo y que seguramente los agentes que ingresaron al departamento aquel 6 de mayo de 1989 lo ejecutaron para evitar que revelara sus vínculos con las altas esferas del país.

Con el pasar de los años, Sara Aldrete se convirtió en una respetada y reconocida interna en el Reclusorio Oriente, en donde

destacó por su conducta intachable. Se dedicó a la pintura, participó como actriz y directora en diversas obras de teatro, asesoró a otras internas en el centro educativo del penal, ganó diversos premios de literatura y en el 2000 publicó un libro titulado *Me dicen la Narcosatánica*, en donde cuenta su versión de la historia.

En 2009, una modificación del código penal mexicano permitió a la defensa de Sara apelar a su sentencia, la cual se redujo a cuarenta y siete años de prisión. Actualmente se encuentra recluida en el Penal Femenil de Tepepan, en donde continúa pagando su condena. Ha solicitado en varias ocasiones su excarcelación por motivos de salud, pero sus peticioneshan sido denegadas.

A pesar de todo lo vivido, sigue hablando de Adolfo de Jesús Constanzo con añoranza. Asegura que fue testigo de sus increíbles habilidades como hechicero y de cómo podía hacer trabajos de brujería que realmente funcionaban.

Quizá una de las anécdotas más extrañas que narra Sara es cuando Constanzo le advirtió de que iba a convertir a un hombre en sapo. Pocos días más tarde, el mismo sujeto se comunicó con el brujo y le solicitó ayuda, pues había enfermado de manera repentina. Estaba internado en un hospital, con el cuerpo completamente hinchado, los ojos saltones y tenía la boca estirada debido a la inflamación. Los médicos le practicaron todo tipo de exámenes, pero fueron incapaces de descubrir qué le ocurría.

Constanzo le dijo que podía ayudarlo, pero que debía devolverle a uno de sus ahijados una empresa de la cual se había apropiado de manera legal. El sujeto no tuvo más alternativa que aceptar y firmar los papeles del acuerdo. Constanzo deshizo el embrujo y a los tres

días la víctima fue dada de alta, sin que los doctores pudieran explicar qué le había ocurrido.

Resulta difícil establecer cuál fue la verdadera participación de Sara en los rituales de Constanzo. Si bien algunos miembros de la secta aseguraron que estuvo presente en los sacrificios humanos y que incluso realizó torturas, como sumergir los pies de una de las víctimas en agua hirviendo o cortarle los pezones y los genitales con tijeras a otro sujeto al que habían secuestrado, los testimonios fueron obtenidos bajo presión y no existe una sola prueba incriminatoria en su contra.

Otro aspecto controversial del caso es que las autoridades incendiaron la choza en donde se cometían los sacrificios humanos porque los lugareños le tenían miedo, y según un hechicero que trabajaba para la policía aquello debilitaría los poderes de Constanzo y podría ser atrapado. De haber existido alguna pista de la presencia de Sara en aquel sitio, hubiese sido clave para la investigación.

De hecho, la misma Sara ha insinuado que los cuerpos encontrados en el rancho Santa Elena pudieron haber sido víctimas de miembros de la policía judicial federal que buscaron inculpar a Constanzo y los hermanos Hernández.

Programas como *La historia detrás del mito. Sara Aldrete y los Narcosatánicos* o *La Narcosatánica*, emitido en 2023 por HBO, han expuesto las irregularidades del caso y la investigación llevada a cabo por las autoridades.

Por otra parte, suponer que Sara no estaba al tanto de las actividades criminales de la secta, considerando que al mismo tiempo era la segunda al mando, resulta complejo. Fue ella la que presentó a Constanzo a Elio Hernández, un reconocido

narcotraficante de la zona; sin embargo, aseguró que pensaba que solo era un agricultor, algo poco creíble considerando las cantidades de dinero que manejaba. Cuando estuvo supuestamente secuestrada por Constanzo tuvo varias oportunidades para darse a la fuga, pero no lo hizo sino hasta el último momento. El hallazgo de ropa de niño ensangrentada en su departamento también despierta varias dudas con respecto a su inocencia.

Federico Ponce Rojas, delegado de la PGR, ha negado todas las acusaciones de torturas y vejaciones que Sara ha denunciado ante los medios. Él mismo estuvo presente cuando fue llevada hasta la morgue para reconocer el cadáver de Constanzo y aseguró que en ningún momento la obligaron a tocarlo. De hecho, la única anécdota que recordaba de aquel incidente era que los ojos de Constanzo tenían un brillo extraño y que en cierto momento sintió miedo.

George Gavito, el sheriffdel condado de Cameron, también ha sido entrevistado en varios programas con relación al caso, pero resultó ser un sujeto mucho más pragmático y directo. Tras ver las fotografías de la escena de la muerte de Constanzo y Martín Quintana y revisar sus cadáveres en la morgue, no tuvo ninguna duda de que fueron ejecutados por las fuerzas policiales. Bajo su punto de vista, muchos agentes mexicanos realmente creían en los poderes de Constanzo y le temían, y al mismo tiempo otros se sabían involucrados en sus actividades delictuales, por lo que dejarlo vivo era un riesgo demasiado grande.

Aseguró que Sara Aldrete debía estar al tanto de las actividades criminales de Constanzo y que, sinceramente, no le importaba si participó o no en los sacrificios humanos del rancho Santa Elena. Después de todo, las autoridades mexicanas eran las que se habían

hecho cargo del caso y las respectivas sentencias. De hecho, afirmó que, si hubiesen sido extraditados y juzgados en Texas, todos habrían sido condenados a la pena de muerte, sin derecho a apelación. Finalmente, se sentía conforme sabiendo que Constanzo estaba muerto y sus seguidores en prisión.

Adolfo de Jesús Constanzo era un psicópata cruel, manipulador, impredecible y ambicioso, capaz de todo con tal de obtener dinero y poder. Tanto su familia como su entorno lo adularon desde pequeño por su apariencia, sus dotes de médium y sus conocimientos sobre brujería, lo que posiblemente enalteció la percepción que tenía de sí mismo.

Consiguió involucrar, de una u otra forma, a cientos de personas en sus actividades ilícitas gracias a su atractiva personalidad, influencias y supuestos poderes mágicos.

Los espeluznantes sacrificios humanos que orquestó junto a sus seguidores obedecían a una necesidad de elevar el impacto de las ceremonias que celebraba ante sus clientes y también para intimidarlos.

Por su parte, Sara Aldrete sigue afirmando que es inocente de los crímenes que se le acusan. Dice que jamás estuvo presente durante el sacrificio de animales o seres humanos y que solo fue responsable de haber ayudado a Constanzo a saquear cementerios en busca de tierra y huesos para sus rituales.

Independientemente de si dice o no la verdad, parece ser una mujer narcisista, altamente sugestionable y con un gran deseo de reconocimiento. En varias ocasiones ha manifestado ser alguien especial y poseer habilidades extrasensoriales. Cuando Constanzo la

convirtió en su aprendiz y en sacerdotisa, se sintió partícipe de algo importante y le sedujo el poder que le otorgaba su posición.

Sara concedió su última entrevista hasta la fecha a la activista Saskia Niño de Rivera en su programa *Penitencia*. Allí relata parte de su vida y los difíciles momentos que ha tenido que atravesar, pues asegura que los medios de comunicación la han satanizado. Todas las torturas sufridas tras ser arrestada están en el expediente judicial, pero las autoridades mexicanas jamás tomaron cartas en el asunto. Sigue a la espera de que su caso sea revisado y tiene la esperanza de recobrar su libertad, tras haber cumplido treinta y cinco años en prisión.

ANDRÉI CHIKATILO

EL CARNICERO DE ROSTOV

Rusia

Entre 1978 y 1990, la población de la ex Unión Soviética estuvo aterrada por un supuesto maníaco que torturaba y asesinaba niñas, niños y adolescentes de formas horrendas. Los cadáveres aparecían apuñalados y destripados, en especial en los bosques ubicados en las cercanías de las líneas ferroviarias. También en otros lugares, como el parque de los aviadores, en Rostov del Don, y terrenos baldíos. En esa época no se hablaba de otra cosa que no fuera del asesino que llevaba años asolando la zona. El rastro sangriento podía seguirse desde los Urales y los alrededores de Moscú a San Petersburgo, Tashkent, Krasnodar y Zaporozhie.

Por medio del boca a boca, se describían detalles espantosos sobre los crímenes a pesar de que no había pistas sobre quién podía ser el responsable. Poco y nada se podía hacer si las mismas autoridades se desentendían del tema.

Los medios de comunicación tampoco informaban nada al respecto y se limitaban a repetir una y otra vez los discursos de sus líderes y dar largos informes sobre los supuestos avances y logros de un sistema político que estaba en plena decadencia.

Pero lo cierto es que las autoridades de la ex Unión Soviética sí estaban al tanto de lo que estaba ocurriendo. Iban tras la pista de un terrible asesino en serie, aunque tardaron años en reconocerlo. De acuerdo con su lógica, aquello solo ocurría en países capitalistas, como Estados Unidos. No podían estar más equivocados.

La policía soviética se vio obligada a llevar a cabo la mayor cacería humana de su historia, la cual estuvo plagada de errores garrafales. Los pobres recursos con los que contaban para la investigación, sumados al hecho de que los altos mandos se negaban a reconocer que un asesino de estas características estaba suelto en las calles, contribuyeron a que estuviera libre por más de doce años, sin que nadie hiciera nada para detenerlo.

A principios de los años veinte, Yablochnoye era una pequeña aldea rusa no muy distinta de las otras ubicadas en el extremo sur del territorio. Con un clima templado y una tierra fértil, era un lugar soñado para cualquier campesino. Muchos de ellos se habían asentado en el lugar y construido modestas viviendas, ilusionados con llevar una vida próspera.

Sin embargo, para 1930 la situación cambió de forma radical. El gobierno comenzó a exigirles gran parte de su producción agraria para alimentar a las poblaciones de Moscú, San Petersburgo y las otras grandes ciudades de Rusia Central, y los graneros de Yablochnoye y sus alrededores pronto quedaron vacíos, al igual que los mataderos.

Entre 1932 y 1933, el país sufrió una de las más devastadoras hambrunas de su historia, conocida como el Holodomor. Se estima que entre tres y medio y cinco millones de personas murieron de hambre, aunque los motivos siguen siendo discutidos. Si bien

algunos historiadores creen que se trató de una tragedia por la implementación de políticas fallidas y negligentes en el contexto de la colectivización, otros acusan directamente a las autoridades soviéticas de orquestar un genocidio intencionado.

El gran responsable del Holodomor fue el líder de la Unión Soviética Iósif Stalin, quien no solo deseaba eliminar la propiedad privada en el campo y agrupar a los campesinos en granjas estatales, sino terminar con los kulaks (terratenientes rusos) y aplastar el nacionalismo ucraniano.

Mientras millones morían de hambre, otros intentaban sobrevivir por todos los medios. Fue ahí cuando comenzaron a registrarse los primeros casos de canibalismo entre la población. Incluso, en algunas ferias libres se ofrecían trozos de soldados caídos en batalla o cadáveres de niños quemados por la nieve. Existen miles de archivos soviéticos desclasificados donde se confirma el arresto de personas por actos de canibalismo en este período. Algunos de ellos fueron recopilados por el historiador británico Robert Conquest en su obra *El gran terror: la purga de Stalin en los años treinta*. En este contexto, el 16 de octubre de 1936, nació Andréi Romanovich Chikatilo.

La familia de Andréi era humilde. Su padre, Roman Chikatilo, era un campesino sin tierras, pero también un hombre inteligente que supo sacarle partido a la nueva situación y consiguió trabajo como labrador en una de las granjas colectivas. Poco a poco, la situación parecía ir estabilizándose, aunque aún estaban muy lejos de alcanzar la prosperidad de décadas anteriores. En 1939, sin embargo, Hitler y sus tropas avanzaban hacia el este, sembrando muerte y destrucción. Stalin consiguió firmar un pacto de no

agresión con la Alemania nazi, aunque sabía que esto solo serviría para ganar algo de tiempo.

Dos años más tarde, en 1941, los tanques de Hitler violaron las fronteras soviéticas, dando por terminada la tregua. Roman Chikatilo, al igual que millones de hombres y mujeres de su época, fue reclutado por el Ejército Rojo y enviado al frente, pero a poco de iniciadas las acciones fue tomado prisionero y enviado a un campo de concentración.

El hambre y la miseria, sumadas a las acciones bélicas, convirtieron a varios poblados en verdaderos campos de batalla. Algunos luchaban por ideales políticos. Otros, por comida. El pequeño Andréi vio gente muerta y destrozada por las calles. Y cuando solo tenía cinco años, su madre le contó una aterradora historia que lo marcaría de por vida.

Entre 1933 y 1934, su hermano mayor Stepan, habría sido raptado y devorado por vecinos hambrientos. A pesar de que este hecho jamás ha podido ser corroborado, es cierto que varias personas desaparecían de forma misteriosa en las zonas rurales, sin dejar ninguna rastro.

La familia Chikatilo vivió momentos muy duros. Andréi, su pequeña hermana y su madre esperaban que Roman volviera con vida, sin embargo, se rumoreaba que aquellos campos de concentración nazis no eran más que lugares de exterminio masivo y que las posibilidades de que se encontrara con vida eran muy bajas.

Por suerte, en 1946, tras la rendición de la Alemania nazi ante los aliados, Roman Chikatilo fue liberado por el ejército estadounidense y pudo volver a la aldea de Yablochnoye junto a su familia. Pero lejos de convertirse en un héroe de guerra, todos aquellos que

estuvieron detenidos en campos de concentración nazis o que tuvieron contacto con los estadounidenses pasaron a convertirse en potenciales enemigos de Rusia para Stalin. Y aunque Roman consiguió evitar ser puesto tras las rejas, como muchos otros que fueron encarcelados por el simple hecho de volver vivos de la guerra, se consideró que traía vergüenza para su familia.

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, un nuevo período de hambruna cayó sobre la Unión Soviética. Andréi y su hermana tenían los abdómenes hinchados y llegaron a comer hierbas y hojas cuando se sentían demasiado fatigados. Chikatilo reconocería, años más tarde, que probó el pan por primera vez recién a los doce años.

El reclutamiento orientado a la doctrina del comunismo partía desde las escuelas. Así que, como todo niño de su generación, Andréi Chikatilo debía educarse. Los profesores lo recordaban como un chico inteligente y aplicado, capaz de memorizar largos textos de los libros que leía sin mayor problema. Pero también era cierto que se trataba de un joven taciturno, silencioso y solitario, que no tenía ningún amigo. Sentía vergüenza por todo, incluso si necesitaba pedir permiso para ir al baño. Su voz era casi inaudible, se comunicaba murmurando. Aquella timidez extrema pronto le trajo problemas, pues muchos de sus compañeros comenzaron a molestarlo. Por ser muy delgado, lo apodaron el Esqueleto.

Chikatilo demostró ciertos rasgos de personalidad paranoica a corta edad. Vivía con un constante grado de tensión y ansiedad, debido a que pensaba que todos sus compañeros se burlaban de él. También temía que alguien se enterara de algunos de sus secretos, como el hecho de que a la edad de doce años aún se orinaba en la cama, o que cuando se sentaba en la sala de clases no veía nada del

pizarrón, pues sufría de una miopía severa. Sus constantes dolores de cabeza podían deberse al hecho de que forzaba demasiado la vista para leer o bien por su pésima alimentación. Jamás consideró contar este problema a sus padres o profesores, pues pensaba que, si lo trataban y le recomendaban usar anteojos, lo apodarían Cuatro ojos. Además, las condiciones económicas eran tan malas que es probable que su familia no hubiese podido costear un par de gafas. Por insólito que parezca, Andréi Chikatilo comenzaría a usarlas recién a los treinta años.

Los años pasaron, y aunque el joven Chikatilo seguía mostrándose como alguien reservado y desconfiado, sufrió un gran cambio físico que comenzó a llamar la atención de sus compañeras de escuela. Se había convertido en un chico alto, apuesto y fuerte. Tanto, que ganaba todas las competiciones que ameritaran fortaleza y destreza física, por lo que fue apodado Andréi Sila, que significa Andréi, el fuerte. A pesar de todo, continuaba siendo alguien inseguro, incapaz de generar amistades y mucho menos de acercarse a las mujeres. De hecho, ese sería uno de sus mayores complejos. Si con sus compañeros varones era incapaz de hilar palabras, con las chicas simplemente se paralizaba. Las muchachas que intentaron relacionarse en vano con él terminaron frustradas y desilusionadas ante la torpeza de Chikatilo y desistieron de sus esfuerzos.

Se sentía decepcionado de sí mismo, pero en vez de enfrentar sus miedos decidió enfocarse de manera obsesiva en los estudios. Leía de forma compulsiva a autores como Chejov, Dostoyevski y otros clásicos de la literatura rusa. Al mismo tiempo, se estaba convirtiendo en el tipo de ciudadano modelo que Satlin aprobaba. Tragaba casi sin digerir cualquier tipo de propaganda política

asociada al comunismo, algo que llamó la atención de sus maestros. Se aprendió de memoria todos los nombres de los líderes del Partido Comunista y se le veía siempre con textos de Marx, Engels y Lenin bajo el brazo.

Y a pesar de que a los dieciséis años se sintió recompensado por su fervor ideológico cuando fue seleccionado como director del diario mural de su escuela —algo equivalente a ser director de la revista escolar—, además del importante cargo de activista para la información política, lo cierto es que cada vez se alejaba más de su entorno. Mientras él pasaba largas horas leyendo e interpretando mensajes proselitistas a favor del comunismo, sus compañeros de clase se dedicaban a salir y compartir con chicas de su edad.

Poco antes de cumplir dieciocho años, tuvo su primer encuentro amoroso con una amiga de su hermana. Esta había ido a visitarla, pero la hermana de Andréi no estaba en casa. Se encontraron en el patio a solas, y en un repentino impulso se abalanzó sobre ella y se quedaron tendidos sobre el pasto. La muchacha no forcejeó ni se quejó, pues desde hacía un tiempo que se había enamorado de él. Se quedaron mirando unos minutos, pero no mantuvieron relaciones sexuales. De pronto, Chikatilo se puso de pie y le pidió disculpas. Luego entró a su casa. Se sentía avergonzado y decepcionado de lo que había hecho. Había eyaculado sin siquiera tener una erección.

Chikatilo decidió autoimponerse un voto de castidad. Al mismo tiempo, dio lo mejor de sí mismo para ingresar a la prestigiosa Universidad de Moscú, con el fin de estudiar derecho. Era inteligente y ambicioso, y sus maestros le auguraban un gran futuro. Cuando llegó el momento de rendir el examen de ingreso, Chikatilo tomó un tren y viajó al norte.

Estuvo un par de días en Moscú, ciudad que solo había visto en fotografías. Su familia no había podido costear todo el viaje, así que tuvo que dormir en una estación ferroviaria. Aun así, estaba ilusionado con ingresar a la universidad y cumplir su sueño. Pero aquello no ocurriría. Poco después de volver a Yablochnoye, recibió un comunicado que le informaba que había sido reprobado.

Chikatilo quedó consternado. Todas esas largas noches de estudio habían sido en vano. Lo extraño es que estaba seguro de que había rendido un examen brillante, y por su cabeza comenzó a rondar la idea de que había sido rechazado por culpa de su padre. El hecho de que fuese un excombatiente que estuvo en un campo de concentración nazi, y que además fue devuelto a casa gracias a la intervención del Ejército de Estados Unidos, lo transformaba en un potencial enemigo del pueblo.

Para Chikatilo, esa mancha en su historial bastó para quedar descartado de la selección de alumnos que ingresarían a la universidad. Y aunque es probable que, en efecto, rindiera un examen regular en vista de que el viaje había sido agotador, pasó hambre y tuvo que dormir una noche en un andén de ferrocarriles, tampoco era menos cierto que el gobierno hacía seguimiento a hombres como su padre. No era descabellado pensar que había sido rechazado porque su apellido aparecía en ciertos registros de ciudadanos vetados.

Después de este desaire, decidió estudiar la carrera de Técnico de Ingeniería de Comunicaciones, algo de menor valoración social. Se sentía en extremo frustrado al comprender que sus sueños de convertirse en abogado se habían esfumado.

A los diecinueve años, y rompiendo su voto de castidad, mantuvo un breve amorío con una chica. Terminó cuando, tras dos intentos por mantener relaciones sexuales, fue incapaz de tener una erección.

Tanto su rechazo en la universidad como su paupérrimo rendimiento sexual lo tenían todavía más acomplejado. Sentía pánico de que se supiera que era impotente y se aislaba. Estaba tan angustiado que consideró suicidarse en varias ocasiones, pensamientos que lo acompañarían el resto de su vida.

En un intento desesperado por mantenerse al margen de sus problemas, tras terminar la carrera de Técnico de Ingeniería de Comunicaciones, inició un nuevo curso por correspondencia, esta vez del Instituto Electrotécnico de Moscú.

En 1957 fue llamado a cumplir con el servicio militar obligatorio. Serían tres años duros. Chikatilo seguía paranoico, sospechando que todos se reían de él. En una de sus salidas de franco, observaba cómo todos sus compañeros disfrutaban de la compañía de varias chicas que, impresionadas por el uniforme, corrían a conversar con los reclutas. Una de ellas se fijó en él y se sentó a su lado en una banca. Chikatilo no podía siquiera mirarla y en cierto momento la muchacha lo abrazó. Tras titubear unos instantes, él correspondió el abrazo, pero con tanta fuerza que la chica comenzó a pedirle que la soltara. En vista de que no lo hacía, forcejearon hasta que la liberó y la joven se alejó de él, asustada. Había experimentado un orgasmo al luchar con la chica. Este sería el primer eslabón peligroso en el subconsciente de Chikatilo, que vinculaba la excitación sexual con la violencia física.

Ya con veinticuatro años, Andréi Chikatilo se puso a trabajar como técnico ingeniero de teléfonos y se mudó de Yablochnoye a un pequeño departamento, a unos treinta kilómetros de Rostov. En él contaba con lujos como luz eléctrica, agua potable y un baño en suite, algo impensable en las granjas de la aldea en la que creció. Meses después pudo llevar a su familia. Al poco tiempo, sus padres compraron una casa y su hermana contrajo matrimonio con un joven de la ciudad.

A pesar de que Chikatilo parecía ir encausando su vida, sus necesidades sexuales iban en aumento. Conocía mujeres a diario y muchas se fijaban en él, pero este era incapaz de saludarlas. Comenzó a masturbarse de forma compulsiva, aunque trataba de convencerse de que aquello estaba mal. Lo hacía varias veces al día, incluso en el trabajo.

Al cumplir veintisiete años, varios comentarios rondaban en torno a Chikatilo. Se rumoreaba que podía ser homosexual, pues no se le conocía ninguna novia a pesar de ser un joven atractivo. Aquellas habladurías eran algo grave en la Unión Soviética. Podían significar incluso el presidio.

Tatiana, su hermana, decidió presentarle a Fayina, una amiga, con la esperanza de que se emparejaran. La joven quedó sorprendida al ver a Chikatilo. Era un hombre apuesto, educado, no fumaba y tampoco bebía, algo poco común en los hombres soviéticos de esa época. A pesar de que se mostró tan torpe como con todas las mujeres que conoció antes, Fayina consiguió que Chikatilo la invitara a salir. Poco tiempo después, en 1963, contrajeron matrimonio.

Pero el misterio en torno a aquel correcto joven, que ni siquiera había insistido en tener sexo antes de casarse —como podría

suponerse—, se desveló pronto. Fayina descubrió que Andréi era impotente y un eyaculador precoz. Los vanos intentos por mantener una vida sexual normal fueron un fracaso. Pese a esto, Fayina quedó embarazada en dos ocasiones, por medio de enormes esfuerzos por parte de su marido, quien debía ayudarse con los dedos. Así, la relación entre ambos comenzó a enfriarse rápidamente sobre todo cuando Chikatilo descubrió, años más tarde, que Fayina se había embarazado por tercera vez, pero se había realizado un aborto.

Se podría decir que Chikatilo adoraba a sus hijos. Lyudmila y Yuri recordarían, años más tarde, que jamás les puso un dedo encima. Sin embargo, Fayina sufría en silencio por la frialdad de su marido, mientras que este comenzó a elaborar sus propias fantasías sexuales. Primero fueron inocentes, aunque pronto comenzaron a escalar de forma peligrosa.

Quería sentirse como un hombre fuerte. Someter físicamente a una mujer. En su cabeza, aún rondaba el forcejeo que había tenido con la chica mientras cumplía con su servicio militar y el placer que había sentido al sostenerla, sin que esta fuese capaz de liberarse de sus poderosos brazos.

En 1971, Chikatilo se graduó en Filología y Literatura Rusa. Había continuado estudiando y todo ello parecía dar frutos. Se mudó a un nuevo departamento con su familia y Fayina estaba orgullosa de sus logros. Como ya estaba calificado para un trabajo mejor, encontró empleo como maestro de ruso en la localidad de Novoshakhtinsk. Se preparó durante días para desempeñar su nuevo rol. Pasó noches estudiando, con la ilusión de pararse frente a un grupo de estudiantes y entregar sus conocimientos de la mejor forma posible.

La idea le entusiasmaba... pero las cosas no tardaron en salir terriblemente mal.

Chikatilo no tenía condiciones para la enseñanza. Si bien era un hombre educado e inteligente, su extrema timidez lo hacía poco apto para estar frente a un aula. No sabía cómo reaccionar ante adolescentes que no paraban de gritar y levantarse de sus puestos, ignorándolo por completo. Fumaban en la sala de clases, e incluso le pusieron apodos como el Ganso, debido a su postura algo encorvada y su largo cuello.

Tampoco generaba una buena opinión entre sus colegas, los cuales lo veían como un sujeto inepto y poco gentil. Y es que Chikatilo parecía alguien por completo inexpresivo, aunque por dentro se encontraba desesperado.

No pasó demasiado tiempo antes de que perdiera todo interés por ejercer la educación. Acudía a las clases como un autómata, solo por cumplir con su contrato de trabajo, e intentaba interactuar lo menos posible con los alumnos. Al mismo tiempo, sus fantasías sexuales lo impulsaron a acercarse de forma gradual a las adolescentes que mostraban un comportamiento más tranquilo. A veces, solo se sentaba con ellas para explicarles alguna duda con respecto a la materia. En otras, rozaba sus piernas con las manos de forma supuestamente casual. Cuando algunas de las chicas que residían y dormían en el colegio lo vieron colándose por las noches en sus habitaciones, masturbándose con la mano dentro del pantalón, los rumores comenzaron a difundirse.

Y aunque esto se sumó a varios episodios realmente graves, como cuando tocó las partes íntimas de una alumna o cuando encerró a otra y la golpeó con una regla hasta que eyaculó en sus pantalones,

supuestamente por un castigo debido a su mal comportamiento en clases, el colegio no tomó ninguna medida al respecto.

Recién en 1974, y tras varias discusiones en el directorio, decidieron llamar a Chikatilo y le pidieron la renuncia del establecimiento. Aun así, sus papeles no quedaron manchados. Tal vez el director quería evitar problemas con las autoridades soviéticas y por eso no hicieron ninguna acusación formal.

Chikatilo volvería a encontrar trabajo en otras dos escuelas sin mayor inconveniente, en donde volvió a mostrar su comportamiento desviado. Y a pesar que solía acosar a chicas que rondaban los quince años, esta vez fijó su mira en niñas aún más pequeñas, pues quería evitar ser delatado. Sabía que podía manipularlas de forma más sencilla y asegurar así su silencio. De todas formas, sería despedido de ambos empleos porque se comportaba de forma desagradable con sus colegas y a ellos les resultaba antipático.

Cuando se mudó con su familia a Shakhti en 1978 y otra vez se empleó como maestro, los impulsos sexuales de Chikatilo estaban desbordados. Muchos de sus abusos pasaron desapercibidos, pero uno en particular trascendió.

Una noche ingresó en las habitaciones de unos alumnos que pernoctaban en el colegio y se acercó a un muchacho de quince años que dormía plácidamente. Cuando el chico despertó, descubrió a Chikatilo succionándole el pene, tras lo cual salió corriendo del lugar.

Los rumores se esparcieron rápido, pero una vez más la dirección del establecimiento parecía hacer oídos sordos ante tamaña acusación. La reputación de Chikatilo ya era mala, y con este

episodio decayó aún más. Comprendió que debía ser más cuidadoso. Y es precisamente en este punto donde comenzó todo.

Chikatilo compró una pequeña vivienda semiderruida en una callejuela de Mezhevoi. Su idea inicial era la de llevar a chicas jóvenes para abusar sexualmente de ellas, ya fueran prostitutas o pequeñas vagabundas en busca de comida. Pero el 22 de diciembre de 1978, Chikatilo se topó con Lena Zakotnova, una niña de nueve años que caminaba sola por la calle. A diferencia de la timidez que lo caracterizaba en la vida cotidiana, con los niños más pequeños Chikatilo podía mostrarse cercano, amable y convincente. Conversó con la niña varios minutos y luego ella le dijo que necesitaba ir al baño. Como aún faltaba un tramo para llegar a su hogar, Chikatilo le ofreció que pasara a su casa, en Mezhevoi, para salir de la urgencia. Una vez que entraron a la oscura pieza de un solo cuarto, el hombre se abalanzó sobre ella e intentó violarla. Sacó una navaja que llevaba en su bolsillo y trató de realizar un pequeño corte en el vientre y fue entonces que descubrió que apuñalar lo excitaba todavía más.

Perdió el control y comenzó a asestarle puñaladas en repetidas ocasiones. Al final, la estranguló y concretó su primer asesinato. El vínculo entre la tortura, la sangre, la muerte y el placer se había cerrado.

Tras cometer el crimen, Chikatilo estaba horrorizado. Más que el hecho en sí, le atemorizaba que alguien hubiese escuchado los gritos de la niña. Cuando se dio cuenta de que nadie se asomaba por las calles y que todo parecía silencioso, tomó el cuerpo de Zakotnova y lo lanzó a un río cercano. Luego huyó.

Dos días más tarde, el cadáver de la chica fue encontrado por la policía. Su familia la había estado buscando de manera desesperada. El crimen había consternado a la localidad, por lo que las autoridades tomaron cartas en el asunto. Justo frente a la pequeña casa número 26 del callejón de Mezhevoi, encontraron una mancha de sangre sobre la nieve. Esta pista, sumada a la declaración de una vecina que decía haber visto la luz de la vivienda encendida toda la noche el día de la desaparición de Zakotnova, bastaron para que la policía buscara a su dueño: Andréi Chikatilo.

Aquella noche, Chikatilo cometió dos errores. El primero, dejar el cuerpo de la niña en el piso para cerrar el portón de la casa, antes de lanzarla al río. Como estaba oscuro, no se percató del reguero de sangre que dejó el cadáver sobre la nieve. El segundo: dejó la luz de la casa encendida. La inexperiencia y los nervios lo habían traicionado. Sin embargo, ante la policía se mostró firme y pudo salir airoso de ocho interrogatorios. Chikatilo sabía que se trataban de pruebas circunstanciales, aunque estaba preocupado.

De pronto, los antecedentes de Aleksandr Kravchenko, un joven de veinticinco años que vivía en el mismo callejón, salieron a la luz. Había sido condenado por violación y asesinato cuando aún era menor de edad, y se había salvado de ser ejecutado. Fue condenado a diez años de prisión y salió después de seis por buena conducta. Vivía justo frente al río en donde se había lanzado el cuerpo de Zakotnova y de la noche a la mañana se convirtió en el sospechoso número uno.

Kravchenko fue detenido y torturado por la policía para que confesara, y así lo hizo. A pesar de que se retractó de su confesión inicial y que el caso se sometió a revisión varias veces, fue

encontrado culpable del asesinato de Zakotnova y condenado a muerte. Fue fusilado el 23 de marzo de 1983.

Chikatilo había perpetrado su primer asesinato a la edad de cuarenta y dos años, algo inusual, porque los asesinos en serie por lo general cometen su primer ataque antes de los treinta. Había cometido errores y estuvo a punto de ser detenido por el crimen. Aquello no volvería a ocurrir.

Para 1981, la reputación de Chikatilo como profesor de escuela era pésima. Sus alumnos se burlaban de él, sus colegas no le dirigían la palabra y los rumores sobre su conducta inadecuada obligaron al director del establecimiento a pedirle la renuncia. Y aunque pudo volver a las aulas como maestro, no lo hizo. Para marzo de ese mismo año ya había conseguido otro trabajo, esta vez como encargado de la sección de abastecimientos industriales de Shakhti. Era un empleo muy por debajo de sus capacidades, pero descubrió en él la oportunidad perfecta para cometer sus futuros crímenes.

Como parte de sus obligaciones debía viajar en bus o ferrocarril hacia otros poblados para realizar encargos. A veces se ausentaba de casa durante varios días y disponía de tiempo libre para deambular por los andenes ferroviarios, a la espera del próximo tren. Estos lugares, además de estar atestados de viajeros, eran el lugar predilecto de niños y adolescentes sin hogar, que se protegían del frío o mendigaban dinero.

Después de tres años, Chikatilo aún no olvidaba el placer que le produjo asesinar a la pequeña Lena Zakotnova. El hecho de haber sido interrogado en tantas ocasiones lo había intimidado, pero no se enteraría de que Kravchenko fue culpado del crimen y ejecutado sino hasta 1991.

En cierto momento, Chikatilo no pudo reprimirse más. Comenzó a cargar un gran bolso de cuero negro en donde llevaba una soga, varios cuchillos afilados y un frasco de vaselina. Estaba decidido a matar en cualquier momento y las víctimas más idóneas parecían ser todas esas chicas y chicos que rondaban por los andenes del tren.

Chikatilo conversaba con ellas y les ofrecía comida, dulces o dinero para que lo acompañaran a los bosques que circundaban las líneas ferroviarias en donde él decía tener una cabaña. Pero una vez que se adentraban entre los matorrales, los atacaba y asesinaba de formas espantosas. Sus víctimas eran principalmente niñas, aunque también adolescentes y niños. Un extraño cambio de perfil.

Muchas veces se ha querido retratar a Chikatilo como un anciano torpe, pero lo cierto es que era descomunalmente fuerte y ágil. Se lanzaba encima de sus víctimas, les daba puñetazos en el rostro y las maniataba, y luego les introducía tierra, pasto o barro por la boca para que no gritaran. También podía abrirles la boca y arrancarles la lengua con los dientes. Después, las apuñalaba en distintos órganos, e incluso en la cabeza, aunque de manera gradual fue cambiando sus blancos, procurando extender el suplicio al no herirlas en zonas vitales. Otra característica de los crímenes de Chikatilo era que taladraba con cuchillos los ojos de las víctimas, inspirado por un viejo cuento ruso que dice que las retinas de los muertos retienen la última imagen que ven, en este caso, el rostro de su asesino.

Mientras forcejeaba y apuñalaba a sus víctimas llegaba al orgasmo, e incluso después de asesinarlas se masturbaba sobre los cadáveres

En algunos casos, también cortó las narices y los labios superiores de los rostros, y llegó a decapitar a un par. Pero lo que nunca

cambiaba era la gran cantidad de puñaladas que asestaba, por lo general entre treinta y cincuenta. El destripamiento era otra constante en los crímenes de Chikatilo, además de la amputación de los órganos sexuales. Podía arrancar con los dientes o con un cuchillo el pene y los testículos de sus víctimas varones. Luego se los tragaba. A las niñas las abría en canal, les extraía el útero y se los devoraba.

Años más tarde, durante el juicio, aseguró que nunca comió partes de los cuerpos, sino que se los metía a la boca, los masticaba y luego los escupía. Sin embargo, los pezones, penes, testículos y úteros extirpados nunca fueron encontrados en las escenas de los crímenes. Ante las insistentes preguntas de los investigadores, Chikatilo solo se encogía de hombros.

En varios de sus primeros asesinatos llegó a untarse la sangre de la víctima en el rostro, mientras aullaba y brincaba desnudo a su alrededor. El frenesí sexual que parecía experimentar era extremo.

Después de asesinar, se aseaba y escondía los cuerpos con ramas o un poco de tierra. Destruía las ropas ensangrentadas y las lanzaba por los alrededores. Luego, volvía como si nada a la estación más cercana y se marchaba en el siguiente tren, sin levantar sospechas. Cuando los cadáveres eran encontrados, días más tarde, Chikatilo ya estaba a cientos de kilómetros de distancia.

En casa de la familia Chikatilo las cosas iban como de costumbre. Fayina se sentía atrapada en el matrimonio. Su marido no demostraba el más mínimo interés en intimar. Él seguía viajando por trabajo, y aunque a veces los trayectos eran cortos y se encontraba a solo una hora de su casa, de todas formas se quedaba fuera. Dormía en bancos cercanos a paradas de autobús y vías de

ferrocarril, que eran la cota de caza del asesino. Allí, deambulaba durante horas hasta conseguir una nueva víctima. Nunca utilizaba la fuerza en primera instancia. Siempre era amable y las engañaba para que lo siguieran a lugares apartados. Si alguna se mostraba reacia a su invitación, se alejaba de inmediato.

En 1982, los crímenes cometidos por Chikatilo ya tenían a la policía en estado de alerta. Se dio por iniciada la Operación Lesopolosa, que en español significa «Sendero o cinturón del bosque», y que tenía como objetivo atrapar a el o los asesinos. Sin embargo, los registros contaban con un total de veintiséis mil quinientos sospechosos y ninguna pista sólida.

Otras autoridades también estaban al tanto de la seguidilla de asesinatos que se venían registrando en la zona. Aquello representaba algo vergonzoso para el régimen soviético y se guardó silencio durante años. Algunos psicólogos aseguraban que se trataba de dos criminales, uno de los cuales asesinaba a las niñas y el otro a los niños. De hecho, varios enfermos mentales se habían fugado de un manicomio hacía unos años y se sospechaba que ellos podían ser los responsables. Tampoco existía un comunicado oficial sobre lo que estaba ocurriendo, pues los medios de comunicación eran controlados de manera estricta por el Partido Comunista, y solo podían ofrecer las noticias que a ellos les interesaba difundir. Así, la población estaba a merced de un temible asesino sin siquiera saberlo.

En 1983, Viktor Burakov, un experimentado director del departamento de crímenes sexuales fue puesto a cargo de la investigación y no tardó en notar las similitudes en los distintos asesinatos. Se mandaron a analizar las muestras de semen

encontradas en los cuerpos y todas resultaron ser del grupo AB, lo que concordaba con las sospechas de Burakov. Estaban tras la pista de un solo hombre.

Burakov decidió pedir ayuda al psiquiatra Alexander Bukhanovsky, con la finalidad de crear un perfil del asesino. Bukhanovsky se negó en un principio por dos motivos. El primero: él se especializaba en temáticas relacionadas con la sexualidad y no con el ámbito forense. El segundo: el caso que Burakov le puso sobre la mesa era muy delicado. Si su perfil resultaba erróneo, no solo perjudicaría la investigación de la policía, sino que incluso podía arruinar su carrera y perder toda credibilidad. Sin embargo, al ver las fotografías de los cadáveres que Burakov le enseñó, aceptó el reto. Él mismo tenía una hija de quince años. Ese sujeto no podía seguir en libertad.

Bukhanovsky contradijo a casi todos los demás especialistas con su perfil del asesino. Al igual que Burakov, aseguró que se trataba de un solo hombre, aunque no creía que fuese homosexual —como algunos de sus colegas intuían—, sino un hombre que incluso podía estar casado y tener hijos. Debía tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años, y una infancia tortuosa. También especuló que debía lucir como alguien normal, tener estudios y un trabajo que le permitía viajar por diversas regiones de la URSS. Posiblemente tenía problemas para relacionarse con las mujeres y era casi seguro que sufría impotencia. Onanismo, sadismo, pedofilia, necrofilia, canibalismo... El informe era certero, como se comprobaría años más tarde.

Burakov intuyó que muchas de las víctimas podían haber sido abordadas en las distintas estaciones de buses y ferrocarriles de Rostov, pues varios de los cuerpos habían sido hallados en los

alrededores, así que destinó a cientos de hombres a vigilar estas zonas. Mientras se encontraban en una de las áreas designadas, el 13 de septiembre de 1984, un policía reconoció a Andréi Chikatilo entre la muchedumbre de un andén de trenes. Lo había detenido dos semanas antes, cuando lo había observado merodeando una estación de buses en actitud sospechosa.

Esta vez lo siguió durante más de nueve horas, mientras que Chikatilo intentó entablar conversación con docenas de personas, sobre todo menores de edad. Su conducta resultó ser tan extraña, que el agente lo detuvo. Chikatilo también lo reconoció, y aunque se puso algo nervioso en un comienzo, poco a poco recobró la calma y le enseñó sus documentos. Cuando el policía revisó su maletín, descubrió que en el interior se encontraban una soga, un cuchillo y un frasco de vaselina. Chikatilo fue llevado de inmediato a la comisaría.

Después de varias horas de interrogatorio, el hombre repitió una y otra vez la misma historia. Decía que buscaba conversar con extraños, solo porque se aburría debido a las largas esperas en los andenes. También aseguraba que el cuchillo y la soga que llevaba en su bolso eran para envolver distintos paquetes que debía transportar de una fábrica a otra, algo que hasta cierto punto era cierto.

Los investigadores no estaban satisfechos, sobre todo después de revisar su ficha policial. Descubrieron que en 1978, Andréi Chikatilo había sido sospechoso del crimen de la pequeña Lena Zakotnova, además de que coincidía con las descripciones del supuesto asesino. Algunos testigos aseguraron haber visto por última vez a algunas de las víctimas acompañadas por un sujeto alto, delgado y de mediana

edad, que además cargaba un bolso de cuero negro. Como si fuese poco, el perfil creado por Bukhanovsky se ajustaba al de Chikatilo.

La policía estaba segura de que tenía a su hombre y le hicieron un examen de sangre. Si su grupo sanguíneo era AB, al igual que las muestras de semen encontradas en los cadáveres, podrían elaborar una acusación relativamente sólida. Sin embargo, el resultado los dejó atónitos. Chikatilo era clase A.

Repitieron varias veces los exámenes, que daban el mismo resultado. Chikatilo no podía ser el asesino. Es más, su archivo policial tendría que ser derivado al de sospechosos descartados.

Lo que nadie sabía era que Andréi Chikatilo poseía una condición extraña —una entre cientos de miles de personas—, en donde el semen y la sangre de un individuo no corresponden al mismo grupo. Aun así, no fue liberado. Se le mantuvo encarcelado debido a que, desde su trabajo, se había informado que a su cargo se había perdido un rollo de linóleo y una batería.

Al igual que cuando era maestro, sus colegas no demostraban simpatía por Chikatilo. Era hosco y los ignoraba, incluso cuando lo invitaban a beber vodka en los ratos libres. Sus jefes lo tildaban de haragán, inepto y lo regañaban en frente de todos sus compañeros, pero este ni siquiera les respondía. Quizá esta era la mejor oportunidad para despedirlo.

Por su parte, Chikatilo insistía en que nunca tuvo estos materiales en su poder, pero de todas formas se le condenó a una pena de cárcel menor. Llevaba encarcelado casi tres meses, por lo que el 12 de diciembre de ese mismo año fue puesto en libertad. La policía ya se había resignado y lo descartó como el posible sospechoso de un total de veintitrés asesinatos, aunque la cifra real en esos momentos

era de treinta y dos. La operación Sendero del bosque volvía a quedar a la deriva.

Si bien Chikatilo se sentía ofendido porque fue hallado culpable del robo de materiales en su trabajo —el cual por lo visto no cometió—, aun no comprendía cómo había sorteado los exámenes de sangre que le habían realizado en torno a los casos de asesinato. Al mismo tiempo, se sentía aliviado porque ya había sido investigado, condenado y puesto en libertad. Quedaba claro que no tenían ninguna evidencia en su contra. De todas formas, fue prudente y no volvió a asesinar durante los siguientes seis meses.

Poco después, consiguió un nuevo empleo como mecánico y continuó realizando viajes de negocios que lo obligaban a salir de casa, lo que al mismo tiempo le permitió seguir acechando nuevas víctimas.

Para 1988, la situación se había vuelto insostenible para las autoridades y la operación Sendero del bosque, una verdadera pesadilla para los agentes. Debían permanecer largas y frías jornadas de doce o incluso quince horas diarias, vigilando vagones y andenes de tren y bus a lo largo y ancho de todo Moscú. Interrogaban a cualquier posible sospechoso y también a potenciales víctimas, pero no conseguían sacar nada en limpio. Lo peor de todo era que los cuerpos seguían apareciendo. Y es que mientras buscaban al asesino, él los estaba observando todo el tiempo. Chikatilo estaba al tanto de las investigaciones; la prensa se había pronunciado con respecto a los asesinatos en Rostov, los cuales ya superaban la treintena. Por este motivo, empezó a asesinar en distintos sitios, con el fin de despistar aún más a la policía... Y lo consiguió.

En 1989, Chikatilo asesinó a Alyosha Kobotov, un chico de diez años al cual engañó con la promesa de invitarlo a ver películas de terror a su casa. Lo llevó por el costado de un cementerio, en donde se le abalanzó y comenzó a comerle la lengua. Luego lo apuñaló, lo estranguló y lo castró. El asesino nunca enterraba los cuerpos; solía cubrirlos con hojas, ramas y tierra. Esta vez, sin embargo, ya había una tumba cavada. Él mismo había hecho el hoyo, años antes, cuando estaba pensando en suicidarse. Lanzó a Kobotov dentro del agujero y lo cubrió con ayuda de la pala que aún se encontraba en ese lugar.

Era el 6 de noviembre de 1990. El sargento Igor Rybakov, de tan solo veinte años, había sido escogido para formar parte de la operación Sendero del bosque. Se le había asignado la vigilancia de la olvidada y pequeña estación de trenes de Donleskhoz. Eran cerca de las cuatro de la tarde. Entre la neblina y la fría llovizna, vio cómo alguien salía de un bosque cercano para lavarse las manos en un bebedero. Rybakov notó que se trataba de un sujeto de unos cincuenta años, con gafas y un bolso negro. Se acercó para realizar un control rutinario y se percató de que el hombre tenía un dedo vendado y un rasguño en la mejilla. Aunque la situación podía parecer extraña, algunas personas solían internarse en los bosques cercanos para recolectar las moras, fresas y hongos que crecían en el lugar. De hecho, pocas horas antes, había salido un grupo de ese mismo bosque con sus bolsos llenos de fresas. Tras pedirle los documentos, el agente comprobó que su nombre era Andréi Romanovich Chikatilo.

Chikatilo le dijo que había visitado a un amigo y tuvo que acortar camino por ese lugar. El sargento apuntó su nombre y lo dejó ir. Pero

tras unos minutos, comenzó a cuestionar su decisión. Pensó que había algo extraño en aquel sujeto y elaboró un pequeño informe que entregó en el Departamento de Policía de Krasny Sulin. Y allí quedó, durante más de una semana, sin que nadie lo leyera. Sin embargo, una vez que dieron con el informe de Rybakov, todo pareció esclarecerse.

Mikhail Fetisov, quien estaba al frente del escuadrón regional del crimen, recordó el apellido Chikatilo. Él mismo había dirigido parte de la operación, cuando se le detuvo en 1984. ¿Cómo era posible que se les volviera a cruzar por el camino? Chikatilo era un apellido poco común en la Unión Soviética, por lo que no había dudas de que se trataba del mismo sujeto.

Al día siguiente, el 13 de noviembre, más de cuarenta agentes de policía y veinte perros entrenados recorrieron la zona cercana a la pequeña estación de trenes de Donleskhoz y encontraron el cadáver salvajemente mutilado de Svetlana Korostik, de veintidós años. Se corroboró que la mujer había muerto una semana antes. Andréi Chikatilo volvía a ser el principal sospechoso.

Y aunque todos los agentes involucrados en el caso estaban seguros de que tenían a su hombre, una vez más las discrepancias entre su tipo de sangre y las muestras de semen halladas en los cadáveres se transformaban en un dolor de cabeza. Issa Kostoyev, el fiscal que llevaba el caso, estaba convencido de que Chikatilo podía ser una excepción. Hacía algunos años, había leído sobre un descubrimiento de los japoneses en que se aseguraba que existía algunas personas —aunque muy pocas—, que padecían esta condición, en la cual el esperma y la sangre correspondían a distintos tipos.

El 14 de noviembre, las autoridades comenzaron a vigilar la casa de Chikatilo. Lo seguían de manera constante, en forma encubierta. Pudieron observar cómo intentaba entablar conversación con niños y adolescentes todos los días. El seguimiento duró una semana, hasta que decidieron no arriesgarse y lo detuvieron el 20 de noviembre de 1990, sin que prestara resistencia.

Tras el registro de su domicilio, se encontraron veintitrés cuchillos con los cuales Chikatilo llevó a cabo una espantosa carnicería que duró doce años. Además, se halló un martillo, con el cual también había atacado a algunas de sus víctimas, y un par de zapatos de talla 43, los cuales coincidieron con una huella hallada en una de las escenas de los crímenes, y que era una de las pocas pistas tangibles que existía en los registros del caso. Su esposa, Fayina, no comprendía qué estaba ocurriendo.

Una vez que llegaron al Departamento de Policía, se fotografió a Chikatilo y se le realizó un examen físico de rutina. Allí se descubrió que llevaba un dedo vendado. Según él, se había accidentado con un cuchillo en la fábrica donde trabajaba, pero la herida se veía un poco más grave que un simple corte. Luego, se comprobó que una de sus últimas víctimas lo había mordido mientras era asesinada. De hecho, poco antes de ser detenido, Chikatilo tuvo que visitar al médico, pues la herida se había infectado y tenía una fractura en la falange.

Se consiguió una muestra de semen del sospechoso y se analizó a la brevedad. Los investigadores quedaron sorprendidos. Su sangre era de tipo A, mientras que su esperma era AB. Y aunque aquello representaba todo un avance, solo se trataba de una prueba circunstancial. En aquellos años no existían pruebas de ADN tan

exactas como para vincularlo a los crímenes y levantar una acusación contundente, pero bastaba para acorralarlo. Conseguir una confesión era el próximo paso para ponerlo por fin tras las rejas.

Durante el interrogatorio, Chikatilo lo negó todo. La policía lo estaba culpando de un total de treinta y seis asesinatos. Él afirmaba que no tenía idea de qué le estaban hablando y alegaba que no era posible que acosaran de esa forma a un simple anciano.

La negativa de Chikatilo a colaborar empezó a despertar nerviosismo entre los policías, pues sabían que el tiempo les jugaba en contra. Solo lo podían retener por un máximo de diez días, antes de que aceptara los cargos. Viktor Burakov se contactó una vez más con el psiquiatra que había realizado el acertado perfil psicológico de Chikatilo, Alexander Bukhanovsky. Este insistía en que no era detective, sino un psiquiatra, y aunque trataría de hacerlo entrar en razón y grabaría en una cinta de audio la conversación, no la entregaría para inculpar al acusado. Burakov aceptó, pese a que sabía muy bien que si Chikatilo no confesaba tendrían que dejarlo en libertad, pues el plazo se cumplía al día siguiente.

Bukhanovsky comenzó a hablar con Chikatilo y le leyó el perfil psicológico que había elaborado sobre él más de seis años antes. También le dijo que todo lo que había hecho era el resultado de una grave enfermedad mental y que él le ayudaría a explicar esto tanto a las autoridades como a su propia familia. Chikatilo se quebró y confesó todo. Él era el asesino... Y sus víctimas no eran treinta y seis, sino cincuenta y seis.

Tras haber aceptado los cargos por múltiples asesinatos, Andréi Chikatilo solicitó un cuidado especial por parte de las autoridades. Sabía muy bien que si la población penal conocía su nombre o veía

su fotografía en algún periódico, sería hombre muerto, por lo que se le concedió el anonimato. Lo cierto es que ninguno de los investigadores del caso quería que Chikatilo fuera linchado o se suicidara. Si la suma total de víctimas era cincuenta y seis, entonces había al menos otros veinte cadáveres que aún no habían sido descubiertos, y solo él sabía en dónde se hallaban.

La noticia de la captura del sádico asesino de Rostov se difundió por toda Rusia. Sin embargo, públicamente solo se le mencionaba como el Ciudadano Ch. Mientras su verdadera identidad permanecía oculta, los propios investigadores se referían a él internamente como el Ciudadano X.

Durante largas semanas, Chikatilo guio a la policía a las escenas en donde había asesinado, y ayudado por un maniquí y un cuchillo de madera detalló cómo ataba, torturaba y mutilaba a sus víctimas hasta la muerte. Recordaba los lugares con una claridad sorprendente e incluso durante estos registros se hallaron los cadáveres de jóvenes desaparecidas que la policía ni siquiera estaba buscando, todas asesinadas de manera brutal por Chikatilo. No menos de diez investigadores lo rodeaban en todo momento, y varios camarógrafos y fotógrafos de la policía siguieron los constantes recorridos del grupo de hombres, que se adentraba en los bosques y descampados de Rostrov.

Andréi Chikatilo pasó todo el otoño de 1991 en el Instituto Serbsky de Moscú, en donde fue sometido a distintas evaluaciones psiquiátricas que dictaminarían si estaba loco y debía ser internado en un hospital para enfermos mentales o era una persona sana, capaz de enfrentar un juicio y ser condenado, muy posiblemente, a la pena capital.

El psiquiatra Andréi Tkashenko, junto a un equipo de seis profesionales, concluyó que Chikatilo estaba en su sano juicio. Era consciente y responsable de sus actos, y podía ser procesado. Se trataba de un psicópata astuto e inteligente, que supo engañar a sus víctimas y saciar así sus perversos impulsos sexuales. Al mismo tiempo, consiguió despistar a la policía durante más de una década, cometiendo crímenes brutales sin dejar casi ninguna pista.

Con respecto a los asesinatos, el sadismo era una de sus principales características. Prolongaba el suplicio de los niños y jóvenes que asesinaba de forma deliberada, introduciéndoles el cuchillo por una misma herida de forma compulsiva, como si se tratara de un acto de penetración sexual. De hecho, algunos especialistas aseguraron que, para Chikatilo, el cuchillo simbolizaba un pene, en vista de que era incapaz de mantener una erección. Solo forcejeando, torturando y mutilando podía llegar al orgasmo.

Con respecto a los actos de canibalismo cometidos con las víctimas, Chikatilo se negó a entregar demasiados detalles. Muy posiblemente la traumática historia de su hermano mayor, Stepan, quien habría sido devorado por unos vecinos antes de que él naciera, lo obsesionó a lo largo de toda su vida.

El esperado juicio comenzó el 14 de abril de 1992. El salón estaba desbordado de fotógrafos y cámaras de televisión de medios internacionales, que apuntaban a los acongojados familiares de las víctimas. La expectación crecía minuto a minuto, pues nadie sabía cómo se llamaba o cómo lucía el asesino. Muchos estaban intrigados ante la presencia de una jaula vacía que se encontraba a un costado del mesón del juez, en donde se ubicaría el acusado. Según los

encargados, eran medidas de seguridad para evitar que fuese linchado por el público.

Pocos minutos después —siendo escoltado por un par de guardias —, Andréi Chikatilo hizo acto de presencia, provocando gran desorden dentro de la sala. Vistiendo una vistosa camisa de los Juegos Olímpicos (que usaría durante todo el proceso), el hombre que se sentó tras los barrotes parecía un verdadero demente, incluso más de lo que se pensaba. Con la cabeza y las cejas afeitadas, y una mirada desquiciada, provocó gritos y desmayos entre los padres de las víctimas durante varios minutos. Chikatilo meneaba la cabeza, gritaba, babeaba y sonreía de forma diabólica, sin motivo aparente.

La fotografía de Chikatilo y su rostro desencajado, esbozando una macabra sonrisa tras la reja de metal, dio rápidamente la vuelta al mundo. Un asesino serial espeluznante quedaba al descubierto, tras la caída de la cortina de hierro impuesta por el gobierno soviético. Otros criminales famosos a nivel mundial, de la talla de Ted Bundy, Charles Manson, Richard Ramírez o John Wayne Gacy, parecían palidecer ante la inquietante apariencia de Andréi Chikatilo y su abultada cifra de asesinatos.

Durante las entrevistas y evaluaciones psiquiátricas en el Instituto Serbsky, Chikatilo se había comportado de forma tranquila y colaborativa. Ahora, sin embargo, su plan parecía ser otro. En el fondo, Chikatilo no quería morir. Había quedado claro cuando negoció con las autoridades acerca de mantener en secreto su identidad durante su estancia en la cárcel. Enfrentar un juicio en donde se le acusaba de cincuenta y seis asesinatos amenazaba con

convertirse en un simple circo, en donde era probable que se le condenase a muerte. Y en gran parte, así fue.

Fue expulsado varias veces de la sala por el juez Leonid Akubzhanov, debido a que gritaba e interrumpía. En una ocasión, Chikatilo sacó una revista pornográfica y la exhibió ante los camarógrafos. Incluso llegó a bajarse los pantalones y menear su pene ante las autoridades, diciendo: «Observen esta cosa inútil. ¿Qué creen que podría hacer con esto?».

Chikatilo intentó desviar la atención del proceso, realizando acusaciones y peticiones absurdas. Hablaba indistintamente en ruso y ucraniano, y en vista de que resultaba confuso, solicitó que se le asignara un intérprete, lo que le fue denegado a sabiendas de que manejaba ambos idiomas de forma perfecta. Pidió cambiar de abogado en dos ocasiones y solicitó un segundo abogado defensor. Amenazó con realizar una huelga de hambre y aseguró estar embarazado. Se quejó de la presencia de ratas en su celda y una supuesta exposición a la radiación en dicho lugar. También se quejó de ser golpeado por los guardias cada vez que era desalojado por generar disturbios en la sala... Esto último sí era cierto.

Para muchos, todo era parte de un astuto plan elaborado por Chikatilo. Parecía estar fingiendo locura con el objetivo de escapar de la pena de muerte, a pesar de que los psiquiatras ya habían dado un veredicto. Pero independientemente de si su actuación resultó convincente o no, esto afectó al proceso.

El público se abalanzaba contra la reja que contenía a Chikatilo, con deseos de lincharlo cada vez que se refería a los asesinatos y a sus víctimas de forma despectiva. El mismo juez, Leonid Akubzhanov, perdía la paciencia con el acusado y llegó a gritarle e

insultarlo. Pero su peor error fue el de insinuar que era un asesino y que estaba siendo juzgado por ello. La televisión, la radio y la prensa difundieron la noticia de que Andréi Chikatilo era un asesino en serie antes de que se le juzgara y condenara, lo que resultaba inconcebible.

Los investigadores se pusieron furiosos tras conocer estas declaraciones, pues si bien no tenían dudas de que Chikatilo era culpable, las palabras del juez podían complicar el proceso. Chikatilo estaba siendo acusado por un total de cincuenta y seis asesinatos, pero más allá de la prueba circunstancial de la muestra de semen, no existía ninguna otra evidencia en concreto incriminatoria. Tampoco había ningún testigo que le hubiera visto matar a nadie. Ninguna de sus víctimas escapó o sobrevivió a sus ataques como para presentar una acusación. Con respecto a la única huella hallada en una de las escenas de los crímenes, se había demostrado que el asesino debía calzar 43, al igual que Chikatilo y otros varios millones de habitantes de la ex Unión Soviética.

El mismo acusado reclamó que su juicio se había transformado en un circo mediático, debido a que el juez ya lo consideraba culpable desde el primer día y que se había mostrado completamente parcial. Marat Jabibulin, su abogado defensor, también respaldó esta idea. Y para sorpresa de todos, el fiscal Nikolai Gerasimenko apoyó la moción.

Al mismo tiempo, tanto la defensa como la fiscalía solicitaron en conjunto que se enviara al acusado a una segunda evaluación psiquiátrica en el Instituto Serbsky, pues creían que estaba enfermo en términos mentales.

Tras varios minutos de deliberación, el juez Akubzhanov desestimó ambas intervenciones y el juicio continuó, no sin antes recibir las quejas de los familiares de las víctimas de Chikatilo, que pedían la destitución del abogado acusador, Gerasimenko, por apoyar a la defensa del asesino. El fiscal sería destituido y el juicio retrasado una semana, debido a que se había volcado mercurio en una de las salas del edificio.

Durante los días en que continuó el proceso, Chikatilo parecía cada vez más abatido. Le había crecido el cabello, la barba y ya no lucía tan intimidante. Relataba durante horas las atrocidades cometidas ante un micrófono, de forma monótona. A veces, parecía estar sedado y dormitaba dentro de la jaula. En otras ocasiones jadeaba y gritaba, entonaba canciones soviéticas y era arrastrado de forma violenta por los guardias hasta un pequeño calabozo subterráneo, en donde lo golpeaban con sus porras en el estómago antes de volver a comparecer ante el juez.

Las evidencias presentadas contra Chikatilo consistían en un enorme álbum de fotografías que contenía imágenes espeluznantes del estado en el que habían sido encontrados los cuerpos de las víctimas. Incluso se presentó una cabeza putrefacta en pleno juicio, para el horror de los asistentes.

En cierto momento, Chikatilo dijo que era inocente y acusó ser víctima de una persecución política. Luego, volvería a aceptar los cincuenta y seis cargos de asesinato, aunque poco antes de que terminara el juicio confesó un total de setenta, lo que tomó a todos por sorpresa. ¿Se trataba de una nueva treta o estaba diciendo la verdad? Las autoridades no quisieron averiguarlo. Los recursos

invertidos en la operación Sendero del bosque y su juicio ya habían sido demasiados.

El 15 de octubre de 1992, Andréi Chikatilo fue encontrado culpable de cincuenta y tres asesinatos. Si bien había sido procesado por un total de cincuenta y seis, tres de ellos no pudieron ser probados por falta de evidencia. Fue condenado a la pena de muerte. Los aplausos y llantos eufóricos de los familiares de las víctimas contrastaban con los gritos e insultos que profería Chikatilo, enloquecido.

Tras conocerse la sentencia, las reacciones en Rusia fueron diversas. Algunos creían que el asesino estaba loco y que quizá la mejor idea era venderlo a cierta comunidad científica que ofrecía una elevada suma de dinero para estudiarlo. También se decía que Japón estaba dispuesto a entregar las Islas Kuriles a cambio del cerebro de Chikatilo, una constante manzana de la discordia entre ambos países desde finales de la Segunda Guerra Mundial. La mayoría, sin embargo, preferían verlo muerto.

Los dos años siguientes, Chikatilo permaneció encerrado en una celda oscura y húmeda, con los anteojos rotos y en condiciones lamentables. Recibió a un par de periodistas que lo entrevistaron y también varios doctores que querían examinarlo, los cuales descubrieron que sufría de varias lesiones en el cerebro y que podrían explicar parte de su comportamiento violento. También se dedicó a escribir una obra titulada *Una biografía del acusado Andréi Romanovich Chikatilo, ciudadano de la Unión Soviética, víctima de la hambruna y el canibalismo entre 1933 y 1947, la represión estalinista, el estancamiento y la crisis de la Perestroika*.

En este documento de veinticinco páginas, Chikatilo se centró en describir su vida, mostrándose como un hombre frustrado y enfermo, que intentó ser una persona de bien, pero que se vio afectado por el contexto político de su país y sus fantasías perversas. Se retrataba a sí mismo como un soviético militante del Partido Comunista, titulado en ingeniería, marxismo-leninismo y lengua y literatura rusa, que se había desencantado de la doctrina y se sentía traicionado.

Aseguraba haber intentado encausar su vida, pero que su impotencia sexual lo hacía sentir desgraciado. Decía que matar, más allá del placer sexual que despertaba en él, le proporcionaba cierta paz.

El 15 de febrero de 1994, el presidente ruso Boris Yeltsin denegó la petición de clemencia elaborada por la defensa de Andréi Chikatilo, refiriéndose a que la gravedad de los crímenes cometidos por el asesino y pederasta no ameritaban ningún tipo de indulto.

Como solía ocurrir en Rusia por aquellos años, cuando la pena de muerte se había dictado, el condenado podía ser ejecutado en cualquier momento, a diferencia de otros países en donde se fija una fecha determinada. El 15 de febrero de 1994, unos guardias entraron de improviso a la celda de Chikatilo, lo cogieron de los hombros y lo llevaron hasta una habitación en el interior de la cárcel de Novocherkask, en Rostov. Pusieron un revolver en su nuca y apretaron el gatillo. De nada sirvió que el mismo Chikatilo les recordara que los japoneses querían su cerebro. Todos sus esfuerzos por demostrar que se trataba de un espécimen único y de estudio fueron inútiles.

JOSÉ RABADÁN

EL ASESINO DE LA CATANA

España

Es posible que el siguiente se trate de uno de los crímenes más impactantes de la crónica negra española de las últimas décadas. Toda la nación quedó horrorizada, después de que un joven de tan solo dieciséis años asesinara a toda su familia de manera brutal. El revuelo mediático que produjo el caso y lo inexplicable del crimen generaron una oleada de críticas relacionadas a la influencia de los videojuegos, los juegos de rol, el satanismo e incluso las artes marciales en los adolescentes.

El sábado 1 de abril del 2000, en Murcia, España, las autoridades fueron alertadas de un triple asesinato en un inmueble de la calle Santa Rosa. Los antecedentes eran confusos, pero tanto las fuerzas policiales como la prensa se presentaron en el lugar cerca de las cinco de la tarde. En el interior del domicilio fueron hallados los cuerpos de Rafael Rabadán, de cincuenta y un años, su esposa Mercedes Pardo, de cincuenta, y la hija del matrimonio, María Mercedes Rabadán, de once. Algunos periodistas notaron que los agentes de policía salían del departamento con rostros de espanto y les pedían que no intentaran ingresar ni tomar fotografías. La escena

del crimen era una de las peores que habían visto en todas sus carreras.

La familia Rabadán había sido asesinada con una catana y un machete hallados en el lugar. El padre de familia, Rafael, se encontraba tendido en el baño con una bolsa plástica en la cabeza. Estaba prácticamente decapitado tras recibir golpes de catana en el cuello y el rostro, tenía varias puñaladas en el pecho y le faltaban tres dedos. Se presume que intentó defenderse del brutal ataque. Un extenso rastro de sangre a través del pasillo evidenciaba que había sido arrastrado desde su cama. Esto hizo suponer a los investigadores que fue atacado de noche, mientras dormía. A un costado, dentro de una bañera llena de agua y sangre, se encontraba el cadáver de María Rabadán, hija de Rafael y Mercedes. La niña mostraba heridas similares y también le habían puesto una bolsa sobre la cabeza. En otra habitación, el cuerpo de Mercedes Pardo, esposa de Rafael, estaba sobre la cama, mutilado de forma espantosa.

El hijo mayor del matrimonio, José Rabadán, de dieciséis años, se encontraba desaparecido y se transformó en el principal sospechoso de la matanza. Este habría llamado a la policía desde un teléfono público para confesar el crimen esa misma mañana. Otras fuentes aseguran que le habría contado a un amigo que había asesinado a toda su familia y que la madre del muchacho dio el aviso a las autoridades.

El triple crimen causó gran consternación en el barrio y cientos de curiosos se agruparon a las afueras de la vivienda. Los vecinos aseguraban que se trataba de una familia muy querida y que José Rabadán era un adolescente tranquilo. Toda España estaba atenta a

la noticia y la detención del asesino se transformó en prioridad nacional.

Cerca de las siete de la tarde, mientras se realizaba el levantamiento de los cadáveres, algunos testigos afirmaron haber visto a José Rabadán cerca del lugar, observando a lo lejos, pero la policía no consiguió dar con él. Las autoridades difundieron las fotografías del joven entre los agentes y su captura parecía ser inminente, sin embargo, las horas pasaban y no había rastros de su paradero.

Las motivaciones de José Rabadán no eran claras. Varios amigos y vecinos del sector aseguraban frente a las cámaras de televisión que se trataba de un chico solitario, en apariencia normal. Sin embargo, los hallazgos realizados al interior de su habitación comenzaron a perfilar una imagen muy distinta a la que todos apuntaban.

Se encontraron un par de libros relacionados con satanismo. En un armario también se hallaron dos puños americanos, nunchakus, cinco estrellas shuriken, un hacha de mano y una gran variedad de puñales. Rabadán era un aficionado a las artes marciales desde que tenía diez años y su familia estaba al tanto de su arsenal de armas blancas. De hecho, su propio padre le había regalado —poco antes— la catana con la cual lo asesinó. Su interés por el satanismo, sin embargo, era algo que mantenía en secreto.

Tras realizarse las autopsias de la familia Rabadán, se confirmó que Rafael falleció de una profunda herida en el cuello, una en el rostro y quince en el tórax. Su esposa, Mercedes, tenía dos heridas en el pecho, veinticinco cortes en los brazos y once en la cabeza, mientras que la hija del matrimonio, María, tenía quince heridas en la cabeza y cinco en el pecho. Todas habrían sido realizadas con la

catana y con un machete, que el hijo mayor guardaba en su habitación. La brutalidad del crimen era impactante.

Mientras la investigación seguía su curso, se informó a la policía a través de un llamado que José Rabadán supuestamente se dirigía a Barcelona. Una chica de nombre Sonia, quien por lo visto mantenía contacto con él a través de Internet, le contó a una amiga que el joven la había llamado para avisarle de que la iría a visitar en los próximos días. Al mismo tiempo, le confesó que había asesinado a toda su familia. El 2 de abril, cuando la noticia colmaba los periódicos, Ana María Costa, una agente que se encontraba fuera de servicio, se contactó con las autoridades. Aseguró haber llevado a Rabadán hasta el centro de Alicante, cuando este se encontraba haciendo autostop en la autopista, el día anterior. En aquel momento, la mujer no estaba al tanto de la noticia que tenía conmocionado a todo el país. Todo indicaba que, en efecto, el joven se dirigía a la estación de trenes con dirección a Barcelona.

Cerca de las ocho de la mañana del día 4 de abril, Francisco Terol, un vigilante de la estación de Renfe de Alicante, vio a dos jóvenes que le parecieron sospechosos. Uno de ellos se acercó a la estantería de un kiosko y comenzó a ojear los periódicos, en donde la matanza de la familia Rabadán seguía estando en primera plana. El hombre se les acercó y les preguntó hacia dónde se dirigían, y estos le aseguraron que iban a Barcelona a reunirse con sus padres. Terol notó el parecido del joven que tenía en frente con la fotografía de los periódicos, aunque no estaba cien por ciento seguro de que se tratara de la misma persona. El chico no parecía nervioso, aunque se dio cuenta de que no llevaba equipaje y lucía somnoliento. Terol se acercó a una caseta y llamó a la policía, que se presentó de forma

inmediata. José Rabadán y su compañero, llamado Oliver, fueron arrestados sin prestar resistencia.

El joven de dieciséis años fue conducido hasta la comisaría central de Alicante por varios agentes de policía para ser interrogado, entre un centenar de periodistas y curiosos que comenzaron a insultarlo. Poco después confesaría, con total frialdad, haber asesinado a toda su familia porque quería estar solo y sentirse libre, principalmente del yugo de su padre, a quien acusó de ser un hombre muy estricto. A su hermana de once años, que padecía de síndrome de Down, la habría asesinado —según sus propias palabras— para que no sufriera al quedar huérfana y por su condición. A pesar de reconocer la autoría del crimen, manifestaba que amaba a su familia, aunque no derramó una sola lágrima. Una conducta despersonalizada y contradictoria.

El 5 de abril, José Rabadán sería enviado a un ala especial de la prisión de Sangonera, para no entrar en conflicto con otros reos. La salud mental del joven sería lo primero que las autoridades pondrían en tela de juicio en vista de sus actos y su nulo arrepentimiento. Sus motivaciones parecían absurdas y los especialistas no se ponían de acuerdo respecto a si se trataba de un enajenado mental o un despiadado psicópata.

José Rabadán Pardo nació el 26 de diciembre de 1983. Desde pequeño, se mostró como un chico retraído que no mostraba interés alguno en los estudios. A pesar de que sus padres lo consentían en todo, sus malas calificaciones produjeron un ambiente tenso en el hogar. Poco después nacería su hermana María, la cual sufría de síndrome de Down. Aquello tuvo un impacto significativo en la familia. Por lo visto, su padre se lamentaba de la condición de su

hija a viva voz y literalmente calificaría como un castigo de Dios que él, y no la pequeña, se merecía.

A pesar de la impotencia que aquello produjo en la familia Rabadán, parecían ser muy unidos. Cuidaban bien de sus hijos y los consentían. José, sin embargo, se mostraba cada vez más desinteresado en los estudios. Repitió un par de cursos y, al entrar en la adolescencia, decidió abandonar la escuela. Su padre, con el cual mantuvo varias discusiones al respecto, finalmente lo obligó a matricularse en un curso de soldadura para que al menos obtuviera un título y consiguiera un trabajo. Sin embargo, el chico era poco constante y nada parecía motivarlo.

Desde pequeño mostró cierto interés por las artes marciales, aunque nunca superó el cinturón blanco. No estudiaba y su rendimiento en la escuela fue paupérrimo. Ni siquiera era capaz de terminar de leer un libro. Según algunos especialistas (como señala el doctor Robert Hare en su libro *Without Conscience: Te Disturbing World of the Psychopaths Among Us*), este aburrimiento crónico puede ser la señal de una personalidad psicopática.

Las discusiones en la casa de los Rabadán comenzaron a ser frecuentes. José no hacía sus deberes y se pasaba todo el día jugando en su consola de videojuegos o chateando. Y a pesar de que su padre lo reprendía, de igual forma accedía a todos sus caprichos. El chico tenía varias armas relacionadas a las artes marciales y le había pedido una catana de regalo. Rafael accedió y se la compró, ignorando que su hijo fantaseaba con matarlo.

Poco antes, en 1999, José había huido con la intención de vivir solo, pero su padre lo encontró y lo llevó de vuelta a casa. Aquello sería el principio del fin. El joven se convenció de que la única forma

de librarse de su familia era asesinándola. Durante casi dos semanas planificó el crimen. Lo perpetraría durante la noche, cuando todos estuvieran dormidos.

Cerca de las seis y media de la madrugada del primero de abril del 2000, José Rabadán, quien se había pasado toda la noche en vela en su cuarto, acostado junto a su catana, se levantó y entró en la habitación donde dormía su padre. Levantó el arma y la puso a centímetros de su cuello, con el objetivo de calcular el primer golpe. Posteriormente, lo asesinaría de forma brutal hasta casi decapitarlo. Luego se dirigió a la habitación en donde dormían su madre y su hermana, a quienes atacó de igual manera, dejándolas moribundas. La punta de la espada se había roto tras los ataques y tuvo que rematarlas con el machete que guardaba en un armario.

Según su confesión, introdujo el cuerpo de su hermana en la bañera y la llenó de agua. Intentó hacer lo mismo con su padre, pero quedó agotado y se conformó con dejarlo a un costado. Los psiquiatras que lo interrogaron pensaron que existía algún tipo de significado relacionado con las bolsas que les puso en las cabezas. Especialistas como el ex agente del FBI Robert Ressler, han llegado a asegurar que en algunos casos de asesinato, los responsables cubren las cabezas de las víctimas con bolsas, ropa e incluso piedras, porque se sienten avergonzados de sus actos y así evitan mirar sus rostros. José Rabadán, sin embargo, dio una explicación espantosamente simple. Y es que las cabezas de su hermana y de su padre estaban tan dañadas por los cortes, que los trozos de carne estaban quedando esparcidos por todas partes cuando los arrastró hasta el cuarto de baño.

José se daría a la fuga horas más tarde, con la intención de dirigirse a Barcelona, pero antes conocería un chico llamado Oliver, con el cual trabó amistad. Ambos acordaron ir juntos a la Ciudad Condal, en donde se encontrarían con Sonia, la amiga de José, y otra chica de nombre Sheila, con la cual incluso hablaron por teléfono para anunciar su llegada. Esta, alertada por Sonia y al ver la noticia del bullado crimen en Murcia, no dudó en avisar a la policía. Poco después, José y Oliver serían detenidos en la estación de trenes de Alicante.

Se comprobó que si bien Oliver no estuvo involucrado en el crimen, sí estaba al tanto de que José Rabadán era un asesino. Él mismo se lo confesó cuando se conocieron e incluso se deshizo de algunas de sus ropas manchadas de sangre en una fogata improvisada, cuando pasaron la noche en un descampado. A pesar de todo, Oliver accedió a acompañarlo hasta Barcelona con la idea de encontrarse con las otras dos chicas. Sería puesto en libertad tras las confesiones de José Rabadán.

Pero mientras el asesino se encontraba en la cárcel a la espera de un juicio, las interrogantes continuaban. Nadie entendía cómo un chico de dieciséis años había sido capaz de matar de forma tan salvaje a su familia. Ni la policía ni los especialistas estaban conformes con las justificaciones de Rabadán. La prensa y la opinión pública, por otro lado, sacaban sus propias conclusiones.

Los medios de comunicación filtraron varios de los hallazgos realizados en la habitación del joven, como los libros relacionados con el satanismo. Los textos en cuestión eran *Ave Lucifer* de Elisabeth Antebi y *El poder de la magia* de Leonard Wolf. Parte de la

opinión pública estaba de acuerdo en que aquello podía haber influido en el comportamiento del menor.

Al mismo tiempo, varios periódicos y noticieros de la época —como Antena 3 Televisión— aseguraban que Rabadán estaba obsesionado con Squall Leonhart, protagonista del videojuego *Final Fantasy VIII*, al que jugaba con frecuencia. Según estas fuentes, el joven habría asesinado a su familia siguiendo las «instrucciones» del juego.

Las comparaciones no tardaron en surgir: el corte de cabello, la actitud distante del personaje e incluso el uso de la espada sirvieron como paralelos entre Rabadán y el héroe ficticio. Esto reavivó el antiguo debate sobre la influencia de los videojuegos en la conducta violenta de algunos adolescentes, generando una fuerte polémica mediática. Para entonces, ya se le conocía como el Asesino de la catana.

Mientras algunos programas de televisión amarillistas se sirvieron de estos supuestos para causar expectación, otros presentaban especialistas en salud mental que ponían paños fríos, asegurando que no existía un influjo directo entre la adicción a los videojuegos y el comportamiento violento en un adolescente, aunque sí era recomendable controlar la cantidad de horas que este pasaba frente a la pantalla.

La interrogante de por qué José Rabadán había asesinado a toda su familia seguía, entonces, sin una respuesta clara y su perfil psiquiátrico era igualmente difuso. Mientras que algunos especialistas lo tildaron de psicópata narcisista, otros creían que padecía de psicosis epiléptica, lo cual lo habría llevado a un estado de alucinación cuando cometió el crimen, por completo

desconectado de la realidad. Independiente del estado mental de Rabadán, como se trataba de un menor de edad, la ley lo amparaba. Era probable que obtuviese una pena reducida, a pesar de que la opinión pública exigía un castigo ejemplificador.

La exposición mediática y la imagen de Rabadán, trajeron consigo la inesperada reacción de cientos de jóvenes que comenzaron a enviarle cartas a la cárcel. Muchos se sentían identificados con él y lo admiraban por haber sido capaz de asesinar a su familia a sangre fría. En dichas notas, algunos le confesaban que deseaban hacer lo mismo, pero que no se atrevían. Por otro lado, varias chicas le enviaron misivas de carácter romántico, pues decían estar enamoradas de él. Todo aquello solo sirvió para inflar el ego de Rabadán, que se comportaba cada vez más agresivo y prepotente tras las rejas y en sus posteriores apariciones públicas.

Pero la trascendencia del crimen cometido no quedó en simples halagos por parte de algunos jóvenes desadaptados. El 26 de mayo de ese mismo año, en la ciudad de Cádiz, Klara García, de dieciséis años, fue degollada y apuñalada treinta y dos veces por dos compañeras de instituto llamadas Raquel Carlés e Iria Suárez, de diecisiete y dieciséis años respectivamente. Apodadas por la prensa española como Las brujas de San Fernando, habrían cometido el crimen inspiradas por el actuar de José Rabadán e incluso le enviaron cartas de agradecimiento durante su estancia en la cárcel.

Las polémicas en torno al caso continuaban. Poco después, se supo que Rabadán se convertiría en el heredero del dinero y los bienes de su familia, y que además recibiría una pensión por orfandad. Tras pasar solo nueve meses tras las rejas, José Rabadán fue considerado inimputable por enajenación mental y dejado en

libertad, con la recomendación de que fuese internado en un centro para menores, ante el estupor de la sociedad española.

En vista de que sus otros familiares no quisieron hacerse cargo de él, sus abogados tuvieron que pasar un par de días acompañándole en un hotel. Incluso se cortó el cabello, se maquilló y se puso un par de gafas para salir a la calle y pasar desapercibido. La situación era insostenible y lo convencieron de que ingresara voluntariamente a una casa de acogida. Allí, podría estar tranquilo y acceder a un tratamiento psicológico con especialistas.

Tras un intento de fuga, se estipuló que Rabadán debería cumplir un mínimo de seis años en un centro psiquiátrico para menores y otros dos en libertad vigilada. Fue trasladado a un centro en Cantabria llamado Nueva Vida, en donde se convirtió en evangélico, tuvo una novia y se relacionó estrechamente con la comunidad religiosa.

El primero de enero de 2008, José Rabadán recobró su libertad, pero decidió quedarse en Cantabria con su pareja. Años más tarde, tuvieron una hija a quien bautizaron Mercedes, el mismo nombre de la madre y la hermana de José: Mercedes Pardo y María Mercedes Rabadán.

El caso del Asesino de la catana volvería a salir a la palestra en 2018, gracias al documental *Yo fui un asesino*, en el cual Rabadán aseguró haberse rehabilitado. Se le ve sereno ante las cámaras, explicando cómo gracias a la religión, una vida estructurada y las terapias recibidas en los centros en los que estuvo internado, ha podido reinsertarse en la sociedad, conseguir un buen trabajo y formar una familia.

Al referirse al crimen, afirmaría lo siguiente: «Yo no tenía la intención, fue mi cuerpo. Levanté la espada, pero ahí sentí que ya estaba consumado. La espada bajó con mi brazo, pero bajó solo».

No es extraño que un psicópata intente eludir la responsabilidad de sus actos. Por lo general, aseguran haber sido poseídos por una fuerza maligna, escuchar voces que los incitan a matar, dicen que no son ellos mismos durante el crimen o que observaban desde fuera de su cuerpo los acontecimientos, como si fueran meros espectadores de lo que está ocurriendo.

Aun así, existen otros elementos que también apoyan la idea de que Rabadán se encontraba, en efecto, en un estado de psicosis antes, durante y después del triple asesinato. Algunos chicos que lo conocía, lo habían escuchado decir días antes que quería asesinar a sus padres, aunque ninguno le creyó. Tras cometer el crimen, su comportamiento fue más bien errático. Se fue del inmueble con quince mil pesetas para dirigirse a Barcelona, pero aún llevaba la ropa manchada de sangre. Llamó a la policía para avisar del asesinato y le confesó a todo el que se le cruzó que era un asesino. Aquello no encaja con la conducta de alguien que quiere huir y pasar inadvertido.

¿Es posible la rehabilitación para un asesino de estas características? La respuesta es compleja. Rabadán cumple al mismo tiempo con varios rasgos que lo perfilan como un psicópata, según indican los especialistas que lo trataron. Resulta imposible predecir con certeza su comportamiento futuro, pero desde un punto de vista criminológico es claro que existe un riesgo de reincidencia.

En una de las entrevistas que dio tras su liberación, explicó:

> No sé si la sociedad está preparada para mí. Muchos pensarán que sigo siendo un monstruo, pero ya no estoy enfermo [...] Si yo estaba enfermo, a día de hoy ya no lo estoy. Y si era un psicópata, mis hechos demuestran que tampoco lo soy.

Sigmund Freud analiza la figura metafórica de «matar al padre» asociada al complejo de Edipo para explicar uno de los procesos trascendentales del ser humano, cuando se independiza y deja de depender de sus progenitores. Es probable que José Rabadán anhelara esa independencia y pensara que aniquilando a su familia conseguiría esa libertad.

En el mismo documental *Yo fui un asesino*, su discurso parece estructurado y coherente en términos generales. Existen afirmaciones interesantes, por ejemplo, cuando asegura:

> Puedo ser un psicópata bueno. Un psicópata que mira por los demás y que intenta ayudar al prójimo. O un psicópata que se apoya en la religión. O un psicópata que se apoya en la familia. Después de que sucediese todo aquello, me he cuestionado si realmente era el monstruo que la gente decía que yo era.

Parece claro que Rabadán es consciente de sus rasgos psicopáticos, esos que indican que personas con sus características no aprenden de sus errores, no sienten remordimientos, no se arrepienten y una vez que asesinan es prácticamente seguro que reincidirán. Así, asoma una última interrogante: ¿tiene derecho José Rabadán a una segunda oportunidad y a rehacer su vida?

JAVED IQBAL

EL MONSTRUO DE LAHORE

Pakistán

La ciudad de Lahore es la segunda más poblada de todo Pakistán, con más de once millones de habitantes. Es una de las más ricas del país, pero pese a su gran economía, los índices de pobreza resultan preocupantes. La desigualdad económica, las tasas de desempleo y subempleo, las políticas gubernamentales que favorecen a las clases más altas, el limitado acceso a la educación y a servicios básicos, como el agua o la electricidad, la vuelven un lugar hostil.

Durante décadas, diversas figuras políticas y administrativas han sido acusadas de corrupción, lo que ha socavado el progreso del país. Una de las instituciones más criticadas es la policía, pues a pesar de que se han realizado diversas reformas se les sigue vinculando a sobornos, extorsiones, manipulación de pruebas, abuso de poder y relaciones con el crimen organizado. A mediados de 1999, algunas familias denunciaron la desaparición de sus hijos, pero los oficiales de Lahore fueron displicentes y no llevaron a cabo ninguna investigación.

Sin embargo, a mediados de noviembre de ese mismo año, una extraña carta llegó al Departamento de Policía. Se trataba de una confesión, en la cual un sujeto identificado como Javed Iqbal

afirmaba haber asesinado a un total de cien niños. Los violó, estranguló, descuartizó y disolvió en ácido, y luego

arrojó los restos por el alcantarillado que desembocaba en el río Ravi. Parte de la nota decía lo siguiente:

> *Mi cuenta ha llegado a cien. Con la gracia de Dios, he completado mi misión y las lágrimas ruedan por mis mejillas. Me aseguraré de que mi mensaje llegue al mundo entero. Voy a hacer que muchas madres lloren. Envié a sus hijos al otro mundo sin ataúdes, por la canaleta*.
>
> *A veces mataba por venganza, por desprecio y también por placer. No me siento triste ni me arrepiento de lo que hice. Matar a uno más, después de llegar a cien, no hará la diferencia*.

En este macabro texto, se detallaba el perfil de las víctimas —niños y adolescentes de entre seis y dieciséis años—, el método de asesinato e incluso el costo relacionado a cada crimen en base al valor de los productos químicos utilizados para disolver los cadáveres.

A pesar de que los oficiales pensaron que solo se trataba de una broma de mal gusto, la persona que escribió la carta incluyó una dirección ubicada en el barrio de Shad Bagh, el 16b de Ravi Road. Afirmaba que allí los estaría esperando para entregarse.

Dos agentes se acercaron a la vivienda de Iqbal movidos por la curiosidad, y cuando el hombre les abrió la puerta comenzaron a interrogarlo. El sujeto mostró un comportamiento errático y en cierto momento cogió un revólver y amenazó con quitarse la vida si no lo dejaban en paz. Los oficiales pensaron que solo se trataba de un

demente que había inventado una espeluznante historia para llamar la atención y se marcharon, sin siquiera intentar quitarle el arma o registrar su domicilio.

El 2 de diciembre, otra carta escrita por Iqbal fue entregada en las oficinas del periódico *Daily Jang*. Esta venía acompañada de un paquete con más de cincuenta fotografías de menores de edad y decía lo siguiente:

El pasado 17 de septiembre de 1998, yo y mi empleado Arbab, de doce años, fuimos brutalmente malheridos. Arbab fue golpeado en la cabeza con la culata de un revólver y yo tenía múltiples fracturas en la cabeza y la columna vertebral. Estuve inconsciente durante veintidós días en el hospital general. Los médicos pensaban que iba a morir [...]

El oficial de policía Ghazi Abad, en lugar de detener al culpable, lo mantuvo en su casa como un sirviente. Yo estaba furioso por el comportamiento de los asaltantes y el papel de la injusta policía [...]

Decidimos con mis amigos poner el plan en marcha. Mataría a cien adolescentes que estuvieran fuera de sus casas [...] Nos las ingeniamos para obtener dieciséis latas y tres bidones de plástico para llenarlos de ácido sulfúrico, ácido clorhídrico y cianuro. La primera víctima fue Yasir, de catorce años. Le pusimos una máscara de cianuro y ácido sobre la cara. Murió en diez segundos. Pusimos su cuerpo en un bidón de setenta litros de ácido que había comprado por ciento cuarenta rupias. El ácido disolvió el cuerpo en un día y tiramos los restos por la alcantarilla. ¡Nuestro experimento de matar a un adolescente fue un éxito! [...] Después de eso comencé a asesinar todas las noches y a deshacerme de los cuerpos.

Este baño de sangre se prolongó por seis meses. Mis amigos colaboraron totalmente en este proyecto. Unos para ganar dinero de forma divertida y otro, ayudado por el afán de venganza, para mantener relaciones homosexuales no consentidas con niños [...]

Yo me había convertido en un discapacitado, estaba perdiendo mi vista y apenas podía sostenerme sin ayuda. También había perdido mi equilibrio mental

[...]

Había orado para llegar a matar un centenar de niños antes de morir y Dios me ayudó. El día que terminé con mi proyecto, agradecí a Dios que hubiera escuchado mis oraciones. Dios me ayudó en la venganza [...]

Ahora que he conseguido mi plan de matar cien niños, no puedo esperar para compartir la noticia con el resto del mundo. No puedo mantenerlo más en secreto [...]

Les envío los nombres, direcciones y fechas de los asesinatos de todos los niños y fotos de cincuenta y siete de ellos adjuntas en esta carta. Quiero que ustedes, a través de su periódico, le cuenten al mundo lo que he hecho. Si vienen a mi casa, encontrarán toda la evidencia. Cuando la policía esté preparada, también quiero entregar más de treinta y dos páginas de mi diario, que describe todos los detalles de los asesinatos. También estoy pensando entregarme a la policía, ya que en estos momentos no temo a la muerte.

Estoy pensando declararme culpable en nombre de mis amigos y asumir en soledad el castigo impuesto, ya que fui yo quien les pidió que me ayudaran en este plan maestro. Espero tener éxito en mi propósito, con la gracia de Dios, Amén.

Wassalam, Javed Iqbal

También se incluía una dirección de la ciudad de Lahore, el 16b de Ravi Road, en donde según la nota se encontraban varios tambores con ácido con los restos de un par de víctimas, además de la ropa y los zapatos de cien niños. Jamil Chishti, el periodista del *Daily Jang* que recibió la carta, quedó horrorizado ante la revelación y se dirigió de inmediato, junto a uno de sus compañeros, hasta la casa de Iqbal para corroborar si la historia era cierta.

Una vez que llegaron al inmueble, descubrieron que este parecía estar abandonado. Las puertas estaban cerradas y era imposible abrirlas. Algunos residentes aseguraron que efectivamente, un sujeto llamado Javed Iqbal arrendaba la casa, pero que no lo habían

visto desde hacía varios días. Lo describieron como alguien discreto, que no cruzaba palabras con nadie y que, según algunos rumores, era policía, por lo que muchos preferían no relacionarse con él.

Chishti y su compañero convencieron al propietario de la vivienda, un hombre identificado como Munir Hussain, para que permitiera a uno de los vecinos trepar al techo y abrirles una de las puertas desde el interior, lo que les permitió ingresar y realizar un hallazgo espeluznante. La escena era idéntica a la descrita en la carta.

Había varios tambores plásticos en una pequeña habitación, desde donde emanaba un hedor insoportable. Cuando Chishti levantó una de las tapas, descubrió restos humanos flotando en una sustancia corrosiva que incluso le produjo quemaduras en las manos.

En las paredes había pancartas escritas a mano, las cuales indicaban dónde encontrar cada una de las evidencias. Una de ellas decía: «Los cinco sacos que están en una de las esquinas de esta habitación contienen la ropa de las cien víctimas, mientras que en los otros tres sacos están ochenta y cinco pares de zapatos que les pertenecen».

En otro cartel clavado en una de las murallas se indicaba:

> Esta área se ha convertido en un caldo de cultivo para el crimen. Los niños fugitivos buscan refugio aquí y aprenden a cometer asesinatos, robar, hurtar y verse envueltos en actividades inmorales. Si el gobierno no puede detener esto, entonces la gente común y corriente tendrá que encontrar una solución, como yo lo hice.

Una última nota decía lo siguiente: «Los cuerpos en esta casa no han sido eliminados deliberadamente, para que las autoridades los

encuentren después de mi muerte. Voy a saltar al río Ravi, para suicidarme».

Cuando las autoridades fueron alertadas de la situación y se presentaron en la escena, tuvieron que abrirse paso entre docenas de curiosos y otros medios de comunicación que también se habían enterado del macabro hallazgo.

Tras allanar la vivienda, la policía encontró docenas de fotografías de menores de edad almacenadas en bolsas plásticas, más de cien prendas de ropa, ochenta y cinco pares de zapatos, sandalias y varias bolsas con cabello humano. Un torso, una pelvis y dos pies amputados pertenecientes a tres adolescentes de entre trece y dieciséis años fueron rescatados del interior de los bidones con ácido, aunque estaban casi disueltos.

También se encontró un diario de treinta y dos páginas en las que Iqbal registró cada uno de sus crímenes, incluyendo el nombre de la víctima, su edad, la fecha de su muerte e incluso la cantidad de rupias gastadas en los elementos necesarios para deshacerse del cadáver. La víctima número 87, por ejemplo, fue registrada de esta manera:

> Su nombre es Mohammad Imran, de quince años, hijo de Talib Hussain, del distrito de Bahawalnagar, casa situada junto a un hospital veterinario. El padre hace catres de madera. Es trigueño. Su salud es muy buena. Tiene un rostro hermoso y mejillas regordetas. Fue asesinado el 11 de noviembre de 1999 a las siete de la mañana.

La noticia horrorizó a todo el país, pues jamás en su historia se había registrado un incidente similar. Los casos de asesinato en serie en Pakistán son relativamente escasos, y uno de los pocos que

trascendió a nivel nacional ocurrió a mediados de los años ochenta, cuando cuatro sujetos, conocidos como El Grupo Hathora, causaron pánico en la ciudad de Karachi asesinando a unas siete personas con un mazo. A pesar de que los brutales crímenes movilizaron a toda la policía, los responsables jamás fueron identificados.

Esta vez, la policía contaba con suficiente evidencia como para incriminar al asesino, y también con su identidad, por lo que se dio inicio a una verdadera cacería para detenerlo. La esposa, la hija y varios de los hermanos de Iqbal fueron detenidos e interrogados, pero en apariencia ninguno de ellos estaba al tanto de sus actividades.

El Ejército intervino para dar con el paradero del sospechoso e incluso se realizaron tareas de drenaje en el río Ravi, donde supuestamente el asesino planeaba quitarse la vida, pero todos los esfuerzos fueron en vano. En su diario, Iqbal afirmaba tener un par de cómplices, aunque tampoco pudieron ser detenidos.

En los días siguientes, cientos de personas se acercaron para observar las fotografías de las víctimas, sus ropas y sus zapatos, y varios familiares reconocieron las prendas de sus hijos, quienes habían desaparecido en los meses previos. El enojo creció debido a que varios de estos casos habían sido denunciados a la policía. La investigación no solo comprometió a la ciudad de Lahore, sino que también se sumaron los departamentos de policía de Bherowal, Sahiwal, Kasur, Nankana, Multan y Sheikhupura, pues además de los nombres de las víctimas, Iqbal había indicado en su diario sus ciudades de origen.

Todos eran varones de entre seis y dieciséis años, de escasos recursos y que vagabundeaban por las calles en busca de dinero o

comida. De alguna u otra forma, fueron engañados por Iqbal, quien los llevó hasta su domicilio en donde abusó sexualmente de ellos, los asesinó, descuartizó y disolvió los restos en ácido sin que los vecinos se dieran cuenta.

Los agentes descubrieron que, pocos días después del hallazgo, un cheque a nombre de Javed Iqbal fue cobrado en uno de los bancos de la ciudad, lo que les hizo pensar que el asesino seguía con vida y que no había cumplido con su promesa de suicidarse. Malik Muhammad Iqbal, el jefe regional de la policía declararía ante los medios: «Es un hombre muy inteligente. Está disfrutando de su fama y leyendo los periódicos».

En sus cartas, el asesino nombró a por lo menos tres cómplices menores de edad, los cuales estaban siendo intensamente buscados. Sin embargo, un sujeto de treinta y dos años, identificado como Ishaq Billa, fue el primer detenido. Aunque no estaba siendo acusado de los asesinatos, la policía creía que era el encargado de suministrar a Iqbal grandes cantidades de ácido clorhídrico y sulfúrico. Sin embargo, el jueves 9 de diciembre, diversos medios informaron que Billa había muerto durante un interrogatorio, el día anterior, tras lanzarse por una ventana del tercer piso de la comisaría de Lahore. Dos días más tarde, cuatro funcionarios fueron arrestados por el asesinato del sospechoso, quien aparentemente fue torturado hasta la muerte mientras estaba bajo custodia policial. La autopsia reveló que Billa tenía más de una docena de golpes y heridas producidas tres días antes. A pesar de las graves acusaciones, los cuatro funcionarios fueron absueltos.

La muerte de Billa resultaba indignante, pues era el único testigo valioso de la investigación. Sin embargo, a los pocos días, se pudo

detener a dos menores que intentaban cambiar un cheque a nombre de Javed Iqbal. Sus nombres eran Mohammad Nadeen, de quince años, y Mohammad Sabir, de trece. Un tercer implicado, Sajid Ahmad, de diecisiete, sería arrestado en Sohawa. Tras ser presionados por la policía, los jóvenes afirmaron haber sido reclutados varios meses antes por Javed Iqbal para secuestrar menores. Pero quizá lo más impactante es que también reconocieron haber participado de manera activa del abuso sexual, tortura y asesinato de las víctimas.

Mientras las autoridades continuaban buscando al asesino por diversas ciudades de Pakistán, la madrugada del 30 de diciembre un sujeto se acercó a la redacción del periódico *Daily Jang*. Solicitó hablar con el redactor jefe, Khawar Naeem Hashmi, y le señaló: «Soy Javed Iqbal, el asesino de cien niños». Cuando un grupo de reporteros lo rodeó para entrevistarlo, afirmó: «Podría haber matado a quinientos, no era un problema. Pero la promesa que hice fue matar a cien niños y nunca quise quebrantarla».

Iqbal afirmó que estaba allí para entregarse a las autoridades, pero temía que la policía lo torturara y asesinara. Por lo mismo, solicitó que su arresto fuera público y que estuvieran todos los medios de comunicación del país presentes, para asegurar su integridad. De lo contrario, se quitaría la vida con una sobredosis de pastillas para dormir que llevaba entre sus ropas.

Su petición fue acogida por la policía y pocas horas después un solo agente ingresó a la redacción del periódico para llevarlo hasta la comisaría, mientras docenas de periodistas rodeaban el edificio. El peor asesino en serie de la historia de Pakistán se había entregado en forma voluntaria.

Javed Iqbal Mughal nació en la ciudad de Lahore el 8 de octubre de 1961. Era el cuarto hijo de ocho varones nacidos en una familia acomodada, pertenecientes a una comunidad de comerciantes de Shadbagh. Profesaban una religión llamada Chishti Sabri, aunque no eran tan estrictos como la mayoría de los pakistaníes y tenían una visión amplia de la espiritualidad.

Su madre, Zora Perveen, era una abnegada ama de casa, y su padre, Muhammad Ali Mughal, se dedicaba al comercio de acero, por lo que no solo obtenía un sueldo considerable, sino que gozaba de una gran reputación dentro de la comunidad.

De pequeño, Iqbal demostró ser un chico brillante; tenía las mejores calificaciones de su clase. Era popular y un líder innato en su grupo de amigos. A la edad de diez años, fue escogido entre una muchedumbre por un santo de la ciudad de Karachi —el cual se encontraba peregrinando por el poblado— y cuando este le tocó la frente, Iqbal comenzó a sufrir convulsiones y tuvo que ser llevado de vuelta a casa. A partir de esa extraña experiencia, el chico comenzó a tener visiones proféticas.

El hecho preocupó a su familia, pues su hijo se convirtió en el centro de atención de todo el pueblo y varias personas lo buscaban para solicitar sus consejos. Fue tanta la presión, que el padre de Iqbal tuvo que presentarse ante el santo para que este le quitara aquellos poderes que le había otorgado.

En la escuela, Iqbal disfrutaba escribiendo todo tipo de historias, las cuales leía en voz alta en el salón, sacando aplausos de sus compañeros por su originalidad. Sin embargo, mientras cursaba la secundaria, uno de sus profesores parecía haber desarrollado cierto grado de antipatía por él. Solía llamarle la atención y lo castigaba.

De nada servían sus excelentes notas. Siempre había un motivo por el cual lo recriminaba y aquello comenzó a frustrarlo.

En una ocasión, un compañero de Iqbal hizo arder queroseno en la sala de clases a modo de broma. Por suerte nadie salió herido, sin embargo, el profesor lo culpó y lo castigó. Aquel incidente lo marcaría para siempre.

Hasta entonces, Iqbal tenía un especial sentido del honor. De hecho, manifestaba a sus cercanos que deseaba reformar la sociedad pakistaní e inspirar a otros. Ese discurso dejaba entrever una desmedida percepción de sí mismo, tal vez a raíz de los constantes elogios que recibía y por haber sido considerado por su entorno como un profeta.

Con el paso de los años, se convirtió en un adolescente solitario, con baja tolerancia a la frustración. Fue tal el nivel de hostilidad que desarrolló, que empezó a comunicarse solo a través de cartas y se excluyó de todas las reuniones y fiestas que organizaban. En casa se comportaba de forma excéntrica y cuando quería algo de sus padres amenazaba con hacerse daño si no lo complacían.

Por aquel entonces, se sentía atraído por algunos de sus compañeros de escuela. Es probable que la decisión de aislarse del resto de sus amistades estuviera influenciada por su orientación sexual, pues la homosexualidad era considerada inmoral, en contra de los valores familiares, religiosos y un crimen en Pakistán.

A finales de los años setenta, ingresó a la universidad para estudiar periodismo. Inteligente e idealista, soñaba con investigar y exponer la corrupción de su país. Sin embargo, cuando cursaba la mitad de la carrera, asistió a una manifestación en contra del primer ministro y presidente del Partido Popular, Zulfikar Ali Bhutto, en la

que junto a otros jóvenes se enfrentó a la policía. Iqbal recibió un golpe de porra en la cabeza que lo dejó en tan mal estado, que su familia decidió retirarlo de la universidad y lo instaron a que se dedicara al negocio familiar.

Sin embargo, al poco tiempo, ingresó a la Institución Faisalabad, donde cursó estudios sobre el Antiguo y Nuevo Testamento de la Biblia y otros escritos religiosos. Quizá motivado por su nueva formación, decidió ayudar a la gente pobre de la ciudad. Comenzó a recorrer las calles de Lahore entregando alimentos a los más necesitados. Afirmaba que quería terminar con las injusticias sociales y reformar las leyes imperantes, como si se tratase de un revolucionario.

Invirtió tiempo y dinero para intentar sacar de la miseria a la gente vulnerable de su pueblo, en especial a los niños. Adaptó varios salones de videojuegos con aire acondicionado, para que pudieran divertirse y olvidar, aunque fuera por un par de horas, sus precarias condiciones de vida.

A pesar de que todos estos actos de caridad parecían ser desinteresados, es probable que sus primeros instintos como depredador sexual estuvieran latentes y buscara instancias para acercarse a menores de edad sin despertar sospechas.

Mientras Iqbal llevaba a cabo su labor como benefactor de los más necesitados, su familia comenzó a presionarlo para que contrajera matrimonio. En Pakistán es costumbre que tanto hombres como mujeres formen familia a una edad temprana. Todos sus hermanos ya se habían casado, y él se vio obligado a seguir su camino a los diecisiete años con una joven a la que apenas conocía. Pocos años

más tarde tendrían un hijo, pero la relación terminó cuando la mujer lo acusó de haber violado a un niño que recogió de la calle.

Para aquel entonces, Iqbal había dado rienda suelta a sus más oscuros instintos, aprovechando su cercanía con chicos a los que conocía en las calles más pobres de la ciudad y a quienes engañaba con promesas de dinero o comida. Así, continuó cometiendo abusos a menores de edad bajo la incrédula mirada de su familia. Sus padres intuían lo que estaba ocurriendo y si bien no estaban de acuerdo, intentaban justificarlo. Decían que cuando un hombre no tiene a una mujer que pueda complacer sus necesidades, era comprensible que cayera en conductas pecaminosas, siendo finalmente cómplices de las atrocidades.

A finales de 1990, abusó sexualmente de un niño de nueve años que pasaba frente a su casa y fue descubierto por el padre de este. Fue detenido por la policía y enfrentó cargos por sodomía. Después de que los padres de Iqbal pagaran una elevada multa fue puesto en libertad, pero su reputación quedó manchada ante la sociedad y la asociación de comerciantes a la cual pertenecía su familia.

Muhammad, su padre, estaba avergonzado por todo lo ocurrido con su hijo, pero continuó apoyándolo emocional y económicamente. En 1992, lo instó a rehacer su vida. Le consiguió una novia y logró convencerlo de que se casara otra vez. Sin embargo, seis meses más tarde, se enteró de que la pareja se había separado. El hombre fallecería de un infarto tras conocer la noticia.

Gracias a la herencia que recibió de su progenitor, Iqbal decidió mudarse a la ciudad de Rana, en donde abrió un local de videojuegos con el fin de atraer a chicos jóvenes. En 1998, fue detenido y acusado de violar a dos niños. Esta vez ninguno de sus

familiares lo ayudó, por lo que tuvo que gastar todo el dinero de la herencia para salir de la cárcel.

El 17 de septiembre de ese mismo año, Iqbal sorprendió a un par de empleados que trabajaban para él intentando robarle ocho mil rupias. Al tratar de impedir que se llevaran el botín, recibió una brutal paliza que estuvo a punto de matarlo. Sufrió graves fracturas en el cráneo, la mandíbula, la espalda y permaneció inconsciente durante veintidós días en un hospital. Su condición era tan crítica, que los médicos lo desahuciaron. Durante las semanas siguientes, su madre lo acompañó todos los días, llorando a los pies de su cama. Sin embargo, después de que Iqbal recobrara la conciencia de forma milagrosa, la mujer falleció de un infarto debido al desgaste emocional que le produjo la situación.

La muerte de su madre terminó por detonar los impulsos homicidas de Iqbal, quien afirmó en una de sus cartas: «[...] Me habían golpeado. Mi cabeza estaba aplastada, mi columna vertebral rota y me quedé paralizado. Odio este mundo. Mi madre lloró por mí. Quería a cien madres llorando por sus hijos».

Primero, trató de ubicar a los dos chicos que lo habían mandado al hospital para matarlos, pero no lo consiguió. Matar policías era otra idea que le atraía, aunque, como era de esperarse, no se atrevió. Llegó a la conclusión de que asesinar niños vagabundos era lo más apropiado. Eran víctimas vulnerables, fáciles de engañar, y nadie los echaría de menos.

Las fantasías asesinas de Iqbal surgieron a partir de la frustración, la ira y las consecuencias de sus propios actos, aunque se negara a reconocerlo. Aseguraba que el sistema pakistaní era corrupto e inútil y deseaba desquitarse con la sociedad, pero al mismo tiempo

buscaba excusas para abusar de menores de edad. Su personalidad metódica y obsesiva lo obligó a fijarse una meta concreta, que sería, como sabemos, la de asesinar a un total de cien niños, tras lo cual se quitaría la vida. Su idea era causar impacto a nivel internacional y poner en ridículo a las autoridades de su país, dejando en evidencia su total ineficacia.

A finales de 1998, cuando tenía treinta y siete años, Iqbal se mudó al 16b de Ravi Road, en la ciudad de Lahore, y consiguió reclutar a un grupo de adolescentes: Mohammad Sabir, de trece años; Mohammad Nadeen, de quince; y Sajid Ahmad, de diecisiste. Ofreció pagarles para conseguir su objetivo de matar a cien niños. Si bien los tres estaban interesados en el dinero, Ahmad era un abusador de menores que participaría en los crímenes también por placer.

Gracias a su local de videojuegos, Iqbal podía atraer a docenas de chicos vagabundos que pasaban horas frente a las máquinas, ignorando el peligro que corrían. Escogía a un menor, lo engañaba con promesas de dulces o dinero y lo conducía hasta el interior de su vivienda, en donde sus cómplices lo ayudaban a reducirlo. Abusaba de él, lo estrangulaba con una cadena, lo descuartizaba, introducía los restos en ácido y, una vez disueltos, vertía los bidones en las alcantarillas que desembocaban en el río Ravi. Los cabellos eran rescatados de los desechos químicos y guardados en bolsas, pues estos podían tardar semanas en disolverse.

Iqbal llevaba un detallado registro de los horrendos asesinatos en un diario de vida que contenía todos los datos de las víctimas. También guardó sus ropas y sus zapatos para que, llegado el momento, su historia pudiera ser corroborada. Pero a pesar de todas

las pruebas que él mismo entregó a los investigadores, los testimonios de sus cómplices y las evidencias forenses halladas en su domicilio, después de entrgarse se declararía inocente de todos los cargos.

Iqbal se retractó de su declaración inicial, afirmando que todo era un malentendido y que su intención era generar conciencia con respecto a las condiciones de vida de los niños vagabundos en las calles de Pakistán, pero nadie le creyó.

Durante los dos meses que duró el juicio, los padres de los niños desaparecidos se reunieron frente a la sala del tribunal, exigiendo la pena de muerte. La fiscalía presentó ciento cinco testigos, incluidos setenta y tres familiares de las víctimas.

Uno de los abogados de Iqbal señaló que gran parte de las pruebas en contra de su defendido eran circunstanciales, pues las fotografías de los menores no demostraban que hubiesen sido asesinados. También aseguró que la ropa y los zapatos de las supuestas víctimas habían sido comprados en el mercado por su defendido para engañar a las autoridades y las bolsas con cabello humano y los restos hallados dentro de los barriles con ácido eran de res.

En cierto momento, un periodista insinuó que tres de los niños de las fotografías no estaban muertos y que habían regresado con sus familias una vez que el caso fue difundido, sin embargo sus identidades no fueron reveladas.

La defensa también presentó el testimonio de un experto forense con respecto al método del ácido empleado por Iqbal para deshacerse de sus víctimas. El especialista señaló que para disolver el cuerpo de un adolescente es necesario sumergirlo en al menos

setenta y cinco litros de sustancias corrosivas. Para conseguir el mismo efecto en un centenar de cadáveres, serían necesarios siete mil quinientos litros de ácido de venta restringida, cantidad que solo sería factible de conseguir a nivel industrial. Por otro lado, lanzar dicha cantidad por las alcantarillas en un período de apenas seis meses debería haber producido consecuencias ambientales tremendas.

Sin embargo, los antecedentes de Iqbal dejaban bastante claro que era un depredador sexual y las pruebas que él mismo entregó lo incriminaban. A pesar de que existían rumores de que tres de sus víctimas habían aparecido con vida, ninguna prueba fue presentada durante el juicio. Todo parecía apuntar a que Iqbal, en efecto, había matado a un centenar de niños con total impunidad.

El juez Allah Bakhash Rabijah se refirió al acusado diciendo: «Es Satanás en forma de humano. De hecho, es una bestia y un hombre tan cruel, que es una vergüenza etiquetarlo como ser humano».

Hasta ese momento, y a pesar del gran impacto que produjo en el país, el caso de Javed Iqbal se encontraba fuera del radar de la cultura occidental. No fue hasta que se dictó la sentencia, que la macabra historia fue difundida por diversos medios de comunicación internacionales debido a su crudeza.

El 16 de marzo del 2000, Javed Iqbal fue encontrado culpable de sodomía y cien asesinatos, y condenado a morir colgado cien veces frente a los padres de todas sus víctimas, con la misma cadena con la que las estranguló. El juez indicó que, además, su cuerpo sería cortado en cien pedazos y disuelto en ácido, tal como había hecho con los chicos que asesinó, siguiendo la Ley de Talión, también conocida como la Ley Islámica del ojo por ojo, diente por diente.

Los crímenes cometidos por Iqbal no solo horrorizaron a la opinión pública, sino también a las autoridades, quienes deseaban imponer un castigo inédito, simbólico e impactante al asesino. A pesar de que se trataba de una condena exuberante, todo el pueblo pakistaní la celebró.

Sin embargo, la sentencia sería revocada poco después por el Consejo de Ideología Islámica, el cual indicó que profanar el cadáver del asesino iba en contra de sus enseñanzas sobre el respeto por el cuerpo de la persona. De todas formas, Javed Iqbal debía ser ejecutado, pero en la horca.

Sajid Ahmad fue encontrado culpable de haber participado de forma activa en los cien asesinatos y también fue condenado a la pena de muerte. Se probó que Mohammad Nadeem participó en trece de los crímenes, mientras que Sabir lo hizo en cinco de ellos, por lo que fueron condenados a ciento ochenta y dos y sesenta y tres años de cárcel respectivamente.

Javed Iqbal era un sujeto complejo desde el punto de vista intelectual y psicológico. En una entrevista, concedida desde la cárcel de máxima seguridad de Kot Lakhpat, realizaría las siguientes declaraciones al psiquiatra Khalid Sohail:

> **Dr. Sohail:** Ahora, dígame la verdad, Javed, ¿mató usted a un centenar de niños?
> **Javed Iqbal:** ¿Cree usted que un hombre que ha sido desactivado, que apenas puede caminar, que tiene dificultades para ir al baño, es lo suficientemente fuerte como para matar un centenar de niños?
>
> **Dr. Sohail:** ¿Sabía usted que lo acusan de abusar sexualmente de los niños?
> **Javed Iqbal:** Me encantan los niños. Hice construir un centro de recreo especial con aire acondicionado para ellos, llamado Escolar de Sunnyside. He

creado centros de videojuegos para ellos. Yo quería librarlos de todos los abusos que sufren en nuestro sistema corrupto.

Dr. Sohail: Si no mató ni abusó de esos niños, ¿por qué sus discípulos confesaron en contra de usted?
Javed Iqbal: Usted debe haber leído lo que le pasó a mi compañero, Ishaq Billa. Mientras la policía investigaba el caso, se dieron cuenta de que él era un testigo clave para mi defensa y lo mataron. Así que para proteger a mis amigos, les hice decir que sí a todo lo que les pedía la policía. Fue para salvar sus vidas. Todas las confesiones acusatorias son falsas.

Dr. Sohail: Si no fue usted, ¿por qué fue a la prensa a darles la noticia falsa?
Javed Iqbal: Dr. Sohail, después de vivir en este país toda mi vida y ser parte del sistema corrupto, llegué a la conclusión de que el sistema solo puede cambiar desde el exterior. Solo cuando esta corrupción es escrutada a nivel internacional, entonces aparece una cierta esperanza para su reforma. Así que, para llamar la atención internacional, tuve que organizar un gran drama. A mí me pueden matar, pero si esto no hace que cambie esta sociedad, habrá otro Javed Iqbal.

Mira entre mis cejas... verás una señal. La mayoría de las personas tienen un espacio en blanco o pelos que unen las cejas, pero yo tengo tres puntas. Es una estrella, una señal especial de Dios.

Iqbal insistió en que los cien niños estaban con vida, pero que era responsabilidad de la policía encontrarlos. También añadió que todas las acusaciones en su contra eran falsas, incluso cuando fue arrestado en 1990 y 1998 por abuso de menores, y que las autoridades solo querían chantajearlo a él y a su familia para obtener dinero.

Poco después de las dos de la madrugada del martes 9 de octubre del 2001, uno de los guardias de la cárcel de Kot Lakhpat encontró a

Javed Iqbal y a su cómplice, Sajid Ahmad, muertos al interior de sus respectivas celdas. Varios reportes indicaban que Iqbal había intentado suicidarse en al menos doce ocasiones desde que estaba recluido, y si bien los primeros informes indicaron que se quitó la vida ingiriendo veneno, los exámenes forenses demostraron que tanto Iqbal como Ahmad presentaban señales de haber sido golpeados con un objeto contundente y que fallecieron por estrangulamiento.

Tras una breve investigación, se pudo probar que otro de los guardias había descubierto horas antes los cuerpos de Iqbal y Ahmad aquella noche, colgados del cuello con sábanas atadas a los barrotes de sus celdas. Aparentemente se había quedado dormido durante su turno, y temiendo las represalias de su descuido, desató las sábanas y dejó los cadáveres tendidos en el suelo. A pesar de todo, el informe final indicó que ambos se suicidaron.

La personalidad de Javed Iqbal era cambiante y compleja, pero lamentablemente las autoridades pakistaníes no realizaron ninguna evaluación psiquiátrica. Es probable que los fuertes golpes que recibió en la cabeza influyeran en su comportamiento y produjeran algún tipo de trastorno, aunque todos los antecedentes indican que ya era un abusador de menores con rasgos psicopáticos desde mucho antes.

También mostró ciertos rasgos psicóticos y delirios mesiánicos, pues creía ser alguien especial y que tenía que entregar un mensaje al mundo. Culpaba a las autoridades de ser corruptas, pero en el fondo se sentía frustrado por las consecuencias de sus propias acciones. Iqbal estaba seguro de que la salud de sus padres

comenzó a deteriorarse cuando fue acusado de sodomía, cargos que se negaba a reconocer.

Sus crímenes, llevados a cabo con espeluznante sangre fría, lo convierten en un asesino en serie organizado, obsesivo y calculador, que incluso se entregó a las autoridades cuando cumplió la macabra meta que se había fijado.

A pesar de que existen algunas dudas con respecto al verdadero número de víctimas de Iqbal y que sus propios alegatos durante el juicio buscaban desacreditar la investigación realizada por la policía, lo cierto es que no existen pruebas de que ninguno de estos niños siga con vida.

Tras la muerte de Javed Iqbal, el fiscal Burhan Moazzan declararía al respecto: «Muéstreme un solo niño que haya sido encontrado. No conozco a ninguno que haya regresado con sus padres. Iqbal era un monstruo y creo que mató a más de cien niños».

JUAN FERNANDO HERMOSA

EL NIÑO DEL TERROR

Ecuador

La madrugada del sábado 2 de noviembre de 1991, en la parroquia de Calderón, al norte de la ciudad de Quito, el cadáver de un taxista identificado como Jorge Aguirre fue hallado al costado de un oscuro camino con dos tiros en la cabeza. Su vehículo había sido robado y la policía no encontró ninguna pista que les ayudara a resolver el crimen.

El 23 de noviembre las autoridades fueron alertadas de un nuevo hallazgo, esta vez en el valle de los Chillos. Se trataba de otro taxista ejecutado por dos tiros en la cabeza la noche anterior. El o los delincuentes también habían robado su auto. En un inicio, este crimen no fue vinculado con los siguientes por la Brigada de Homicidios, porque se registró en la parte sur oriente de la capital de Ecuador.

El jueves 5 de diciembre otro sujeto, identificado como Giovanni Solorza, fue encontrado muerto a las afueras de Quito. Los investigadores no tardaron en descubrir que se trataba de un taxista y que el asesino se había llevado su coche.

La madrugada del viernes 13 de diciembre, el cuerpo sin vida del taxista Héctor Jaramillo fue encontrado en un sector rural de Quito,

con un disparo en la cabeza y otro en el corazón. Su vehículo no estaba en la escena del crimen.

Al día siguiente, tres taxistas fueron asesinados a tiros en incidentes separados. Las víctimas serían identificadas como Moisés Freire, Roberto Moya y Gurmecindo Ortiz. Sus cadáveres aparecieron a las afueras de la capital y, al igual que en los casos anteriores, sus taxis habían desaparecido. Todos fueron ejecutados de tiros en el pecho y la cabeza.

Aunque por aquel entonces el robo de autos era una práctica relativamente común en Ecuador, no estaban vinculados a asesinatos a sangre fría, por lo que la policía no tardó en comprender que se enfrentaba a una situación excepcional. Entre los agentes corría el rumor de que podía tratarse de delincuentes comunes especializados en robo de coches, un grupo de sicarios e incluso de una rivalidad entre cooperativas de taxis, pero no se contaba con ninguna prueba para sustentar estas hipótesis.

El 16 de diciembre, el cadáver del taxista Wilfrido Tello fue encontrado en el sector rural de Pintag. La víctima había sido ejecutada de un tiro en la cabeza. Su taxi fue robado.

La prensa local se hizo eco de la noticia y existía temor en la ciudadanía, sobre todo entre los transportistas. No solo se había registrado el asesinato de taxistas, sino también el de un par de camioneros que habían sido abordados y ejecutados de forma similar. Al mismo tiempo, otros medios de comunicación alertaban de que alguien estaba asesinando homosexuales en la capital, pues tres cadáveres habían sido encontrados en los alrededores durante las últimas semanas.

Aunque las autoridades estaban al tanto de todos estos crímenes, decidieron darle prioridad al caso de los taxistas. Y a pesar de que tanto la Brigada de Homicidios como el Cuerpo de Policía intentaron colaborar, no consiguieron avanzar demasiado. De hecho, todos los peritajes de los crímenes se realizaron de forma precaria y no se contaba con antecedentes que ayudaran a esclarecer el caso.

Según el periodista Héctor Cedeño, los conductores de la línea de taxi San Remo parecían ser los más afectados por la situación. Decidieron trabajar solo hasta las seis de la tarde, en vista de que parecían ser el blanco predilecto del asesino. Algunos incluso viajaban junto a sus esposas como copiloto, con la esperanza de que el criminal se apiadara de ellos si llegaba a abordar sus vehículos.

El sábado 3 de enero de 1992, en el sector de Carcelén, sería encontrado un nuevo cadáver. Se trataba del taxista Marcelo Sánchez, ejecutado con varios tiros en el pecho y la cabeza. Era la octava víctima y, en vista de que la policía parecía ser incapaz de resolver el caso, tanto la presión de los medios de comunicación como de la ciudadanía comenzó a ser evidente. Exigían la captura inmediata del «matataxistas».

Se realizó una reunión urgente entre las altas esferas políticas del país y se decidió llamar al mayor Fausto Terán, oficial jefe de la Brigada de Delitos Contra la Propiedad. Terán era un agente experimentado en casos de asesinato en serie e incluso había realizado un par de cursos en el FBI y en Scotland Yard. Era consciente de que resolver este tipo de crímenes era una tarea difícil, por lo que decidió formar un grupo integrado por varios investigadores al que bautizó como Centro de Operaciones de Inteligencia (COI).

El COI tenía como único objetivo capturar al asesino de taxistas vivo o muerto. Sin embargo, Terán no tardó en darse cuenta de que contaban con muy poca información, y los registros policiales y forenses estaban pobremente documentados. Pese a que todas las víctimas habían sido asesinadas con una pistola 9 milímetros, la Brigada de Homicidios contaba con apenas cinco casquillos y tres balas rescatadas de las escenas de los crímenes, cuando en total debían existir —por lo menos— treinta y cinco. Todo aquello despertó la inquietud de Terán, que de inmediato sospechó que algún agente de policía podía estar involucrado y decidió llevar a cabo la investigación a puertas cerradas.

Mientras tanto, los asesinatos continuaban y llegaron a catorce. En una de las últimas escenas, se encontró una nota que decía lo siguiente: «Primero fueron los taxistas. Luego los homosexuales y después los camioneros. Que se cuiden los perros de la OID, Oficina de Investigación del Delito».

La amenaza no solo resultaba espeluznante, sino que confirmaba las sospechas de Terán, pues estaba seguro de que todos estos casos estaban relacionados.

Una de las estrategias del COI había sido asignar a varios agentes encubiertos en las calles de Quito para recabar información. Algunos de ellos conducían taxis con la esperanza de atrapar un pasajero sospechoso, poniendo en riesgo sus propias vidas.

La madrugada del miércoles 13 de enero de 1992, uno de los agentes encubiertos escuchó cuatro disparos cerca de un camino poco concurrido de Calderón, Carapungo. En el lugar, divisó un taxi que se desplazaba a gran velocidad e inició una persecución. En el interior del vehículo viajaban cuatro jóvenes, uno de los cuales abrió

fuego a través de una de las ventanas. Pocos minutos después, el taxi se detuvo y los sospechosos consiguieron huir a pie, a excepción de uno: Luis Aníbal Quishpe Pucha, de quince años, quien fue llevado hasta la oficina del COI para ser interrogado.

Al mismo tiempo, otros agentes confirmaron el hallazgo de un cadáver en Carapungo, el mismo sitio donde se inició la persecución. Se trataba del dueño del taxi, quien fue ultimado con cuatro disparos a quemarropa.

Aquello supuso un avance importante en la investigación. Semanas antes, otro taxista, identificado como Pablo Enríquez Ceballos, realizó una denuncia por intento de robo e intento de asesinato. Según su declaración, llevaba como pasajeros a un grupo de adolescentes que lo abordaron en el norte de Quito, cuando uno de estos sacó una pistola 9 milímetros e intentó robarle el vehículo. Forcejearon y recibió un tiro en los testículos, pero consiguió escapar. A partir de entonces, se comenzó a barajar la posibilidad de que se tratara de un grupo de jóvenes delincuentes, sospecha que sería confirmada tras lo sucedido el 13 de enero en Carapungo.

Pese a la presión de los agentes del COI, en un principio Quishpe negó haber participado en los hechos, aunque parecía nervioso. Se le dejó incomunicado y, en horas de la mañana, tres jóvenes fueron a visitarlo a la comisaría. Afirmaban ser amigos de Quishpe y solo querían saber si estaba bien, pues estaban al tanto de su detención. Sin embargo, el arresto no había sido informado ni siquiera a la policía, lo que despertó las sospechas de Terán, quien los mandó a seguir. Aquella noche, nueve amigos de Quishpe serían arrestados en un operativo cercano a una discoteca, en donde pretendían asaltar otro taxi.

En total, ocho varones y dos chicas de entre quince y dieciocho años, integrantes de una banda de asaltantes, fueron derivados a la Oficina de Investigación del Delito, en donde la policía los interrogó por su supuesta participación en los crímenes de los taxistas. Y aunque varios de ellos tenían antecedentes por delitos menores como hurto o robo, ninguno se responsabilizó por los asesinatos. Sin embargo, pocas horas más tarde, uno de ellos decidió confesarlo todo. Este aseguró que, si bien él y sus amigos estaban involucrados en el caso, el verdadero asesino seguía prófugo y era conocido como Juan Carlos Hermosa Suárez, un adolescente de apenas quince años que vivía en la zona norte de la capital. Su verdadero nombre era Juan Fernando Hermosa Suárez, pero por motivos que se desconocen prefería que lo llamaran Juan Carlos.

Aparentemente, los integrantes de la banda estaban aterrorizados por el temperamento de Hermosa. De hecho, los había amenazado con matar a sus familias y a ellos mismos si se atrevían a delatarlo. Advirtieron que siempre llevaba consigo una pistola 9 milímetros, que era un gran tirador y que incluso tenía un par de granadas para defenderse, lo que despertó cierta suspicacia entre los agentes. Se trataba de un joven peligroso, pero que contara con armamento militar sonaba exagerado.

A las dos de la madrugada del jueves 14 de enero de 1992, se realizó un amplio operativo integrado por el Grupo de Intervención y Rescate y la Oficina de Investigación del Delito de la policía para arrestar a Hermosa, tomándolo por sorpresa. Uno de sus amigos reveló la ubicación de la modesta casa que compartía con su madre, Zoila Amada Suárez, de cincuenta años.

Cuando uno de los equipos se disponía a irrumpir en la vivienda, una enorme explosión derribó uno de los muros, sepultando bajo los escombros a dos agentes que, por fortuna, consiguieron sobrevivir. Se trataba del estallido de una granada. Luego comenzó una feroz balacera entre la policía y Juan Fernando Hermosa, quien disparaba con una pistola desde los techos vecinos mientras intentaba huir. Al darse cuenta de que estaba rodeado, se entregó y fue neutralizado por uno de los policías, que lo puso bajo arresto.

Cuando miembros del Grupo de Intervención y Rescate entraron al domicilio, hallaron el cadáver de la madre del sospechoso, Zoila Amada Suárez, la cual había sido acribillada en el fuego cruzado. La autopsia dictaminó que recibió entre diecinueve y veinte disparos desde distintas direcciones, lo que supondría un enorme problema para las autoridades. Aun así, el COI, la OID y la policía consideraron la operación un éxito, pues habían detenido a uno de los criminales más peligrosos de la época.

Tras su arresto, Juan Fernando Hermosa reconoció la autoría de quince asesinatos, aunque los investigadores creían que podía estar involucrado en más de veinte. Aseguró que el resto de la banda solo era cómplice y que él fue el único que disparó el arma para ejecutar a las víctimas. Justificó los crímenes diciendo que eran ladrones de autos y que el dinero lo utilizaban para comprar ropa, alcohol, drogas, artículos electrónicos y pasar las noches en locales de máquinas de videojuegos.

Una de las mayores incógnitas era cómo un adolescente había conseguido una pistola 9 milímetros, balas y una granada. Hermosa aseguró que las compró a dos policías con los que conversaba en forma regular y se inició otra investigación para identificarlos.

Ese mismo día, cientos de ciudadanos y dirigentes del gremio de los taxistas se reunieron en las calles de Quito para exigir a las autoridades que detuvieran al asesino. Habían pasado más de tres meses desde el comienzo de la ola de crímenes y el gobierno estaba siendo duramente cuestionado, por lo que el presidente de la nación, Rodrigo Borja, destituyó de su cargo al jefe de la OID y al inspector nacional de Investigaciones. Solicitó además la ayuda de las Fuerzas Armadas para resolver el caso, aunque ignoraba por completo que, en ese mismo instante, Juan Fernando Hermosa y su banda se encontraban declarando en las oficinas del COI ante el mayor Fausto Terán.

Cerca de las tres de la tarde, la policía y los integrantes del COI convocaron una rueda de prensa para comunicar a todo el país que por fin habían arrestado al responsable. Lo que nadie esperaba es que se tratase de un chico de apenas quince años.

Hermosa, con voz serena y mirada vacía, reconoció ante docenas de periodistas haber matado un total de quince personas. Dijo que disparaba a los taxistas cuando se resistían a los robos y también cuando cobraban más de lo debido por un viaje. Si bien admitió que su pandilla de amigos solía acompañarlo, se responsabilizó de todos los crímenes y no manifestó remordimiento alguno. De hecho, la frialdad de su relato dejó conmocionado a todo Ecuador y los medios de comunicación lo bautizaron como «El niño del terror».

Juan Fernando Hermosa Suárez nació en Cantón Shushufindi, provincia de Sucumbíos, Ecuador, el 28 de febrero de 1976. Un año más tarde fue dado en adopción, pues sus padres no podían mantenerlo. Su nueva familia, compuesta por el matrimonio entre Rafael Olivo Hermosa y Zoila Amada Suárez, vivía en la ciudad de

Babahoyo, pero se mudarían al norte de Quito a principios de los años ochenta. Cuando tenía siete años, Gloria, su hermana biológica, lo fue a visitar y le confesó que era adoptado. Rafael, su padre, afirmaría en una entrevista que después de aquel suceso Hermosa nunca volvió a ser el mismo. No solo se convirtió en un chico conflictivo, sino que comenzó a desquitarse con animales. A los siete años decapitaba gallinas y gatos por mero placer. Incluso coleccionaba las cabezas en su habitación.

Cuando iba en segundo grado, corrió el rumor de que Hermosa llevaba gatos a la escuela y los decapitaba con un cuchillo frente a un grupo de compañeros para luego beber su sangre. Cierto día, una de las maestras encontró la cabeza de un gato en su escritorio y avisó a la rectoría, pero no se tomó ninguna medida al respecto.

Al día siguiente, el chico se presentó ante la rectora de la escuela, sacó un gato de su mochila, lo decapitó y se bebió su sangre para demostrar que él era el responsable, tras lo cual fue expulsado. Continuaría degollando y diseccionando animales, tal vez para saciar sus fantasías sádicas, pero también para llamar la atención.

Tras estos incidentes, decidió abandonar los estudios y se dedicó a realizar hurtos y robos en las calles de la capital. Aunque pasaba gran parte del día delinquiendo, por las noches regresaba para cuidar a su madre, pues esta padecía de artritis y sordera, mientras que su padre se ausentaba de casa durante días, ya que cuidaba tierras en la provincia de Sucumbíos.

A los trece años, Hermosa robó un vehículo junto a un grupo de muchachos. Fueron detenidos y enviados a una institución de menores, de la que se fugaría al poco tiempo.

A los quince fue arrestado una vez más por robar una bicicleta. Lo enviaron al Centro de Orientación Juvenil Virgilio Guerrero, donde conocería a Luis Aníbal Quishpe, un muchacho de su misma edad que también se dedicaba al robo. Según Quishpe, Hermosa era acosado por otros chicos del penal y decidió defenderlo, por lo que se hicieron amigos.

Poco después, idearon un plan para escapar de la correccional. Reclutaron a otros cuatro internos y se acercaron a uno de los guardias con baldes llenos de excremento que habían rescatado desde las letrinas y amenazaron con lanzárselos en la cabeza. El hombre huyó y pudieron darse a la fuga fácilmente, pues las medidas de seguridad de dicho centro eran mínimas.

Una vez en la calle, Hermosa le propuso a su nuevo amigo formar una banda para realizar delitos más avezados y generar mayores ingresos. El grupo llegó a fichar a más de diez miembros de entre quince y dieciocho años, y aunque seguían robando bicicletas, Hermosa y Quishpe aspiraban a convertirse en ladrones de autos. El problema era que ninguno de los dos sabía manejar, así que le pagaron a un taxista para que les enseñara. Aprendieron a hacerlo en un taxi de la marca San Remo.

El primer robo fue un Hyunday Accent, y aunque no hirieron al dueño del vehículo, se volcaron en la carretera mientras huían y se salvaron de morir. Aquella experiencia resultó frustrante para ambos, por lo que decidieron volver a intentarlo con un taxi marca San Remo, modelo con el cual se sentían más familiarizados.

Tras el segundo robo, serían detenidos por un par de agentes en un control rutinario de carreteras, aunque ahora iban preparados. Si bien reconocieron que se trataba de un coche robado, presentaron

un par de identificaciones falsas, se hicieron pasar por hijos de oficiales y la treta funcionó. Los policías vieron la oportunidad de hacer negocio y les ofrecieron dinero por cambiar las llantas del automóvil por otras viejas, a lo que ambos chicos accedieron. Hermosa y su banda de delincuentes repetirían esta estrategia para ganar dinero cada vez que robaban un vehículo, contando con la complicidad de la propia policía.

Sin embargo, existía un problema. Muchos de los taxistas de la capital tomaban precauciones e iban armados de garrotes o machetes para protegerse de los asaltantes. Hermosa sabía que robar un vehículo era riesgoso, por lo que decidió que debían conseguir un arma de fuego. En vista de que había forjado una relación con un grupo de policías, logró convencer al cabo Wilson Romero Vickuña para que le consiguiera una pistola de 9 milímetros, mientras que las municiones las compraba al agente Rafael Puchaicela. Es muy posible que la adquisición de la granada fuera a través de este mismo medio. Fue entonces, que comenzaron los asesinatos en la ciudad de Quito.

Tras el arresto de los dos oficiales se desató una enorme polémica en torno al caso, sobre todo porque tanto Hermosa como Quishpe iban a retirar las cajas de munición en las mismas dependencias de la Oficina de Investigación del Delito, mientras toda la policía estaba tras sus pasos. Hermosa incluso encaró en televisión a Wilson Romero Vickuña, acusándolo de haberle vendido el arma homicida.

Tras varios exámenes psicológicos y psiquiátricos, se llegó a la conclusión de que Juan Fernando Hermosa no padecía de ninguna enfermedad mental, sino que se trataba de un chico con trastorno antisocial de la personalidad. Era extremadamente inteligente,

dotado de una memoria fotográfica. Incluso ayudó a guiar la investigación dando las fechas y lugares exactos de los asesinatos. Era el líder de la banda, a pesar de ser el de menor edad, y todos le temían por su carácter impredecible.

Aunque el móvil parecía ser el robo, fue incapaz de explicar la verdadera motivación de los crímenes y se limitaba a culpar a las víctimas por no colaborar durante los asaltos. Tampoco fue claro con respecto a por qué decidió asesinar a personas homosexuales. Solo se pudo averiguar que su cómplice, Luis Aníbal Quishpe, era homosexual, y quizá aquello tenía algo que ver.

Poco después, Hermosa se retractaría de sus confesiones iniciales y acusó a un general retirado, llamado Geofry Lima, de haberlos contratado para cometer los asesinatos. Hasta donde se pudo averiguar, la hija de Lima había sido violada por un taxista y terminó suicidándose. Se trataba de una acusación extremadamente grave y se realizó una investigación al respecto, pero los agentes no tardaron en descubrir que todo era mentira.

El mayor Fausto Terán estaba intrigado con la personalidad de Juan Fernando Hermosa. Aunque hablaba de forma suave, era desafiante y perspicaz. Se negaba a comer porque pensaba que querían envenenarlo y solo lo hacía si uno de los guardias probaba antes su plato de comida. Aunque llegaron a tener cierto grado de camaradería durante el proceso de investigación, Hermosa le advirtió a Terán que apenas saliera de la cárcel lo asesinaría.

Las leyes de Ecuador no estaban preparadas para afrontar dicha situación. Ninguna autoridad tenía la potestad de enviarlo a una cárcel convencional ni tampoco de encerrarlo de por vida. Se trataba del asesino en serie más joven de la historia del país, y por ser

menor de edad solo fue condenado a cuatro años de internamiento en el sector de máxima seguridad del Centro Correccional Virgilio Guerrero junto a su cómplice, Luis Aníbal Quishpe. El resto de la pandilla sería derivada a otras instituciones para cumplir condena.

Mientras estuvo tras las rejas, Hermosa supo sacarle partido a su popularidad. Muchos de los jóvenes del penal lo admiraban, algunas chicas lo visitaban e ingresaban a su celda para conocerlo y cobraba considerables sumas de dinero por entrevista. Aunque parecía tener buena relación con los guardias, muchos de ellos le temían. De hecho, le regalaban botellas de alcohol para mantenerlo a gusto y tranquilo.

Cerca de la una y media de la madrugada del 18 de junio de 1993, el mayor Fausto Terán se encontraba durmiendo en su domicilio. De pronto, se despertó al escuchar varios disparos que provenían de la calle. En ese mismo instante, recibió una llamada telefónica en donde lo alertaban de la fuga de Juan Fernando Hermosa y se coordinó rápidamente un operativo, pues Terán recordó que el joven lo había amenazado de muerte y sospechaba que se encontraba a las afueras de su vivenda, disparando un arma de fuego. Aunque varias patrullas llegaron al lugar, no lograron dar con el paradero del prófugo.

Según consta en la investigación policial, días antes Hermosa consiguió una guía telefónica en donde marcó con una cruz el número de teléfono y la dirección del mayor Fausto Terán. El 17 de junio recibió una pistola de plástico dentro del penal, facilitada por una de las enamoradas que lo visitaban a diario, identificada como Yadira Vargas Fernández. Esperó a que oscureciera y con la ayuda de otros diez menores encañonó al sargento Ángel Sailema, el único

guardia que resguardaba el lugar durante la noche. Luego le quitó su arma de servicio y lo asesinó de cinco tiros. Con la sangre del cadáver escribió un amenazador mensaje en una de las paredes, en donde advertía que asesinaría a Terán y a las familias y los miembros de la OID. Cuando Terán fue informado por teléfono, Hermosa se encontraba disparando fuera de su domicilio.

La fuga de Juan Fernando Hermosa dejó conmocionada a la opinión pública y el gobierno ecuatoriano solicitó la ayuda de los países vecinos para recapturarlo, pues existían antecedentes de que podría haber emigrado a Perú o Colombia. Pasarían tres largos meses, hasta que la policía colombiana se comunicó con las autoridades ecuatorianas para informarles que por fin habían atrapado al fugitivo en la localidad fronteriza de Orito, en donde intentaba subsistir por medio del robo.

Fue extraditado a Ecuador y volvió a ingresar al Centro de Orientación Virgilio Guerrero, desde donde ya se había fugado dos veces. Por insólito que parezca, no se formularon más cargos en su contra por el asesinato del guardia Ángel Sailema y quedó a la espera de que se cumpliera su sentencia.

Hermosa, quien a esas alturas había sido acusado formalmente de veintidós asesinatos, afirmaba que deseaba reformarse y no meterse más en problemas, hasta que fue puesto en libertad en enero de 1996, en medio de un operativo dirigido por una organización de derechos humanos que temía que el chico fuese víctima de un linchamiento por parte de la población. Incluso se corría el rumor de que Fausto Terán estaba inquieto por su liberación y que podría conspirar para hacerlo desaparecer.

Tras ser liberado, Hermosa abandonó la capital y se fue a vivir con Rafael, su padre, en la provincia de Sucumbíos. Según relataría el hombre en una entrevista años más tarde, en el documental *Tras las sombras del niño del terror*, el joven consiguió un empleo de medio tiempo, aunque la mayor parte de los pobladores preferían evitarlo. Sabían de su oscuro pasado e incluso llegaron a confrontarlo en un par de ocasiones.

Cerca de la medianoche del 26 de febrero de 1996, Juan Fernando Hermosa se encontraba en un bar junto a un par de amigos cuando fue visto por última vez. Dos días más tarde, un grupo de campesinos encontraron su cadáver enrollado con alambre de púas a las orillas del río Aguarico. Los exámenes forenses confirmaron que había sido torturado, atacado con machetes y que le dieron un par de tiros antes de aplastarle el rostro con la llanta de un vehículo, dejándolo desfigurado.

Al interior de su billetera se encontraron sus documentos, la boleta de libertad emitida por el tribunal de menores y un recorte de prensa que hablaba sobre sus crímenes, titulado *El síndrome Hermosa en todo el país*.

Versiones extraoficiales afirmaban que la noche del 26 de febrero había sido secuestrado por cinco encapuchados que conducían una camioneta. Su cuerpo sería hallado el 28 de febrero, el mismo día que cumplía los veinte años. Jamás se pudo dar con los responsables y su asesinato quedó impune.

El controversial caso de El niño del terror sigue teniendo repercusiones en la actualidad. Grupos de derechos humanos cuestionan el actuar de la policía, el COI y la OID en el operativo donde la madre de Hermosa fue acribillada. Se les acusó de

negligencia y de haber llevado a cabo una ejecución extraoficial. Sin embargo, el gobierno los condecoró por haber atrapado al asesino y resolver el caso.

En 2015, la fiscalía general del Estado abrió una investigación en contra del comandante general de la policía de la época, además de otros doce miembros del Grupo de Intervención y Rescate. La Dirección de la Comisión de la Verdad y los Derechos Humanos de la fiscalía inculpó como autor material del asesinato de Zoila Amada Suárez a un agente identificado como Francisco C., el cual fue sobreseído en octubre del 2016.

PETER SCULLY

EL CASO DE DAISY'S DESTRUCTION

Filipinas

Muchos creen, aun hoy en día, que el video Daisy's Destruction es solo una oscura leyenda urbana que circulaba en diversos foros de Internet relacionados al misterio, el gore y la pornografía extrema. Los rumores señalaban que se trataba de un metraje alojado en la *deep web*, en el cual se mostraba la tortura y el abuso sexual de una menor de solo un año y medio, y sería catalogado como lo más infame, repulsivo y perverso subido a la plataforma.

Si bien la historia se difundió rápidamente por las redes y contaba con el testimonio de cientos de cibernautas que aseguraban haber visto dicha grabación, dar con ella parecía imposible, lo que despertó el escepticismo y puso en duda su existencia.

En 2015 —y de manera inesperada —, diversos medios de comunicación internacionales dieron a conocer el caso, confirmando que el video de Daisy's Destruction era real y que Peter Scully, un australiano de cincuenta y un años que vivía en Filipinas, era quien lo había producido. Lo que saldría a la luz tras este descubrimiento fue espeluznante.

A finales de 2012, autoridades de diversos países, principalmente asiáticos y europeos, comenzaron a recibir denuncias sobre la

existencia de este video, el cual estaba dando vueltas por Internet. En él se mostraba a dos mujeres y un hombre torturando y abusando salvajemente de una niña de poco más de un año.

Se trataba de acusaciones sumamente graves, y aunque varios expertos en cibercrimen comenzaron a investigar el caso y lograron rastrear diversos foros en donde cientos de usuarios hablaban del tema, la grabación no parecía estar disponible en ningún sitio.

A mediados de la primera década del 2000, en grandes comunidades como Reddit o 4Chan, se acuñó el término de *creepypasta* para referirse a una serie de historias de terror cortas y perturbadoras que se viralizaban a través de la web, entre las que se pueden destacar las protagonizadas por personajes ficticios como Jeffthe killer, Smile dog o el afamado Slenderman. Estas adquirieron una enorme popularidad, y algunos investigadores creyeron que Daisy's Destruction podía tratarse de una simple leyenda urbana.

Pero la oscura reputación del supuesto video no solo era comentada entre los cibernautas más morbosos, sino también en círculos de pedófilos y pederastas de diversos países, cuyas conversaciones respecto al tema fueron intervenidas por las autoridades. Gracias a ellas, se pudo averiguar que al parecer dicho contenido sí existía, que estaba alojado en algún sitio de Internet no indexado a los motores de búsqueda convencionales y que su acceso era limitado.

A principios de 2013, y tras una minuciosa búsqueda, la Brigada de Investigación Tecnológica de la Policía de España dio con el primer clip, comprobando que todos los rumores eran ciertos. Este se encontraba en un lugar de la *dark web* llamado Lolita City, un sitio de pornografía infantil que utilizaba sus servicios ocultos a

través de la red Tor. Tras este hallazgo se avisó a la Interpol y en pocos días los cuerpos de policía de varios países se unieron a la investigación, encontrando otros tres videos bajo el nombre de Daisy's Destruction.

En ellos, se podía ver a una pequeña niña de rasgos asiáticos siendo sometida a todo tipo de humillaciones y torturas. Otras dos chicas, de aproximadamente doce años, también aparecían en dichos metrajes siendo ultrajadas. Los agresores eran dos mujeres jóvenes con antifaces y un hombre, al cual se le había borrado el rostro por medio de un efecto de edición, y no pudieron ser identificados.

Se probó que la serie de cuatro videos de Daisy's Destruction, fue difundida en la infame página de la *dark web* llamada Hurt2Core, en donde se almacenaba pornografía infantil.

Los videos de Daisy's Destruction eran presentados por una supuesta organización autodenominada No Limits Fun (Diversión sin límites), la que anunciaba su enfermizo producto con el siguiente mensaje:

La introducción de la destrucción
De la margarita (daisy)…

Ven a ver la ruina mental de una niña
Que perdió su inocencia…

Que se utiliza como una herramienta…

Ella va a aprender a complacer a su señora…

SU CUERPO SERÁ DEVASTADO…

SU DIGNIDAD ROBADA…

INDEFENSA

ELLA VA A DEJAR TODO PARA SU DIVERSIÓN…

IMPLACABLE

SU SEÑORA LA DESTRUIRÁ…

¿TE ATREVES A PRESENCIAR LA DESTRUCCIÓN DE DAISY?

No Limits Fun ofrecía material pornográfico para pederastas, incluyendo el acceso a transmisiones privadas en vivo, donde el administrador recibía peticiones especiales de clientes de todo el mundo, a los cuales se les podía cobrar desde cien hasta diez mil dólares por perpetrar actos aberrantes contra menores delante de la cámara. Estos sitios de la *dark web* son conocidos como las Red Rooms, salas virtuales donde usuarios pagan grandes cantidades de dinero por presenciar violaciones, torturas y asesinatos reales, además de participar a través de un chat en directo. Hasta entonces, existían muchas dudas con respecto a la existencia de estas salas. De hecho, se probó que muchas de ellas eran simples estafas. Sin embargo, este caso dejaba en evidencia que, al menos la organización No Limits Fun, iba en serio.

Los expertos en cibercrimen pudieron comprobar que No Limits Fun operaba a nivel internacional y que sus principales clientes eran de Reino Unido, Brasil, Alemania y Estados Unidos. El impactante hallazgo hizo que agencias y organizaciones de diversos países se reunieran de manera excepcional para resolver el caso. La policía federal australiana, la policía holandesa, alemana, brasileña e Interpol unieron fuerzas para encontrar a las víctimas y dar con el paradero de los creadores de No Limits Fun y los videos de Daisy's Destruction, aunque se trataba de una tarea extremadamente difícil. De momento, con lo único que contaban era con las horrendas grabaciones que debieron ser vistas una y otra vez por los detectives, con la esperanza de hallar alguna pista.

El lugar donde se grabó el video aparentaba ser el ático de una casa, y si bien se podían apreciar algunos detalles estructurales, no existían otros elementos que ayudaran a establecer el país de origen. Las dos mujeres que aparecían en el metraje sometiendo a las niñas llevaban un antifaz para ocultar sus identidades. Aun así, los expertos llegaron a la conclusión de que podía tratarse de jóvenes de origen asiático, al igual que las tres víctimas menores de edad.

El hombre que las acompañaba era un sujeto alto, delgado y de tez blanca. Su rostro había sido pixelado en un trabajo de edición, pero, en cierto momento se le escuchó dar un par de instrucciones en inglés. En un principio, la policía holandesa sospechó que su particular entonación sonaba muy similar al neerlandés, pero el oficial de la policía federal australiana, Paul Hopkins, aseguró que en realidad su acento era australiano.

Si bien la intuición de los detectives involucrados resultó ser bastante certera, mientras no se identificara el país de origen de las grabaciones, todo intento por resolver el caso sería en vano.

Durante los meses siguientes, los especialistas en cibercrimen intentaron rastrear en la *dark web* un posible quinto video, en el cual supuestamente la menor de las víctimas era asesinada ante la cámara. La pista había surgido en los mismos foros donde se hablaba del tema, pero la búsqueda no dio resultado.

En noviembre del 2014, un estudiante de nanotecnología de la universidad de La Trobe, en Melbourne, Australia, sería arrestado y acusado de ser el propietario de la red clandestina Hurt2Core, en donde los videos de Daisy's Destruction fueron difundidos por primera vez de forma gratuita. Matthew David Graham, de veintidós años, había creado varios sitios en la *dark web* para alojar todo tipo de contenido para pederastas y pedófilos. Su vínculo con Hurt2Core fue investigado por la policía canadiense, el FBI y el Europol, antes de que la policía australiana lo detuviera. Aquello permitió a los especialistas realizar un rastreo de direcciones IP, y se pudo determinar que los cuatro videos fueron subidos desde algún lugar de Filipinas y luego difundidos en Hurt2Core. Aparentemente, uno de estos se filtró en un par de foros del Internet convencional, aunque fue rápidamente eliminado. Fue entonces, que se comenzó a hablar de su existencia y surgieron las primeras denuncias.

De inmediato se avisó a las autoridades filipinas, lo que involucró al Buró Nacional de Investigaciones de dicho país, quienes además recibieron el apoyo de los oficiales que llevaban casi dos años tras la pista de la autodenominada organización No Limits Fun.

Por aquel entonces, la República de Filipinas, ubicada en el sudeste asiático, contaba con 108 millones de habitantes y más del 27 por ciento de su población se situaba bajo el umbral de la pobreza. La desaparición de menores no es nada extraño en este país, pues muchos prefieren huir de casa ante la escasez de oportunidades, los malos tratos e incluso la explotación laboral y sexual a la que a veces son sometidos por sus propias familias.

En 2015, la edad legal para el consentimiento sexual en Filipinas era de apenas doce años, lo que dificultaba la condena de personas por abuso de menores. Al mismo tiempo, muchos de estos jóvenes, al verse sumidos en la más profunda pobreza y desamparo, accedían a ser explotados sexualmente para sobrevivir.

Justamente en aquel año, Filipinas se posicionó como el epicentro mundial de la pederastia *online*, por delante de Tailandia y Turquía, según fuentes del FBI y un estudio realizado por Surfshark, empresa internacional dedicada a la producción de herramientas de seguridad informática. Para las autoridades no era descabellado pensar que una red de pederastas actuara en el país; sin embargo, el caso de No Limits Fun era excepcional, pues no solo se trataba de abuso sexual, sino también de tortura y posible asesinato.

El principal foco de la investigación fue la ciudad de Cagayán de Oro, ubicada en la isla de Mindanao, lugar donde la policía holandesa registró la desaparición de más de una docena de chicas menores de edad. No obstante, existía un caso en particular que despertó de inmediato las sospechas de varios agentes.

En septiembre del 2014, dos primas de nueve y doce años acudieron a la policía de Filipinas para realizar una grave denuncia. Afirmaron haber conocido a una joven que se les acercó en plena

calle para ofrecerles un plato de comida. La acompañaron hasta su casa, en donde vivía junto a un hombre que las recibió de manera amable, pero que a los pocos minutos las forzó a beber alcohol y mantener relaciones sexuales entre ellas. Fueron fotografiadas y grabadas con una cámara de video. Luego, el sujeto les puso un collar de perro en el cuello, abusó de ellas y las obligó a cavar dos tumbas en el sótano de la casa, donde afirmó que serían enterradas vivas si no le obedecían. Durante cinco días, las menores fueron víctimas de todo tipo de vejaciones, hasta que en cierto momento la misma joven que las había llevado hasta esa casa las liberó.

Tras la denuncia, la vivienda fue allanada por la policía, pero no había rastros de la pareja ni datos de los arrendatarios. Según los testimonios entregados por las dos menores, el agresor era un hombre de acento extranjero, blanco, delgado y de alrededor de un metro noventa, descripción que coincidía con la del sujeto que aparecía en las infames grabaciones de Daisy's Destruction.

La particular apariencia del sospechoso no pasó inadvertida por los vecinos de la zona. Identificarlo no resultó difícil, pues varias personas afirmaban haberlo visto e incluso lo apodaban el Americano. Solía presentarse como Peter Rusell o Peter Ridell, pero se pudo averiguar que su verdadero nombre era Peter Scully, un australiano de cincuenta y un años que vivía en Filipinas desde el 2011. Tenía un extenso prontuario por numerosas estafas realizadas en su país natal, aunque ningún cargo relacionado con abuso infantil.

Esta vez, las autoridades filipinas contaban con seis cargos contra él por el secuestro, abuso sexual y tortura de las dos menores raptadas en septiembre del 2014, aunque Scully demostró ser

escurridizo. Compraba y arrendaba propiedades en distintos puntos de la ciudad y las abandonaba a los pocos meses, lo que desorientó a los detectives.

Se interrogó a cientos de personas con la esperanza de dar con su paradero, hasta que finalmente el 20 de febrero del 2015 un equipo formado por el Buró Nacional de Investigaciones de Filipinas, en colaboración con agentes de la Interpol, la policía holandesa y la policía australiana, rastrearon una de las quince viviendas que Scully había adquirido en el país y lo arrestaron sin incidentes. Las imágenes de la captura incluso pudieron ser grabadas por las cámaras de los oficiales. No prestó mayor resistencia y solo pidió que le dejaran llevar su cajetilla de cigarrillos.

En su computador se encontraron cientos de gigas de pornografía infantil y los videos de Daisy's Destruction, además de otra docena de grabaciones similares en donde junto a dos mujeres filipinas abusaba de varias menores de edad.

Ante la abrumadora evidencia, Scully no tuvo más alternativa que confesar que era él quien estaba detrás de la nefasta organización No Limits Fun y que Daisy's Destruction era uno de sus productos más populares y vendidos en la *dark web*. Sin embargo negó haber asesinado a sus víctimas y aseguró que las había dejado en libertad. Creer en las palabras de Scully resultaba difícil, pues se trataba de un astuto psicópata que parecía burlarse de la policía.

Peter Gerard Scully nació en Melbourne, Australia, el 13 de enero de 1963. No existe ningún documento que entregue detalles de su infancia y juventud, aunque se sabe que contrajo matrimonio con una joven llamada Jing, a la cual *compró* por catálogo desde Tailandia y con la que tuvo dos hijos.

Era un sujeto inteligente y carismático, y gracias a sus habilidades no tardó en convertirse en un empresario exitoso. Sus compañeros de trabajo comentaban que estaba obsesionado con el dinero y que era capaz de cualquier cosa con tal de conseguir ingresos extras. Aunque no existen denuncias formales, se sabe que Scully ofrecía los servicios sexuales de su propia esposa entre amigos y socios. Incluso creó una página de Internet para prostituirla. También protagonizó un par de incidentes en los cuales la humilló de forma pública, dejándola desnuda en plena calle.

En 2009, Scully sería investigado por la Comisión de Valores e Inversiones de Australia, tras descubrirse que había realizado múltiples estafas en el mercado inmobiliario por 2.68 millones de dólares. Se declaró en banca rota, aunque se levantaron ciento diecisiete cargos en su contra por fraude. En 2011 decidió huir a Filipinas, abandonando a su esposa y sus dos hijos.

Poco después de asentarse en la ciudad de Malaybalay, al norte de la isla de Mindanao, Scully descubrió que la población filipina era más vulnerable de lo que imaginaba. Cientos de niños deambulaban por las calles en busca de ropa y comida, y ofrecían favores sexuales por apenas tres dólares. Así, comenzó a contratar los servicios de chicas menores de edad para mantener relaciones sexuales, aunque la idea de fotografiar y grabar sus encuentros con una cámara de video vino poco después.

Scully estaba al tanto de que en la *deep web* existía un floreciente mercado de pornografía infantil y vio en él la oportunidad de establecer su propio negocio. Su idea era grabar y fotografiar sus encuentros sexuales con menores y comercializar dicho contenido por Internet, aunque estaba dispuesto a llegar a extremos

inimaginables para conseguirlo. Decidió crear No Limits Fun para ocultar su identidad, no sin antes reclutar a un par de cómplices para que le ayudaran a conseguir víctimas.

Carme Ann Álvarez era una niña de catorce años que tras ser contratada por Scully terminó viviendo con él. En una entrevista al programa *60 Minutes Australia*, Álvarez sostuvo que en un principio desconocía cuáles eran las verdaderas intenciones de Scully, pero terminó involucrándose en el negocio, pues incluso fue amenazada de muerte si no colaboraba.

Scully la utilizó para atraer a otras menores hasta su vivienda en donde, tras emborracharlas y drogarlas, las grababa y fotografiaba mientras abusaba de ellas. También obligaba a Álvarez a participar en actos sexuales con las chicas, antes de dejarlas en libertad.

El material que Scully subía a la *dark web* bajo el nombre de No Limits Fun pronto comenzó a brindarle grandes beneficios y comprendió que aquello podía ser el inicio de un negocio exitoso. Su clientela era gente millonaria de Estados Unidos, Reino Unido, Brasil y Alemania. Estaban dispuestos a entregarle miles de dólares por la producción de fotografías y videos exclusivos que satisfacieran sus perversiones.

Poco después, Peter Scully conocería a otra chica de diecinueve años llamada Liezyl Margallo, con la cual entabló una relación amorosa. Álvarez y Margallo, a quienes Scully apodó Honey Sweet y Lovely respectivamente se convirtieron en sus principales cómplices. Ambas jóvenes habían sido explotadas sexualmente desde pequeñas y hasta cierto punto estaban malhabituadas al abuso y tráfico de menores. Recorrían las calles de Mindanao en busca de niñas de entre uno y diecisiete años, para ofrecerles comida y llevarlas hasta

la casa de Scully, en donde podían permanecer varios días secuestradas y sufriendo todo tipo de abusos.

Scully estaba dispuesto a llegar a niveles aún más extremos de crueldad con tal de satisfacer las necesidades de sus clientes. A los abusos sexuales se sumaron humillaciones y torturas de todo tipo en los cuales Scully, Álvarez y Margallo participaban de forma activa. Por medio de No Limits Fun, ofrecía servicios especiales para aquellos que dispusieran de más dinero, incluyendo transmisiones en vivo abusando de sus víctimas.

Scully no solo contaba con la ayuda de Álvarez y Margallo, también con la colaboración ocasional de María Dorothea Chi y Chia, una mujer que participó en la producción y edición de dichas grabaciones.

Uno de los primeros videos que No Limits Fun consiguió vender a buen precio y que obtuvo cierta popularidad en la *dark web* fue el de dos niñas siendo agredidas sexualmente frente a la cámara. Estas serían identificadas como Daisy y Queenie, de diez y once años respectivamente. Por fortuna, ambas consiguieron escapar tras cinco días de cautiverio, aprovechando un descuido de sus captores. Las menores avisaron a sus padres de lo ocurrido y estos acudieron a la policía para realizar la denuncia. Fue en una de estas grabaciones, que Scully estranguló a una de las menores hasta dejarla inconsciente. Al parecer pensó que la había matado, por lo que dejó su cuerpo en una de las fosas. Cuando la menor despertó, se dio cuenta de que sus captores no estaban en casa y pudo escapar junto a la otra chica. Tras la denuncia, la policía allanó la vivienda, pero los sospechosos ya se habían dado a la fuga y resultó imposible seguirles la pista.

El incidente enfureció a Scully, pues no solo él y sus cómplices estuvieron a punto de ser arrestados, sino que el video de Daisy, la chica de diez años de la que abusó, había despertado el interés de varios de sus clientes en la *dark web*, quienes solicitaban más material. Ante la imposibilidad de realizar una nueva grabación con la misma niña, ideó una forma de sacarle partido a la popularidad de la Daisy original.

Después de asentarse en un nuevo domicilio, y con la ayuda de Álvarez y Margallo, Scully consiguió tres nuevas víctimas: Liza, de doce años; Cindy, de once; y Barbie Obod, de solo dieciocho meses, a quien rebautizó como Daisy para su nueva serie de videos: Daisy's Destruction. Estos serían mucho más brutales que los anteriores y conseguirían llamar la atención de toda la *dark web*, tanto que puso tras su búsqueda a la Interpol y la policía de varios países.

Una vez que Scully fue arrestado, la policía pudo dar con el paradero de Barbie Obod, la misma niña que protagonizó el video de Daisy's Destruction y que, por fortuna, sobrevivió a las espantosas torturas, aunque con varias secuelas físicas. La segunda víctima, Liza, también fue localizada con vida. De Cindy no se pudo averiguar nada y comenzó a temerse lo peor.

Carme Ann Álvarez sería detenida poco después. Se mostró profundamente arrepentida y se ofreció a colaborar con la investigación. Según Álvarez, junto a Margallo solían convencer a familias de escasos recursos para que les entregaran a sus hijas. Les ofrecían estudios y un buen pasar económico, pero lejos de cumplir con su promesa, se las entregaban a Scully, quien abusó de ellas durante semanas antes de dejarlas en libertad.

Cuando la estrategia no daba resultado, Carme Ann Álvarez, Liezyl Margallo y María Dorothea Chi y Chia, salían en busca de niñas en condición de calle con la promesa de dinero, ropa o comida. Una vez que se ganaban su confianza, las invitaban a casa de Scully en donde eran sometidas.

La investigación reveló que, en ciertas ocasiones, el mismo Scully ofrecía sacos de comida a familias hambrientas para tener acceso a sus hijos y abusar de ellos, en un ejemplo horrendo de qué tan normalizada era la explotación sexual de menores en ciertas zonas empobrecidas.

Si bien Álvarez reconoció su participación en las torturas y abusos sexuales de niñas de entre uno y diecisiete años, afirmó que Scully la mantenía bajo amenaza y que le temía. Aun así, se atrevió a liberar a las dos primas que escaparon de una de las propiedades de Scully en septiembre de 2014, arriesgando su vida.

La tercera persona detenida tras las pesquisas, Liezyl Margallo, también decidió colaborar con la policía y reveló la ubicación de una de las viviendas en donde afirmaba que Scully había estrangulado con una soga a Cindy, la menor de once años que también aparecía en la serie de videos de Daisy's Destruction.

Los restos óseos de la pequeña fueron encontrados bajo el piso de la cocina y los investigadores confirmaron que su muerte quedó registrada en otra de las grabaciones halladas en el computador portátil de Peter Scully. Este hallazgo afectó a los agentes a cargo del caso, pues aún tenían la esperanza de encontrarla con vida.

Poco después, Margallo sería dejada en libertad por falta de pruebas. A pesar de que todo indicaba que era una de las mujeres que había participado en los videos de Daisy's Destruction, afirmó

ser otra víctima de Scully y que jamás realizó ningún tipo de delito, más allá de ser una testigo del crimen de Cindy.

El arresto de Peter Scully y Carme Ann Álvarez en febrero del 2015 permitió a las autoridades desbaratar una de las redes de pornografía infantil más nefastas de Internet, aunque varios agentes manifestaron su preocupación por la liberación de Liezyl Margallo.

La policía de Filipinas había recaudado cientos de pruebas contra Scully y enfrentaba setenta y cinco casos de tráfico de menores, posesión y distribución de pornografía infantil, abuso sexual, secuestro, violación, tortura y asesinato.

Cuando el horrendo caso salió a la luz en medios internacionales, Peter Scully sería bautizado como el peor pederasta de la historia y el programa australiano *60 Minutes* lo entrevistó en exclusiva, pocos meses después de su arresto. Scully reconoció todos sus crímenes y aseguró que estaba escribiendo un diario, en el cual explicaría sus verdaderas motivaciones. Sin embargo, en octubre de ese mismo año, un enorme incendio arrasó con la sala de pruebas del tribunal de justicia de Cagayán de Oro, el cual contenía prácticamente toda la evidencia que había en su contra. En el lugar se hallaba el computador de Scully, una cámara de video y un disco duro con docenas de videos producidos para No Limits Fun. Tras este incidente, Scully se retractó de su confesión inicial y se declaró inocente de todos los cargos.

Varios detectives estaban seguros de que el mismo Scully había sobornado a uno de los guardias para provocar el incendio, pero demostrarlo resultó imposible. Aun así, contaban con evidencia suficiente para enviarlo a la cárcel de por vida.

A finales de 2016, las autoridades consiguieron levantar un total de dieciséis órdenes de arresto contra una de las principales cómplices de Scully, Liezyl Margallo, de veintitrés años, a quien habían dejado en libertad un año antes por falta de pruebas. Se pudo probar que, incluso tras las rejas, Peter Scully continuó con su oscuro negocio en la *dark web* gracias a la ayuda de Margallo, con la cual mantenía contacto para engañar a jóvenes que eran violadas y torturadas por otros sujetos, contenido que luego era subido a la web.

Aquello levantó una enorme polémica, pues por lo visto Scully accedió a un teléfono móvil con Internet dentro de la cárcel, algo que está terminantemente prohibido para los reclusos. Incluso se especuló que tenía un trato preferencial, tal vez porque algunas autoridades filipinas podían estar involucradas en la compra de material audiovisual relacionado a la organización No Limits Fun.

Margallo fue detenida en un resort de la ciudad de Cebú el 25 de enero de 2017, en donde llevaba una vida de lujos gracias al financiamiento de Scully. Bajo el nombre de Gina Carpio, se jactaba en sus redes sociales de ser la afortunada esposa de un empresario ligado al mundo del *software* y que obtenía grandes ingresos.

El 16 de febrero de ese mismo año, María Dorothea Chi y Chia, otra de las cómplices de Scully, sería arrestada en Cagayán de Oro y acusada por cuatro cargos de tráfico de menores.

Los crímenes cometidos por Scully causaron tanta indignación, que varias autoridades filipinas solicitaron restaurar la pena de muerte en el país, la cual había sido abolida en el 2006. Y aunque en 2017 estuvo a punto de restablecerse, justamente a raíz de este caso, el proyecto de ley no tuvo éxito.

Aunque existía cierta expectación antes del juicio, pues mucha de la evidencia fue destruida tras el incendio de la sala de pruebas del tribunal de justicia de Cagayán de Oro en 2015, el 13 julio del 2018 Peter Scully y Carme Ann Álvarez serían encontrados culpables y condenados a cadena perpetua.

María Dorothea Chi y Chia y otros cómplices identificados como Alexander Lao, Christian Rouche, Marshall Ruskin y Haniel Caetano de Oliveira fueron acusados de complicidad y condenados a nueve años de prisión cada uno.

En noviembre del 2022, Scully recibiría una segunda condena de ciento veintinueve años, mientras que Liezyl Margallo fue sentenciada a cumplir ciento veintiséis años de cárcel.

El video de Daisy's Destruction se filtró por última vez en TikTok a principios de septiembre de 2023, generando gran controversia, pues la distribución y difusión de este material está terminantemente prohibida a nivel internacional.

Peter Scully era un psicópata sádico y narcisista, que cometió actos atroces con tal de ganar dinero y satisfacer sus propias perversiones. Es posible que descubriera que Filipinas era el lugar adecuado para montar su depravado negocio debido a la vulnerabilidad de su población y se aprovechó de los más indefensos: los niños. No solo perpetró crímenes despreciables contra menores de edad, sino que lucró con ellos y consiguió manipular a un séquito de personas que no hicieron nada para detenerlo.

Carme Ann Álvarez y Liezyl Margallo fueron sus principales cómplices. Y si bien se criaron desde pequeñas en un entorno de

carencias y maltrato que pudo influir en su comportamiento, eran conscientes y responsables de los delitos que cometieron.

El caso de No Limits Fun y Daisy's Destruction sentó un triste precedente en torno a la difusión de contenido depravado en Internet. Aún hoy se desconoce el total de víctimas fatales, aunque las autoridades creen que Peter Scully podría estar involucrado en al menos unos veinte casos de abusos sexuales que fueron grabados y distribuidos en la *dark web*.

En la entrevista al programa australiano *60 Minutes* de 2015, cuando aún no ocurría el incendio en la sala de pruebas del tribunal de justicia de Cagayán de Oro, Scully reconoció todos sus crímenes, aunque confesó que no podía explicar por qué los había cometido. Aseguró que sentía cierto arrepentimiento por el alcance de sus actos y, como ya hemos dicho, que estaba escribiendo un diario en donde detallaría todo lo ocurrido. Sonreía en forma irónica y no parecía demasiado afectado.

Quizá el momento más tenso de la entrevista fue cuando la periodista Tara Brown comenzó a confrontarlo y le hizo preguntas como esta:

> *—¿Cuál fue su reacción cuando lo arrestaron? ¿Se sintió tan patético como luce*?

Scully le dio las gracias de manera sarcástica y dijo:

> —De ahora en adelante, mi respuesta a sus preguntas será que todo estará en mi diario.

Brown preguntó por el paradero de otra chica que aún estaba desaparecida, pero Scully se negó a responder y dio por terminada la entrevista.

En una nota realizada tras el reportaje, Brown catalogó a Scully como un monstruo arrogante y evasivo que disfrutaba de la atención mediática. Curiosamente, cuando entrevistó a Carme Ann Álvarez y Liezyl Margallo se mostró mucho más empática y dócil, y evitó incomodarlas con sus preguntas.

Entrevistar a un psicópata como Peter Scully es una tarea compleja y es comprensible que despierte un rechazo inmediato, debido al perfil de sus víctimas. Sin embargo, Tara Brown tuvo la oportunidad de averiguar más acerca de su pasado, su personalidad, sus motivaciones e incluso sobre los crímenes de los que se le acusaba. Fue ella misma la que llevó la conversación a un terreno pantanoso, en donde se contentó con ofenderlo y enfrentarlo ante las cámaras de televisión, en vez de obtener una confesión registrada en video que incluso hubiese sido valiosa para levantar nuevos cargos en su contra o dar con el paradero de otras víctimas.

MIGUEL CORTÉS

EL FEMINICIDA DE IZTACALCO

México

Cerca de las diez y media de la mañana del martes 16 de abril de 2024, los residentes de un pequeño bloque de apartamentos ubicado en la primera cerrada de 16 de septiembre, en la colonia La Cruz Coyuya de la alcaldía de Iztacalco, Ciudad de México, escucharon los gritos de una mujer que pedía ayuda.

El escándalo alertó a los vecinos, quienes llamaron a la policía, mientras que otros se acercaron a la vivienda ubicada en el segundo piso para ver qué estaba ocurriendo, pero los gritos habían cesado y nadie respondía a la puerta.

En el lugar se presentaron un par de agentes que, tras ser informados de la situación, se disponían a ingresar a la fuerza, cuando de pronto la puerta se abrió y una mujer empapada en sangre salió del interior. Se trataba de Casandra Calles, de treinta y ocho años, dueña del inmueble, apuñalada ocho veces con un cuchillo en el cuello, el pecho y el abdomen.

La víctima aseguró que había sido atacada por un vecino de los pisos superiores conocido como Miguel, el cual minutos antes había ingresado a su departamento y asesinado a su hija, una joven de diecisiete años llamada María José Castillo. La chica yacía en su

habitación semidesnuda, apuñalada y estrangulada. Casandra sería llevada de inmediato al Hospital de Troncoso, pues había perdido una enorme cantidad de sangre y su vida corría peligro.

Al mismo tiempo, un grupo de vecinos y agentes de policía subieron hasta el quinto piso siguiendo varias manchas de sangre en las escaleras y barandas. Consiguieron ingresar a la fuerza al apartamento del sospechoso, el cual aún empuñaba un cuchillo, quien fue reducido y puesto bajo arresto.

Miguel Cortés, de treinta y nueve años, era un químico bacteriólogo y parasitólogo egresado de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional. Era soltero, no contaba con antecedentes penales, vivía en el mismo edificio desde hacía varios años y quienes lo habían visto aseguraban que parecía un sujeto amable y tranquilo, que pasaba casi inadvertido entre la comunidad. Pese a que Miguel se resistió en forma violenta a su detención, tras ser esposado recobró la compostura. Incluso se mostró cooperador con los oficiales y reconoció el crimen.

El incidente despertó la ira de todo el vecindario y mientras varias patrullas llegaron al lugar, una muchedumbre rodeó el inmueble amenazando con linchar al asesino. Finalmente, Miguel pudo ser sacado por un grupo de agentes entre golpes y gritos de docenas de personas enfurecidas.

La noticia fue cubierta por los medios de comunicación y difundida por redes sociales. Los primeros informativos indicaban que la madre de la menor había salido poco antes de las diez de la mañana para realizar unas compras, imágenes que quedaron registradas en las cámaras de seguridad de un inmueble cercano.

Minutos más tarde, el asesino se acercó y entró a la vivienda con unas copias de las llaves de la puerta principal y sorprendió a María José en su habitación, completamente sola. Tras violarla, apuñalarla y estrangularla hasta la muerte, fue descubierto por la madre de esta, quien regresó de las compras, y se produjo una fuerte pelea. La mujer lo reconoció, comenzó a gritar y le ordenó que se alejara de su hija, pero recibió varias puñaladas y luego se desmayó tras ser estrangulada por el agresor.

Poco después recobró el sentido, abrió la puerta del departamento y fue socorrida por sus vecinos, que llegaron alertados por sus gritos. Fueron estos mismos quienes después subieron las escaleras y acorralaron al asesino antes de que fuese detenido por la policía.

Una chica de tan solo diecisiete años había sido brutalmente asesinada y ultrajada al interior de su propia vivienda y la madre se encontraba al borde de la muerte. El responsable, quien sería identificado al inicio como Miguel N, reconoció su participación en los hechos y detalló con frialdad sus actos.

Durante décadas, las autoridades mexicanas han debido lidiar con casos de feminicidios flagrantes que han conmovido e indignado a todo el país. El asesinato de María José Castillo y el intento de asesinato de su madre, Casandra Calles, parecía ser uno más que se sumaba a una enorme lista de crímenes similares y, por desgracia, demasiado comunes en México.

Sin embargo, dos días más tarde, el 18 de abril, el encargado de despacho de la Fiscalía General de la Ciudad de México, Ulises Lara, despachó un comunicado alarmante, en el cual informaba que en el departamento del presunto asesino se habían hallado restos de otros cadáveres, manchas de sangre, un serrucho con tejido humano,

productos químicos e instrumental quirúrgico, además de celulares, prendas femeninas e identificaciones de varias jóvenes reportadas como desaparecidas en los últimos años. Los oficiales a cargo del allanamiento también encontraron tres libretas, un disco duro y una memoria USB en donde Miguel N registraba de forma meticulosa los crímenes que llevaba cometiendo desde hacía más de una década.

La noticia de que un posible asesino en serie había sido descubierto en Ciudad de México causó repudio, sobre todo en redes sociales, donde de manera extraoficial se aseguró que en la vivienda del criminal se encontraron cinco cráneos, docenas de huesos y varios restos humanos en frascos dentro de un refrigerador, un detalle escabroso que recordó al asesino estadounidense Jeffrey Dahmer. No existía certeza del total de víctimas, pero los investigadores creían que el sospechoso debía estar implicado en la desaparición y asesinato de al menos otras siete mujeres, mientras que medios amarillistas insinuaban que la cifra podía elevarse a veinte.

Lejos de estar preocupado, Miguel parecía disfrutar de la exposición mediática que recibía el caso. De hecho, tras ser arrestado el 16 de abril posó sonriente ante la cámara de uno de los agentes mientras era llevado hasta la comisaría. En su rostro se podían ver las marcas que le dejó Casandra al intentar defender a su hija. Miguel sabía que había llegado la hora de confesar todos sus crímenes y que finalmente sería reconocido como un asesino en serie.

Miguel Cortés Miranda nació el 25 de octubre de 1984 en la alcaldía Gustavo A. Madero, Ciudad de México. Él y su hermana Claudia fueron criados por sus padres en un entorno estricto, en

donde no solo se les obligaba a estudiar todos los días, sino a obtener excelentes calificaciones.

Miguel Cortés Jiménez, su padre, era un reconocido maestro de la UNAM y químico bacteriólogo y parasitólogo en el Instituto Politécnico Nacional. Sería descrito como un hombre autoritario y enfocado en la educación de sus hijos, a quienes les inculcó el interés por su carrera.

Miguel Cortés hijo se destacó en la escuela por ser un chico amable, tranquilo, inteligente y aplicado, con un rendimiento académico sobresaliente. Y si bien no tuvo mayores problemas de adaptación y sociabilizaba con sus compañeros, prefería pasar la mayor parte del tiempo leyendo.

La influencia de su padre lo llevó a interesarse en la química desde pequeño y solía utilizar líquidos corrosivos que vertía sobre los autos de su vecindario, para ver cómo se destruía la pintura de la carrocería. Aquellos pequeños actos vandálicos quedaban impunes, lo que tal vez le proporcionaba cierta satisfacción. Años más tarde, algunos de sus vecinos afirmaron que durante su adolescencia llegó a matar animales pequeños del barrio para disolverlos con ácido, por lo que sus conductas antisociales iban en aumento.

Miguel ingresó al Instituto Politécnico Nacional para convertirse en químico bacteriólogo y parasitólogo, siguiendo los pasos de su padre, y no tardó en destacarse por sobre los demás. Era responsable, obtenía excelentes notas y sus profesores coincidían en que era uno de los alumnos más avanzados de la clase.

En octubre de 2008, cuando aún se encontraba cursando su carrera, consiguió un empleo en un laboratorio dedicado al análisis de agua y alimentos, en donde una vez más dejó una grata

impresión ante su jefatura y compañeros de trabajo. No solo era alguien eficiente y que trabajaba de forma metódica, sino que tenía un trato correcto con todo el personal.

Dos años más tarde, en agosto de 2010, consiguió un nuevo empleo en Orthin Laboratorio, una empresa de análisis de muestras clínicas ubicada en la colonia La Cruz Coyuya, en la alcaldía de Iztacalco, y se mudó a un sencillo apartamento cercano a su lugar de trabajo. Pese a que era un joven de trato amable, no hablaba con ninguno de sus vecinos. Era extremadamente sigiloso y algunos de los residentes del inmueble incluso aseguraron que, en más de una década viviendo en el mismo lugar, rara vez se lo toparon por los pasillos.

Los padres de Miguel se sentían orgullosos de la vida que construía su hijo. Había obtenido su título, hablaba tres idiomas, tenía excelentes referencias profesionales, un buen empleo y se había independizado. Se podría decir que era un joven en apariencia normal, pero lo cierto es que detrás de esa máscara se escondía una personalidad oscura, sádica y retorcida.

Durante toda su vida, familiares y conocidos alabaron su inteligencia y dedicación por los estudios, lo que terminó por convertirlo en alguien arrogante. Era incapaz de conectar emocionalmente con su entorno porque despreciaba al resto de las personas, pero sabía cómo disimularlo para aparentar ser alguien humilde. Se desconoce si por aquel entonces tuvo algún tipo de relación sentimental, pero lo cierto era que no tenía amigos y pasaba gran parte del tiempo solo.

Odiaba a las mujeres. Según afirmó ante los investigadores tras ser detenido, aquello se debía a que de pequeño había sido abusado

sexualmente por su padre y que ni su madre ni su hermana intervinieron para ayudarlo. Claudia, la hermana de Miguel, concedió una entrevista a Telediario poco después de enterarse de dichas declaraciones y aseguró que aquello era falso, aunque sí reconoció que su padre era un hombre autoritario y que fueron víctimas de maltrato físico y psicológico cuando eran niños. También expresó que en su familia jamás sospecharon que su hermano podía ser un asesino, pues nunca tuvo conductas violentas y había progresado bastante rápido en el ámbito profesional. Tenía dinero, tres propiedades y viajaba con frecuencia.

Además de inteligente, Miguel era un joven culto. Le gustaba el teatro, la música y era un asiduo lector de poesía y novelas clásicas. Una de sus favoritas era *El perfume*, del alemán Patrick Suskind, la cual narra la historia de un asesino que mata a sus víctimas para robarles el aroma y crear así la fragancia perfecta. También solía leer libros sobre psicología, criminología, asesinos en serie y estaba obsesionado con psicópatas como Ted Bundy o Jeffrey Dahmer, a quienes admiraba.

Es probable que sus fantasías asesinas surgieran durante la preadolescencia y resulta evidente que su fascinación por la muerte fue algo que él mismo cultivó a lo largo de su vida. Ahora que era independiente, vivía solo y tenía su propio departamento, se sentía con la libertad de hacer lo que se le antojara. La idea de convertirse en uno de los asesinos que tanto admiraba le pareció cada vez más atractiva. Se ignora si su primer crimen fue planificado o más bien impulsivo, pero la idea de matar siempre estuvo ahí.

La madrugada del 2 de agosto de 2012, una joven de dieciocho años identificada como Amairany Roblero González fue denunciada

como desaparecida en la ciudad de Iztapalapa. Se trataba de una chica responsable, que siempre avisaba a su familia a donde iba, pero aquella vez ni siquiera respondía su teléfono celular. A pesar de que sus padres insistieron en que el caso fuera investigado, las autoridades tuvieron un trato displicente e irrespetuoso con ellos, y según la madre de la chica les aconsejaron que esperaran un par de meses, porque aseguraban que posiblemente se había dado a la fuga con algún muchacho y regresaría embarazada. La familia de Amairany utilizó sus propios recursos para buscarla y descubrieron que, durante las últimas semanas, se había enviado varios mensajes de texto con un sujeto mayor identificado como Miguel Cortés, de veintisiete años.

Este se presentó de manera voluntaria a declarar ante la policía, y si bien reconoció haberla visto el día de la desaparición, aseguró que no tenía idea de dónde podía estar. Según Miguel, el 1 de agosto la chica le pidió que la acompañara a retirar unas fotos de su graduación a su antigua escuela, pero tuvieron una leve discusión y tardó tanto en salir del establecimiento, que al final se marchó. El testimonio de Miguel despertó desconfianza en la madre de Amairany, Cecilia González, porque dichas fotos habían sido recogidas días antes y ella misma las tenía en su poder. Aun así, no existía ninguna prueba de que Miguel estuviese involucrado en la desaparición. La policía no siguió investigándolo porque no tenía antecedentes penales y era un profesional respetado, aunque la familia de la chica manifestó sus sospechas.

Cuatro meses más tarde, el 2 de diciembre, una joven de veintiún años identificada como Karen Ornelas Baltazar desapareció tras reunirse con unos amigos. Dos días después, su cadáver sería

encontrado cerca de la estación Coyuya del metro de Iztacalco, en Ciudad de México.

Karen trabajaba como laboratorista en Orthin Laboratorios. La noche anterior había celebrado su cumpleaños en el departamento de Miguel Cortés, su compañero de trabajo. Según declaraciones de Blanca Salas —una de sus amigas—, aquella noche Karen, otra chica no identificada y ella misma se quedaron a dormir en el departamento una vez que terminó la fiesta, pues se les había hecho tarde. Sin embargo, cuando despertaron, cerca de las seis y media de la mañana, notaron que Karen y Miguel no estaban en el lugar. Miguel regresó poco después del mediodía y aseguró que había acompañado a la joven hasta la estación de metro Coyuya y que supuso que se dirigía a su casa.

El mismo Miguel volvió a entregar su testimonio a la policía para ayudar con la investigación. Sin embargo, tras el hallazgo del cuerpo, los resultados de la autopsia fueron poco concluyentes. A pesar de que tenía algunos moretones en el rostro y el cuello, los médicos creían que podía haber fallecido a causa de un consumo excesivo de alcohol y que las contusiones se debieron a una caída. Un detalle que hizo pensar a sus familiares que alguien más podía estar involucrado fue el hecho de que su teléfono celular jamás fue encontrado. Blanca Salas, la amiga de la víctima, declaró en una entrevista cedida a Foro TV que nadie sospechó de Miguel, el cual incluso estuvo presente en el velorio de la joven y parecía afectado por su repentina muerte.

Se desconocen los verdaderos motivos, pero ese mismo año Miguel abandonó su trabajo en Orthin Laboratorios. Mientras que algunas fuentes señalan que él mismo presentó su renuncia, otras

indican que en realidad fue despedido. Aun así, encontrar un nuevo empleo no le supuso mayores inconvenientes.

Varios meses antes, a principios del 2012, Miguel había conocido a otra chica de veinte años identificada como Frida Sofía Lima Rivera, la cual provenía del estado de Morelos y se había mudado a Iztacalco, justamente a la colonia La Cruz, para ingresar al Instituto Politécnico Nacional. La joven arrendaba un cuarto a pocas cuadras del departamento de Miguel y se volvieron amigos a pesar de la diferencia de edad. Frida incluso publicó un par de fotografías junto al hombre en su perfil de Facebook, al cual agradecía su amistad y apoyo incondicional, refiriéndose a él como un mentor y figura paterna.

Frida había demostrado adaptarse bien a la vida citadina. Era una chica de carácter fuerte, independiente y con claras convicciones. Sin embargo, en diciembre del 2014 dejó de comunicarse con sus padres y desapareció sin dejar rastro. La denuncia solo sería realizada el 7 de febrero del 2015, cuando su familia viajó hasta Ciudad de México para alertar a las autoridades.

En una de las últimas fotografías que había subido a sus redes sociales, Frida aparecía en compañía de su amigo, Miguel Cortés, el cual fue interrogado por la policía. Y si bien este se mostró afectado por la desaparición de la joven e incluso colaboró en su búsqueda, aseguró que no sabía dónde estaba y los investigadores lo descartaron como sospechoso.

Para aquel entonces, Miguel había sido interrogado por la muerte de una compañera de trabajo y la desaparición de dos chicas que habían sido sus amigas, una coincidencia que resultaba extraña. Que

las autoridades no ordenaran ninguna investigación en su contra, pronto sería catalogado de insólito y vergonzoso.

De hecho, en octubre de 2015 Miguel publicó en sus redes sociales un extenso y macabro escrito titulado «Te extrañaré», en el cual parecía estar relatando un crimen con tintes necrófilos que tampoco llamó mayormente la atención de sus contactos. Parte de este decía lo siguiente:

> Hace tiempo te vi morir, moriste sepultada por pequeños cristales. Tu piel se manchó de sangre y tu cuerpo cambió de tonalidad a rojo escarlata. Cubierta de sangre te puse en un altar y lloré a tus pies. Decidí quedarme contigo, mejor dicho, con tu cuerpo inerte; esperaría que en cualquier momento abrieras los ojos, o simplemente moriría a tus pies.
>
> No tardé mucho en darme cuenta de que tus manos no se movieron. Descubrí que tu cuerpo era duro y me asusté cuando noté que estabas fría. Toqué tu espalda y no era otra cosa más que tu ropa. Toqué tu cuello y no era más que piedra.
>
> Pasó algún tiempo para que la sangre de tu cuerpo comenzara a acercarse, se formaron grietas que cortaron tu piel, tus dedos comenzaron a partirse y todo tu cuerpo se fragmentaba, te transformabas en polvo. Y la brisa ligera del lugar se llevaba tu cuerpo, pequeñas partículas suspendidas en el aire que volaban a mi alrededor, partículas que alguna vez aspiré y otras tantas penetraban mis ojos. Fue difícil, pues, aunque yo no quería te fuiste, yo deseaba morir a tu lado, pero se volvió imposible.
>
> Aferrado a un cuerpo inerte, quiero besarte, pero cuando lo hago ya no es lo mismo, no puedo saber si lo deseas o lo rechazas, no me gusta esta sensación, dije que moriría a tu lado, pero esto es diferente.

Era un hecho que Miguel solía realizar publicaciones un tanto oscuras, casi siempre relacionadas con la muerte o la decepción amorosa, lo que hasta cierto punto podría indicar que además

atravesaba una profunda depresión. Sin embargo, en este caso, queda en evidencia que estaba haciendo referencia a uno de sus crímenes, quizá al de Frida Sofía Lima, romantizándolo de manera repugnante.

Tras haber abandonado Orthin Laboratorios en 2012, Miguel consiguió varios empleos administrativos no relacionados a su carrera, pero renunciaba a los pocos meses. Parecía estar más interesado en viajar, escribir poesía y participar en obras de teatro como actor y guionista, actividades que difundía a través de su página de Facebook. También comenzó a formar parte de movimientos a favor de los derechos animales, se volvió vegano y asistía a marchas feministas mostrando su apoyo a la comunidad. Sin embargo, todo era una simple excusa para acercarse a mujeres jóvenes. Y si bien aparentaba tener una vida social bastante activa, seguía siendo un sujeto más bien solitario y de pocos amigos.

En marzo de 2017, Miguel comenzó a trabajar en otro laboratorio, en donde otra vez se desempeñó como químico. Dos meses más tarde, se integraría al equipo de Viviana Elizabeth Garrido Ibarra, de treinta años. Estaba casada, tenía una hija pequeña y se había titulado como ingeniera bioquímica industrial.

El viernes 30 de noviembre de 2018, a poco más de un año de su ingreso al laboratorio, Viviana y una compañera de trabajo terminaron su jornada y tomaron un autobús para dirigirse a sus hogares. Llegaron a las afueras de la estación de metro la Ermita, en la alcaldía Benito Juárez, cerca de las seis de la tarde, y se despidieron. Esa fue la última vez que la joven fue vista con vida.

La desaparición de Viviana tuvo una considerable repercusión en la ciudadanía y tanto su familia como el Centro de Apoyo a Personas

Extraviadas y Ausentes dieron a conocer el caso por diversos medios de comunicación. Se difundieron volantes, afiches y se realizaron varias publicaciones en redes sociales para intentar dar con el paradero de la joven, pero todo resultó inútil. A pesar de que las autoridades interrogaron a familiares, amigos y conocidos, tampoco dieron con un sospechoso. Con respecto a sus compañeros de trabajo, Miguel Cortés no fue considerado dentro de la investigación, pues había renunciado al empleo tres meses antes de la desaparición de Viviana.

En mayo de 2019, Miguel comenzó a trabajar en el Hospital Ángeles de México, en Interlomas, una institución médica privada de alto nivel. Fue allí donde se reencontró con una excompañera de trabajo que había conocido en un laboratorio en 2013. La mujer, identificada como Claudia Andrea Aguilar, de treinta y seis años, tenía una buena impresión de Miguel. Lo recordaba como un hombre culto, educado y tranquilo, por lo que comenzaron a salir y al poco tiempo iniciaron una relación amorosa.

Sin embargo, el 31 de diciembre de ese mismo año, Claudia sería encontrada muerta al interior de su vivienda, en Azcapotzalco. Los exámenes forenses indicaron que había fallecido por causas naturales debido a un fallo cardiorrespiratorio, pero su familia tenía dudas y creía que alguien más estaba involucrado en su muerte.

Claudia, su hija y su madre habían viajado a Morelos a pasar la Navidad pocos días antes, pero la mañana del 27 de diciembre la mujer regresó a Iztacalco porque debía presentarse en su trabajo. Cerca de las diez de la noche su madre la llamó por teléfono para saber si había llegado bien, y la notó algo cortante. Claudia insistió en que no le ocurría nada y le prometió que la llamaría al día

siguiente, sin embargo, aquello no ocurrió. Cuando el 31 de diciembre uno de sus hermanos se presentó en su casa, ya que no respondía al teléfono, la encontró tendida sobre su cama, muerta y en estado de putrefacción. La autopsia indicaba que había fallecido casi cuatro días antes del hallazgo.

En el lugar había un par de cosas que para la familia no terminaban de encajar. La puerta principal no tenía pestillo ni llave. Las llaves de la casa estaban en el piso, algo extraño, porque Claudia era muy ordenada. También se hallaron tres toallas cubriendo la parte baja de la puerta de la habitación, como si alguien las hubiese puesto para evitar que saliera el olor a descomposición. Tampoco pudieron encontrar su teléfono celular ni sus documentos.

Lo más inquietante ocurrió en enero de 2020, cuando pocos días después de la muerte de la joven aparecía como conectada en su WhatsApp y se registraron compras con su tarjeta bancaria.

Aunque los familiares de Claudia presionaron a las autoridades para que se esclarecieran las causas de su muerte, fueron ignorados. Para la fiscalía no había nada que investigar, ya que según ellos no se trataba de ningún crimen. Por ese motivo, el novio de la fallecida, Miguel Cortés, ni siquiera fue interrogado.

A diferencia de otros asesinos en serie, los cuales seleccionan víctimas que no conocen y con las cuales difícilmente pueden ser relacionados, Miguel atacaba a mujeres de su círculo cercano con total desfachatez. A la fecha, su nombre aparecía en tres expedientes policiales como posible testigo de un crimen y dos desapariciones, pero jamás fue investigado ni considerado como un real sospechoso. Es probable que, debido a aquella sensación de

impunidad, decidiera no cambiar el perfil de sus víctimas, aunque también habría asesinado a un par de trabajadoras sexuales meses antes de ser arrestado.

Miguel Cortés llevaba viviendo más de diez años en la planta alta de un pequeño edificio ubicado en la primera cerrada de 16 de septiembre, en la colonia La Cruz Coyuya de la alcaldía de Iztacalco. En el segundo piso vivían Casandra Calles y sus dos hijas adolescentes, una de las cuales llamó la atención del psicópata: María José Castillo. Si bien algunos medios aseguran que la familia se había mudado hacía poco al lugar, lo cierto es que vivían allí desde hacía ocho años y se habían topado con Miguel en más de una ocasión. Aunque Casandra notó que el hombre miraba de vez en cuando a su hija, lo hacía de forma disimulada y tímida, y nunca intentó acercársele. Supuso que la encontraba atractiva, pero jamás se imaginó que estaba obsesionado con ella, ni mucho menos que planeaba asesinarla.

Tras ser detenido y confesar el crimen, Miguel afirmó que conocía a la perfección los horarios y rutinas de Casandra y sus hijas. De hecho, había ingresado en varias ocasiones a su departamento cuando este se encontraba vacío, pues había sacado una copia de las llaves de la puerta principal, y recorría la habitación de María José para excitarse y fantasear con ella.

Las conductas parafílicas de Miguel se prolongaron durante más de un año, hasta que la mañana del martes 16 de abril de 2024 esperó a que Casandra abandonara el departamento para ingresar, imágenes que quedaron registradas en una cámara de seguridad. Sin embargo, una vez que se acercó a la habitación de María José y se encontró con la joven, comenzó a atacarla porque supuestamente

sintió pánico al verse descubierto. Tras apuñalarla y estrangularla decidió abusar del cadáver, momento en el cual fue sorprendido por la madre de la víctima, que había regresado de improviso. Casandra sobrevivió a las graves heridas que le propinó el asesino antes de darse a la fuga y pudo alertar a los vecinos, los cuales al final ayudaron a detenerlo dentro del mismo edificio.

Considerando el alto grado de planificación de los ataques perpetrados por Miguel Cortés, resulta difícil creer que no estaba al tanto de que María José estaba sola el día del crimen. De hecho, lo más probable es que llevara esperando días, semanas o incluso meses hasta encontrar el momento apropiado para ingresar al domicilio y no toparse con el resto de su familia.

El asesinato de María José Castillo y el intento de asesinato de su madre, Casandra Calles, destaparon una de las historias policiales más macabras de México en la última década. Los horrendos hallazgos de restos humanos en su departamento indicaban que había al menos otras siete víctimas no identificadas. Fue solo entonces que las muertes y extrañas desapariciones que giraron en torno a Miguel a lo largo de su vida tomaron un significado distinto. El hecho de que la policía jamás lo considerara sospechoso resultaba indignante.

Los familiares de las jóvenes desaparecidas de Iztacalco, que de alguna u otra forma habían conocido a Miguel Cortés, acudieron a las autoridades cuando el caso fue difundido por los medios de comunicación y sus peores temores fueron confirmados. Gracias a exámenes de ADN rescatados de los restos humanos hallados en el departamento del asesino, sus identidades fueron confirmadas. Entre ellas se encontraban Amairany Roblero González, Frida Sofía

Lima Rivera y Viviana Elizabeth Garrido Ibarra, además de otras tres mujeres identificadas como Norma Elena, Cinthia Cecilia y Laura, sobre las cuales no existe más información.

También era muy probable que fuera el responsable de los asesinatos de su excompañera de trabajo Karen Ornelas Baltazar, cuyo cadáver fue encontrado cerca de la estación de metro Iztacalco el 2 de diciembre del 2012 y el de su exnovia, Claudia Andrea Aguilar, en 2019.

Por lo visto, el *modus operandi* de Miguel Cortés era consistente, aunque con algunas variantes ocasionales. Sus víctimas solían ser jóvenes que conocía y con las cuales tenía algún tipo de relación ya fuera laboral, amorosa o de simple amistad. Se ganaba su confianza y las engañaba para que lo acompañaran a su departamento, en donde las asfixiaba y abusaba de ellas. Luego las descuartizaba con un serrucho y disolvía gran parte del cadáver en sustancias corrosivas, las cuales lanzaba por el inodoro.

No solo coleccionaba su ropa interior, credenciales de identidad y celulares, sino también sus cráneos, huesos y algunos restos que escondía en el refrigerador, una conducta fetichista y con tintes necrófilos que deja en evidencia una necesidad de control y posesión enfermiza. De hecho, su obsesión llegaba a tal punto, que incluso cronometraba el tiempo que tardaban los restos humanos en disolverse con el ácido, un detalle que dejó registrado en sus libretas de anotaciones.

Sin embargo, Miguel no siempre actuaba de la misma forma. El asesinato de Karen Ornelas Baltazar debió haberse cometido en plena calle, muy cerca de la estación Coyuya del metro Iztacalco donde su cuerpo fue encontrado, mientras que su exnovia Claudia

Andrea Aguilar y su vecina María José Castillo fueron atacadas en sus propios domicilios, un *modus operandi* mucho más riesgoso.

Si bien algunos medios indicaban que la cantidad de víctimas podía sobrepasar las veinte, porque en el departamento del asesino se encontraron docenas de documentos de otras mujeres, muchas de ellas fueron encontradas con vida. Aun así, los investigadores estaban seguros de que podía estar involucrado en otras desapariciones.

Durante su estancia en el Reclusorio Preventivo Varonil Oriente de la Ciudad de México, y mientras estaba a la espera de ser juzgado por sus crímenes, Miguel fue aislado del resto de la población penal y ni su madre ni su hermana fueron a visitarlo. En cuanto a su padre, este había fallecido varios años antes, durante la pandemia.

Se temía que Miguel fuese linchado por los otros reclusos y se asignó a un grupo de guardias para evitar que intentara quitarse la vida. Había perdido varios kilos, pasaba la mayor parte del tiempo leyendo, parecía estar atravesando una depresión severa y estaba bajo un tratamiento con medicamentos controlados.

Según indicó la abogada y consejera jurídica de las víctimas, Erendali Trujillo, la cual tuvo la oportunidad de entrevistar a Miguel Cortés dentro de la cárcel, este se jactaba de sus crímenes, aunque le frustraba no recibir demasiado reconocimiento como los infames asesinos en serie que tanto admiraba.

Trujillo notó que, si bien Miguel era arrogante, se comportó de manera educada y en ningún momento intentó pasarse de listo. La única condición que había puesto antes de la entrevista, era que le llevara un libro titulado *Manual del asesinato en serie. Aspectos criminológicos,* de Juan Francisco Alcaraz Albertos.

El trabajo de Trujillo permitió perfilar a Miguel Cortés como un psicópata frío, manipulador y calculador, que actuó en sus plenas facultades y que por ende era responsable de sus actos, independientemente de sus conductas fetichistas y necrófilas.

Las autoridades mexicanas se habían comprometido con los familiares de las víctimas a que se haría justicia. Sin embargo, la madrugada del domingo 13 de abril de 2025, a casi un año de su arresto y el mismo día que debía presentarse a una audiencia, Miguel fue trasladado de urgencia al Hospital General de Iztapalapa en donde poco después sería declarado muerto. Los exámenes forenses indicaron que falleció a causa de una intoxicación con medicamentos que le produjeron un paro cardiorrespiratorio, sumado a un traumatismo craneoencefálico que sufrió al caer de su litera.

La inesperada muerte de Miguel Cortés levantó una nueva ola de críticas por parte de la ciudadanía y sobre todo por los familiares de las víctimas. Casandra Calles, la madre de María José y quien por fortuna había sobrevivido al intento de asesinato, hizo una aparición pública pocos días más tarde junto a su otra hija y una de sus hermanas, en donde realizó una dura crítica a la fiscalía: «Yo le entregué a las autoridades a Miguel y las autoridades muestran nuevamente su incompetencia. Nunca hubo la justicia que yo y todas las demás madres esperamos por nuestras hijas».

Casandra también narró con detalles el terrible asesinato de su hija y las secuelas de su encuentro con Miguel, el cual estuvo a punto de matarla.

Al mismo tiempo Fernanda, la hermana menor de María José, declaró ante las cámaras de televisión que tres días antes de que

Miguel Cortés falleciera, la había llamado a su teléfono celular desde la cárcel para pedir, supuestamente, perdón a la familia. Sin embargo, cuando la joven comenzó a gritarle e insultarlo, este se echó a reír, asegurando que en realidad no sentía remordimientos. Incluso le confesó que la cantidad total de víctimas en realidad se acercaba a las treinta, y que planeaba contarle todo a la policía en su debido momento.

El hecho de que Miguel Cortés falleciera justo antes de su audiencia por cargos de feminicidio y bajo la custodia del Estado fue un golpe devastador para todas las familias que estaban a la espera de un proceso y una sentencia. También fue indignante que el asesino hubiese conseguido el número telefónico de la hermana de María José y la llamara para burlarse de ella y su familia, asunto que jamás pudo esclarecerse.

Por desgracia, y para efectos legales, Miguel Cortés murió y jamás pagó por sus crímenes.

ANDRÉS MENDOZA

EL CANÍBAL DE ATIZAPÁN

México

La noche del viernes 14 de mayo de 2021, Bruno Portillo, jefe de policía y comandante de las fuerzas especiales del municipio de Tlalnepantla de Baz, en el Estado de México, regresaba a su vivienda tras terminar su jornada laboral cuando notó que algo no iba bien. Había llamado en repetidas ocasiones al celular de su esposa, Reyna González, para que le abriera la puerta del garaje, pero la mujer no respondió. Al ingresar al inmueble por la puerta principal, encontró a sus dos hijas, de ocho y cuatro años, completamente solas.

Aquel día, las niñas habían sido llevadas de la escuela por una persona que las recogía con regularidad, pero se suponía que Reyna debía estar en casa con ellas desde hacía varias horas. Como la mujer no respondía su teléfono, Bruno sospechó que podía haber sufrido un accidente, así que subió a sus hijas al vehículo y se dirigió a diversos hospitales de la zona en busca de su esposa, pero sus esfuerzos fueron en vano.

La desaparición de Reyna era preocupante. Bruno sabía que la otra posibilidad era que la mujer hubiese sido víctima de un secuestro, un tipo de delito que por aquel entonces iba en aumento en Tlalnepantla. Tras dejar a sus hijas con unos familiares, acudió a

la central de policía de Atizapán junto a su cuñada y un concuñado. Contaba con una pista importante, pero necesitaba la ayuda de las autoridades.

Por medio de la aplicación «Find My iPhone», descubrió que la señal del celular de Reyna había sido ubicada esa mañana en la avenida Los Cerezos, en el sector de Lomas de San Miguel. La geolocalización no era exacta, pero servía de referencia para iniciar una búsqueda.

Bruno suplicó a los agentes que lo ayudaran a buscar a su esposa. Si bien el asunto debía ser derivado en primera instancia a la fiscalía, los oficiales decidieron saltarse los protocolos y le permitieron realizar una ficha Odisea para personas reportadas como desaparecidas. Además, le dieron acceso a las cámaras de seguridad de la policía ubicadas en la avenida Los Cerezos.

Tras revisar durante más de tres horas las imágenes, Bruno consiguió identificar a su esposa pasando frente a una farmacia, cerca de las diez de la mañana. Iba vestida con jeans, una chaqueta azul claro y un bolso café.

El sábado 15 de mayo, Bruno se dirigió al sector y consiguió más grabaciones de seguridad de los locales comerciales cercanos, que registraron el momento exacto en el cual la mujer pasó por el lugar en dirección noreste. Contando con toda la evidencia, comenzó a sacar sus propias conclusiones.

Reyna, dueña de una pequeña tienda de accesorios para teléfonos celulares en la colonia San Juan Ixtacala, solo visitaba la colonia Lomas de San Miguel para reunirse con Andrés Mendoza, un hombre de setenta y dos años que le vendía productos a precios convenientes para su negocio. Bruno sabía exactamente dónde vivía

Mendoza, así que decidió ir a su casa para preguntarle si la había visto.

Eran cerca de las ocho y media de la noche cuando Bruno, su cuñada y su concuñado se presentaron en el lugar. La propiedad, un sitio modesto con un distintivo portón color celeste, era una pequeña vecindad ubicada en el número 22 de la calle Margaritas, en donde además vivían otras tres personas que rentaban habitaciones independientes. Mientras algunas fuentes señalan que uno de los inquilinos abrió la puerta, otras afirman que fue el mismo Andrés Mendoza quien recibió a Bruno y a sus dos acompañantes en el patio.

Al ser interrogado, Mendoza aseguró que llevaba días sin ver a Reyna, pero Bruno fue insistente y le exigió que abriera la puerta de su vivienda para realizar un registro, a pesar de no contar con ninguna orden judicial. Si bien Mendoza parecía molesto y se negó en varias ocasiones, el alboroto comenzó a llamar la atención de los otros vecinos y tuvo que acceder a la petición de los familiares de la mujer, no sin antes apagar las luces de la casa, dejándola completamente a oscuras.

Bruno le pidió a su concuñado que retuviera a Mendoza, quien los amenazaba con acusarlos a las autoridades. Luego encendió la linterna de su celular e ingresó al inmueble. Se trataba de una casa pequeña, de solo tres habitaciones, pero el hombre quedó atónito al ver que las esquinas estaban hasta arriba de cajas y bultos amontonados. También pudo percibir un penetrante olor a vinagre y algo que parecía ser comida descompuesta.

De pronto, notó algo aún más extraño: una tenue luz se filtraba entre los tablones del suelo en uno de los rincones del dormitorio,

bajo un sucio colchón que Mendoza utilizaba como cama. Parecía tratarse de un sótano oculto. Bruno movió el colchón, un par de cajas y encontró una pequeña puerta de madera en el piso. Al abrirla descubrió que, efectivamente, había un subterráneo iluminado por un par de ampolletas, al cual se accedía por una endeble escalera de madera y desde donde emanaba un fuerte olor a putrefacción.

El hombre bajó con cuidado y de inmediato se topó con un cadáver. El cuerpo estaba tendido sobre una mesa de plástico; le habían arrancado toda la piel, estaba descuartizado y destripado. El siguiente es el audio del video que Bruno grabó con su celular aquella noche, al bajar al sótano de Andrés Mendoza, mientras le informaba de los avances de la investigación a su jefe:

—Está destazada.

—No le entiendo, comando.

—¡Sí, está destazada, jefe!

—¡No manches!

—O no sé qué pedo, pero aquí hay algo... ¡Sí, jefe, sí es... sí es, jefe! ¡Afirma, es una mano humana! ¡A huevo, es ella! ¡Es mi mujer! ¡Vámonos pa...!

—Comando... comando.

—¿Eh? ¡Aquí está su bolso! ¡Es mi esposa! ¡Es mi esposa, jefe! ¡Aquí está! ¡Aquí están sus pies! ¡Jefe... pásame su bolsa! ¡Es su bolso!

—Comando, comando. Necesito que te relajes, ya va para allá el equipo de las motos.

Junto al cadáver desollado y descuartizado de Reyna había un par de botes de pintura que contenían los órganos internos y restos de

grasa. Los pies amputados de la víctima estaban en una silla, justo encima de una sierra de arco y un par de cuchillos. En el respaldo de la misma silla se encontró el rostro de la mujer, cuidadosamente arrancado, como si se tratara de una máscara. Asimismo, su cuero cabelludo fue removido con cortes precisos y hallado en el respaldo de otra silla, dando la impresión de ser una peluca. También había una cuerda, atada a un par de clavos, que cruzaba de punta a punta la habitación, desde donde colgaban enormes trozos de piel humana.

Al reconocer el bolso de Reyna en la escena del crimen, el mismo que llevaba cuando fue grabada por las cámaras de vigilancia de la zona, el comandante Bruno comprendió que su esposa estaba muerta. Si bien el cuerpo había sido descuartizado y el asesino le había arrancado el rostro, estaba seguro de que se trataba de ella.

Una vez que el espeluznante crimen quedó al descubierto, Andrés Mendoza intentó darse a la fuga, pero fue sometido por Bruno y los familiares de Reyna, quienes lo mantuvieron inmovilizado en el piso. Al mismo tiempo, el concuñado de Bruno se comunicó con el 911 y la notificación fue derivada al Departamento de Policía de Atizapán. Fue entonces cuando, cerca de las nueve de la noche, el agente Rogelio Zaragoza se presentó en la escena; sin embargo, se negó a arrestar a Mendoza, pues no contaba con una orden de aprehensión. Bruno se había saltado varios protocolos para dar con el paradero de Reyna, pero ya poco le importaba. Empujaba a Mendoza hacia la calle para que el oficial Zaragoza lo llevara hasta la comisaría, pero este volvía a meterlo al inmueble, insistiendo en que, sin una orden, no podía hacer nada. En el forcejeo, el sospechoso tropezó y cayó al piso.

El alboroto había llamado la atención de varios vecinos, que se acercaron y empezaron a ponerse nerviosos. Nadie entendía por qué los policías intentaban arrestar a aquel anciano de forma tan violenta y algunos amenazaron con denunciarlos.

Poco después, llegaron varios refuerzos y Mendoza fue llevado hasta una patrulla, escoltado por un par de agentes. La escena del sótano era tan atroz y repulsiva que los oficiales no daban crédito a lo que estaban viendo. Aun así, no se podía realizar el levantamiento del cadáver ni tampoco una acusación formal y tuvieron que esperar a que funcionarios de la fiscalía, especializados en feminicidios, se hicieran presentes para cumplir con el procedimiento. Aquello ocurriría casi cuatro horas más tarde.

Mientras tanto, varios curiosos se reunieron a las afueras del número 22 de la calle Margaritas. De momento, solo se sabía que Andrés Mendoza, uno de los inquilinos, había sido arrestado por un supuesto crimen. Los vecinos parecían sorprendidos, pues aseguraban que se trataba de un hombre tranquilo, callado y servicial, que años antes había sido un activista político del Partido de la Revolución Democrática y presidente del consejo de participación ciudadana. Mientras cumplió con sus funciones, recibió apoyo financiero de su partido, dinero que utilizó para comprar balones de fútbol para niños en condición de calle, comida instantánea para las familias más pobres y pintura para las fachadas de los hogares más humildes, además de administrar y cuidar las canchas deportivas de la zona. Mendoza solicitaba constantemente a las autoridades la inversión de fondos en infraestructura, pavimentación, alumbrado y seguridad para Lomas de San Miguel. De hecho, él mismo se acercaba a las patrullas policiales del sector

para pedirles que hicieran más rondas nocturnas en la colonia. Que un hombre de su edad y su reputación fuese sospechoso de un asesinato resultaba ilógico.

Poco después, cuando Mendoza era llevado hasta la comisaría para ser interrogado, realizó una declaración espeluznante. No solo confesó el crimen de Reyna González, sino que aseguró haber asesinado a varias mujeres desde principios de 1990 a la fecha. De hecho, calculaba que, en promedio, mataba dos a la semana.

Aquella afirmación parecía absurda. Si llevaba matando durante treinta y un años con esa regularidad, entonces la cantidad de víctimas podía acercarse a las tres mil. Aun así, los agentes que lo escoltaban quedaron horrorizados. Ellos mismos habían ingresado a la vivienda minutos antes y notaron varias manchas de sangre en el piso y las paredes, no solo del sótano, sino de toda la casa. También había bolsos, ropa y zapatos de mujer amontonados en las esquinas. Las pesquisas en la propiedad de Andrés Mendoza recién estaban comenzando y las atrocidades que los investigadores estaban a punto de descubrir eran inimaginables.

Andrés Filomeno Mendoza Celiz nació el 29 de noviembre de 1949, en San Sebastián Río Dulce, una pequeña comunidad rural de poco más de cuatrocientos habitantes, ubicada en el municipio de Zimatlán de Álvarez, en Oaxaca, México.

Se crio junto a sus hermanos en el seno de una familia humilde. Su madre era de origen zapoteca y su padre, un alcohólico sumamente violento, los golpeaba cuando estaba borracho. Aun así, el hombre gozaba de gran popularidad en el pueblo, pues era inteligente y carismático, y los vecinos acudían a él para solucionar todo tipo de problemas.

Mendoza solía acompañar a su padre cuando este se reunía con el presidente municipal, donde discutían sobre las problemáticas de la comunidad. Es probable que aquella experiencia influyera en su futuro, cuando él mismo realizó activismo político para ayudar a su colonia.

El hombre falleció en 1962 a causa de su alcoholismo y Mendoza, con trece años, se mudó a la ciudad de Oaxaca para trabajar en un aserradero. Como no sabía leer ni escribir, a los dieciséis años ingresó a una escuela nocturna, donde obtuvo excelentes calificaciones, aunque no pudo terminar la secundaria debido a problemas económicos.

A pesar de los inconvenientes y de que abusaba constantemente del alcohol, parecía dispuesto a ganarse la vida de forma honrada. Fue empleado en una fábrica de plásticos, hizo trabajos de albañilería, vendió ropa usada e incluso, entre los treinta y uno y los treinta y siete años, se desempeñó como carnicero en un rastro de Tlalnepantla. Fue en este período cuando se instaló en el número 22 de la calle Margaritas, en la colonia Lomas de San Miguel.

Muchos coincidían en que se trataba de un sujeto amable, siempre dispuesto a ayudar a los demás, aunque gran parte de sus interacciones sociales eran superficiales. Nunca se casó, no tuvo hijos ni tampoco amigos. Y si bien confesó que tuvo dieciocho parejas a lo largo de su vida, seis en relaciones estables, jamás se comprometió con ellas, ya que pensaba que lo despreciaban o podían engañarlo. Es probable que su aislamiento, suspicacia y desconfianza generalizada se debieran a un trastorno paranoide de la personalidad.

A Mendoza lo apodaban el chino. Tenía rasgos indígenas, era moreno y fornido, pero de baja estatura, algo que lo acomplejaba. Desde muy joven estaba convencido de que por este motivo las mujeres atractivas no se fijaban en él y comenzó a desarrollar un gran resentimiento hacia ellas. Incluso cuando se encontraba en pareja, visitaba diversos locales nocturnos donde solía emborracharse y contratar los servicios de prostitutas. Para Mendoza, las mujeres eran seres inferiores, debían ser sumisas y solo servían para tener sexo.

Según sus propias declaraciones, había cometido el primer asesinato en 1990, aunque jamás reveló la identidad de la víctima ni los detalles del crimen. Tampoco existen registros de una investigación policial ni la denuncia de una desaparición en la zona en aquellas fechas, por lo que es probable que se tratara de una trabajadora sexual a quien nadie echó de menos. Mendoza era un tipo astuto y se había dado cuenta de que cierto tipo de mujeres no despertaban el interés de las autoridades.

El 14 de febrero de 1991 se estrenó *El silencio de los corderos*, dirigida por Jonathan Demme y basada en la novela homónima del escritor Tomas Harris. La película narra la escalofriante cacería de un sádico asesino en serie conocido como Buffalo Bill. Para lograrlo, la joven agente del FBI, Clarice Starling, se ve obligada a forjar una tensa y peligrosa relación con el doctor Hannibal Lecter, un brillante psiquiatra y caníbal que está encarcelado.

El silencio de los corderos no solo ganó cinco premios Oscar, a mejor película, mejor director, mejor actriz, mejor actor y guion, sino que marcó la cultura popular. El fenómeno de los asesinos en serie en los Estados Unidos era relativamente reciente y, si bien varias

otras películas habían abordado el tema en años anteriores, nunca se había hecho de una forma tan seria, recurriendo incluso a la asesoría de expertos del FBI.

Al mismo tiempo, Hannibal Lecter, interpretado por el actor Anthony Hopkins, se transformó en una especie de icono macabro. El primer plano de su rostro portando un bozal es una de las imágenes más reconocibles y escalofriantes del cine moderno.

Poco después la película se estrenó en México, causando el mismo impacto que en otros países. Mendoza tuvo la oportunidad de verla y quedó fascinado. La asociación de actos perturbadores, como el asesinato o el canibalismo, con un personaje ficticio como Hannibal Lecter, inteligente, carismático y seductor, le resultó atractiva.

Es importante subrayar que la misoginia, las fantasías sexuales aberrantes, el deseo de control y el sadismo de Mendoza no surgieron por influencia de una simple película. Lo más probable es que estos rasgos ya estuvieran latentes antes de su adolescencia. La ausencia de antecedentes claros sobre sus primeras conductas violentas deja una interrogante. Pero lo que sí se pudo probar fue que la figura de Hannibal Lecter lo marcó, convirtiéndose en una verdadera obsesión.

En los años siguientes, Mendoza participó como activista político del Partido de la Revolución Democrática y se comprometió a mejorar la calidad de vida de su comunidad. Entre 2015 y 2016 fue elegido presidente de la colonia San Miguel y usó su posición para gestionar bonos para todo el vecindario.

Muchos lo veían como un líder servicial, siempre dispuesto a solucionar los problemas de sus vecinos. Sin embargo, también se aprovechó de la confianza y vulnerabilidad de aquellas mujeres que

acudían a él en busca de ayuda, prometiéndoles falsos bonos o permisos de trabajo. La mayoría, sencillamente, desapareció sin dejar rastro cuando se presentaron en su vivienda.

Mendoza descubrió que no solo resultaba fácil y conveniente matar prostitutas, sino también a mujeres pobres y sin familia. De hecho, cuando el 14 de mayo de 2021 asesinó a Reyna González, cambió por completo el perfil de víctima y aquello terminó por condenarlo. La mujer estaba casada con un comandante de la policía que, saltándose varios protocolos, inició una búsqueda implacable hasta encontrarla.

Tras el hallazgo del cuerpo de Reyna, policías, bomberos y forenses comenzaron a registrar minuciosamente cada rincón de la vivienda de Mendoza. Las evidencias pronto revelaron que el lugar era la escena de múltiples crímenes.

Los investigadores hallaron diversas prendas, identificaciones y objetos femeninos, además de varias libretas en donde Mendoza llevaba un meticuloso registro de docenas de víctimas, incluyendo su edad, el día y la hora de su muerte, su peso completo y el peso de las partes que cortaba de sus cuerpos, como las piernas, los brazos, los pechos, las cabezas e incluso los órganos internos.

Uno de los testimonios más impactantes fue el realizado por el capitán de bomberos Jonathan González, en el documental *Caníbal, indignación total*. Este aseguró que al ingresar con sus compañeros a la vivienda el aire estaba enrarecido, pues Mendoza rociaba todos los rincones con vinagre y colonia para disimular el olor a putrefacción. Todo estaba sucio y desordenado, y en las esquinas se podían ver zapatos, zapatillas, cinturones, ropa de mujer, bolsos,

celulares, joyas y maquillaje, además de varios libros sobre anatomía.

La casa, en sí misma, parecía sacada de una película de terror: había trozos de carne humana, sangre y otros fluidos esparcidos por todas las habitaciones. Sin embargo, lo hallado en la cocina dejó en evidencia los actos de canibalismo cometidos por Mendoza. En el lugar se encontró un recipiente con riñones humanos dentro del refrigerador, un frasco que contenía lenguas, tazas con sangre y sartenes y platos con restos de carne mordisqueada. Incluso hallaron tortillas con chile y carne humana. También se encontró una colección de casi cuarenta fotografías de mujeres muertas.

Otros hallazgos desconcertantes fueron un afiche de la saga de películas de Hannibal Lecter pegado en una de las paredes de su casa, además de las novelas y las cintas en formato VHS. Incluso en el sótano se encontró un bozal negro, similar al usado por Lecter. Poco después se pudo probar que Mendoza lo utilizaba tras cometer los crímenes y mientras descuartizaba los cuerpos.

Si bien había restos humanos repartidos por toda la casa, algunos parecían haber sido tratados con cuidado. Eran sus trofeos. Mendoza arrancaba la piel de las víctimas, la colgaba al sol en un tendedero, le echaba sal para que se deshidratara y finalmente la enrollaba como pergamino. También preservaba rostros con la cabellera completa, como si se tratara de máscaras. Dicho procedimiento lo hacía de forma distinta con las vaginas, las cuales cosía con hilo y aguja antes de extraerlas, para evitar que se deterioraran. Cuando estaban completamente secas, las escondía en su habitación.

Una vez que los forenses rescataron todos los indicios de restos humanos del interior de la casa de Andrés Mendoza, el jefe de

bomberos Jonathan González y sus compañeros recibieron la orden de sacar los muebles y la basura para realizar una excavación, ya que, según el asesino, había enterrado a varias víctimas en el patio y bajo el piso de la cocina.

Para aquel entonces, la noticia de que un feminicida serial había sido detenido en Atizapán se difundió por todos los medios de comunicación. Los periódicos mostraban la imagen del supuesto criminal, un hombre mayor, desaliñado y con los ojos censurados, identificado solo como Andrés «N». En un principio se le señaló como un caníbal responsable de unas veinte o treinta muertes, pero a medida que la historia despertó el interés tanto nacional como internacional, los noticieros comenzaron a profundizar en la información disponible y en los avances de la investigación.

Más de seiscientos fragmentos óseos fueron hallados en la casa de Mendoza durante el primer día de excavaciones. Algunos huesos se encontraban enterrados a casi un metro y medio de profundidad. Otros estaban a simple vista, dentro de las macetas del patio e incluso en las jardineras que daban a la calle.

Las labores de bomberos y los equipos forenses se prolongaron por varios días y no solo se cavó en el patio y en la cocina, sino en toda la casa, incluyendo el sótano. Pronto se confirmó que había restos humanos escondidos incluso dentro de las paredes de la vivienda. Resultaba que el asesino había sido albañil y él mismo había construido la casa y las piezas que rentaba. Al finalizar la exhaustiva búsqueda, se contabilizaron más de cuatro mil trescientos restos óseos en la propiedad de Mendoza.

Se trataba de uno de los casos de asesinatos en serie más espantosos de la historia de México y, aunque parezca mentira, todo

lo que se había filtrado a la prensa hasta ese momento era solo la punta del iceberg de una historia todavía más horrenda.

Si bien Mendoza aseguró que llevaba más de tres décadas asesinando en promedio dos mujeres a la semana, tras ser arrestado y recibir la asesoría de su abogado dejó de colaborar con las autoridades. En un principio, los investigadores consideraron que la cifra era exagerada, pero a la vista de todas las evidencias comenzaron a dudar. Que Mendoza hubiera hecho desaparecer a casi tres mil mujeres sin que nadie realizara una sola denuncia era absurdo, pero quizá sí era responsable de cientos de asesinatos.

Los exámenes de ADN demostraron que más del noventa por ciento de los restos óseos enterrados en el sótano correspondían a cuerpos femeninos. Los demás pertenecían a un par de niños, que posiblemente acompañaban a sus madres cuando fueron víctimas del asesino. Las autoridades ya sospechaban que podía haber menores de edad entre los cadáveres, pues en el lugar también se habían hallado zapatillas pequeñas, una bicicleta, un triciclo y varios juguetes.

Además, se encontraron huesos de un hombre adulto en lo más profundo de la excavación. Los investigadores supusieron que podía tratarse de un sujeto que ayudó a Mendoza a construir el subterráneo a principios de los años noventa y que, una vez terminado el trabajo, fue asesinado para que nadie supiera de su existencia.

Los detectives también hallaron las credenciales electorales de Rubicela Gallegos Castillo, de treinta y dos años, desaparecida en 2019, y Flor Ninive Vizcaíno Mejía, desaparecida en 2016. Mendoza

reconoció haberlas asesinado y enterrado en la propiedad, sumando así otros dos crímenes por los que podía ser procesado.

Cuando el caso salió a la luz, el abogado y periodista Javier Tejado publicó una columna en *El Universal* y posteriormente decidió realizar una investigación mucho más acabada, con la idea de realizar un documental y así visibilizar el problema del feminicidio en México, además de buscar justicia para las víctimas. Tejado no solo contó con el apoyo de un equipo multidisciplinario que lo ayudó en la tarea de forma desinteresada, sino que consiguió que la producción fuera financiada por la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Además, Dilcya García Espinoza, la fiscal principal del caso y responsable de investigar los delitos de violencia de género en el Estado de México, fue recomendada por el presidente de la Corte para entregar información confidencial de la investigación y se puso inmediatamente a disposición del equipo liderado por Tejado, aunque con dos condiciones: la primera, que no entrevistara a los familiares de las víctimas, pues estaban traumatizados por la experiencia y aquello podía alterarlos; la segunda, que se le diera la oportunidad de revisar el guion del documental para verificar que no se revictimizaba a nadie.

García le aseguró a Tejado que los investigadores habían descubierto que Reyna González mantenía una relación amorosa con el acusado, Andrés Mendoza. Por lo visto, la mujer era víctima de violencia intrafamiliar por parte de su esposo, el comandante Bruno Portillo, y había encontrado consuelo en el hombre que poco después la mataría.

En el Estado de México, uno de los supuestos para que un asesinato sea considerado como feminicidio es que haya existido entre el asesino y la víctima una relación sentimental. Este dato, según la fiscal, resultaba esencial para la investigación, pues permitía a la justicia acusar a Mendoza por el cargo de feminicidio en el caso de Reyna y, por ende, condenarlo a una pena mucho más dura.

Finalmente, y con el apoyo de distintas entidades, Tejado pudo dar inicio al rodaje del documental. La idea era entrevistar a todos los involucrados en el caso para obtener testimonios de primera mano. La fiscal Dilcya García entregó datos relevantes en una entrevista, destacando que la investigación estaba en manos del equipo de la Fiscalía General de Justicia, donde todos sus integrantes estaban comprometidos tanto con su labor como con la memoria de las víctimas y sus familiares. Si bien confirmó que los asesinatos cometidos por Mendoza databan de principios de 1990 y que el total podía ser sumamente elevado, no entró en detalles acerca de los aspectos más grotescos, como los actos de canibalismo.

Se decidió, entonces, seguir por los casi treinta bomberos y policías que acudieron al número 22 de la calle Margaritas aquella noche. Sin embargo, ninguno habló demasiado. Respondían las preguntas de forma afirmativa o negativa y no ahondaban en detalles, lo que resultó frustrante para la producción, pero también sospechoso.

Los funcionarios aseguraron, detrás de cámaras, que habían recibido órdenes por parte de la fiscalía de justicia de Atizapán y de las más altas esferas del gobierno del Estado de México de no

entregar ningún detalle del caso para el documental o serían procesados judicialmente por poner en riesgo la investigación. Una de las personas que había hecho la amenaza era la misma fiscal Dilcya García.

Javier Tejado y su equipo ignoraban qué se estaba tratando de ocultar, pero acudieron al presidente del Tribunal Superior de Justicia, Ricardo Sodi, y al fiscal general del Estado de México, Alejandro Gómez Sánchez, quienes se comprometieron a otorgar todo tipo de garantías a los bomberos y oficiales que accedieran a ser entrevistados. Solo así estos pudieron dar una versión íntegra de los hechos para el documental *Caníbal, indignación total*.

El capitán de bomberos Jonathan González entregó datos estremecedores. No solo describió con detalle la escena del crimen y la lúgubre casa de Mendoza, sino que aseguró que durante las excavaciones él y sus compañeros podían encontrar entre quinientos y seiscientos restos óseos al día.

Pero algo que no se había hecho público hasta ese momento, y que tanto Tejado como su equipo ignoraban, era la existencia de varias cintas de video grabadas por el mismo asesino. González explicó que en el sótano había una tarima de madera sobre la que Mendoza instalaba una cámara para registrar todo lo que hacía con los cadáveres.

Según los documentos oficiales, se encontraron veintiocho casetes de ocho milímetros de la marca Sony y otros veinticinco en formato VHS, todos con fotos de mujeres desnudas en sus portadas y distintos rótulos. Algunos parecían no tener relación con los crímenes, como «Muy interesante, el enigma de las pirámides», «En busca de la eternidad» o «La nave de los dioses». Otros eran mucho

más explícitos, como «Dos descuartizadas, señora Katia, el día 16 de octubre de 2016, a las dos y media de la tarde» o «Martha Andrade se fue el día 19 a las nueve de la mañana, 2 de diciembre de 2017, su peso noventa kilos», entre muchos otros. En todos estos videos aparecían imágenes de Mendoza masturbándose, abusando sexualmente, destazando, descuartizando e incluso canibalizando los cadáveres de las mismas mujeres que aparecían en las portadas. Quedaba en evidencia, entonces, que no solo se trataba de un caníbal, sino también de un necrófilo.

Al mismo tiempo, los equipos de policía y bomberos involucrados en el caso confirmaron un detalle aún más macabro: en la vivienda había un gran letrero con el que Mendoza anunciaba la venta de carne y chicharrones, la cual, según las autoridades, no era otra que la de sus propias víctimas. Por lo visto, no solo vendía la carne humana a sus vecinos, sino que también les regalaba colaciones preparadas con chile en platos plásticos o bolsas de un kilo, limpias de grasa y listas para ser cocinadas. El hombre aseguraba que era carne de jabalí y que la conseguía a buen precio en San Sebastián Río Dulce, su pueblo natal.

Si bien un par de vecinos confirmaron la historia e incluso reconocieron haber comido carne humana sin saberlo, posteriormente se retractaron y se negaron a realizar más declaraciones. Estaban horrorizados y hasta cierto punto su hermetismo era comprensible.

Aun así, el periodista Javier Tejado quería llegar al fondo del asunto. Resultaba insólito que un sujeto como Mendoza asesinara impunemente durante tanto tiempo. Muchas de las víctimas acudían a él para solicitar ayudas, bonos o permisos para la venta callejera

de productos y nunca más se las volvió a ver con vida. Poco después, el asesino vendía y regalaba kilos de carne de dudosa procedencia por el vecindario. ¿Cómo era posible que todo aquello ocurriera sin que ninguno de sus vecinos notara nada sospechoso?

Silvia Hernández, una mujer que tenía una tienda cerca de la casa de Mendoza, recordaba haberlo visto regalando carne a varias familias de la colonia, pero aseguró que jamás le recibió nada. También dijo que, de vez en cuando, colgaba enormes tiras de carne en un tendedero ubicado en la azotea de la vivienda. En cierta ocasión le preguntó qué estaba haciendo y el hombre le respondió que estaba poniendo a secar carne de cerdo que una prima le había traído de Oaxaca. Silvia mencionó que aquella carne tenía una grasa de color amarillento, lo cual le resultó sospechoso, pero jamás realizó ninguna denuncia. De hecho, varias veces vio que las mangas de la camisa de su vecino estaban manchadas de sangre.

Además, recordó un episodio aterrador cuando una mañana una joven salió pidiendo ayuda del interior del inmueble de Mendoza, asegurando que el hombre tenía a una amiga suya dentro y que no la dejaba salir. Aunque parezca insólito, Silvia tampoco llamó a la policía para denunciar el hecho.

Otro aspecto desconcertante era que Mendoza arrendaba dos cuartos independientes dentro de su propiedad y ninguno de los inquilinos se dio cuenta de lo que estaba pasando. Uno de ellos, un joven que vivía allí junto a su madre, aseguró que jamás sospechó nada. Si bien el hombre olía extraño, llevaba la ropa sucia y varias veces lo vio llegando borracho por la noche, lo describió como alguien atento. Quizá lo único inquietante era que una expareja de su madre le había mencionado que cierto día Mendoza lo había

invitado a beber y ver pornografía en su casa y que supuestamente le confesó que invitaba prostitutas a su vivienda y que las grababa mientras mantenía relaciones sexuales con ellas.

Cuando el equipo de producción se dirigió hasta San Sebastián Río Dulce, en Oaxaca, para buscar información sobre el pasado de Andrés Mendoza, se toparon con otra sorpresa. Por lo visto, el asesino viajaba cada cierto tiempo a su pueblo natal llevando conservadoras llenas de carne que regalaba a las familias pobres, asegurando que era de jabalí. También obsequiaba ropa y zapatos de sus víctimas, los cuales supuestamente obtenía a buen precio gracias a la compra y venta de artículos usados en Atizapán. Mendoza se había labrado una buena reputación y los pobladores lo consideraban un hombre humilde y generoso. Sin embargo, todo aquello lo hacía para deshacerse de la evidencia y de los cadáveres que se iban acumulando en su casa.

El equipo encabezado por el periodista Javier Tejado había recopilado información y declaraciones que resultaban atroces e indignantes. Hasta cierto punto, no solo la desidia de las autoridades quedaba de manifiesto, sino también la de la propia comunidad.

Seis meses después de la detención de Andrés Mendoza y desafiando abiertamente la orden de la fiscal Dilcya García, quien había prohibido entrevistar a los familiares de las víctimas, Tejado contactó al comandante Bruno Portillo, ya que estaba interesado en escuchar su versión de los hechos. Tras meditarlo un par de días y poniendo como condición no aparecer en cámara, el hombre accedió a colaborar, aunque sus declaraciones sorprendieron a todos.

Bruno ni siquiera parecía enfadado con el asesino, que probablemente pasaría el resto de su vida en la cárcel, sino que

apuntó sus dardos contra el Ministerio Público, acusando a la fiscal Dilcya García de inventar el supuesto romance entre Reyna González y Andrés Mendoza.

El hombre aseguró que la fiscalía le había pedido a él y a su familia que acreditaran el vínculo sentimental entre ambos para que el caso se convirtiera automáticamente en un feminicidio y así obtener una triple compensación económica. Bruno se negó a la propuesta, ya que aquello atentaba contra la dignidad de su esposa y los revictimizaba. Las autoridades insistieron durante semanas para que firmara un acuerdo, pero Bruno no estaba dispuesto a ceder. Este era el motivo por el cual la fiscal Dilcya García no quería que los familiares de las víctimas fueran entrevistados para el documental.

Poco después, uno de los productores fue contactado por un extraño sujeto que hacía una afirmación escalofriante: poseía uno de los diarios de Mendoza, junto con ropa interior de un par de víctimas y restos óseos que había robado de la casa del asesino. Podía tratarse de una simple estafa, pero si aquello era cierto, se trataba de algo indignante.

Todas estas piezas eran evidencia clave para la investigación; sin embargo, estaban siendo subastadas en el mercado negro, algo que nuevamente dejaba en evidencia la incompetencia de las autoridades, que ni siquiera habían sido capaces de resguardar las pruebas del caso.

Tras una larga deliberación, y considerando que adquirir este tipo de artículos podía ser considerado poco ético, el equipo dirigido por Javier Tejado reunió el dinero y compró solo el diario, ya que en él supuestamente el asesino había anotado los nombres de varias de

sus víctimas. Si aquello servía de ayuda para identificarlas y dar justicia a sus familiares, entonces la compra estaba justificada.

El diario de Mendoza era un cuaderno con la portada de un niño pescando y contenía el nombre de cincuenta y cuatro mujeres asesinadas entre 1989 y 1991. A un costado, anotaba su edad, la fecha de su muerte, su peso completo y el peso de cada una de sus partes, incluyendo extremidades y órganos internos. La existencia de varios de estos diarios se había difundido en un par de notas de prensa, pero tener uno de ellos entre las manos era algo completamente distinto.

El equipo de producción estaba asqueado. Entre las páginas no solo se encontraron un par de identificaciones oficiales de las víctimas, lo que descartaba que se tratara de una imitación, sino también restos de comida, vellos, pestañas e incluso manchas de sangre.

Aunque las autoridades fueron informadas de la existencia de este diario, nadie lo reclamó. Por lo visto, tenían demasiada evidencia de los crímenes de Mendoza y no sabían qué hacer con ella. Más de cuatro mil trescientos huesos habían sido desenterrados de la vivienda del asesino y los exámenes de ADN no sirvieron para identificar a ninguna víctima, porque no había muestras para cotejarlas.

Otro antecedente inquietante era que una hermana de Mendoza, dueña del inmueble ubicado en el número 14 de la calle Margaritas, llevaba años desaparecida. Cuando Mendoza fue interrogado, dijo que posiblemente se había mudado con alguna pareja, pero el hecho de que la mujer dejara una casa deshabitada y ni siquiera intentara venderla para obtener algún beneficio resultaba demasiado

sospechoso. Los investigadores estaban seguros de que también la había asesinado.

Al mismo tiempo, se descubrió que Mendoza tenía otras dos propiedades a su nombre en la misma colonia, las cuales jamás fueron investigadas a pesar de que existía la posibilidad de que en ellas se hallaran más cadáveres. Era evidente que la fiscalía no deseaba seguir gastando recursos y que no había un interés real en resolver la totalidad de los crímenes.

Los medios de comunicación bautizaron a Andrés Mendoza como «el caníbal de Atizapán» y sus atroces actos provocaron horror e indignación. Incluso agentes del FBI de los Estados Unidos se comunicaron con las autoridades mexicanas para solicitar información sobre el asesino y sus crímenes como objeto de estudio, además del acceso a las cintas de video que grababa en su sótano.

A pesar de toda la expectación en torno al caso y de que se encontraba con un juicio en curso, Mendoza, sorprendentemente, aceptó conceder una entrevista exclusiva a la experimentada psicóloga Feggy Ostrosky.

Cuando se le preguntó por los crímenes de los que se le acusaba, se le vio ansioso y solo reconoció haber asesinado a Reyna González. En la declaración oficial realizada ante la policía, lo describió con una frialdad espantosa.

Si bien entregó detalles espeluznantes del crimen y reconoció haber grabado en video todo el proceso de descuartizamiento, insistió en que no había asesinado a ninguna otra persona y que tampoco realizó actos de canibalismo, a pesar de que la evidencia indicaba lo contrario.

Los exámenes psiquiátricos realizados a Mendoza indicaron que se trataba de un psicópata extremadamente manipulador, con una total falta de empatía y sentimientos de culpabilidad o remordimiento. Era impulsivo, mentiroso, insensible e incapaz de generar vínculos con otras personas.

En cierto momento, Mendoza mencionó que atacaba a las mujeres que se negaban a intimar con él, así como por frustración sexual, específicamente cuando eyaculaba antes de tiempo. Exámenes médicos indicaron que poseía genitales ambiguos y lesiones inusuales en el perineo, condiciones que afectaron su vida sexual desde la juventud, pues algunas de sus parejas se burlaron de él. Es posible que estas anomalías mermaran su autoestima y desencadenaran un odio generalizado hacia las mujeres. Tenía un fuerte resentimiento hacia ellas y las despreciaba.

Mendoza escogía principalmente dos tipos de víctimas: trabajadoras sexuales o mujeres pobres y solas, que acudían a él en busca de ayuda debido a su posición como presidente municipal. Las engañaba para que ingresaran a su vivienda, donde las apuñalaba en el cuello o en el corazón. Luego llevaba a cabo un verdadero ritual, en el que se ponía un bozal emulando al personaje de ficción Hannibal Lecter y comenzaba a destripar, descuartizar y destazar los cadáveres, mientras se masturbaba y se los comía.

Deshumanizar y cosificar a las mujeres, convirtiéndolas en macabros trofeos hechos de piel, le resultaba gratificante y le hacía sentir poderoso, con un control absoluto sobre ellas.

El juicio por el asesinato de Reyna González comenzó a principios de 2022 y la fiscalía solicitó a la corte presentar como evidencia el video grabado por Mendoza, en el que se mostraba lo que le había

hecho a la víctima. El material era sumamente gráfico y, aunque se le ofreció a Bruno abandonar la sala para no ser testigo de las horrendas imágenes, este decidió quedarse.

En la cinta se observa a Mendoza abusando sexualmente del cadáver al interior del sótano. Estaba desnudo, aunque llevaba puesto un mandil de cuero en el que guardaba un par de cuchillos. Posteriormente procede a destazar y destripar lentamente el cuerpo. En cierto momento, le extrae los ovarios y se los come. Luego le saca el corazón y, tras levantarlo con su mano como si se tratara de un ritual, comienza a devorarlo.

Mendoza había mostrado poco interés en las audiencias. Bostezaba y parecía distraído y ansioso por regresar a su celda. Sin embargo, cuando el video fue exhibido, su actitud cambió por completo. En palabras del periodista Javier Tejado, quien estuvo presente durante el juicio, el asesino parecía estar excitado sexualmente al ver la grabación.

Una vez que toda la evidencia fue presentada, el juez Víctor Mejía concluyó que, si bien no se pudo probar que entre la víctima y el victimario existiera un romance, como indicaba la fiscalía, el asesino había abusado de una relación de confianza y perpetrado actos de violencia sexual y mutilación contra una mujer, lo que bastaba para tipificar el crimen como feminicidio según el código penal mexicano. Andrés Mendoza fue encontrado culpable y condenado a prisión vitalicia, lo que garantiza que morirá tras las rejas.

Entre los años 2022 y 2024, Mendoza recibiría otras siete condenas por los feminicidios de Flor Ninive Vizcaíno Mejía, Rubicela Gallegos Castillo, Norma Jiménez Carreón, Berenice Sánchez Olvera y dos mujeres identificadas como Alyn y Gardenia.

A pesar de estos avances, lo más probable es que para la mayoría de las víctimas y sus familiares no haya justicia. De hecho, oficialmente las autoridades mexicanas indican que Mendoza podría ser responsable de solo diecinueve asesinatos.

Este horrendo caso incitó a un grupo de vecinas de Atizapán a organizarse y crear un colectivo llamado «Mujeres Vigilantes», el cual busca prevenir el feminicidio y brindar apoyo psicológico y legal a todas aquellas mujeres que son víctimas de violencia.

Cada ocho de marzo, Día Internacional de la Mujer, la agrupación se presenta a las afueras de la casa de Andrés Mendoza, en el número 22 de la calle Margaritas, en la colonia Lomas de San Miguel, para dejar cruces color rosa en honor a las víctimas.

Diversos medios de comunicación informaron que el 15 de julio de 2025, Andrés Mendoza fue internado en el Centro Médico Licenciado Adolfo López Mateos, aquejado de una grave neumonía y complicaciones derivadas de su diabetes. Hasta la fecha de publicación de este texto, se desconoce si su estado de salud ha empeorado.

Solo en abril de 2025, después de tres años del estreno de la serie documental *Caníbal: indignación total*, el periodista Javier Tejado publicaría un libro titulado *El caníbal de Atizapán: la historia del mayor asesino serial de México*, haciendo especial énfasis en la traumática experiencia del comandante Bruno Portillo. Bruno no solo realizó una investigación sin la ayuda de las autoridades, descubrió el cuerpo de Reyna y capturó al asesino en poco más de veinticuatro horas, una verdadera hazaña considerando la inacción de la policía, sino que además fue hostigado por la fiscalía en un intento de

montar un caso de feminicidio que mancillaba la dignidad de su propia esposa.

Es de esperar que el trabajo de investigación de Javier Tejado y de todo su equipo siente un precedente importante para exigir rigurosidad y dignidad en la investigación policial en México. Esta historia no debería terminar únicamente con una condena ejemplar contra un asesino en serie, sino también con una reforma profunda de las instituciones para evitar negligencias de este tipo y generar una concientización ciudadana que garantice que la sociedad no permanezca indiferente ante hechos como estos.

REFERENCIAS

Abellán, F. P. (2010). *Crimen y criminales 1: Claves para entender el mundo del crimen*. España: Nowtilus.

Abellán, F. P. (2010). *Crimen y criminales 2: Claves para entender el mundo del crimen.* España: Nowtilus.

Abellán, F. P. (2010). *El hombre lobo y otras bestias. Psicópatas, mujeres diabólicas y monstruos del crimen*. España: Nowtilus.

Beck, R. (2012). *Cien grandes asesinos de la historia*. España: Edimat.

Bielba, A. (2007). *Jack el Destripador y otros asesinos en serie*. España: Edimat.

Clarsó, N. (1972) *La mística de la ferocidad /El crimen de Charles Manson*. España: Acervo.

Conradi, P. (1993). *La otra cara del diablo*. Argentina: Atlántida.

Cornwell, P. (2003). *Retrato de un asesino*. España: Ediciones B.

Creig, C. (2011). *Evil serial killers: in the mind of monsters*. United States: Ice Water.

Cyriax, O. (1996). *Diccionario del crimen: De Abedul a Zyklon B, una enciclopedia del mal*. España: Anaya.

Doval, G. (2013). *Los grandes asesinos de la historia.* España: Alba Libros S.L.

García, S. (2015). *Sin piedad: Asesinos múltiples 2. Asesinos en serie 1*. Argentina: HS Grupo Editorial.

Garrido, V. (2013). *La mente criminal*. España: Temas de hoy.

Graysmith, R. (2007). *Zodiac: El Asesino del Zodíaco*. España: Alba Oscura.

Hynd, A. (1962). *Antología del crimen*. España: Bruguera.

J. V., K. (1961). *Libro negro del crimen*. España: Bruguera.

Krivich, M. (1994). *Camarada Chikatilo*. España: Serres.

Leyton, E. (2005). *Cazadores humanos: el auge del asesino múltiple moderno*. España: Alba Oscura.

López, J. (2002). *Crónica negra del siglo xx.* España: Libsa.

Mendoza, M. (2010). *Asesinos en serie: perfiles de la mente criminal*. España: Norma.
Morrison, H. (2005). *Mi vida con los asesinos en serie.* España: Océano.
Ramila, J. (2011). *Depredadores humanos: El oscuro universo de los asesinos en serie*. España: Nowtilus.
Ressler, R. (2012). *Asesinos en serie*. España: Alba.
Ressler, R. (2014). *Dentro del Monstruo*. España: Alba.
Schwartz, A. (1994). *El Hombre que no Mató lo Suficiente*. España: Grijalbo.
Soza, H. (2006). *¿Por qué Mata el Hombre*? Chile: Mare Nostrum.
Tejado, J. (2025) *El caníbal de Atizapán: la historia del mayor asesino serial de México*. México: Grijalbo.
VV.AA. (2013). *Instinto Criminal: La historia oculta de los asesinos en serie más famosos*. España: Plaza & Janés.
VV.AA. (1990). *Sumario del Crimen*. España: Ediciones Drac.
Wilson, C. (2013). *A Sangre Fría*. España: Océano.
Wilson, C. (1965). *Enciclopedia del Crimen*. España: Luis de Caralt.
Yapp, N. (2007). *Crímenes. Los casos más impactantes de la historia*. España: ParragonBooks.

Documentales:

Biography. *Andréi Chikatilo*. Estados Unidos: History Channel.
Biography. *Charles Manson.* Estados Unidos: History Channel.
Biography. *Ted Bundy*. Estados Unidos: History Channel.
Biography. *Jeffrey Dahmer*. Estados Unidos: History Channel.
Buckley, S. (2001). *Serial Killers: Te real life Hannibal Lecters*. Estados Unidos: Buck Productions.
Channel (2006-2008). *MostEvil*. Estados Unidos: OptomenProductions.
Documentos TV. En la mente del asesino, Robert Ressler. Estados Unidos.
RCN (2006). *Luis Alfredo Garavito: En las manos de Dios*. Colombia: RNC.
Tejado, J. (2022). *Caníbal: indignación total*.

Título original: *Psicopatas Del Mundo (Ebook)*

Edición en formato digital: marzo de 2026

© 2026, Matus Matus, Álvaro
© 2026, © 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566432210

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com

Índice

CUBIERTA
INTRODUCCIÓN
NOTA DEL AUTOR
EL CRIMINAL MÁS PELIGROSO DE TODOS: EL PSICÓPATA
EL PSICÓPATA Y EL CONTEXTO
LOS CASOS
- DESCONOCIDO. EL ASESINO DEL ZODÍACO
- TED BUNDY. EL ASESINO DE UNIVERSITARIAS
- JEFFREY DAHMER. EL CANÍBAL DE MILWAUKEE
- DAVID PARKER RAY. EL AMO DE LA CAJA DE JUGUETES
- DENNIS RADER. EL ASESINO BTK
- ADOLFO DE JESÚS CONSTANZO. Y SARA ALDRETE LOS NARCOSATÁNICOS
- ANDRÉI CHIKATILO. EL CARNICERO DE ROSTOV
- JOSÉ RABADÁN. EL ASESINO DE LA CATANA
- JAVED IQBAL. EL MONSTRUO DE LAHORE
- JUAN FERNANDO HERMOSA. EL NIÑO DEL TERROR
- PETER SCULLY. EL CASO DE DAISY'S DESTRUCTION
- MIGUEL CORTÉS. EL FEMINICIDA DE IZTACALCO
- ANDRÉS MENDOZA. EL CANÍBAL DE ATIZAPÁN

REFERENCIAS
CRÉDITOS